



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

LOS TIEMPOS DE LA HISTORIA:
LA REPRESENTACIÓN DE LA COLONIA EN
TRES NOVELAS HISTÓRICAS DE LA REPÚBLICA RESTAURADA

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN LETRAS

PRESENTA:
VERÓNICA HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA

TUTORA: DRA. BEGOÑA PULIDO HERRÁEZ
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL
CARIBE, UNAM

COMITÉ TUTOR:
DRA. ESTHER MARTÍNEZ LUNA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM
DRA. MARIANA OZUNA CASTAÑEDA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

MÉXICO, D.F., SEPTIEMBRE 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A la memoria de mi muy querido amigo
José Mohedano Barceló*

Índice

Introducción	4
1. La representación del pasado desde la novela histórica	21
2. El pasado colonial visto desde la restauración de la República	29
3. <i>Monja y casada, virgen y mártir</i> : A pesar de todo, la Reforma prevalece	39
3.1. El presente que juzga la Colonia.	39
3.2. El pasado y lo histórico	48
3.3. El acontecer como sucesión de aventuras	55
3.4. El pasado y el hombre vistos desde la Reforma.	65
4. <i>El pecado del siglo</i> y la función didáctica del pasado	74
4.1. Para reformar las costumbres del presente	74
4.2. Las enseñanzas de la historia en el camino hacia el progreso	82
4.3. Pecado sin futuro... ¿progreso sin pasado?	99
4.4. El hombre, la libertad y el mundo	112
5. <i>Un hereje y un musulmán</i> : La irrupción de la temporalidad histórica en el pasado idílico	119
5.1. Una novela contestataria	119
5.2. Pasados e historias para repensar el presente	129
5.2.1. Las manifestaciones singulares de lo humano.	129
5.2.2. Los diversos sentidos del acontecer	137
5.3. Tiempo que avanza a través de mundos paralelos	151
5.4. El mundo como prueba: el rechazo de la historicidad moderna	164
6. Representar la Colonia en la República Restaurada	172
6.1. Historia, ¿para qué?	173

6.2. La representación del pasado y la historia como problema narrativo	189
6.3. La representación del pasado colonial desde la literatura como respuesta a una coyuntura histórica	201
Conclusiones	212
Bibliografía	220

Introducción

A partir de la segunda mitad del siglo XX, el llamado “giro lingüístico” transformó radicalmente la forma en que los investigadores nos acercamos al estudio de la realidad y de las creaciones humanas. Si las teorías científicas de la primera mitad del siglo XX concebían al lenguaje como un instrumento transparente, referencial, que permitía hablar del mundo “objetivamente” y sin dudas acerca de sus posibilidades, en las últimas décadas éste ha sido comprendido y estudiado como constructor de realidades, unas que no existen independientemente de una sociedad y una cultura específica que las asume como tales, que las crea y les atribuye una función determinada a través del lenguaje, y que transforma sus significados con el paso del tiempo.

Desde esta nueva perspectiva, se ha llegado a considerar que el carácter de las realidades construidas por el lenguaje es imaginario en la medida en que implica relaciones significantes pero intangibles entre los distintos elementos del mundo; aunque no se pueden observar objetivamente, existen para esa sociedad que se articula y se modifica en función de dichas relaciones significantes. En palabras de Cornelius Castoriadis:

cada sociedad define y elabora una imagen del mundo natural en el que vive, intentando cada vez hacer de ella un conjunto significativo, en el cual deben ciertamente encontrar su lugar los objetos y los seres naturales que importan para la vida de la colectividad, pero también esta misma colectividad y cierto “orden de mundo”. Esta imagen, esta visión más o menos estructurada de la experiencia humana disponible, utiliza cada vez las nervaduras racionales de lo dado, pero las dispone según, y las subordina a, significaciones que, como tales, no se desprenden de lo racional (ni, por lo demás, de un irracional positivo), sino de lo imaginario.¹

Esta manera de aproximarse al problema de la relación entre el lenguaje y la realidad ha tenido grandes repercusiones en todas las áreas del conocimiento, pues ha implicado la

¹ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, t. I, p. 258.

revisión de muchos conceptos que, en principio, se daban por sentados e inamovibles en tanto que se partía del principio de eran un reflejo transparente de realidades extralingüísticas estables. El concepto de nación es un caso paradigmático en este sentido, pues nuevas aproximaciones terminaron por advertir que la nación sólo existe en función de la comunidad que le da un significado. Tal como afirma Benedict Anderson, “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”,² y esta imagen impacta en la forma en que los hombres actúan y se relacionan entre sí.

En la medida en que se asume que los conceptos surgen y se modifican en función de una sociedad que está en constante movimiento y resignificación, se ha podido reconocer también que la nación, como muchos otros conceptos, no es una categoría transhistórica que define a las sociedades de una vez y para siempre sino que su surgimiento estuvo acompañado de una serie de transformaciones en una comunidad determinada en un momento histórico particular, a finales del siglo XVIII, y que el sentido que adquiere en el imaginario está intrínsecamente ligado a la comunidad que le da forma y la resignifica con el paso del tiempo, en función de los cambios que ella misma va experimentando. Es desde esta perspectiva que se puede considerar que el desarrollo de los conceptos no es lineal ni mucho menos uniforme.

Tal ha sido el punto de partida de numerosas investigaciones que, en los últimos años, se han preocupado por estudiar cómo las sociedades construyen imágenes de sí mismas a lo largo del tiempo y cómo éstas se van redefiniendo constantemente. En la historiografía mexicana es claro que este modo de aproximación ha dado numerosos frutos, particularmente en el estudio del siglo XIX y los procesos de construcción de la

² Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 23.

nación. Conceptos como unidad nacional, origen, soberanía, liberalismo, conservadurismo, secularización han sido objeto de profundas revisiones por parte de estudiosos como Edmundo O’Gorman, Charles A. Hale, David Brading, François-Xavier Guerra, Alan Knight, Elías José Palti, Erika Pani y Brian Connaughton, quienes han podido mostrar que dichos conceptos estuvieron en permanente modificación a lo largo del siglo XIX y, no sólo eso, sino que tuvieron un desarrollo contradictorio y problemático.

No obstante que la literatura mexicana del siglo XIX —a la que los autores de la época atribuían una clara función social e ideológica—³ debió desempeñar un papel central en el proceso de construcción de la nación, hasta la fecha ha sido poco estudiada desde ese enfoque. La novela histórica, desde mi punto de vista, tiene todavía mucho que decir en torno a la forma en que, a través del relato del pasado, se fueron construyendo imágenes que apuntaban a definir la identidad de una nación recientemente independizada y que se encontraba en proceso de conformación.

Si bien Gerardo Bobadilla Encinas, en “La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico”, ha puesto énfasis en la función ideológica de las novelas que, según este autor, buscaron “mitificar, negar, descalificar y cancelar esquemas de significación diferentes al suyo, de corte liberal, todo en aras de definir y consolidar un proyecto de identidad nacional”,⁴ parte de la premisa de que la ideología liberal y su relato de la historia se mantuvo estable y consistente a lo largo del siglo XIX,⁵ una premisa que los trabajos historiográficos

³ El ejemplo más representativo en este sentido es el de Ignacio Manuel Altamirano, quien publicó amplias reflexiones acerca de la función social de la literatura, por ejemplo, en “Revistas literarias de México”. Pero fueron muchos más los que reflexionaron en torno a este asunto, como Francisco Zarco, José Tomás de Cuéllar, Ignacio Ramírez, según se puede comprobar en los textos compilados por Jorge Ruedas de la Serna, en *La misión del escritor*.

⁴ Gerardo Francisco Bobadilla Encinas, “La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX”, p. 41.

⁵ Bobadilla estudia tres novelas históricas publicadas en diferentes momentos del siglo XIX, *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O Reilly, *Gil Gómez el insurgente* (1859), de Juan Díaz Covarrubias y *Perucho, nieto del Periquillo* (1895-1896), firmada por “Un Devoto del Pensador Mexicano” y en cada

arriba mencionados, y la misma idea de un imaginario que está en constante movimiento y resignificación, han puesto en tela de juicio en los últimos años.

Si se parte de la idea de que las ideologías y los imaginarios sobre las distintas etapas que fueron conformando la historia de México —indisolublemente ligados unos a los otros— se modificaron a lo largo del siglo XIX, y que su expresión y desarrollo no se presentaron de forma coherente y lineal, sino que están cargados de paradojas y contradicciones, una perspectiva de análisis que parece muy prometedora, y que es la que guía el presente estudio, consiste en comprender la forma en que las novelas históricas se insertan en este proceso de redefinición constante de las ideologías y de transformación en las formas en que una sociedad se fue imaginando a sí misma a través del relato de ciertos hitos del pasado. Para alcanzar ese objetivo, resulta necesario situar cada obra en su contexto, mostrar la necesidad de ser así del discurso literario en un momento histórico determinado, problematizar su forma y sus contenidos —inseparables uno del otro— y, evidentemente, no se puede lograr con un solo estudio, pues se requiere de una circunscripción muy precisa de los objetos de análisis para poder abarcar los distintos aspectos que involucran. En este sentido, los alcances de cada investigación serán muy limitados, y lo que aquí se ofrece es una primera contribución al estudio de un problema que puede dar muchos frutos en el futuro.

En esta primera aproximación me propongo analizar la forma en que el pasado colonial fue representado por las novelas históricas en el periodo conocido como la República Restaurada (1867-1877). La elección del pasado colonial como eje temático se debe a sus peculiaridades: la Conquista y la dominación española han sido

una de ellas aborda distintos periodos del pasado, la Colonia, la Independencia y la Intervención francesa, de manera que se genera la impresión de que hubo un relato uniforme del pasado a lo largo del tiempo. Es claro que el objetivo del estudio de Bobadilla consiste en descubrir los rasgos comunes, una poética general, en las novelas históricas del siglo XIX mexicano, pero la búsqueda de estas constantes tiende a diluir la especificidad de los textos y las problemáticas que involucraban en un contexto histórico determinado, que son el principal interés en la presente investigación.

frecuentemente —incluso hoy en día— objeto de rechazo, pero al mismo tiempo, cuando se piensa en el problema de la identidad en relación con un país donde una buena parte de sus habitantes habla español, está integrada a la cultura occidental y el catolicismo es la religión predominante, es necesario considerar el antecedente colonial. Es así que el papel de la Colonia en la historia y en la conformación de la identidad nacional ha sido objeto de constantes reflexiones y motivado distintas controversias a lo largo del tiempo. En la República Restaurada, tal como se mostrará en la presente investigación, la reflexión sobre el pasado colonial alcanzó un punto álgido.

Estudios como el de David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, mostraron que, aun antes de la Independencia, e influyendo decisivamente (como modo de legitimación) en las élites criollas que en muchos momentos encabezaron los procesos revolucionarios, se había ido conformando la imagen de un pasado prehispánico mítico. Desde ese momento, el pasado colonial empezó a ser representado como una época oscura y de sometimiento, bajo la cual subyacía una contradicción esencial: un sector criollo (blanco y occidentalizado) rechaza su propia herencia y se apropia simbólicamente de un pasado prehispánico que se asume heroico, con el fin de arraigar su origen en el territorio mexicano, no obstante que siente un marcado rechazo hacia el indígena de carne y hueso. Este imaginario, de acuerdo con Brading y Tomás Pérez Vejo, siguió actualizándose con distintas formas y funciones a lo largo de los siglos XIX y XX.⁶

Por otro lado, en el siglo XIX también se desarrollaron corrientes de pensamiento que ubicaban el origen de la nación en el pasado colonial, y que no compartían esta visión idealizada del pasado indígena. Pero hubo formas muy distintas de plantear el problema. Historiadores liberales como Lorenzo de Zavala (1788-1836) y

⁶ Cf. *ibid.*, y Tomás Pérez Vejo, “Imaginando a México” e “Historia, antropología y arte”.

José María Luis Mora (1794-1850), quienes proyectaban la transformación radical de la sociedad, tanto en sus instituciones como en sus costumbres y modos de organización, “despreciaron el pasado mexicano, colonial e indígena”,⁷ y ese rechazo, según Elías José Palti, se traduciría en la “imposibilidad de desarrollar un concepto consistente de nacionalidad, esto es, elaborar una imagen de la nación mexicana que lograra hallar en ella raíces autóctonas a los valores que defendían”.⁸

Por su parte, el conservador Lucas Alamán (1792-1853) articuló un relato, la *Historia de Méjico* (1849-1852), en que la religión católica y la cultura hispánica se ubicaban en el origen y como elemento fundamental del desarrollo de la identidad nacional. Su historia, según David Brading y Elías José Palti,⁹ tendió a constituirse en una defensa del papel de la Iglesia en la sociedad mexicana. Evidentemente, esta visión de la historia no comulgaba con las prioridades de un liberalismo que, sobre todo a partir de la década de los cuarenta, tendió a despojar a la Iglesia del papel predominante que hasta entonces había tenido en la vida pública y que pugnaba por transformar las estructuras sociales y culturales heredadas del Antiguo Régimen.

Una vez que triunfó el liberalismo, en la época conocida como la República Restaurada, el problema de cómo generar un imaginario sobre el pasado que diera sustento al proyecto político triunfante parece haber cobrado gran relevancia, pues en esta época proliferaron las novelas históricas, y el pasado colonial resultó el tema más recurrente en la medida que fue abordado por cuatro autores distintos, los reconocidos liberales Vicente Riva Palacio y José Tomás de Cuéllar, el conservador Pascual

⁷ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 167.

⁸ Elías José Palti, “Lucas Alamán y la involución política del pueblo mexicano. ¿Las ideas conservadoras ‘fuera de lugar?’”, p. 300. Esta visión de la historia, tal como advierte Palti, no estuvo exenta de problemas, pero no es aquí el lugar para explicarlos. Algunos de ellos se mencionarán brevemente en el capítulo dedicado al análisis de *Un hereje y un musulmán*, de Pascual Almazán.

⁹ Cf. David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 175-176, y Elías José Palti, “Lucas Alamán”, p. 314-135.

Almazán y el español avecindado en México Enrique de Olavarría y Ferrari,¹⁰ siendo que el primero de ellos publicó cinco novelas distintas en torno a este tema. Esta recurrencia es un indicio de que al pasado colonial se le atribuyó un papel fundamental en la conformación del imaginario sobre la nación que se estaba refundando. Asimismo, el hecho de que la narración novelesca predominara sobre los relatos propiamente históricos¹¹ sugiere que la literatura ofrecía ciertas posibilidades expresivas que los otros no permitían.

Entonces surgen las siguientes preguntas: ¿cómo fue representada la Colonia en la República Restaurada y cómo se figuró la relación entre ambas épocas?; ¿en qué sentido se actualizan, cuestionan o reinterpretan los imaginarios previos sobre el pasado colonial en este contexto?; ¿de qué manera la representación del pasado en las novelas históricas responde a una coyuntura histórica determinada y se inserta en el proceso de restauración de la República? Si esta representación del pasado está enmarcada por el triunfo del liberalismo, pero éste no se caracterizó por ser una ideología homogénea a lo largo del siglo XIX —a veces ni siquiera entre contemporáneos, que con frecuencia se vieron confrontados políticamente—, ¿qué elementos contienen y cómo se articulan las ideologías y las posturas políticas que se traslucen a través de las novelas de los llamados liberales José Tomás de Cuéllar y Vicente Riva Palacio, ambos críticos del gobierno de Benito Juárez? A este tipo de preguntas tratará de dar respuesta la presente investigación.

Asimismo, cabe considerar que, aunque el liberalismo había triunfado, los conservadores no desaparecieron repentinamente del escenario y hubo reacciones frente

¹⁰ En contraste con la proliferación de novelas de tema colonial, hasta donde conozco, del pasado prehispánico y la conquista sólo se publicaron *La vuelta de los muertos* (1871), de Vicente Riva Palacio *Los mártires del Anáhuac* (1870), de Eligio Ancona, *La piedra del sacrificio* (1871), de Ireneo Paz; de la época independentista hasta la intervención francesa, *Sacerdote y caudillo* (1869), *Los insurgentes* (1869), *El sol de mayo* (1868) y *El Cerro de las Campanas* (1868), todas ellas de Juan A. Mateos, y *Calvario y Tabor* (1868), de Vicente Riva Palacio.

¹¹ En el segundo capítulo de este estudio se explicará cuáles son estos relatos y cómo se insertan en el contexto de la República Restaurada.

a la forma en que los llamados liberales se apropiaron del pasado; dos de ellas, la de Mariano Dávila en su crítica a *Monja y casada, virgen y mártir* (1868) de Vicente Riva Palacio, y la de Pascual Almazán, en su novela *Un hereje y un musulmán* (1870), serán abordadas en el presente estudio. Al tratar de explicar cómo se dieron esas respuestas y en qué consistía su conservadurismo, la presente investigación no sólo se suma a la tendencia a repensar las fronteras entre conservadurismo y liberalismo sino que contribuirá a pensar la República Restaurada —que hasta la fecha ha sido poco estudiada y que desde la idea de un “liberalismo triunfante” tiende a imaginarse como una época poco controversial— como un periodo más dinámico y complejo de lo que a primera vista parece.

En la medida en que éste no es un estudio sobre la obra de Vicente Riva Palacio, de él sólo se analizará su primera novela de tema colonial, *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), que es con la que inauguró su tarea de contribuir, con el relato de un pasado remoto, a la conformación del aparato simbólico liberal. Por otra parte, la novela de Enrique de Olavarría y Ferrari, *Venganza y remordimiento* (1868), no será incluida en la presente investigación, puesto que se trata de la visión de un español sobre la época colonial, y lo que interesa aquí es estudiar cómo los mexicanos conformaron una imagen de sí mismos a través del relato del pasado. De esta manera, el corpus de esta investigación se integra con tres novelas: *Monja y casada, virgen y mártir*, de Riva Palacio, *El pecado del siglo* (1869), de José Tomás de Cuéllar, y *Un hereje y un musulmán* (1870), de Pascual Almazán.

Ya estudios como los de Marco Antonio Chavarín y Leticia Algaba han puesto énfasis en la función ideológica de las novelas de Vicente Riva Palacio, que se encontraban al servicio de la difusión del proyecto político y los valores del liberalismo en la República Restaurada —particularmente en lo que se refiere a la reducción de la

influencia política, económica y social de la Iglesia en la vida pública—, y para ello construían una imagen de pasado que servía como justificación histórica de dicho proyecto, de una visión de mundo bajo la cual se pretendía unificar a la sociedad. En este sentido, lo que se propone el presente estudio es problematizar la función ideológica que se le atribuyó a las novelas históricas y, a través del análisis de los discursos novelescos, evidenciar las aporías en la forma en que esa visión de mundo es articulada.

En principio cabe señalar que la imperiosa necesidad de referirse a un presente que estaba en proceso de construcción, y en el que prácticamente todo estaba por hacerse — no hay que olvidar que décadas de guerras civiles habían dejado como saldo una sociedad dispersa y muchas veces confrontada, una economía paralizada, un gobierno frágil, un imaginario social fragmentado en distintas memorias del pasado que implicaban diversas formas de comprender la realidad presente—, hará de la novela histórica y de la representación del pasado, más que un medio para explicar la necesidad de ser así de una época anterior o el proceso histórico que conduce al presente, un recurso para intervenir directamente en el presente, para hacer proselitismo, para cuestionar las políticas del gobierno y señalar problemas sociales.

Este “presentismo” y la diversidad de temas abordados en las novelas provoca que el pasado representado se fragmente en significados particulares, los cuales no sólo llegan a generar imágenes desarticuladas e incluso contradictorias sobre el pasado colonial, sino que los problemas se extienden a las relaciones que se establecen entre el pasado representado y el presente de enunciación: si bien hay momentos en que el pasado se figura como antecedente del presente en el marco de un proceso de cambio, a veces el primero es objeto de rechazo, se muestra como un tiempo cerrado en sí mismo y queda desvinculado del presente; en otros casos, ciertos ideales o problemas del

presente se proyectan al pasado y entonces llega a suceder que los tiempos se confunden, que el pasado se convierte en recurso para aludir directamente al presente.

La relación problemática entre pasado y presente conduce a reflexionar en torno a las formas en que estas novelas de la República Restaurada generaron una comprensión particular sobre la temporalidad. Esta reflexión resulta relevante en la medida en que la novela histórica, tal como se ha afirmado desde el estudio pionero de Georg Lukács, *La novela histórica*, es resultado del surgimiento de la temporalidad histórica. Desde este modo de figurar el acontecer a través del tiempo, el pasado comenzó a ser visto como antecedente del presente pero esencialmente distinto de él, y las diferencias se hacían visibles a partir del contraste entre las distintas maneras en que los hombres habían vivido en el mundo a través del tiempo. Si en las formas tradicionales de representar el acontecer, el significado esencial de las acciones humanas permanecía idéntico a sí mismo, independientemente del lugar y el tiempo en el que habían tenido lugar, la nueva comprensión del acontecer llevó a considerar que el significado del hombre y sus acciones era inseparable del lugar y el tiempo en que habían tenido lugar, pues todos juntos constituían una unidad indisoluble.

La novela histórica mexicana, como lo ha señalado Alejandro Araujo en *Novela, historia y lecturas*, participa de esta nueva forma de concebir y representar el tiempo. Sin embargo, es necesario considerar que ella se inscribe en un contexto social y una tradición particular, que es refuncionalizada a partir de ciertas formas de comprensión del mundo arraigadas en una sociedad determinada. Tal como ha advertido Cornelius Castoriadis, los imaginarios tienden a ser acumulativos. Cada nuevo concepto, cada nueva forma de representar el mundo, tiende a integrarse al *magma* de significaciones que una sociedad particular ya ha ido construyendo a través del tiempo; pasa a formar

parte de “una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto”, una diversidad que coexiste.¹²

Es la idea de coexistencia la que ha permitido repensar las categorías de análisis no como medios para segmentar la realidad social e histórica, dividirla en función de cortes espaciotemporales, sino como herramientas que permiten pensar el modo en que una sociedad va articulando sus propias significaciones a través del tiempo, y cómo estas significaciones se interpenetran y redefinen mutuamente. Es así que el análisis se propone demostrar que, en las novelas históricas mexicanas de la República Restaurada, distintas formas de representar la temporalidad, tradicionales y modernas (en el sentido ya mencionado de la temporalidad llamada histórica), se articulan en una relación tensa, y a veces contradictoria, para generar ciertas imágenes del pasado colonial que resultaban pertinentes en un contexto determinado en tanto que expresaban y procuraban dar respuesta a las inquietudes de una sociedad particular. En este sentido, esas imágenes de la Colonia, antes que mostrar cómo fue o pudo ser el pasado, dicen mucho acerca de las formas en que la sociedad mexicana de la República Restaurada — o al menos ciertos sectores de la misma, que a fin de cuentas contribuyeron a conformar una visión “oficial” de la realidad mexicana—¹³ se representaba a sí misma, los modos en que imaginaba su propia temporalidad, sus realidades pasadas y presentes.

Evidentemente, el estudio de la representación del tiempo implica un problema narrativo y, en tanto que lo que aquí se analiza es un género literario, para poder mostrar cómo se lleva a cabo esa representación es indispensable analizar los códigos bajo los cuales se estructura el discurso novelesco.¹⁴ En primera instancia, cabe advertir que,

¹² Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, t. II. p. 34.

¹³ Quedan por investigar los alcances de esta visión de mundo en la sociedad mexicana posterior. *Monja y casada*, a la fecha, sigue siendo una de las novelas más leídas del siglo XIX, al menos, entre la clase media.

¹⁴ Aunque el objetivo de esta introducción no es disertar en torno a las fronteras entre historia y ficción — un problema que abordé en mi tesis de maestría “La representación de la Colonia en tres novelas

siguiendo los planteamientos de Mijaíl Bajtín, en “El problema de los géneros discursivos”, la novela histórica es entendida aquí como un género discursivo secundario (ideológico) que es articulado a partir de otros géneros discursivos (literarios y no literarios). Ello significa que, si bien se parte del principio de que la novela histórica apareció a finales del siglo XVIII como resultado del surgimiento de la temporalidad histórica, lo que implicó nuevas formas de concebir y representar narrativamente las relaciones entre el hombre y su situación espaciotemporal, también se asume que es deudora y se articula en función de una tradición narrativa que, a su vez, estaba ligada a ciertas formas de comprensión del mundo que no contemplaban su historicidad.

En el caso de las novelas históricas mexicanas de la República Restaurada, lo que se podrá advertir es que la novela de aventuras y, en cierta medida, las narraciones ejemplares, son actualizadas en la representación de la Colonia, y las imágenes del tiempo y del mundo que transmite cada texto dependen del grado de reelaboración de los géneros tradicionales de los que se echa mano para transmitir determinados significados en un contexto particular. Mientras menor sea la reelaboración, será más fuerte la presencia de formas de temporalidad que tienden a igualar pasado y presente en función de significados que se asumen como universales o atemporales, y estas formas del tiempo se presentarán con mayor frecuencia en las novelas de autores liberales en la medida en que su objetivo era el de difundir una serie de valores a través de los cuales

históricas del siglo XIX mexicano”—, cabe aquí hacer una precisión que permita comprender el horizonte conceptual del que parte la presente investigación. Tal como ha señalado Hayden White en *Metahistoria*, los relatos de carácter ficcional presentan estructuras muy similares a los de carácter histórico, en la medida en que ambos son tramados en función de ciertas lógicas narrativas, ciertos modos de tramar y generar relaciones entre los distintos elementos que componen el mundo, vigentes en una sociedad determinada. Pero también es importante advertir, siguiendo a Paul Ricoeur, que existen claras diferencias entre ambos: los relatos históricos parten de una base documental de la que no pueden despegarse e incluso esa base documental puede hacer que el relato histórico se distancie de las lógicas narrativas convencionales; en cambio, la ficción se distancia de esas lógicas narrativas a partir de la invención, pues tiene la intención de referir no lo que realmente sucedió sino, según señala Paul Ricoeur, “lo que pudo haber ocurrido”, y es así que la literatura se revela como constructora de realidades posibles (Cfr. Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, pp. 183-214).

se pretendía unificar a la sociedad de la República Restaurada. En contraste, la mayor reelaboración de los géneros tradicionales, a través de la cual se fortalece la imagen del tiempo histórico, se da en la novela del conservador Pascual Almazán, donde si bien se afirma la validez atemporal de ciertos principios, predomina justamente el cuestionamiento de ciertas formas de comprensión del mundo que difundían algunos liberales de la República Restaurada.

El análisis de las novelas mostrará que la forma novelesca está indisolublemente ligada a un problema ideológico en un contexto determinado, es decir, que la novela histórica no es un género que se desarrolló de manera lineal y progresiva, sino que su poética se vincula con las preocupaciones de una sociedad en un momento específico.¹⁵ En este sentido, la presente investigación evidenciará que cada novela implica maneras distintas de representar el tiempo y el acontecer histórico, es decir, que no hay una poética, sino poéticas de la novela histórica mexicana de tema colonial en la República Restaurada.

Para develar los problemas que involucran las novelas históricas de tema colonial se ha elegido como eje de análisis el problema del tiempo, pues, como se ha señalado previamente, es una nueva forma de asumir la temporalidad, de relacionar el pasado con el presente, la que pone en juego la novela histórica. Evidentemente, en la medida en que cada forma de representar el tiempo implica relaciones particulares entre los distintos elementos que componen el mundo, la temporalidad no se estudiará de manera aislada sino en función de la imagen del mundo —tiempo, espacio y hombre—, que transmite.

¹⁵ Ya desde *La novela histórica*, de Georg Lukács (pp. 71-102), se había señalado que la novela histórica adquirió distintas formas en el siglo XIX, dependiendo no sólo de la corriente literaria a la que se adscribía cada texto sino, sobre todo, de la circunstancia espaciotemporal en que se había producido cada texto. Así, advirtió que las diferencias entre la novela inglesa, la rusa y la italiana, entre otras, se explicaban en función del desarrollo histórico, que en cada país había sido distinto. Lo que se procura enfatizar en la presente investigación es que las diferencias también están ligadas a la función ideológica de los textos en un contexto histórico determinado.

El primer capítulo de la presente investigación está destinado a explicar cómo se constituyeron las formas del tiempo en las sociedades tradicionales y, cómo a partir del siglo XVI, una serie de cambios en la forma en que el hombre se representaba —se imaginaba— a sí mismo y se relacionaba con el mundo derivaron en el surgimiento de la temporalidad histórica a finales del siglo XVIII. Para explicar este proceso me baso en algunos de los planteamientos de Reinhart Koselleck, desarrollados en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, así como en *Regímenes de historicidad* de François Hartog. Los trabajos de Mijaíl Bajtín, especialmente “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela” y “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”, son los que permiten mostrar cómo se fueron manifestando estos cambios en la literatura.¹⁶

En tanto que en este estudio se da una importancia fundamental a la República Restaurada como eje significativo desde el cual se le da un sentido particular al tiempo y se le atribuye una función específica a la novela histórica, y que también determina las formas de aproximación al pasado colonial, en el segundo capítulo se ofrece un panorama sobre algunas características de este periodo de la historia mexicana que permite contextualizar las novelas que aquí son objeto de estudio.

En los siguientes tres capítulos se analizarán, por separado y en orden cronológico, las tres novelas que constituyen el corpus de la presente investigación: *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), de Vicente Riva Palacio, *El pecado del siglo* (1869), de José Tomás de Cuéllar, y *Un hereje y un musulmán* (1870). El análisis en cada capítulo se divide en cuatro partes en que constantemente se vinculan problemas derivados del contexto de la República Restaurada con la estructura narrativa y las

¹⁶ Fueron los trabajos de Catoriadis, *Los imaginarios sociales*, y Jacques Rancière, *Los nombres de la historia* y *Le partage du sensible, esthétique et politique*, los que ayudaron a comprender cómo se van articulando las poéticas de la historia a través del tiempo.

formas de significar el pasado y el presente.¹⁷ En el primer apartado se procura explicar cómo la novela se sitúa ideológicamente frente a su contexto histórico y frente al pasado: quién es el autor y cuáles fueron sus tendencias políticas y literarias; cuáles son las intencionalidades explícitas o implícitas en lo que se refiere al relato del pasado, y que se revelan, sobre todo, a partir de los paratextos —los anuncios en los periódicos, los textos introductorios, los títulos y subtítulos, las polémicas que se generaron en torno a los temas que aborda *Monja y casada*, algunos otros textos publicados por los autores en la misma época—, o de algunos comentarios del narrador a lo largo del texto.

La segunda parte de cada capítulo analítico está destinada mostrar cómo se construye la imagen de un tiempo pasado o histórico a partir de la presencia de ciertos personajes o acontecimientos que tuvieron lugar en el periodo colonial, que están documentados y que los lectores pueden reconocer como tales. En primera instancia, se explica la manera en que se figura la relación entre pasado y presente a partir de estos sucesos y personajes. Asimismo, se señala cómo se construyen significados particulares en torno al pasado colonial en función de las relaciones temáticas, temporales y narrativas que se establecen entre estos elementos propiamente históricos. Finalmente, se advierte cómo estos elementos contribuyen a significar el presente de enunciación.

En la tercera parte se estudia la forma en que se genera una explicación particular, o explicaciones distintas, del mundo narrado —que se traduce en una imagen, o imágenes, del tiempo— a partir de las relaciones que se establecen entre los personajes —históricos o ficticios— y el espacio que habitan. El análisis permite mostrar hasta qué punto la vida y las acciones de los personajes son derivadas de su circunstancia y contribuyen a generar la imagen de un tiempo histórico pasado que antecede y es distinto al presente —es decir, si se establece una relación estrecha entre

¹⁷ Para llevar a cabo el análisis literario y vincular las formas narrativas con los modos de figurar y significar el mundo me he apoyado fundamentalmente en las obras de Mijaíl Bajtín *Estética de la creación verbal* y *Teoría y estética de la novela*.

el hombre y el espacio que habita y se hace visible la distancia temporal desde el momento en que la lógica del mundo narrado se muestra distinta del presente— y hasta qué punto la imagen del mundo es resultado de la extrapolación y yuxtaposición de los valores y la visión de mundo del autor en la diégesis, de manera que se generan imágenes de pasado acordes con la ideología que se busca difundir en la República Restaurada pero cuya lógica no se muestra como derivada de la naturaleza de un tiempo pasado.

Para concluir el examen de los textos, en el último apartado se analiza la imagen del hombre que transmite cada novela: en qué consiste su temporalidad; qué papel y significado se le atribuye en el acontecer —ya sea en el ámbito público o en el privado, ya sea como elemento activo o como un objeto paciente que es afectado por el acontecer—; de qué manera esta imagen del hombre contribuye a significar el presente de la República Restaurada. Lo que revelará el análisis de las novelas es que hay una clara tendencia a proyectar una imagen idealizada del hombre que contrasta con una realidad histórica y humana sumamente problemática que tiende a ser objeto de rechazo. Esta relación conflictiva entre ciertos ideales y la realidad histórica representada se revelará como un elemento común en las tres novelas históricas, que invita a reflexionar en torno a la forma en que los hombres de letras de la República Restaurada percibían su propia historicidad.

El capítulo final de esta investigación es un recuento de los descubrimientos que se fueron llevando a cabo a lo largo del análisis y que se reúnen en torno a tres ejes temáticos: 1) Una imagen del tiempo, del hombre y del mundo que habita como resultado de motivaciones subyacentes que se hacen visibles en las novelas; 2) los problemas propiamente narrativos que involucra la novela histórica, los cuales se derivan no sólo de una actitud particular frente al pasado sino también de la

actualización de géneros literarios que vienen de la tradición así como de la narración de sucesos históricos previamente documentados que sirven de base para el relato de ficción; y 3) las posibilidades que ofrece y las dificultades que implica el relato del pasado colonial desde la novela histórica en el contexto de la República Restaurada.

Antes de pasar al desarrollo y análisis de los distintos problemas que involucra esta investigación, cabe hacer un señalamiento más. Para reconstruir el periodo de la República Restaurada, los debates que tuvieron lugar y los imaginarios vigentes en ese entonces, ha sido necesario no sólo considerar los diversos estudios que se han hecho sobre los conflictos entre liberalismo, conservadurismo, el proceso de secularización que se llevó a cabo en el siglo XIX y que alcanzó uno de sus puntos climáticos en la República Restaurada,¹⁸ sino también consultar los periódicos de la época así como algunos de los textos que pudieron haber influido en la escritura de alguna de las novelas o que constituyen el contexto literario y narrativo en que se inscriben. En este sentido, es claro que no agoté todas las fuentes posibles y probablemente quede todavía mucho por decir acerca de las relaciones entre las novelas y su contexto. De hecho, más que pretender agotar un tema, la presente investigación procura abrir el campo a nuevas perspectivas de análisis, invitar a la profundización en torno a los problemas aquí planteados, a la colaboración interdisciplinar que puede contribuir no sólo al conocimiento de la novela histórica sino también al estudio de las formas en que la sociedad mexicana se ha ido construyendo imaginariamente.

¹⁸ Los nombres de los autores que han abordado estos problemas se mencionaron al principio de esta introducción y los títulos de las obras consultadas se enlistan en la bibliografía.

1. La representación del pasado desde la novela histórica

La novela histórica es producto y expresión de una nueva forma de concebir el mundo y vivir en él, que afectó tanto a la historia como a la literatura. Este cambio empieza a manifestarse en el siglo XVI, pero alcanza su auge en el siglo XVIII, e implica una modificación sustancial en la percepción del espacio y del tiempo, así como de las relaciones del hombre con el mundo que habita.¹⁹

A partir de la era cristiana, y con la creciente institucionalización de la religión, los libros sagrados fueron concebidos como portadores de un saber universal que fue modelando la mentalidad de Occidente. Desde esta concepción, el futuro representaba el fin del mundo. Entre la llegada de Cristo y el Apocalipsis no se daría un cambio sustancial en la humanidad, de manera que en las sagradas escrituras estaba reunido todo el conocimiento útil para el hombre; en ellas se expresaban una serie de reglas y valores —transmitidos a través de los representantes de la Iglesia— que debían regir el comportamiento en espera del juicio final. Así, en el pasado ya estaba dicho todo, el presente era esencialmente una repetición de lo mismo y el futuro representaba la posibilidad de salvación. En esta visión escatológica, la vivencia del espacio terrenal no era un fin por sí mismo, más bien era una prueba y, por tanto, no estaba exenta de padecimientos, al contrario, el disfrute tendía a distraer al hombre del camino hacia el fin último, el más allá.

Tal forma de experimentar el mundo, el tiempo y el espacio se manifiesta en la literatura ejemplar que proliferó en la Edad Media: la hagiografía ofrecía modelos de virtud, de sacrificio, conminaba a los hombres a no dejarse tentar por los placeres que

¹⁹ Para explicar las formas de representación y el significado del tiempo y el espacio en la Edad Media, así como su desarrollo posterior me baso fundamentalmente en Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 21-66 y 155-171, François Hartog, *Regímenes de historicidad* y Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal y Teoría y estética de la novela*.

ofrecía el diablo; los *exempla* enseñaban a no caer en los mismos yerros en que habían caído los personajes del relato o a imitar a aquellos que habían actuado con sabiduría. La historia era también maestra de la vida —concebida así desde los tiempos de Cicerón—, y como tal ofrecía reflexiones morales; los acontecimientos del pasado se presentaban como modelos de lo que se debía, o no, hacer en el presente.

Esto sólo podía ser así porque se creía que los cambios en el espacio y en el tiempo no transformaban la esencia de las cosas —las consecuencias que tuvo una acción en el pasado serían idénticas en el presente, sin importar que se hubieran desarrollado doscientos años después en un clima completamente distinto—. Al contrario, la idea de repetición de lo que es en esencia lo mismo está muy presente en los mitos, las alegorías, los símbolos religiosos, los rituales ligados a los ciclos de la naturaleza. El pasado, de esta manera, se podía segmentar en función de significados y valores estables —bondad / maldad, ambición y egoísmo / caridad y desprendimiento, etcétera—; cada acontecimiento estaba cerrado en sí mismo y se podía descontextualizar para ser usado como ejemplo en una argumentación sobre un asunto distinto al que en principio le había dado origen, porque lo que importaba era la esencia de la acción, su significado trascendente, no lo circunstancial. El escenario de la acción —la cual era sometida a una valoración de tipo moral— era un telón de fondo y, como tal, intercambiable.

Dicha concepción del mundo también implica una imagen particular del hombre. Éste, en el pensamiento cristiano, se encontraba dividido en dos, materia y espíritu. Lo corporal era un accidente, era efímero y como tal carecía de valor o incluso resultaba negativo porque tendía a alejar al hombre de lo espiritual. La especificidad del cuerpo —como la del acontecer en el espacio y el tiempo—, su vida cotidiana, sus necesidades materiales bajo ciertas circunstancias, su relación con un espacio y un tiempo particular,

carecían de relevancia en términos espirituales; en dado caso, el cultivo y exaltación de lo material, asociados al pecado, constituían un signo de la degradación del espíritu.

Sin embargo, en la misma Edad Media se fue gestando un nuevo pensamiento que alcanzó una de sus cúspides en el siglo XVI, cuando el humanismo terminó por convertir al hombre y su mundo en el centro de la reflexión. Esta forma cada vez más secular de situarse en el mundo, expresada a través de la literatura, la analiza Mijaíl Bajtín en la obra *Gargantúa y Pantagruel*, de François Rabelais:

La tarea de Rabelais consiste en purificar el mundo espacio-temporal de elementos nocivos para él, de concepción del mundo del más allá, de las interpretaciones y jerarquizaciones verticales de ese mundo, del contagio de la “antiphisis” que lo ha impregnado. Esta polémica tarea se combina en Rabelais con otra positiva: la reconstrucción de un mundo espacio-temporal adecuado, en calidad de nuevo cronotopo para el hombre nuevo, armonioso y unitario; de nuevas formas de relación entre los hombres.²⁰

La literatura de Rabelais es la expresión del surgimiento de un hombre nuevo que reflexiona sobre la *adecuación* entre él y su entorno, que imagina modos de *reconstruir* ese mundo. Detrás de este giro hay numerosos factores históricos, como el descubrimiento de América, el desarrollo de la ciencia, el cisma del cristianismo y la Reforma protestante,²¹ que no corresponde explicar aquí, pero que provocaron una crisis en el pensamiento de Occidente cuyas consecuencias son fundamentales porque derivaron en la transformación radical de la representación del mundo en la historia y en la literatura.

Dicha transformación cobró un nuevo impulso en el siglo XVIII, cuando las revoluciones sociales modificaron radicalmente la forma en que los hombres percibían su papel en el mundo, ahora como agentes activos del cambio en vez de receptores

²⁰ Mijaíl Bajtín, “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela”, en *Teoría y estética de la novela*, p. 320.

²¹ Para comprender el impacto de estos acontecimientos en la forma de vivir y percibir el mundo consúltese Reinhart Koselleck, “Futuro pasado del comienzo de la modernidad”, en *Futuro pasado*, pp. 21-40.

pacientes en espera del juicio final, y cuando el racionalismo ilustrado centró sus reflexiones en el conocimiento del hombre y su entorno, así como en la forma en que ambos interactuaban.

El proceso de secularización del mundo, que comenzó en el siglo XVI y se fortaleció en el XVIII, no sólo implicó un dominio cada vez mayor del Estado sobre la institución eclesiástica en asuntos de gobierno y administración sino sobre todo una idea de gobierno en y para el mundo, la cual a su vez conlleva una noción de mejoría que puede abarcar desde la pacificación de una región hasta la posibilidad de progreso material —cuyo garante será precisamente el Estado—. El mundo, entonces, se fue convirtiendo en condicionante de la acción; para ello se hizo necesario conocerlo en su especificidad espaciotemporal.

Por otra parte, las nociones de adecuación y mejoría arriba expresadas remiten a un desplazamiento en las preocupaciones del hombre, cuyo centro de atención se fue trasladando paulatinamente del pasado hacia el futuro. A partir del siglo XVIII, la historia sirvió cada vez más como herramienta para pensar o intentar prever el futuro del hombre o de una nación, pero ya no a partir de las certezas que antes proveía el pasado, sino de pronósticos fundados en probabilidades que, sin embargo, podían fracasar, porque el futuro, conforme se ensanchaba en la visión del hombre y las revoluciones transformaban radicalmente los modos de vivir en el mundo, parecía cada vez más incierto.

La preocupación por el futuro se manifestó también en el renacimiento de la literatura utópica, que es producto de la tensión entre el rechazo de un presente conflictivo, la añoranza de un pasado en que se creía que la vida era más tranquila y más inocente, aunada a la creciente certeza de que el retorno a ese pasado era imposible, y la proyección cada vez más frecuente de los sueños e ideales de un mundo carente de

conflictos hacia el futuro. Dicha proyección trasciende los límites de la literatura y alcanza una de sus máximas expresiones en el socialismo utópico del siglo XIX, que si bien no vaticina el fin del mundo como lo hacía el catolicismo, todavía se fundaba en la creencia de que el futuro se dirigía a un destino particular, un fin cierto que se podía pronosticar. Contra la incertidumbre del futuro, el progreso y la superación de los conflictos entre los seres humanos o entre el hombre y la naturaleza fueron los destinos pronosticados por las filosofías del siglo XIX.

El movimiento hacia un futuro cada vez más lleno de posibilidades está estrechamente vinculado con un cambio en la forma de entender el pasado. El pasado dejó de ser un tiempo cerrado en sí mismo y se fue convirtiendo paulatinamente en la historia de las generaciones, es decir, de los padres y los abuelos, de la familia, la sociedad y, finalmente, de la nación. Siguiendo esta misma dirección, el pasado se fue acercando cada vez más a la experiencia concreta del individuo y terminó por explicar su existencia en un lugar y un tiempo determinados, así como sus transformaciones en un continuo movimiento hacia el futuro.

El pasado poco a poco se hizo visible en el presente, como encaminándose hacia pero también distante de él, porque el hombre del hoy no era igual al de ayer, y la explicación de cada cambio se fue ligando paulatinamente a las condiciones espaciotemporales de cada época que, a la par que el individuo y en estrecha relación con él, llevaban en sí mismas los signos de la transformación, las huellas del paso del tiempo en su camino hacia el futuro. La imagen del mundo, tanto pasado como presente, quedó claramente condicionada por la experiencia de un individuo que se transformaba con el mundo, que resignificaba y daba sentido al pasado en función de sus preocupaciones sobre el presente y el futuro. Fue entonces que el espacio y el tiempo comenzaron a ser representados como condicionantes de la acción del hombre.

La expresión literaria de esta nueva experiencia de la temporalidad histórica la ubica Mijaíl Bajtín en el siglo XVIII, y la ejemplifica con la obra de Goethe, donde el mundo —espacio, tiempo y hombre—, se experimenta como una totalidad. Mientras las novelas de caballerías, la picaresca o el mismo *Quijote* tenían todavía un carácter enciclopédico, pues mostraban acontecimientos de manera sucesiva pero no integrados uno dentro de otro —uno a partir o como consecuencia de otro—, de manera que los elementos se podían aislar, omitir o intercambiar sin que el significado del relato cambiara esencialmente, en la novelística de Goethe, tal como observa Bajtín, una nueva forma de percibir el mundo determina que hombre, espacio y tiempo sean interdependientes y estén integrados en una unidad de sentido:

detrás del mundo de la novela siempre se percibe el mundo nuevo y totalizado; este mundo envía a la novela sus representantes y sustitutos que reflejan su nueva plenitud real y su carácter concreto (lo geográfico y lo histórico en el sentido más amplio de estas palabras). No todo se menciona en las novelas, pero la totalidad compacta del mundo real se percibe detrás de cada imagen de la obra, porque cada imagen vive y cobra su forma dentro del mundo.²²

Si el azar, lo incidental, el “de repente”, regían la estructura de la novela de caballerías y generaban secuencias de acciones que carecían de una conexión “necesaria” —de una necesidad de ser así y no de otro modo—, “El mundo de Goethe es una semilla germinada, real hasta el fin, existente y visible y al mismo tiempo preñada de un futuro real que carece de ella”;²³ aquí incluso el azar tiene una razón de ser.

La búsqueda de una totalidad de sentido también se convierte en una de las características de la historia moderna: “La historia, en su unicidad, destruyó el azar”,²⁴ porque incluso éste tiene una función en el relato de la historia, una actividad que

²² Mijaíl Bajtín, “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”, en *Estética de la creación verbal*, p. 238.

²³ *Ibid.*, p. 243.

²⁴ Reinhart Koselleck, “El azar como residuo de motivación en la historiografía”, en *Futuro pasado*, p. 168.

devino en “ciencia de reflexión”. Una vez que los tiempos se pensaron como radicalmente distintos, y en vista de que cada quien construía la historia desde su horizonte de experiencia —el pasado se leía desde el presente, en ello radicaba su actualidad—, esta última ya no podría enseñar nada directamente, mucho menos ejemplos de conducta o valores atemporales.²⁵ El pasado, una vez superado, sólo sería capaz de enseñar el camino que había conducido de él al presente, permitiría entender cuáles eran las circunstancias del hombre. Conforme el pasado se fue aproximando a la experiencia del hombre, se hizo cada vez menos ejemplar y más humano.

Tal es el contexto de surgimiento de la novela histórica que no sólo tendió a hacer visible el tiempo histórico y a reflexionar sobre el sentido del pasado, sino también a aprehender, exhibir o problematizar una relación cada vez más cercana y conflictiva entre el individuo, el mundo y los grandes acontecimientos de la historia, entre lo público y lo privado, exterioridad e interioridad, deber y desear; una relación que apuntaba a desacralizar la historia, a secularizarla, a hacerla más próxima al hombre y a su horizonte de experiencia, a un presente que miraba al futuro cada vez más incierto de un individuo que quizás mañana sería otro, y que en su camino percibía en sí mismo el pasado que construyó su imagen actual pero que al mismo tiempo se iba quedando atrás.

Sin embargo, según se ha visto, la nueva concepción de la temporalidad es producto de siglos de desarrollo, como también su expresión literaria, y difícilmente se presenta de manera acabada, sino que entra en una relación tensional con las formas tradicionales; de ahí que Bajtín advierta que el mismo Walter Scott, considerado padre de la novela histórica, no pudo sustraerse del todo a representaciones del pasado como

²⁵ Reinhart Koselleck, “Historia magistra vitae”, en *ibid*, pp. 62-65. Los señalamientos de este párrafo resultan particularmente pertinentes para la presente investigación porque de aquí en adelante se denominará pasado a toda referencia a tiempos pretéritos que no esté articulada bajo esta idea de unicidad, de totalidad de sentido.

un tiempo cerrado.²⁶ La manera en que se desarrolla esta nueva concepción del mundo está ligada necesariamente a una cultura determinada y a una comprensión particular del hombre y su situación espaciotemporal. Eso explica también que las características del género literario y de la representación del pasado varíen de un país a otro, tal como advierte Georg Lukács en su estudio *La novela histórica*.²⁷

De acuerdo con María Cristina Pons, quien retoma y ahonda en las reflexiones de Noé Jitrik sobre la función explicativa de la novela histórica, se trata no sólo de

un modo de representación de las condiciones materiales de existencia que refleja una conciencia histórica determinada y de una determinada manera, sino que también se produce en coyunturas históricas particulares. En términos generales, la emergencia y la producción de la novela histórica responde a grandes transformaciones o acontecimientos históricos, los cuales traen aparejados, como señala Jitrik, la necesidad de ubicarse frente a la historia, o asumir un historicismo, redefiniendo la identidad frente a tales acontecimientos.²⁸

El análisis que sigue parte de una concepción dinámica de la transformación en la concepción del espacio, el tiempo y la historia, para estudiar la representación del pasado colonial en novelas históricas mexicanas publicadas durante la República Restaurada (1867-1876). Es decir que no se trata aquí de clasificar o etiquetar a las novelas según su relación con una concepción moderna o tradicional de la historia, sino de mostrar los vasos comunicantes, de señalar las relaciones tensionales que se establecen, en un momento histórico determinado, entre diversos modos de comprender y representar el mundo. Esta forma de aproximación a las novelas ayudará a entender no sólo la especificidad de los textos y de sus modos de representar el pasado colonial sino también la imagen del hombre y del mundo que construyen en un contexto específico.

²⁶ Cf. Mijaíl Bajtín, “La novela de educación”, en *Estética de la creación verbal*, pp. 246-247.

²⁷ Cf. Georg Lukács, *La novela histórica*, pp. 71-102.

²⁸ María Cristina Pons, *Memorias del olvido*, pp. 19-20.

2. El pasado colonial visto desde la restauración de la República

Antes de pasar al análisis de la representación del mundo colonial en las novelas históricas que constituyen el *corpus* de esta investigación, es importante tratar de entender por qué los primeros años de la República Restaurada resultan propicios para ese movimiento de retorno hacia el pasado que lleva a cabo la novela histórica. En primera instancia, se trata de un momento fundacional en un sentido político. Una vez derrotado el imperio de Maximiliano y concluida la guerra civil, se reinstaló en el poder Benito Juárez, y quedó como primer magistrado de la Suprema Corte Sebastián Lerdo de Tejada. Ellos habían sido actores fundamentales en la transformación política inaugurada con la constitución liberal de 1857, pero sobre todo con las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron momentos críticos en las relaciones entre la Iglesia y el Estado —que para entonces ya se encontraban bastante deterioradas—²⁹ y definieron la dirección que posteriormente seguiría el proceso de restauración de la República.

La reforma política comprendía fundamentalmente el desarrollo de una nación de ciudadanos iguales ante la ley, cuyo único garante era el Estado; es decir, de una sociedad secularizada en la que el Estado sustituiría a la Iglesia —que hasta ese momento había jugado un papel medular en la vida pública— como responsable de la educación y como el principal regulador de la sociedad. Contemplaba asimismo una redistribución del poder que afectaba considerablemente la autonomía así como la

²⁹ Brian Connauhton, en *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria* explica el desarrollo de estas relaciones durante la primera mitad del siglo XIX como una serie de desencuentros en que la Iglesia, a pesar de su influencia social, llevaba las de perder, pues acusaba un deterioro interno que había dañado su imagen frente a ciertos sectores, lo que llevó incluso a algunos conservadores a plantear la necesidad de una vuelta al cristianismo primitivo, a una moral cristiana primigenia, más interiorizada y menos ambiciosa de influencia pública y política. Asimismo, la decadencia se debía a que el poder e influencia de la Iglesia dependía en buena medida del apoyo de un Estado que cada vez le exigía mayores contribuciones monetarias pero al mismo tiempo estaba menos dispuesto a defender sus privilegios, a permitirle conservar sus propiedades o a apoyarla para que pudiera cobrar los diezmos que cada vez se pagaban con menos frecuencia.

influencia social de la Iglesia, que desde la época colonial había sido dominante en casi todos ámbitos de la vida.

Esta reforma política iba aparejada con una de carácter económico. Hasta ese momento, el ascendiente de la Iglesia en la sociedad había estado garantizado por el poder económico de la institución, que se alimentaba de las extensas y numerosas propiedades eclesiásticas, de manera que la ley de desamortización, decretada en 1856, representó un fuerte golpe a la Iglesia, justificado desde la Reforma liberal como un medio para despojar del capital y de la propiedad de la tierra a lo que llamaban las “manos muertas” —lo que no significa que el dinero de la Iglesia no circulara, pues ella era la principal encargada de las obras de caridad, por ejemplo, pero sus dinámicas no correspondían a los nuevos principios económicos, centrados en el desarrollo del individuo y no de las comunidades tradicionales—. Se buscaba redistribuir el capital desamortizado así como dividir en parcelas las grandes propiedades (que no eran cultivadas en su totalidad) y repartirlas en pequeños propietarios para que pudieran ser explotadas de manera eficiente, con miras al progreso económico de la nación.

La reacción, por parte de la Iglesia y de aquellos grupos que estaban en contra de las políticas más radicales de la Reforma, o que defendían como punto de partida para el desarrollo de la nación un modelo hispánico —es decir, aquel que se había ido forjando desde los inicios del virreinato—, no se hizo esperar; ellos participaron activamente en la guerra de Reforma y posteriormente se unieron al proyecto imperialista que llevaría primero al trono y después al cadalso a Maximiliano de Habsburgo.

En este contexto, la restauración de la República significaba la superación de los conflictos que derivaron en la guerra civil y la intervención francesa, y que interrumpieron el proceso de Reforma y de consolidación de una República que no era la de 1824 sino la de la constitución liberal de 1857 y la Reforma. Para que este proceso

lograra su continuidad, se requería del consenso de una sociedad que hasta entonces había estado dividida. De ahí la importancia de difundir un imaginario que fortaleciera las bases de dicho proyecto, lo que explica que, casi de inmediato, se publicaran obras que contenían contenido histórico que exaltaban el triunfo del liberalismo sobre la intervención francesa. A finales de 1867 aparecieron textos de carácter monográfico, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y muerte*, de Juan de Dios Arias, y *Vindicación del pueblo mexicano en la invasión francesa de 1862*, de José María Vigil.³⁰ Bajo esta misma tendencia, a principios de 1868, se publicaron dos novelas históricas *El Cerro de las Campanas*, de Juan A. Mateos, y *Calvario y Tabor*, de Vicente Riva Palacio.

Sin embargo, la exaltación del último triunfo no parece haber sido suficiente. Hasta ese momento el liberalismo había tendido a concentrarse en la conformación de una sociedad a futuro que no tenía en cuenta las condiciones históricas del país. Su propensión a rechazar la realidad nacional heredada del pasado colonial fue uno de los factores que, según Brian Connaughton, alejaron al liberalismo de las bases populares y de un fundamento histórico en el que pudiera cimentarse; en cambio, en la medida en que la Iglesia, junto con algunos conservadores, fundaba sus proyectos políticos en el pasado,³¹ podía “otorgarse la representatividad del ‘pueblo’ histórico”.³²

Probablemente como respuesta a esa falta de anclajes en la realidad nacional, el periodo de la República Restaurada se caracterizó por la tendencia a la conformación de

³⁰ Según Antonia Pi Suñer, estos textos tuvieron como objeto “reseñar los hechos de armas que habían logrado el triunfo de las fuerzas republicanas” (Antonia Pi Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio, p. 90).

³¹ De acuerdo con David Brading, la obra histórica del conservador Lucas Alamán sirvió “para apoyar su visión de la historia y la política mexicanas y, lo que es igualmente importante, para dar contenido a sus proposiciones”, que consistían en un “gobierno autocrático en combinación con desarrollo económico. Pero asociaba su programa a una rama política abiertamente clerical, hispanista y por último monarquista” (*Los orígenes del nacionalismo mexicano*, pp. 181-182).

³² Brian Connaughton, *Entre la voz de Dios*, p. 31.

un aparato simbólico que diera sustento a ese orden que se estaba consolidando, el cual incluye la apropiación de la realidad mexicana en su conjunto. La fundación de la Biblioteca Nacional de México, la publicación de la Ley Orgánica de la Instrucción Pública, en 1867, y, al año siguiente, la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria —estandarte de la educación laica, impartida por el Estado, que sustituiría a la educación religiosa—, se pueden entender como actos simbólicos desde los cuales se afirmaba la tarea que el liberalismo y la República tenían por delante.

En conformidad con este espíritu se creó la Sección de Estadística Fiscal en la Secretaría de Hacienda, que promovió la recopilación de datos provenientes de distintas regiones del país, y que quizás motivó la escritura de las *Cuentas, gastos y acreedores de la intervención francesa*, publicado por Manuel Payno en 1868 o el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, bibliográfico de industria y comercio de la República Mexicana* (1874), de José María Pérez Hernández. Surgió asimismo la Sociedad Mexicana de Historia Natural, cuyo órgano de difusión fue el periódico *La Naturaleza*, fundado en 1869.

También se incluyen aquí proyectos tales como *El Renacimiento* (1869), periódico literario fundado por Ignacio Manuel Altamirano, que reunió las plumas de liberales como José Tomás de Cuéllar o el propio Altamirano, y conservadores como José María Roa Bárcena y Francisco Pimentel con el fin de difundir no sólo obras literarias, sino comentarios y descripciones sobre distintas regiones del país, edificios públicos y ruinas prehispánicas, efemérides y biografías de connotadas personalidades. Entre los estudios publicados en *El Renacimiento* destaca la *Descripción sinóptica de algunos idiomas indígenas de la República mexicana*, de Francisco Pimentel.

No faltaron los periódicos con claras funciones educativas destinadas sobre todo al público femenino e infantil, tales como *El Instructor de los Niños* (1870), *La*

Enseñanza (1871-1874), *Las Hijas del Anahuac* (1874), donde se instruía en ciencia, arte y moral, pues, tal como señala María Teresa Bermúdez, “la tónica del momento era buscar la regeneración social”.³³ En esta empresa frecuentemente coincidieron liberales y conservadores, aunque llegó a suceder que los periódicos se convirtieran en campos “donde las tradicionales facciones de liberales y conservadores entablaron una contienda erudita teñida de romanticismo y religiosidad, encaminada a obtener el dominio político y la salvación del pueblo”.³⁴ Si bien esto no significa que la paz en la República corriera un riesgo inminente derivado de la contraposición de posturas, sí implica un continuo debate en torno a las formas de encauzar la nación que a veces alcanzaba un tono ríspido.

El pasado, por supuesto, formó parte fundamental de la tendencia a la apropiación del conjunto de la realidad mexicana. Pero llama la atención que la escritura de una historia general, quizás por la delicadeza de los temas tratados en un género que se consideraba serio, quedara a cargo de un conservador y un liberal moderado: José María Roa Bárcena publica su *Compendio de historia profana* en 1870 y Manuel Payno, en 1871, su *Compendio de la historia de México*. En particular sobresale el hecho de que ambos autores coinciden en el desarrollo de un concepto de nación católica que aparentemente procura trascender el conflicto institucional entre la Iglesia y el Estado que había derivado en la crisis política de los últimos veinte años.³⁵ Así, por

³³ María Teresa Bermúdez, “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876”, p. 146. Incluso se puede pensar que estas tensiones afectaron al proyecto literario de Altamirano, *El Renacimiento*, pues se puede advertir que, conforme avanza la publicación, Altamirano evita los temas polémicos en sus crónicas de la semana y se manifiesta incómodo por ello, y es que las polémicas se podían desatar por asuntos tan simples como abordar el tema del suicidio en una crónica. *La Revista Universal*, el 13 de marzo de 1869 (p. 1), responde a la crónica del número 9 de *El Renacimiento*, donde Altamirano trataba de dar una explicación a los frecuentes suicidios que se presentaban en la sociedad, culpando al liberalismo, “porque nuestra sociedad, o una parte de ella, va dejando de ser ‘cristiana’”, y asegura que el mal viene de “las doctrinas y las obras del partido a que pertenece, y a cuyo triunfo contribuyó [Altamirano] con su pluma y con su espada”.

³⁴ María Teresa Bermúdez, “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876”, p. 146.

³⁵ De acuerdo con Luisa F. Rico Mansard, “La idea que Roa tiene de la historia es providencialista. Todos los sucesos provienen de Dios [...] El historiador veracruzano está convencido de que la religión católica

ejemplo, Manuel Payno destaca el papel de las órdenes religiosas en la conformación de la nación mexicana, ya que “comenzaron a echar los cimientos de la civilización cristiana, edificando no sólo templos sino estableciendo escuelas, hospitales y aún academias de música”.³⁶

La visión cristiana de la historia de Payno se refleja también en el relato de las vivencias del misionero fray Marcos de Mena, que fue publicado junto con otros relatos de tipo biográfico en *El libro rojo* (1871), como la historia truculenta de la familia Carbajal, sentenciada a la hoguera por el Santo Oficio, y cuya relación estuvo a cargo de Vicente Riva Palacio.³⁷ De esta manera, es posible detectar dos tendencias distintas en el relato histórico de los sucesos que atañen al pasado colonial, una que exalta el papel civilizador del catolicismo y sus representantes en la Nueva España, y otra que censura el papel de la institución eclesiástica en la sociedad colonial, la cual permitía justificar las tendencias secularizadoras de la Reforma. Pero fueron sobre todo las novelas las que se encargaron de difundir los grandes mitos liberales, como el origen prehispánico y la

triunfará por sobre todas las cosas” (“Don José María Roa Bárcena, el historiador”, en *Semblanza de José María Roa Bárcena*, pp. 35-36).

³⁶ Manuel Payno, *Compendio de historia de México*, apud Josefina Zoraida Vázquez, “Don Manuel Payno y la enseñanza de la historia”, p. 175. Cabe señalar aquí que Manuel Payno fue un liberal moderado que se caracterizó por su arraigada fe católica y su distanciamiento frente a las medidas radicales del liberalismo en relación con la Iglesia, particularmente la supresión de conventos y órdenes monásticas. Estuvo brevemente al servicio de Maximiliano como regente imperial y, según Bárbara A. Tenenbaum, tuvo la “esperanza de que la controversia Iglesia-Estado encontraría una solución aceptable para ambas partes, esta vez bajo una monarquía constitucional” [“Manuel Payno y los bandidos del erario mexicano (1848-1873)”, p. 91].

³⁷ Aparentemente, en lo que Antonia Pi Suñer denomina el género biográfico, comienzan a sobresalir las plumas liberales pues, además de *El libro rojo*, de Payno y Riva Palacio, en 1873 fue publicado *Hombres ilustres mexicanos. Biografía de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días* (1873), donde se compilan biografías escritas por autores como Ignacio Manuel Altamirano, Alfredo Chavero y José María Vigil —los dos últimos participaron años después en la elaboración de *México a través de los siglos*—. Esta obra se manifiesta como un intento por encadenar distintos sucesos para “escribir una historia de México que abarcase desde antes de la conquista hasta los tiempos actuales”, en ella destacan primero reyes aztecas y, después, para el periodo colonial, personalidades de la cultura (Antonia Pi Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, p. 92). También en este género destacó el conservador Manuel Rivera Cambas, con *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde Hernán Cortés hasta el C. Benito Juárez* (1872). Aquí aparece como eje temático el gobierno, que une a distintas personalidades en una sola línea de tiempo que va desde la colonia hasta la República Restaurada. Según Antonia Pi Suñer, se trata de biografías “escuetas” que cumplen con el objetivo expresado por el propio Rivera Cambas “generalizar los conocimientos históricos sobre nuestra patria” (apud Antonia Pi Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio”, p. 92).

necesidad de la independencia promovida por Hidalgo en obras como *Los mártires del Anahuac*, de Eligio Ancona (1870), *La piedra del sacrificio* (1871), de Ireneo Paz y *Sacerdote y caudillo* (1869), de Juan A. Mateos.

En este contexto, la representación del pasado colonial por parte de reconocidos liberales como José Tomás de Cuéllar y Vicente Riva Palacio, con obras como *El pecado del siglo* (1869), *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), puede entenderse como un medio para reinterpretar y poblar ese pasado, que hasta entonces había tendido a ser dominio del conservadurismo y de la Iglesia, o de pensadores moderados como Manuel Payno, con un imaginario que fortaleciera a los lectores en la convicción de la necesidad del triunfo del liberalismo, de la Reforma y la secularización, es decir, de la conformación de una nueva sociedad que tendría como eje no a las corporaciones sino a los individuos convertidos en ciudadanos: propietarios grandes y pequeños educados bajo principios racionalistas, con capacidad de elegir a sus gobernantes y cuyas relaciones en la vida pública estarían reguladas exclusivamente por el Estado.

La respuesta de algunos conservadores ante este modo de apropiación del pasado no se hizo esperar. El padre Mariano Dávila emitió, a finales de diciembre de 1868, una extensa crítica a *Monja y casada, virgen y mártir*. Por su parte, Pascual Almazán — exiliado en Puebla tras haber colaborado con el imperio de Maximiliano— publicó la novela *Un hereje y un musulmán* (1870), donde se puede advertir una censura velada a los modos de figurar el pasado por parte de otros escritores. Estas reacciones pueden entenderse como una crítica a ciertas tendencias del proyecto político que se estaba afianzando en el presente y al aparato simbólico que construía para fundamentarlas. El tema más polémico, aunque no el único, fue la tendencia del liberalismo a censurar el papel de la Iglesia en el desarrollo de la sociedad colonial, a partir del cual justificaba la secularización del presente, pero que terminaba soslayando ese papel civilizatorio que

autores como Payno y Roa Bárcena atribuyeron a la religión católica y sus representantes en la historia nacional.

Pero aquí cabe advertir que las formas de tomar posición frente a la realidad nacional que se advierten en las obras de Vicente Riva Palacio, José Tomás de Cuéllar y Pascual Almazán no explican por qué estos escritores difundieron y confrontaron su visión del pasado desde la ficción y no desde un relato histórico con pretensiones científicas, siendo que México aún carecía de una historia oficial. La respuesta parece estar, nuevamente, en el contexto específico de la República Restaurada, pues si bien es cierto que había triunfado el liberalismo, todavía había una relación tensa entre los actores de las últimas guerras y seguramente era difícil construir un nuevo relato de la historia, desde una visión liberal laicizante, que resultara aceptable para el conjunto de una sociedad que todavía se tendía a definir a sí misma en términos religiosos. Esta tendencia laicizante, si bien no significaba que los liberales fueran ateos o enemigos del catolicismo —más bien todos ellos eran católicos—, sí implicaba la redefinición de la nación a partir de otros elementos distintos a la religión, a lo que pensadores como Payno no se mostraban particularmente inclinados.

También cabe considerar que se trataba de una época de reacomodo de fuerzas políticas donde incluso se presentaron divisiones entre liberales: Vicente Riva Palacio y José Tomás de Cuéllar, aunque eran colaboradores del nuevo régimen, se habían opuesto a la reelección de Benito Juárez en 1868, lo que derivó en el exilio del segundo, y en una serie de roces entre Riva Palacio y Juárez que, en 1870, obligaron al primero a salir del país.³⁸

³⁸ Riva Palacio manifestó su desacuerdo en relación con aquellos legisladores y magistrados, como Sebastián Lerdo de Tejada, que se habían constituido en el círculo de confianza Juárez, tal como se puede advertir en la carta dirigida al presidente publicada el 19 de febrero de 1969 en *El Siglo Diez y Nueve*, donde asegura que hay un “círculo impenetrable que rodea al gobierno” y que “Hay hombres [...] que son una barrera impenetrable para la unión de dos enemigos” (p. 1). De acuerdo con Esther Martínez Luna, el detonante del distanciamiento entre Juárez y Riva Palacio fue que este último impulsó un proyecto para

Asimismo, fue un momento de debates en torno a la forma de encauzar la nación. La élite política, que buscaba legislar en pro del progreso material del país, se enfrentaba a la necesidad de resolver una crisis social que no parecía tener fácil solución: parálisis comercial, robos y asaltos en los caminos, falta de policía y una resistencia a participar en el nuevo proyecto que denunció *La Orquesta*, periódico en que colaboraba Riva Palacio, en agosto de 1868:

La oposición es terrible, pero no la oposición de los periodistas; porque esa no puede llamarse en el estado actual oposición, sino esfuerzo supremo para vigorizar la patria y el gobierno; ni las revoluciones locales, porque esas no pueden llamarse sino motines más o menos grandes, no, sino la oposición del país, de los ciudadanos, de los pueblos, esa fuerza de inercia que hace huir a los designados por la opinión, de los destinos públicos, a los ciudadanos de la vida activa de la política, a los ricos del espíritu de asociación y de empresa, y a los hombres de corazón de la lucha en la tribuna y en la prensa.³⁹

José Tomás de Cuéllar, por su parte, señalaba los abusos de la autoridad, su falta de ilustración y espíritu de sacrificio, y la ignorancia del pueblo: “Los ambiciosos, los falsos demócratas, los aspirantes asaltan el poder, avasallando al pueblo, porque el pueblo es ignorante”.⁴⁰ En este sentido, la representación del pasado se convirtió en un medio para reflexionar sobre los problemas que aquejaban al presente.

Es desde el presente de crisis social y reacomodos políticos que se escribieron novelas históricas, y la novela, según aseguró Ignacio Manuel Altamirano en “Revistas literarias de México (1821-1867)” (1868):

“distribuir de manera igualitaria el presupuesto de los egresos entre los funcionarios de la federación, los del ejecutivo y los del congreso” (“Vicente Riva Palacio: El político que quiso ser escritor”, p. 20); una vez que Juárez rechazó dicho proyecto, Riva Palacio renunció a su cargo de magistrado y poco después viajó a Europa.

³⁹ *La Orquesta*, 14 de agosto de 1868, p. 1. François-Xavier Guerra, en *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, muestra el siglo XIX precisamente como un periodo en que los proyectos de reforma se enfrentan precisamente con una sociedad, e incluso con la misma élite política, marcada por usos, costumbres y mentalidades surgidas en el periodo colonial que generan una resistencia frente a los proyectos de una reforma que se opone precisamente a esos usos coloniales y que, sin embargo, muchas veces se ve obligada a transigir con ellos.

⁴⁰ José Tomás de Cuéllar, *La Linterna Mágica*, 7 de noviembre de 1868, p.1.

no es solamente un estúpido cuento [...] es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa; en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la Biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario.⁴¹

La novela era aquí concebida como un medio de hacer propaganda política, de difundir ideologías, predicar lecciones morales y educar a la población en el presente,⁴² porque es este último el que estaba en proceso de construcción y sobre el que giraban las grandes preocupaciones de los hombres de la República Restaurada.

La novela histórica, siendo un género literario que se manifestaba abiertamente propagandístico, se entendería entonces como un medio de difundir una postura política, una serie de valores, una visión de mundo. A través de los relatos sobre el pasado —el cual fungía como medio de legitimación—, se podría incluso defender o cuestionar proyectos de reforma en el presente.

⁴¹ Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas literarias de México (1821-1867)”, p. 39.

⁴² Elías José Palti asegura que en la República Restaurada se desarrollan dos tipos de discurso político, uno proselitista —más cercano a Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano— y otro pastoralista —representado principalmente por Gabino Barreda—; en ambos casos se trata de discursos que buscan unificar la opinión pública en torno a determinados temas, la diferencia es que en el primero el oyente tiene un papel más activo y está en un nivel de igualdad frente al orador que busca convencerlo, mientras que en el segundo quien emite el discurso funge como una especie de autoridad que ha de guiar al rebaño, al resto de los ciudadanos, de manera que el emisor tiene un estatus superior —por sus conocimientos, por su cultura— frente a su auditorio (cf. Elías José Palti, *La invención de una legitimidad*, pp. 316-338, 395-416). Según se verá a lo largo de este estudio, los narradores de *Monja y casada* y *El pecado del siglo*, de Riva Palacio y Cuéllar, respectivamente, son los más cercanos a la figura de autoridad, pues tienden a imponer una visión de mundo; en cambio, el de *Un hereje y un musulmán* tiende a dialogar más con el lector, a proponer cuestionamientos más que a desarrollar posicionamientos unilaterales.

3. *Monja y casada, virgen y mártir:*

A pesar de todo, la Reforma prevalece

3.1. *El presente que juzga la Colonia*

Tal y como se ha venido apuntando, una de las características fundamentales de la novela histórica —y en general del relato histórico— es que el pasado se mira desde y en función del presente; éste atribuye al acontecer su carácter de pasado o de historia. Así, el primer problema que enfrenta el investigador consiste en determinar en qué consiste y cómo se construye la dimensión de pasado o de historia en cada novela a partir del presente de enunciación; es decir, cuáles son las características de ese movimiento hacia el pasado que se genera desde la República Restaurada y a partir del cual se construye una imagen de mundo, pasado y presente.

Antes de comenzar con el análisis de *Monja y casada*, cabe señalar que la distinción entre pasado e historia es aquí fundamental porque no todos los sucesos que se atribuyen al pasado se convierten necesariamente en históricos. El pasado se puede definir actualmente como una serie de sucesos que acontecieron en un tiempo pretérito, pero que aparecen inconexos, y es la historia la que los sistematiza, les da un sentido y una orientación particular al organizarlos en una narración en que uno aparece como origen o causa de otro, o uno como derivado de otro.⁴³ Son este tipo de relaciones las que permiten, por ejemplo, figurar el pasado como origen del presente, que es uno de los modos posibles de representar la historia. En este sentido, la tendencia que observo en *Monja y casada* consiste en mostrar el carácter de pasado del mundo colonial, más que su dimensión histórica, pues los sucesos no se articulan a partir de una serie de

⁴³ De acuerdo con Hyden White, “el historiador ordena los hechos de la crónica en una jerarquía de significación asignando las diferentes funciones como elementos del relato de modo de revelar la coherencia formal de todo un conjunto de acontecimientos, considerado como un proceso comprensible con un principio, un medio y un fin discernibles” (*Metahistoria*, p. 18).

relaciones que los revelen como una totalidad de sentido, como uno derivado de o condicionado por otro.

Es cierto que la novela, publicada por entregas a partir de mediados de junio de 1868, fue anunciada en los periódicos como un relato de sucesos históricos:

El autor ha tenido la oportunidad de consultar detenidamente los archivos del sangriento tribunal de la Inquisición, y de allí ha tomado el argumento de la interesante novela que anunciamos.

Los principales personajes que figuran en la historia, así como los episodios más notables que se representan en la ciudad, en el palacio de los virreyes y en los oscuros subterráneos del Santo Oficio, son verdaderamente históricos.⁴⁴

Asimismo, en la carta que Riva Palacio dirigió al editor de la primera edición completa de la novela, fechada el 8 de julio de 1868, asegura que “Los personajes y los episodios son históricos, y he logrado encontrar preciosos datos en la gran oscuridad que envuelve la historia de las costumbres de la época”.⁴⁵ En ambos casos “historia” tiende a entenderse como datos, un contenido que está dado de antemano y que, al haber sucedido en el pasado y estar documentado, es “verdadero”.

En conformidad con en esta tendencia a aludir la índole “verdadera” de los sucesos narrados, se enfatiza el carácter de voz autorizada de Riva Palacio —autor implícito que tiende a confundirse con el narrador en la novela—, en tanto que su relato parte de fuentes documentales. Además, el hecho de que era del dominio público que, desde 1861, Riva Palacio tenía en sus manos los archivos de la Inquisición —los cuales le fueron entregados por orden de Benito Juárez, bajo el encargo de “publicar un libro que evidenciara las injusticias y los excesos que había cometido la Iglesia”—,⁴⁶ sugería que la novela presentaría esos datos encontrados en los archivos, los cuales abonarían argumentos en contra de la Iglesia. Todos estos elementos en conjunto van induciendo

⁴⁴ *La Iberia*, 10 de julio de 1868, p. 3.

⁴⁵ La primera edición de la novela completa estuvo a cargo de Manuel C. de Villegas, a quien va dirigida la carta de Riva Palacio, y fue publicada por la Imprenta de la Constitución Social.

⁴⁶ Esther Martínez Luna, “Vicente Riva Palacio, el político que quiso ser escritor”, p. 18.

al lector a creer que los sucesos narrados ocurrieron realmente en el pasado, que son “verdad”; con ello se disimula la dimensión organizativa, valorativa e inventiva del relato novelesco o del histórico,⁴⁷ donde interviene la visión de mundo de quien narra los sucesos.

Más que un historiador o un novelista, el narrador se muestra como un juez del pasado. Su tendencia a generar y promover una valoración determinada del mundo colonial se evidencia desde las primeras líneas: “se vivía entonces muy diferentemente de como hoy se vive. A las ocho de de la noche casi nadie andaba ya por las calles [...] los perros vagabundos se apoderaban de las calles desde la oración de la noche y atacaban como unas fieras a los transeúntes. / Los truhanes y ladrones tenían carta franca para pasear por la ciudad”.⁴⁸ El mundo del pasado, además de ser desordenado e inseguro, se mostrará sobrecargado de instituciones eclesiásticas que generan el tumulto de 1624 o que torturan a la monja y casada; aparecerá poblado también por malvados como el español avaro, el concupiscente salteador de caminos, la bruja que ofrece sus servicios para fines malévolos y fomenta la superstición, la plebe que promueve el desorden, conspira o comete crímenes.

La actitud valorativa del narrador que emite juicios frente al mundo narrado tiende a asemejarse más a la postura de la *auctoritas* clásica que a la del historiador moderno. Juzga, critica, pero no explica por qué ese mundo tenía que ser así en un contexto determinado; no profundiza en las condiciones culturales, socioeconómicas o políticas que pudieron determinar los acontecimientos del pasado, pues así genera la imagen de que se trata de un mundo donde predomina la irracionalidad o la arbitrariedad. En este sentido, *Monja y casada* presenta una poética muy distinta a

⁴⁷ Cf. Hyden White, *Metahistoria*, p. 18. La invención en el relato historiográfico atañe a la forma de organizar los sucesos en un sentido determinado, como principio, medio o fin, o atribuyéndoles una organización jerárquica particular.

⁴⁸ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. I, pp. 4-5.

aquella con que Georg Lukács caracterizara a la novela histórica como un esfuerzo por derivar las acciones de los personajes del espíritu de una época: “Lo importante es procurar la vivencia de los movimientos sociales e individuales por los que los hombres pensaron, sintieron y actuaron precisamente del modo en que ocurrió en la realidad histórica”.⁴⁹ El narrador de la novela de Riva Palacio, por medio de los juicios que emite sobre el pasado, procura fortalecer la convicción de que el presente es un tiempo mejor, antes que promover una actitud comprensiva o empática frente al pasado.

Aquí cabe aclarar que la actitud valorativa del narrador frente a los sucesos narrados no significa que no haya habido cambios en la forma de situarse frente al pasado. Lo que distingue al narrador de la *auctoritas* clásica consiste en que no son los historiadores o los hombres sobresalientes del pasado —dotados con un conocimiento particular— los que se manifiestan como fuentes de verdad o de sabiduría. Ante la ausencia de algún personaje que funja en la novela como voz autorizada, así como de referencias directas al historiador o historiadores que pudieron servir de fuente documental, ya sea del pasado o del siglo XIX,⁵⁰ el único investido de autoridad para juzgar los hechos del pasado es el narrador, que se ubica en el tiempo inaugurado por la Reforma. Asimismo, en lugar de que se deriven del pasado los ejemplos que deben regir la conducta en el presente, aquél pasa a convertirse en un contraejemplo.

El pasado, entonces, ha dejado de ser la única fuente de sabiduría; en él no está dicho todo, y el presente no está destinado a seguir los ejemplos de los ancestros sino a encaminarse en una dirección distinta. El tiempo ya no se repite a sí mismo. Sin embargo, ante la falta de otras voces que expresen su punto de vista sobre el pasado, con

⁴⁹ Georg Lukács, *La novela histórica*, p. 44. Según Lukács, “cuanto más alejado se halle un periodo histórico, con las condiciones de vida de sus actores, tanto más se tiene que concentrar la acción en presentarnos clara y palpablemente esas condiciones de vida, para que no miremos la peculiar psicología y ética resultante de estas condiciones como una mera curiosidad, sino para que revivamos una etapa del desarrollo de la humanidad que nos interesa y nos conmueve” (*idem*).

⁵⁰ Más adelante veremos que en las novelas de José Tomás de Cuéllar y Pascual Almazán sí están presentes esas voces autorizadas, ya sea en la forma de un personaje o en la cita a ciertos documentos.

las que dialogue el narrador al interior del relato y a través de los cuales se generen matices o contrapuntos frente a la postura de este último, el contenido de la historia y los juicios sobre el pasado parecieran tan inamovibles como los de la autoridad clásica, pues es una sola “verdad”, en este caso la de esta voz narrativa del presente, la que construye el sentido del mundo.⁵¹

Las únicas dos ocasiones en que el narrador sugiere la existencia de otros puntos de vista sobre la historia, en el capítulo XII del libro tercero y en el capítulo VI del libro cuarto, es para descalificarlos, apelando a la verdad de lo narrado. Una de ellas consiste en la transcripción —según lo asegura el narrador—⁵² de un edicto inquisitorial en que se conmina a los habitantes de la ciudad a denunciar a Blanca de Mejía, la monja y casada. La otra es una respuesta del narrador a una crítica o cuestionamiento formulado fuera del texto: “Los que niegan que la Inquisición quemara multitud de personas, no tienen sino que ocurrir a los autos de fe que corren impresos por todas partes” y “si alguien levantase la voz negando los hechos que referimos y defendiendo al Tribunal de la Inquisición, documentos irreprochables tenemos para confundirles”.⁵³

Es esta “verdad” sobre la Inquisición la que busca imponer el narrador de la novela, una que era objeto de controversia en la época del autor, tal como lo atestigua

⁵¹ Cabe aclarar que las estrategias narrativas de Vicente Riva Palacio cambiaron con el paso del tiempo. En *Memorias de un impostor* (1872), los personajes del pasado, que anticipan el porvenir en algunos de sus comentarios, también participan en la explicación de las relaciones que existen entre pasado narrado y presente del narrador. Asimismo, el diálogo del narrador con el lector, con las voces que rechazan su discurso antiinquisitorial, así como con los documentos que le sirven de fuente está presente en una buena parte de la novela. Incluso hay momentos en que el narrador aparenta hacer a un lado su opinión para permitir que el lector juzgue por sí mismo: “Opinaron los inquisidores que toda esa historia era un tejido de mentiras y falsedades inventadas por don Guillén; pero como nada prueba que esta historia fuera lo que pensaban los inquisidores, y verdad como sostenía Guillén, el autor de este libro no se atreve a inclinarse ni a una ni a otra opinión, y pone aquí la historia de don Guillén como él la refirió” (Vicente Riva Palacio, *Memorias de un impostor*, t. II, pp. 112-113).

⁵² Cf. Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. II, p. 106-110. Yun Sook-Kim (“Desde la historia...”, p. 60) es hasta ahora la única estudiosa que asegura que Blanca de Mejía es un personaje histórico, pero no explica en qué se basó para hacer esa aseveración. Si bien en el edicto de la novela aparece el nombre de Blanca de Mejía, éste bien pudo ser un añadido de Riva Palacio. También es posible que Riva Palacio viera entre los archivos de la Inquisición un edicto que denunciaba a una tal Blanca de Mejía y de ahí partiera para construir un relato ficticio, pero nadie ha comprobado hasta ahora la existencia del personaje en los documentos inquisitoriales.

⁵³ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. II, p. 223.

una polémica que tuvo lugar en los periódicos al mismo tiempo que se publicaban las entregas de *Monja y casada*. Dicha polémica parece haberla iniciado el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, el 6 de agosto de 1868 —un mes antes de que se publicara la última entrega de *Monja y casada*—. Según este periódico, *La Revista Universal* afirmaba que publicaría unos artículos con los que buscaba “desmentir algún error de esos que han introducido los modernos novelistas, buscadores de escenas horripilantes para confeccionar dramas románticos”,⁵⁴ y tales afirmaciones representaban, desde el punto de vista de *El Siglo Diez y Nueve*, un ataque a la novela de Riva Palacio. Por su parte, *El Constitucional* demandó una respuesta de *La Orquesta*, periódico en que colaboraba Riva Palacio, frente a los dichos que se atribuían a *La Revista Universal*. *La Orquesta* contestó el 8 de agosto con un “violín”, en que se asegura que “no es preciso buscar / donde se pueden hallar / como quien dice, al acaso / [...] / mil innegables verdades”.⁵⁵

En esta respuesta, como ocurre con las aseveraciones del narrador en la novela, no se admite posibilidad de discusión, simplemente se reafirma la “verdad” indiscutible de lo dicho en torno a la Inquisición, y resulta sumamente notable que el único aspecto abordado en la novela cuya veracidad enfatizan el narrador de *Monja y casada* y *La Orquesta* —en el “violín” arriba mencionado, muy probablemente de la autoría de Riva Palacio— es el de la Inquisición y los crímenes que se le atribuyen.

⁵⁴ *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de agosto de 1868, p. 3 y *El Constitucional*, 7 de agosto de 1868, p. 2. Este debate lo localizó originalmente Leticia Algaba, en *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, pp. 28-30.

⁵⁵ *La Revista Universal*, el 19 de agosto de 1868 (p. 3), desmintió los dichos de *El Siglo Diez y Nueve* y *El Constitucional*, y aseguró que no había publicado sino elogios, como el de que la novela manifestaba “el estudio que ha hecho su autor del lenguaje y costumbres de la época que describe” y que “el buen sentido y la instrucción del autor [...] son una garantía de que no será alterada esencialmente la historia, ni mucho menos calumniada la memoria de ninguno de nuestros antepasados”. Los elogios de *La Revista Universal* a Riva Palacio —donde en dado caso se puede advertir una velada exigencia a la novelística del autor, pero no una censura como la que tendrá lugar a finales del año, con las “Breves observaciones” que publicó Mariano Dávila— sí los he localizado en la publicación del 29 de julio de 1868. En cambio, no pude encontrar la crítica a la que aluden *El Siglo Diez y Nueve* y *El Constitucional*. Carezco de elementos para comprobarlo, pero quizás se trata de un malentendido generado por *El Siglo Diez y Nueve*, un periódico identificado con el liberalismo moderado, que con cierta frecuencia entraba en polémicas con la conservadora *Revista Universal*.

Más tarde, en diciembre de 1868, el sacerdote Mariano Dávila emitió una crítica a la “veracidad” de la novela que abarcaba numerosos aspectos, tanto históricos como literarios. Sin embargo, la respuesta de Riva Palacio nuevamente se centró en el tema de la Inquisición y en el fanatismo que su novela atribuía al pasado, y advirtió, en un señalamiento con tintes de amenaza, que la crítica de Dávila constituía un “ataque a todas nuestras instituciones modernas y a las conquistas de la civilización y de la reforma”.⁵⁶

El movimiento hacia el pasado que realiza el liberal de la República Restaurada en 1868, a través de una novela titulada “Historia de los tiempos de la Inquisición”, se centra, en buena medida, en mostrar a la institución eclesiástica más representativa del pasado colonial como represora de conciencias, torturadora y fomentadora de supersticiones. Aquí la novela hace eco de la leyenda negra cultivada en Europa desde el siglo XVIII para desacreditar a España, presentándola como una nación incivilizada; se trata de un imaginario del que se apropiaron los mexicanos independentistas para legitimar la Independencia, pero que en la República Restaurada toma un sentido distinto. La Inquisición ya no equivale al régimen español, sino al pasado eclesiástico que se opone al presente de la Reforma; a partir de esta oposición se evidenciará el carácter benéfico de las “instituciones modernas”, que por contraste aparecen como defensoras de las libertades individuales, promotoras de la educación y la civilización.

Desde las primeras líneas de la novela, el narrador se encarga de reforzar los vínculos del pasado con la institución eclesiástica:

Hace dos siglos y medio México no era ni la sombra de lo que había sido en los tiempos de Moctezuma, ni de lo que debía ser en los dichosos años que alcanzamos.

Las calles estaban desiertas y muchas de ellas convertidas en canales; los edificios públicos eran pocos y pobres, y apenas empezaban a proyectarse esos

⁵⁶ Vicente Riva Palacio, “Dos palabras”, *La Orquesta*, 16 de junio de 1869, p. 2.

inmensos conventos de frailes y de monjas que *la mano de la Reforma ha convertido ya en habitaciones particulares*.⁵⁷

Así, esos “tiempos de la Inquisición” y de los conventos aparecen marcados ideológicamente desde un principio y en oposición a las tendencias secularizadoras del presente de la República Restaurada; se revelan, pues, como otros tiempos, distintos al presente e incluso ajenos, como pertenecientes a una institución que ha sido desterrada del presente republicano. Ellos dan un sentido particular a los sucesos que rodean a la monja y casada, virgen y mártir, un personaje que, desde la forma en que es caracterizada en el título de la novela, así como en los que encabezan las cuatro partes en que se divide el texto —“El convento de Santa Teresa la Antigua”, “Las dos profesiones”, “Monja y casada”, “Virgen y mártir”—, tiende a reafirmar el carácter eclesiástico de un mundo narrado que coarta su libertad, porque si algo queda claro es que Blanca de Mejía no quiere ser monja, y a eso la obliga el mundo colonial.⁵⁸ En este sentido, el presente en que los conventos se han convertido en “habitaciones particulares” se entiende como aquel en el que los hombres pueden vivir libres, en un mundo ajeno a la supuesta opresión que la Iglesia ejercía en el pasado.

La dura reacción de Riva Palacio ante la crítica de Mariano Dávila sólo se explica si consideramos que la Inquisición y la Iglesia son un símbolo, encarnan todos los vicios y errores que se atribuyen al pasado; su censura es un medio para afianzar la convicción en las bondades del presente y del proyecto político triunfante, que representa la superación de ese pasado. En cambio, la crítica de Mariano Dávila iba en un sentido opuesto; no negaba que la Inquisición quemara y torturara, pero matizaba la

⁵⁷ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. I, p. 3-4. Las cursivas son mías.

⁵⁸ Más adelante veremos que esta claridad en cuanto a lo que Blanca no quiere ser va acompañada, sin embargo, de una ausencia de proyectos personales, de una falta de dirección en su propia existencia. Así, surge la pregunta: ¿libertad para qué? La negación del pasado no es contrarrestada con la afirmación de una existencia en otro sentido que, indique, por ejemplo, el camino que, en contraste con el pasado, debe seguir el individuo en el futuro.

crítica, y esos matices le servían de punto de partida para cuestionar el presente de la Reforma:

que semejantes providencias no sólo han sido de la época en que era dicho vulgar: “Al rey y a la Inquisición chitón”; sino adoptadas con mayor generalidad y rigor, aunque no con tanta justicia, por los “reformadores, progresistas y tolerantes” desde su nacimiento, en todos los países para tomar posesión de los bienes que afirmaban pertenecerles por éste o aquel derecho [...] Antes se tenía por dogma social: “El rey es dueño de vidas y haciendas...” ¿Y ahora? Ahora que todos somos soberanos, por doquier se miran ruinas y escombros, horadaciones y andamios, que señalan los restos de aquellas comunes y útiles propiedades que “la mano de la Reforma ha convertido ya en habitaciones particulares...”⁵⁹

El liberal Riva Palacio construye su imagen de presente en oposición al pasado, como su superación. En cambio, el conservador Dávila tiende lazos de semejanza entre uno y otro, de manera que la Reforma y los gobiernos seculares aparecen tan destructivos como la Inquisición. Este último, al relativizar los supuestos males del pasado también estaba relativizando los beneficios del presente. En ambos casos, la apropiación del pasado constituye un medio para aludir directamente al presente, para debatir en torno a él, ya sea afirmándolo o negándolo. Así lo confirma Riva Palacio en una de sus respuestas a Mariano Dávila: “El partido liberal cuenta en su apoyo para vencer, con la razón y la historia”.⁶⁰

El objetivo del narrador de *Monja y casada* no era discutir una visión de mundo y de pasado con otros historiadores o con los conservadores que ya habían sido derrotados, aquellos que más se habían esforzado por tender lazos entre el pasado colonial y el presente a través de la reflexión histórica, como fue el caso de la obra de Lucas Alamán. Más bien se trataba de conformar y difundir aquella visión de la historia que permitía afianzar los valores del liberalismo posterior a la Reforma —civilización, racionalidad, secularización, ciudadanía, igualdad ante la ley, libertades civiles—,

⁵⁹ [Mariano Dávila], “Breves observaciones”, *La Revista Universal*, 4 de diciembre de 1868, p. 3.

⁶⁰ Vicente Riva Palacio, “Dos palabras”, *La Orquesta*, 16 de julio de 1869, p. 2

precisamente aquella que se estaba construyendo en oposición a una de las instituciones que más se identificaba con el pasado. Se trataba de unificar el imaginario sobre la nación en un sentido determinado, el del liberalismo reformista, que convertía conventos en habitaciones particulares, y así rechazaba la disposición del espacio social de los tiempos coloniales —donde la Iglesia, símbolo aquí del corporativismo, la desigualdad social, la superstición, la irracionalidad y la coerción sobre las personas y las conciencias, ejercía un papel activo en la vida pública—.

3.2. El pasado y lo histórico

En la novela se pueden detectar numerosos elementos que enfatizan la distancia entre los tiempos y que crean la ilusión de que el mundo narrado pertenece a un tiempo pasado, distinto y ajeno al presente. Al subtítulo de la novela y la intervención inicial del narrador, citados arriba, se añaden las fechas, que aparecen desde el título del primer capítulo: “De lo que pasaba en la muy noble y leal ciudad de México, en la noche del 3 de julio del año del Señor de 1615”. Aquí es posible observar que se emplea un lenguaje que el lector puede identificar como arcaico, asociado con los usos coloniales y no con el presente, de manera que continúa la tendencia a enfatizar la distancia entre los tiempos, más que la cercanía o la relación que vincula a uno como antecedente del otro. Asimismo cabe señalar que el narrador recurrirá a las fechas cada vez que aparezcan en la novela grandes sucesos documentados —en este caso la fundación del convento de Santa Teresa, más adelante, el tumulto de 1624—; así se remarca el hecho de que la diégesis se sitúa en otra época, y se genera la imagen de que los acontecimientos narrados son históricos en el sentido de que efectivamente sucedieron.

Sin embargo, el énfasis en la “verdad” de los sucesos narrados —que ya se había mencionado previamente— no significa que la fidelidad documental haya sido la base

para construir esta “historia de los tiempos de la Inquisición”, ni siquiera que el objetivo haya sido ofrecer datos históricos fidedignos, según se aseguraba en los anuncios de la novela o en la carta al editor —éstos, a fin de cuentas, son recursos que permiten garantizar la credibilidad del texto—. *Monja y casada* tiende a mezclar acontecimientos y personajes históricos que cronológicamente no coinciden, los aglomera en un solo espacio —la ciudad de México—, en un lapso de apenas ocho años. En medio de la fundación del convento de Santa Teresa (1616) y el tumulto de 1624, aparecen Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) y Martín Garatuza (1601-?), cuyas aventuras se registran a partir de 1642. Así se genera la impresión de que se trata de un tiempo recargado de sucesos y personajes históricos,⁶¹ pero al mismo tiempo nos obliga a considerar que la novela, en lugar de explicar y dar sentido a ciertos hechos históricos que tuvieron lugar en un momento determinado, se propuso elaborar una imagen de pasado que abarcara una serie de temas que resultaban relevantes para el presente, o que al menos estaban vigentes en el imaginario de los lectores de 1868, y sobre los cuales se construirá una valoración determinada.

De hecho, esta tendencia a abordar temáticas específicas se impone a la posibilidad de construir una imagen totalizadora del mundo que llevara a explicarlo en su conjunto, de manera que el pasado pudiera manifestarse como origen del presente o, al menos, que pudiera explicar su razón de ser así. En la novela los acontecimientos y personajes históricos —como también ocurre frecuentemente con los ficticios, según se

⁶¹ En *Martín Garatuza* (1868-1869) ocurre algo similar: se vincula a la familia Carvajal, cuya historia abarca de 1583 a 1601, y se mezcla con las aventuras del histórico Martín Garatuza que, como ya se dijo, tuvieron lugar a partir de 1642 (cf. Raffaele Moro, “Las distintas memorias”, pp. 3-6), siendo que en la narración se ubican en 1626, año que sí coincide con el gobierno del marqués de Cerralvo y, según Riva Palacio, con la acusación de un padre de apellido Salazar por conspiración (*México a través de los siglos*, p. 591). En esta novela se refinan los recursos para asociar el pasado distante, propiamente histórico, de los carvajales con el presente de la diégesis, ya que la historia se cuenta en retrospectiva y el punto de unión son los descendientes ocultos de dicha familia, que en su mayoría pereció en el auto de fe de 1601; sin embargo, la presencia anacrónica de Martín Garatuza sigue sin estar justificada, al grado que parece un comodín de la historia, y ese es uno de los anacronismos que atacó desde el principio Mariano Dávila en sus “Breves observaciones” a *Monja y casada*.

verá más adelante— tienden a aparecer yuxtapuestos: de la fundación del convento de Santa Teresa, con que inicia el relato, no se deriva necesariamente el tumulto de 1624, con el que concluye la narración de hechos documentados en la novela. Asimismo, la presencia de Sor Juana no se justifica históricamente, pero tampoco narrativamente; pudo ser cualquier otra monja la que desempeñara su papel en la novela y ello no hubiera modificado los sucesos narrados.⁶² Lo mismo ocurre con Martín Garatuza, cuyos rasgos históricos serán aprovechados principalmente en *Martín Garatuza* (1868-1869), y no en *Monja y casada*.

La fundación del convento de Santa Teresa, el tumulto de 1624, los tormentos inquisitoriales, la presencia en la novela de Sor Juana y de Martín Garatuza, como adlátere del arzobispo Juan Pérez de la Serna, sólo se relacionan en la medida en que permiten abordar distintos aspectos de una misma temática que el narrador señala desde el principio de la novela: el papel dominante, en el mundo colonial, de una institución religiosa que monopoliza el capital y los productos, con lo que provoca carestía; se asocia con los sectores más viciosos de la sociedad y defiende intereses mezquinos; promueve tumultos y desorden en la vida pública; se opone a las disposiciones de la

⁶² Marco Antonio Chavarín ha señalado previamente que *Monja y casada* sigue el modelo de aventuras de la obra de Dumas y que:

la subordinación de lo histórico a la ficción en Dumas y su característica agilidad en la gran cantidad de diálogos, permitían a la novela entretener al lector mientras se le enseñaba, en este caso, no Historia sino visiones de mundo.

De ahí que la fidelidad histórica no haya sido necesaria. Lo único necesario sería la imagen o el argumento que pudiera causar determinado efecto en el lector, aquello que pudiera convencerlo de lo positivo de la propuesta. (Marco Antonio Chavarín “*Monja y casada...*”, p. 29).

En el presente estudio lo que nos interesa mostrar son las implicaciones de esta forma de representar la historia en lo que atañe al género, la forma narrativa y la configuración del tiempo. En efecto, *Monja y casada* se rige por el modelo antiguo de la novela de aventuras, donde, según explica Bajtín en “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela” (pp. 237-318), la casualidad determina los encuentros y desencuentros de los personajes. Sin embargo, ello representa un problema cuando la novela se sitúa en un contexto que la vincularía automáticamente con la historia moderna, que justamente pretende explicar los acontecimientos, dar un sentido global al conjunto, y ese es el problema que se aborda en el presente estudio. Aunque aquí no se estudiará si *Monja y casada* tiene una influencia clara de la obra de Dumas, también cabe señalar que la forma de articular acontecimientos en la novela de Riva Palacio muestra considerables diferencias, por ejemplo, frente a *El conde de Montecristo*, o con *Los tres mosqueteros*, donde sí se tiende a construir una imagen de mundo como totalidad de sentido.

autoridad civil e impide reformas sociales; tortura y reprime a personajes cuyo mayor pecado es no querer ser enclaustrados, es decir, no querer renunciar a la vida en el mundo secular.

Esta forma de sumar acontecimientos históricos que cronológicamente no coinciden conduce directamente al problema de los anacronismos en la novela histórica. Existen anacronismos que se caracterizan por aproximar el pasado al presente para hacerlo comprensible una vez que la distancia temporal los ha alejado y ha oscurecido el sentido del pasado: unos “traducen” el pasado para el presente por medio de conceptos o palabras que no existían en la época representada; otros explican los hechos del pasado en función de lo que ocurrió después, atribuyendo al suceso un sentido que los protagonistas no podían predecir o imaginar siquiera⁶³ —por ejemplo, mostrar determinado suceso como antecedente de la Independencia—. ⁶⁴ En cambio, los anacronismos que tienen lugar en *Monja y casada* tienden a soslayar la especificidad histórica de los sucesos —el hecho de que tuvieron lugar en un momento singular e irrepetible— para configurar una imagen de época —entendida más como bloque de tiempo, que aglomera sucesos pasados, que como acontecer histórico—, en la que destaca la distancia, la oposición, frente al presente.

El objetivo de esta novela histórica, hay que insistir en ello, parece dirigirse a promover una valoración determinada sobre los acontecimientos y personajes que se

⁶³ George Lukács parte de la filosofía de Hegel para explicar la función del “necesario anacronismo”, que consiste fundamentalmente en que el pasado plasmado sea “reconocido y vivido como *prehistoria necesaria* del presente”; desde esta perspectiva, no es necesario renunciar a la “verdad histórica esencial”, sino sólo darle un sentido particular, motivado por una “necesidad estética e histórica” (Georg Lukács, *La novela histórica*, p. 69). Por su parte, Celia Fernández Prieto reconoce dos tipos de anacronismo, el verbal y el anacronismo diegético (Fernández Prieto, *Historia y novela*, pp. 192-197), que son, básicamente, los que se explican arriba.

⁶⁴ Este tipo de anacronismos sí tienen lugar en otras novelas de Riva Palacio, como en *Memorias de un impostor* (1871), donde Guillén de Lampart asegura “en lo porvenir los pueblos serán los reyes, y los reyes serán los servidores del pueblo... algún día” (t. II, p. 189). Queda entonces por investigar cómo se construyen las relaciones temporales en otras novelas de Riva Palacio donde, sin embargo, también se presentan problemas narrativos semejantes a los de *Monja y casada*.

identifican con el pasado, y que ya eran conocidos por los lectores.⁶⁵ En este sentido se aleja de otras tendencias que se pueden atribuir al género narrativo, como enseñar historia —entendida como sucesos documentados que tuvieron lugar en una época determinada—, popularizar un periodo histórico entre los lectores —como ocurría con el mundo medieval de Walter Scott—, o mostrar la historia como proceso que conduce del pasado al presente. Según se observará a lo largo de este estudio, lo que prevalece en la novela, en lugar del relato “fidedigno” de los hechos del pasado, o el estudio de las fuerzas que interactuaron en un momento histórico determinado, será la “verdad” en torno al significado de los elementos que se señalan como dominantes en el pasado.

Así, por ejemplo, tal como advierte Leticia Algaba, el tumulto de 1624 “figuraba en *Los tres siglos de México* (1836), de Carlos María de Bustamante; *México y sus revoluciones* (1856) de José María Luis Mora, y el *Diccionario universal de historia y geografía* (1853), de Orozco y Berra”, lo que significa que era un suceso conocido por numerosos lectores, y “Las versiones sobre el suceso difieren en cuanto a favorecer o no al virrey de Gelves o al arzobispo Pérez de la Serna”. En este sentido, la verdad que difunde *Monja y casada* favorece al primero, pues “La defensa del virrey actualiza el pasado inmediato: Riva Palacio defiende las Leyes de Reforma”.⁶⁶

Asimismo, es notable la ausencia de explicaciones en la novela en torno a quién fue Sor Juana y qué papel jugó en la historia con mayúsculas, lo que implica que el narrador da por sentado que el lector es capaz de identificarla como personaje histórico. Entonces cabe preguntarse: ¿cuántas personas del siglo XIX podrían llevar a cabo dicha identificación? Si el analfabetismo era mayoritario, ¿hasta qué punto un personaje de la

⁶⁵ La aclaración es importante porque se ha difundido mucho la idea de que la novela histórica mexicana estaba destinada a llenar los vacíos de la historiografía y a popularizar conocimientos históricos, en principio, porque frecuentemente eso se afirmaba en los anuncios publicitarios o así lo aseguraban los mismos narradores. Ignacio Manuel Altamirano, en sus “Revistas literarias de México (1821-1867)” (*vid. supra*).

⁶⁶ Leticia Algaba, “La novela histórica de Vicente Riva Palacio”, p. 376.

élite culta novohispana podría ser conocido, por ejemplo, entre artesanos o manufactureros?, sobre todo si tomamos en cuenta que, tal como se percibe en los estudios literarios recopilados por Jorge Ruedas de la Serna en *La misión del escritor*, ni siquiera los letrados del siglo XIX, anteriores al modernismo, parecían conocerla a profundidad; censuraban su gongorismo y se referían a su obra con muchas reservas, al grado de que el narrador de *Monja y casada* alude a ella como fanática religiosa y no como poetisa:

Sor Juana Inés de la Cruz era una mujer de un espíritu superior y dotada de una imaginación ardiente y apasionada; anhelando ser la fundadora del convento de Santa Teresa, en México, llegó a sentirse llamada a ese papel por elección divina. El trato de doña Beatriz, a quien conocía desde niña, le dio sobre ella esa influencia terrible que la había hecho convertirse en instrumento de sus deseos. Doña Beatriz llegó a sentirse dominada por Sor Juana y aquel espíritu superior hizo nacer en el alma tímida y sencilla de la doncella, esa alucinación que le traían entre las sombras de la noche, fantásticas y pavorosas apariciones.⁶⁷

Evidentemente, el lector al que se dirige la novela debía ser capaz de reconocer al personaje histórico, y lo que propone la novela es una valoración determinada, en la que el carácter de poetisa queda totalmente silenciado. Sor Juana Inés de la Cruz es tratada aquí con cierta ironía —como también lo es el arzobispo Pérez de la Serna a lo largo de la narración, quien llega a ser incluso objeto de escarnio—. Se constituye en símbolo de una época en que la religión institucionalizada domina todos los ámbitos de la vida y fanatiza a las personas.

Con la aglomeración de acontecimientos y personajes que tiene lugar en *Monja y casada* se termina por anular el carácter singular, irrepetible, así como la causalidad del hecho o el personaje histórico, ya que se pueden descontextualizar libremente. A los sucesos y a los personajes históricos se les atribuye un significado estable, determinado por una valoración global del periodo histórico representado e independiente de las

⁶⁷ Cf. Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. I, pp. 38-39.

condiciones específicas que les dieron lugar; por eso pueden ser trasladados a otras fechas y lugares sin que ello requiera de una explicación adicional por parte del narrador. La temporalidad de estos elementos, que aparecen yuxtapuestos, tiende entonces a reducirse. La dimensión de pasado consiste fundamentalmente en la datación, en la identificación de algunos sucesos o personajes como históricos, en el sentido de que existieron “realmente” en una época anterior, y en el hecho de que los acontecimientos del relato aparezcan contrapuestos al presente.

Sin embargo, la disyunción pasado-presente no es un recurso que tienda a enfatizar una relación diacrónica entre los elementos que separa, sino que los contrapone en un nivel sincrónico. Sólo desde esta percepción del pasado como antivalor que se opone al presente, pero que no ha generado una distancia temporal lo suficientemente amplia como para que se perciba totalmente superado y lejano, tendría sentido que el tema de la Inquisición y su representación novelística provocara un debate tan exaltado en el presente como el que tuvo lugar entre Riva Palacio y Mariano Dávila.

Por su parte, la yuxtaposición de acontecimientos que tiene lugar en el mundo narrado —que incluyen la fundación del convento de Santa Teresa, una conspiración de negros, las aventuras de Martín Garatuza, las intrigas en que se ve involucrado un comerciante que termina convertido en alquimista, la historia de la monja y casada, el tumulto de 1624— tampoco contribuye a mostrar una distancia temporal, porque no genera relaciones causales que permitan reconocer un acontecimiento como origen de otro. Disyunción y yuxtaposición tienden, a fin de cuentas, a transmitir la imagen de una historia dividida en segmentos que parecieran irreconciliables.

3.3. *El acontecer como sucesión de aventuras*

La yuxtaposición no es sólo la forma dominante de organizar los acontecimientos históricos en *Monja y casada*, sino también los ficticios. En este sentido, cabe señalar que la forma en que se representa el acontecer en la novela tiene una importante influencia de la novela de aventuras, donde el tiempo aparece como sucesión de acciones regidas por el azar, y no por una serie de vínculos que permitan presentar el mundo como una totalidad de sentido, como tiende a ocurrir con la novela moderna.⁶⁸

Así, por ejemplo, el azar unió en el mismo camino a Beatriz de Rivera y al negro Teodoro: cuando éste iba a ser subastado en una venta de esclavos, repentinamente apareció un carruaje arrastrado por caballos desbocados en el que iba Beatriz, y Teodoro evitó la colisión que salvó la vida de la dama y su padre, quienes quedaron eternamente agradecidos con el esclavo, de manera que lo integraron a su familia. Una casualidad, la presencia de la Teodoro en la casa de José Albalabide justo en el momento en que se reunía ahí mismo un grupo de esclavos, determinó que Teodoro se viera involucrado en una conspiración de negros, de cuyas consecuencias se salvó porque ese día, casualmente, decidió no asistir a la reunión. El azar provoca que este mismo personaje se encuentre con Blanca de Mejía en la Alameda y decida protegerla.

⁶⁸ La influencia de la novela de aventuras se advierte desde los títulos de la mayoría de los capítulos, donde se enfatiza la sucesión de acciones más que su sentido en relación con alguno de los temas dominantes en la novela. Tomemos como ejemplo los capítulos IV a VIII de la primera parte: “De cómo ganaba sus pleitos el ilustrísimo Sr. don Juan Pérez de la Serna”, “En donde se descubre por qué estaba doña Beatriz tan preocupada con la fundación de Convento de Santa Teresa”, “En donde el lector conocerá a la verdadera heroína de esta historia”, “En donde el negro Teodoro y el bachiller ponen en juego todos sus recursos”, “En donde el lector conocerá a la Sarmiento y le hará una visita a su casa”. A esto se añade que hay capítulos donde la acción tiende a demostrar la sabiduría popular contenida en los refranes que les dan título: “En el que se ve que ‘hasta las piedras rodando se encuentran’”, “De cómo los celos son malos consejeros”, “En que se verá cuán cierto es aquello de ‘nunca la prudencia es miedo’” o “cómo ‘en donde menos se piensa’”, así, el capítulo en sí mismo pareciera constituir una unidad de sentido por sí misma y, por tanto, se puede aislar del conjunto, como las aventuras de la novela tradicional, o los breves relatos que componen las narraciones ejemplares en obras medievales como *El libro de buen amor*. El refrán es también una forma ejemplarizante que resume contenidos que pueden ser muy variables en sus condiciones espaciotemporales en un solo significado, válido para todos los tiempos.

Los personajes en la novela de Riva Palacio, empezando por la monja y casada, virgen y mártir, se convierten sucesivamente en una u otra cosa sin que su vida se rija por un plan o por una motivación determinada, simplemente reaccionan ante los obstáculos o sucesos que aparecen repentinamente. Así, por ejemplo, Blanca de Mejía no persigue un objetivo claro a lo largo del relato, carece de sueños o ideales; se enamora súbitamente y por casualidad de César de Villaclara, con esa misma velocidad se desencanta una vez que aparece el primer obstáculo, y se vuelve a enamorar cuando vuelve a verlo pasados algunos años; entra a un convento para huir de las persecuciones de su hermano y luego escapa porque no soporta la vida ahí.

Como Blanca no tiene algún tipo de control o conciencia sobre el sentido de su propia existencia, en lugar de ser sujeto de la historia se convierte en objeto del azar, de un destino trágico y arbitrario, que se deriva de un mundo igualmente arbitrario e injusto. Ni siquiera es posible asegurar que cuando Blanca dice “Dios no quiere que me salve”,⁶⁹ su desenlace sea el resultado de un plan Divino que castiga el mal —como sí parece ocurrir, en cambio, en los capítulos XII y XIV del libro cuarto, titulado “Dios lo ha dispuesto”, en que la malvada Luisa es asesinada en las cárceles de la Inquisición— porque el único pecado que se le puede atribuir a Blanca es haber desobedecido a su hermano español y a la Iglesia, pero como estos últimos son los grandes malvados del mundo colonial, la desobediencia de Blanca, al menos desde el punto de vista de un lector del siglo XXI, tendería a pensarse como una rebeldía justificada.⁷⁰ La arbitrariedad, pues, se opone al intento de pensar el mundo narrado como una totalidad de sentido. Más bien, cada uno de los fragmentos de pasado tiende a aparecer inconexo

⁶⁹ *Ibid.*, t. I, p. 325.

⁷⁰ Si bien en las dos escenas citadas en este párrafo se hace presente la Providencia como elemento explicativo, es necesario aclarar que no es uno que articule el conjunto del relato; sólo aparece repentinamente, como muchos otros elementos del relato. De hecho, cabe llamar la atención en el hecho de que sólo en lo que respecta al destino de Luisa es posible asegurar que el narrador se manifiesta con respecto a la intervención divina, pues el título de los capítulos arriba mencionado condiciona la interpretación de los sucesos. En cambio, en el caso de Blanca, es ella y nadie más la que atribuye sus vivencias a la voluntad divina.

—sin explicaciones de causa y efecto que los vinculen— y, por tanto, cerrado en sí mismo.

Blanca se convierte, sucesivamente, en víctima de su hermano español, de la Inquisición y de un asaltante de caminos sin que haya una clara relación entre los victimarios más allá del hecho de que son elementos a partir de los cuales se atribuye un sentido negativo al mundo colonial, como aquel en el que no se puede vivir, porque el español discrimina al criollo, la Inquisición tortura a las personas y los bandidos acechan en los caminos.

Las vivencias del personaje resumen y reafirman una serie de lugares comunes que ya se habían atribuido al pasado colonial antes de que fuera publicada la novela; si la valoración de estos tópicos está dada de antemano, también lo está la de los personajes-tipo que los encarnan, cuyo *ser en sí* no deriva de sus circunstancias específicas o de su experiencia vital. Por ejemplo, Blanca no piensa de una forma determinada porque recibió cierto tipo de educación, o porque pertenezca a un grupo social determinado; es víctima porque su hermano, al ser español, es avaro y maltrata a su hermana por pura codicia y maldad.

La avaricia y las injusticias que se atribuían a los españoles en contra de los criollos se fueron fijando en el imaginario de los mexicanos con el desarrollo del patriotismo criollo.⁷¹ La forma en que se representa a la Inquisición —tal como se ha explicado previamente— no es sino la reelaboración de una leyenda negra que a

⁷¹ El desarrollo del patriotismo criollo lo explica David Brading en *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Por su parte, Solange Alberro, en *Del gachupín al criollo, o cómo los españoles de México dejaron de serlo*, también explica cómo se fueron desarrollando los imaginarios de los españoles acerca de los criollos y viceversa; si bien los términos con que cada uno califica al otro tienden a ser muy semejantes, la avaricia sí parece ser una tendencia exclusiva de los criollos para calificar a los españoles. El imaginario del criollo sometido y discriminado durante la Colonia siguió actualizándose en la literatura, tal como ocurre con la novela corta *El criollo* (1838) de José Ramón Pacheco, pero conforme avanza el siglo XIX se va entrelazando con e incluso subordinando a otros temas, según se puede advertir en *Monja y casada*.

mediados del siglo XIX permitía justificar la separación de la Iglesia y el Estado.⁷² La inseguridad y la abundancia de criminales en el mundo colonial fue una de las críticas que el español Hipólito Villarroel emitió contra la ciudad de México en las *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España a finales del siglo XVIII*, y la idea la repitió después Carlos María de Bustamante, quien en 1835 definió México, en el presente, pero también en el pasado como “un bosque de salteadores”,⁷³ y es, literalmente, en un bosque de salteadores a las orillas de la ciudad donde Guzmán rapta a Blanca de Mejía.

Al estar ligados a un solo personaje que, sin embargo, no les opone una clara resistencia a partir de sus acciones o de lo que el personaje pueda significar, la sucesión de peripecias que enfrenta la protagonista deriva en una acumulación de lugares comunes diversos e incluso dispares sobre el pasado colonial, los cuales terminan por asemejarse a unas “fuerzas oscuras”,⁷⁴ malignas y arbitrarias, que dirigen el acontecer y constriñen al personaje.

Aquí cabe señalar que sólo hay un personaje que cuenta con un proyecto a largo plazo que permanece invariable durante todo el relato, el marqués de Gelves, de quien se tratará al final de este capítulo —y que, por cierto, no tiene ninguna relación con

⁷² Tal como señala David Brading, refiriéndose a liberales mexicanos de la época de José María Luis Mora, “Como verdaderos herederos de la Ilustración [...] juzgaban que la Iglesia católica representaba el principal obstáculo al progreso y al desarrollo de una sociedad moderna. En tres áreas vitales —en la acumulación de propiedades, en los privilegios legales y en el control de la educación— la Iglesia bloqueaba las aspiraciones liberales” (David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 163).

⁷³ Carlos María de Bustamante, *Memorial ajustado de la causa que se formó a Aldama, Blanco y Quintero por los homicidios que se perpetraron en la casa de don Joaquín Dongo*, apud Belem Clark de Lara, nota 3 de José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 4.

⁷⁴ En su artículo “‘Las fuerzas oscuras’. El problema del conservadurismo en la historia de México”, Erika Pani considera el maniqueísmo fundamental como una construcción discursiva presente en la mayoría de las reflexiones sobre el siglo XIX y sobre la oposición entre liberales y conservadores, la cual simplifica el acontecer histórico al atribuir los fracasos en el camino del progreso a “fuerzas oscuras”, encarnadas por la oposición política, lo que deriva en una incompreensión de la propia historia. Semejante visión fue expresada previamente por François-Xavier Guerra, quien aseguró que, desde la perspectiva de los liberales: “Si el pueblo o la nación no existían [...] se debía a que unas fuerzas malignas obstaculizaban el progreso, y entre ellas, en primer lugar, la Iglesia; y después otros actores colectivos de la antigua sociedad” (*México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. I, p. 209). Aquí se extrapola el concepto de las “fuerzas oscuras” a la representación del mundo colonial porque a fin de cuentas la maldad del español, de la Inquisición y de los asaltantes de caminos, que amenaza la existencia del individuo, tiende a simplificar la explicación histórica.

Blanca de Mejía—. Fuera de él, todos, incluso el arzobispo Pérez de la Serna —que es al mismo tiempo fundador de conventos, monopolista de productos, hombre visceral e instigador de tumultos—, carecen de objetivos claros que permitan determinar cuáles podrían ser las tendencias de las diferentes fuerzas que intervienen en el pasado. No son, pues, fuerzas propiamente históricas. El movimiento de los elementos que componen el pasado —el clero, la plebe, lo español, la brujería, el comercio—, representados por personajes-tipo, es arbitrario, pues dichos personajes carecen de visión de mundo y de proyectos personales que vayan más allá de la satisfacción de las necesidades o la solución de problemas inmediatos.

Esta falta de dirección clara de los personajes, y por tanto, de presencia como agentes activos de la historia, en una novela en que predomina el modelo de aventuras, repercute en la imagen del tiempo y del hombre. El hombre carece de historicidad. En tanto que el objetivo de cada personaje no es un aprendizaje, ni alcanzar una meta después de superar una serie de dificultades, la distancia temporal entre las acciones es prácticamente invisible, porque no refleja progresión o degradación en un sentido determinado, e incluso resulta irrelevante la caracterización del personaje a partir de un antes y un después, cuando éste no persigue un objetivo determinado. Esto explicaría que el paso del tiempo no deje huellas indelebles en los personajes: al final del relato, Blanca de Mejía ya no debería ser una jovencita y además había sufrido las torturas de la Inquisición que le provocaron la pérdida de los dientes y daños en el cuerpo; sin embargo, cuando el asaltante de caminos llamado Guzmán la ve se prenda de ella como si fuera la joven más hermosa del mundo.

El hecho de que el paso del tiempo sea invisible en los personajes es una de las razones que —sumada a las disyunciones que establece el narrador entre el pasado y su presente, y a las yuxtaposiciones que tienen lugar entre los acontecimientos de la

diégesis— influyen para que el pasado no se muestre como antecedente del presente en un sentido orgánico. Blanca de Mejía permanece sin cambios, incapaz de superar las dificultades que le impone el mundo; carece de control o de una visión particular sobre sí misma o su circunstancia; sus movimientos son arbitrarios y muere sin descendencia. Por eso es un personaje sin posibilidades de futuro, que serían las que permitirían vincularla con el presente. Aun siendo criolla, y a pesar de que la novela propicia la empatía del lector con esta víctima del mundo colonial, ella no aparece como origen histórico del presente o como antecedente del México independiente.

Asimismo, el desenlace trágico del relato genera una imagen de tiempo distinta a la del tiempo histórico, que se caracteriza por estar abierto hacia el futuro. En la tragedia regida por el azar, el tiempo aparece cerrado en sí mismo, porque, en la medida en que los movimientos del personaje son arbitrarios, no hay un obstáculo concreto que esté destinado a vencer —aunque sea después de la muerte—, y, de esta manera, le permita trascender su propia circunstancia. Es así que Blanca de Mejía permanece en la memoria del lector como víctima que quedó atrás, en el pasado.

Una vez que se ha demostrado que el azar y la sucesión son los modos en que se articulan los acontecimientos y los personajes, cabe señalar que la novela de aventuras, inclinada a relatar sucesos maravillosos, no se rige por una representación realista del mundo; por eso el mundo narrado se caracteriza por ofrecer una amplia libertad de movimiento, que no se ve determinada u obstaculizada por la condición física, social, racial o económica del personaje. Esta es una de las razones por las que, como ya se ha advertido previamente, *Monja y casada* sigue un camino completamente distinto a la novela histórica europea —aquella que perfila Georg Lukács en su teoría del género—, donde las condiciones materiales de existencia son precisamente las que explican al personaje y le dan un sentido particular a sus acciones. En la concepción del acontecer

que rige la novela de Riva Palacio, el sentido del hombre y de sus acciones tiene un carácter abstracto, independiente de las condiciones espaciotemporales que los originan, y las transformaciones a lo largo del tiempo son determinadas por fuerzas ajenas a un mundo que carece de lógica interna.

En la poética de *Monja y casada* lo maravilloso influye en la configuración de personajes como Teodoro, quien tiene una fuerza “titánica”⁷⁵ que se mantiene a pesar del paso de los años y le permite realizar proezas increíbles. En particular, la poética de la novela de aventuras caballerescas interviene en la configuración de este personaje, un “aventurero desinteresado”, para él, “la aventura es su propio elemento”,⁷⁶ y, por tanto, no busca nada para sí mismo ni expresa una conciencia social o histórica que determine su actuar.

También es posible advertir la influencia de lo maravilloso en la representación de Luisa, una antigua esclava mulata que a pesar de la fisonomía propia de su raza y la escasa educación que habría recibido en su condición de esclava, pueda pasar por española,⁷⁷ e incluso convertirse en consejera del Arzobispo.⁷⁸ Asimismo, cuando sus

⁷⁵ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. I, p. 316.

⁷⁶ M.M. Bajtín, “Las formas del tiempo y el cronotopo”, *Teoría y estética de la novela*, p. 304.

⁷⁷ Ivonne Mijares, en “El abasto urbano”, señala que Thomas Gage, en sus impresiones acerca de la Nueva España de 1648, aseguraba que “las mulatas usaban ordinariamente camisas y sayas de seda o de otra tela fina”, pero Mijares advierte que éstos debían ser casos excepcionales, pues, por las condiciones económicas y de discriminación que vivían, difícilmente las mulatas podrían adquirir semejantes prendas (116). Es probable que Riva Palacio leyera informes en este sentido y decidiera llevar la idea al extremo, haciendo creer al lector que en la Colonia se transgredían con facilidad las jerarquías establecidas por medio de engaños que sólo podrían surtir efecto en la sociedad corrupta y crédula que él construye. Es cierto que Juan Pedro Viqueira ha señalado que las fronteras entre “calidades” sociales tendían a ser difusas particularmente en lo que al origen racial se refiere, al grado de que los hijos de indígenas podían pasar por mestizos “si habían logrado mejorar su condición económica y habían aprendido la lengua y las costumbres españolas” (“Reflexiones”, s. pág.), pero no hay que olvidar que una mulata que creció como esclava, con una educación muy rudimentaria, distaba mucho de poder confundirse con una gran dama de origen español.

⁷⁸ La vinculación entre personajes de la baja sociedad con personalidades prominentes de la sociedad colonial que se lleva a cabo en la novela, como es el caso de la mulata y antigua esclava Luisa y de Martín Garatuzza en relación con el arzobispo, resultaba ofensiva para los lectores identificados con el conservadurismo, pues constituye un punto central de la crítica de Mariano Dávila a la novela (véanse, por ejemplo, las “Breves observaciones” correspondientes al 23 de diciembre de 1868); la insistencia de Dávila en señalar lo absurdo de estas situaciones nos hace pensar que se trata de ideas que podrían resultar aceptables para los lectores que simpatizaban con la Reforma, en tanto que reflejan la corrupción del clero y la institución religiosa.

enemigos la pintan de negro con un mejunje especial, sus rasgos físicos se vuelven tan toscos que dan la impresión de que su morfología cambió radicalmente, al grado de ser confundida con un esclavo negro. En sus sucesivas transformaciones, Luisa también puede disfrazarse para hacerse pasar por un hombre blanco o cambiar su lugar y ser confundida —no obstante que para entonces su piel estaba pintada de negro— con Blanca de Mejía en las cárceles de la Inquisición.

El hecho de que las condiciones materiales de existencia no determinen la acción de los personajes explica hasta cierto punto que las descripciones sean muy reducidas, pues tienden a limitarse a esbozar el escenario o los rasgos fundamentales del carácter de los personajes-tipo y así darles a estos últimos cierta verosimilitud o reforzar el significado de la acción, que evidentemente no está dado por el contexto específico, histórico, en que tiene lugar sino por una serie de juicios establecidos *a priori*. Narrador, personajes y acciones son, a fin de cuentas, los medios fundamentales a partir de los cuales se caracteriza el mundo colonial de *Monja y casada*, donde predominan las persecuciones, las celadas y las acechanzas, la plebe viciosa que frecuenta los burdeles y se une a la revuelta del arzobispo, o que asalta los caminos.

Es cierto que en *Monja y casada* sí se hacen visibles las nuevas formas de representar el espacio —frecuentes en la novela histórica europea—, aquel donde se revela el paso del tiempo y que determina además las posibilidades de acción de los hombres, tal como se puede advertir en los siguientes párrafos:

Por el lugar en donde ahora existe el Paseo de la Alameda, hubo en aquellos tiempos una especie de mercado miserable y sólo frecuentado por los indios, en un terreno invadido continuamente por las aguas de la laguna.

Se llamaba primero el tianguis, de Juan Velázquez, y luego de San Hipólito, y estaba ya fuera de la “traza”.

Como quizá alguno de nuestros lectores no sepa lo que era la “traza”, procuraremos darle de ella una idea.

Después de la rendición de México, la ciudad quedó casi reducida a escombros. Hernán Cortés trató de su reedificación autorizado por el emperador Carlos V, y

comenzó por señalar el terreno que en ella debían ocupar las casas de los conquistadores y el que debía ser para los conquistados.

Los españoles ocuparon el centro de la ciudad, y la línea que marcaba esta parte privilegiada, que era un gran cuadro separado de los demás por una inmensa acequia, fue lo que se llamó la “traza”.

Dentro de la “traza” no podían vivir sino los españoles y algunos de los vencidos que fueran de una muy elevada categoría, como el desgraciado Guatimotzín, último emperador azteca.

Una parte del terreno que fuera de la “traza” ocupaba el mercado de San Hipólito, fue convertida en paseo veinticuatro años antes de la época de nuestra historia, es decir, en 1592 por el virrey don Luis de Velasco, segundo, en la segunda vez que ocupó el virreinato. Se sembró de álamos y se cerró.

Esto no era sino una parte de lo que hoy se llama la Alameda.⁷⁹

En esta cita se puede advertir que el mercado de San Hipólito se muestra como origen de la Alameda del presente. Asimismo, la disposición espacial parecería encaminarse a explicar la distribución de los hombres en el mundo colonial, sus posibilidades de acción en un contexto determinado, de manera que el lector esperaría que aquellos personajes no españoles tuvieran dificultades para vivir o desempeñarse en el espacio al interior de la traza.

Este espacio resulta así un medio para oponer nuevamente pasado y presente a partir de la desigualdad social que el narrador atribuye al primero, y que ya había sido mencionada en la novela unas cuantas páginas atrás, a propósito de la presencia de Teodoro en las habitaciones de Beatriz de Rivera:

En nuestros tiempos y con las costumbres modernas, una mujer no se atrevería a encerrarse con un hombre, aunque éste fuera un negro, por temor a ese qué dirán.

Pero entonces un negro, un esclavo, no era un hombre, y una dama no temía nunca por su reputación, aun cuando aquel juego pasase la noche en su aposento. ¡Tanta era la distancia en que los colocaba el color, que ni la misma calumnia se atrevía a acercarlos!⁸⁰

Pero aquí cabe advertir que, a diferencia de lo que ocurre con el espacio de la Alameda, donde se advierte cierta temporalidad histórica que vincula pasado y presente con un mismo espacio, el paso de un mundo de discriminación a otro que representa la igualdad

⁷⁹ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada*, t. I, pp. 55-56.

⁸⁰ *Ibid.*, t. I, p. 47.

no aparece como producto de una evolución motivada por tendencias internas al mundo colonial, sino por un cambio de “tiempos” y “costumbres” en un presente que se opone al pasado. Es como si la forma del espacio siguiera una dirección distinta a los acontecimientos.

Asimismo, cabe advertir que el significado que el narrador da a la traza, como obstáculo que impide el libre tránsito de algunos personajes, no tiene correspondencia con los acontecimientos relatados, pues la mayoría se mueve libremente en el centro mismo de la ciudad. La única que padece realmente discriminación y persecuciones, Blanca de Mejía, vivía dentro de la traza, y las persecuciones continúan cuando ella se traslada a las afueras de la ciudad. Por su parte Garatuza, quien transitaba por la zona en el momento en que el narrador introduce la descripción, no es ningún marginado, a pesar de no ser español ni de elevada categoría; más bien, es un héroe que responde a la poética de la novela de aventuras tradicional y por eso goza de una amplia libertad de movimiento que le permite aparecer en todos lados.

El comentario del narrador resulta contradictorio porque tampoco constituye un medio para promover algún tipo de empatía por los personajes que vivían fuera de la traza, como la bruja Sarmiento, que aparece aquí como una gran malvada. De esta manera, la discriminación que el narrador atribuye al mundo colonial resulta un lugar común, un juicio más sobre el pasado que, yuxtapuesto a otros tantos, no tiende a explicar el conjunto de los acontecimientos del relato como una totalidad de sentido. De hecho, el personaje al que alude la última cita, Teodoro, es un negro liberto, fuerte e independiente, que no padece discriminación; al contrario, su antigua ama le profesa un gran cariño al que Teodoro corresponde con servicios incondicionales y voluntarios.

En la sucesión de aventuras que tiene lugar en el conjunto del relato, la valoración o discriminación de que son objeto los personajes, y las relaciones que se

establecen entre ellos en el relato, depende fundamentalmente de la forma en que se vinculan con los valores del presente. Así, mientras la bruja, promotora de supersticiones, atenta contra el orden deseable proyectado desde la República Restaurada, el negro Teodoro representa una afirmación *voluntaria* —y esto último resulta fundamental, en una época en que se proclamaba la libertad y la igualdad de derechos y obligaciones— de una jerarquía social previamente establecida, pero ya no impuesta por las condiciones de esclavitud.

El pasado, en vez de constituirse en objeto de conocimiento, se erige en lugar en que se proyectan prejuicios y valores del presente que, sin embargo, se revelan contradictorios porque la novela de aventuras los yuxtapone de tal manera que no se conjugan en una totalidad de sentido.

3.4. El pasado y el hombre vistos desde la Reforma

Como se ha podido ver a lo largo de este apartado, en esta “historia de los tiempos de la Inquisición”, el modelo de novela de aventuras, que tiende a sumar acontecimientos que se suceden en el tiempo sin que sigan una lógica causal, aunado a la trama trágica y a la tendencia del narrador a oponer pasado y presente, determina que el pasado no pueda aparecer como origen del presente en términos evolutivos.

Si la novela histórica busca explicar y dar sentido a la historia en su conjunto a través de la ficción, la influencia de la novela de aventuras en *Monja y casada*, y de la visión de mundo que subyace a este género, tiende a segmentar los elementos que componen el relato, de manera que la imagen del pasado y del mundo se revela fragmentaria. De ahí que no haya relaciones claras —más allá de la repetición de temas— entre el tumulto de 1624, como acontecimiento histórico, y el personaje de ficción Blanca de Mejía, por ejemplo, o entre el Martín Garatuza histórico, que *La*

Orquesta definió en 1868 como “el amigo de los ladrones y de los salteadores, y que con una ligera tintura de latín y de filosofía llegó en los años de su edad viril a declararse sacerdote y a cosechar las abundantes mieses de la caridad”,⁸¹ y el personaje cómplice del arzobispo y aliado de los truhanes en el tumulto de 1624, o el que ayuda a Blanca de Mejía en su intento de escapar de la Inquisición —donde encarna el tópico literario del bandido con buenos sentimientos—.

Garatuza termina siendo un personaje contradictorio: “era un perdido, un truhán, hipócrita en presencia del arzobispo”,⁸² “Pero en medio de todo era un tipo de lealtad y de abnegación para sus amigos”.⁸³ Su valoración es inestable pues depende de los personajes con que se relaciona en determinadas circunstancias. Cuando se asocia con el arzobispo —ese símbolo del desorden y de la omnipresencia de la institución eclesiástica del mundo colonial—, sobresalen sus vicios. En cambio, llega a asemejarse a un héroe de aventuras caballeresco —como aquel que representa Teodoro— cuando asume la defensa incondicional y desinteresada de los inocentes —aquellos que el narrador llama los “amigos” de Garatuza, aunque en realidad son superiores jerárquicamente y eso determina las relaciones entre ellos—.

En esta suma de temas y personajes históricos y ficticios, el protagonismo se distribuye en historias particulares: Beatriz de Rivera y Fernando de Quesada —influidos por Sor Juana y una promesa hecha por Beatriz a su tío— son personajes centrales en la fundación del convento de Santa Teresa, pero desaparecen para que después tome un lugar central la moja y casada. Blanca de Mejía vive la tragedia de las persecuciones y aparece frecuentemente en el conjunto del relato, sin embargo, no se

⁸¹ *La Orquesta*, 19 de agosto de 1868, p. 2. En esta nota, *La Orquesta* destaca todas las cualidades negativas del personaje, “un truhán, un aventurero, un impostor de la clase más baja y más vulgar de la sociedad”, para compararlo con un estafador de 1868 llamado Isaac Chavarín, “moderno Garatuza”, quien luego de cometer una serie de crímenes en México, huyó a Europa, donde aseguraba que se dirigía a Roma para pedir al Papa el perdón de las culpas de Benito Juárez por haber fusilado a Maximiliano.

⁸² *Ibid.*, t. I, p. 54.

⁸³ *Idem.*

relaciona directamente con los otros acontecimientos. Martín Garatuza aparece por todos lados, vive incluso aventuras personales relacionadas con su unión con una mulata, pero nunca alcanza a ser protagonista de su propia historia, porque no tiene una motivación clara, un conflicto o un proyecto propios; más bien tiende a aparecer como aliado de otros, ya sea en sus proyectos o en sus escapatorias. En lo que atañe a los desórdenes de la ciudad de México, son el arzobispo y el marqués de Gelves los protagonistas del conflicto.

Al carecer de conflictos íntimos, de deseos o sueños personales, en los personajes tampoco se desarrolla un conflicto entre lo público y lo privado en un sentido dialógico. Lo público representa una fuerza unidireccional del acontecer, puesto que lo privado no funge como contrapeso que se le opone, de manera que el individuo común no aparece aquí como una de las fuerzas que actúan en el mundo sino como su objeto. De hecho, la participación del hombre común en la vida pública tiene siempre un sentido negativo porque se encamina al desorden, como ocurre con la mulata Luisa, el Ahuizote o el propio Martín Garatuza, quienes fungen como colaboradores del arzobispo en el tumulto de 1624.

Paradójicamente, en una época como la República Restaurada, donde se está afianzando un sistema político que procura la reforma social para conformar una nación de ciudadanos que actúan libremente, de acuerdo con sus intereses y los de la comunidad,⁸⁴ Riva Palacio publica una novela que difunde una imagen de mundo en la

⁸⁴ Según Charles A. Hale, la doctrina liberal partía de la siguiente convicción: “Si se permitiera a los individuos ilustrados, según sus inclinaciones naturales, actuar con libertad en la búsqueda de sus propios intereses, el resultado sería, supuestamente, la identificación de los intereses comunes con la armonía social” (*La transformación del liberalismo en México*, p. 17). La filosofía liberal parte de la convicción kantiana de que el hombre, con un mínimo de civilización, de madurez, puede autodeterminarse; como hombre racional, es capaz de reconocer y moderar sus pasiones y procurará conciliar e identificar sus necesidades con el bienestar común. Por su parte, el romanticismo abreva de esta filosofía pero extrae conclusiones distintas: las relaciones entre lo social y lo individual no le resultan tan transparentes, observa las contradicciones que surgen en el choque de intereses y cuestiona la racionalidad del individuo cuya libertad, sin embargo, le sigue pareciendo esencial (Cf. Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, pp. 99-127). Aunque Riva Palacio tiende más hacia la concepción romántica, donde la libertad es esencial

que, si bien se exalta la necesidad de libertad contra la opresión eclesiástica, los hombres carecen de proyectos personales a largo plazo y cuando buscan satisfacer intereses inmediatos —como en el caso del arzobispo o de sus cómplices, los oidores— éstos siempre van en perjuicio del orden público o el bienestar social. A fin de cuentas, esto nos lleva a preguntarnos acerca del concepto de libertad que subyace en la novela. Pero no es fácil encontrar la respuesta en *Monja y casada*; quizás el análisis de las novelas que siguen nos dará las claves.

Los hombres en la novela de Riva Palacio no son actores de su propia historia ni forjadores de su propio destino, y su actuar no está ligado a unas condiciones espaciotemporales específicas; es decir que no son históricos en un sentido amplio ni tienen la posibilidad de convertirse en ciudadanos con papel activo en la vida pública. De esta manera, la verdad atemporal de la Reforma, ajena a los procesos propiamente históricos que atañen a los individuos y a los grupos sociales, sustituye a la Iglesia en el presente del narrador y se impone así sobre los destinos individuales en un mundo que no parece cambiar esencialmente.

Para cerrar este apartado, caben algunos señalamientos sobre el suceso histórico que protagoniza el marqués de Gelves, porque es aquí, además de en las continuidades en el espacio físico de la ciudad de México —en su apariencia exterior, que no en su función o significado—, donde se pueden encontrar algunos lazos entre pasado y presente que no parecen marcados por la disyunción. Según asevera el narrador de *Monja y casada*, cuando el marqués de Gelves llegó a la Nueva España encontró una sociedad viciosa: los ricos, con su avaricia, monopolizaban y encarecían los alimentos para acumular más capital, agudizando así el problema de la pobreza; los truhanes del

y es la opresión la que provoca la muerte de Blanca de Mejía, se inserta en una paradoja porque, al mismo tiempo que remarca la necesidad de libertad, no explora el problema de las motivaciones del individuo y cómo puede ejercer su libertad en un sentido que pueda ser benéfico para la sociedad o, al menos, para sí mismo.

sector más bajo de la sociedad cometían toda clase de crímenes con el mismo fin. El virrey se dispuso entonces a “reformular las costumbres y reparar los daños que la negligencia de sus antecesores había causado en el reino”⁸⁵ y “con una resolución firme y una voluntad indomable, comenzó a poner en todo el remedio”.⁸⁶

La molestia que generaron sus reformas en materia de justicia y legislación fue el origen del tumulto que encabezó el arzobispo —cuya soberbia se rebela contra la autoridad que pretende restringir su poder—. Para llevar a cabo su revuelta, el arzobispo, aliado con los oidores, aprovechó la fuerza de los vagos, delincuentes y ladrones —entre cuyos líderes se encuentra Martín Garatuza— igualmente irritados porque el virrey puso fin a sus vicios.

Evidentemente, el tumulto tiene interesantes similitudes con el movimiento independentista de Hidalgo, en tanto que lo protagoniza un sacerdote que convocó a negros e indígenas a participar en su rebelión. Sin embargo, ello no nos autoriza a pensar esta rebelión como antecedente de la lucha independentista de la nación contra el dominio y el despotismo colonial, tal como tiende a considerarlo José Ortiz Monasterio,⁸⁷ en primera instancia, porque en la novela el pasado no se representa como

⁸⁵ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada, virgen y mártir*, t. II p. 8.

⁸⁶ *Ibid.*, t. II p. 9.

⁸⁷ José Ortiz Monasterio asegura que Riva Palacio veía “en todos los acontecimientos de la Colonia [...] un antecedente de la Independencia”, y que “los antecedentes de la independencia que recoge en la narración de los motines y otros planes concretos para levantar la tierra muestra una visión de ese pasado en la que hay episodios rescatables” (*México eternamente*, p. 93). Si bien es cierto que en *Martín Garatuza*, en *Los piratas del Golfo* (1869) y en *Memorias de un impostor* (1872) sí hay un intento por presentar los acontecimientos del relato como antecedentes de la Independencia —la rebelión de los carvajales que, literalmente, conspiran en la novela para liberar a la Nueva España del “yugo” de los españoles; la unión de Enrique de Torre Leal, el protagonista de *Los piratas del Golfo*, con el pirata Morgan para liberar a América del dominio español; la rebelión que encabeza Lampart en su lucha por la emancipación mental de la Nueva España en contra de los dogmas religiosos—, son intentos no muy bien logrados desde mi punto de vista, pues también en estas novelas terminan por superponerse ideas de pasado y aventuras diversas que no logran articularse en una totalidad de sentido. Además, cabe señalar que la idea de independencia como fin último, destino manifiesto, al que se dirigen los sucesos no está presente en todas las novelas de Riva Palacio. Aunque *Las dos emparedadas* (1870) se caracteriza por representar intrigas palaciegas que tienen lugar en España y se traducen en una conspiración fracasada en la Nueva España, esta conspiración es tramada desde la metrópoli. Además, en esta novela, como lo reconoce el propio Ortiz Monasterio (*cf. Historia y novela*, p. 266), el ambiente local está muy desdibujado, de manera que la conspiración no tiene un carácter nacionalista como el que se puede advertir en *Martín Garatuza*. Por su parte, en *Monja y casada* ni las intervenciones del narrador ni las

origen del presente, pues el pasado sigue una dirección contraria a la época “en que la Reforma ha convertido los conventos en habitaciones particulares” y, en segunda, porque el arzobispo no busca justicia ni libertad para la sociedad sino satisfacer sus ambiciones inmediatas.⁸⁸ Representa a la autoridad eclesiástica que se opone a la civil; el desorden y las bajas pasiones que se resisten a cualquier intento de control por parte del gobierno secular.

La caracterización del marqués de Gelves como reformador no es gratuita, recuerda claramente un acontecimiento fundamental que sirve como punto de partida para la restauración de la República, la Reforma, y aquí la relación entre pasado y presente es de semejanza. Ya antes se había mencionado que el marqués de Gelves es el único personaje que tiene un proyecto claro que rige sus acciones de principio a fin, reformar a la sociedad, y en este sentido se opone al arzobispo. Así, este último termina por encarnar las fuerzas retrógradas de la historia que se oponen a las transformaciones progresistas promovidas por el gobierno civil o el Estado.⁸⁹

acciones de los personajes nos conducen a las conclusiones a las que llega Ortiz Monasterio en torno al conjunto de la novelística de Riva Palacio, porque el tumulto lo organiza un arzobispo que transgrede el orden establecido por el gobierno civil que se identifica con la Reforma, el cual es exaltado por el narrador; ningún personaje de esta novela, lo que sí ocurre en otras, tiene una conciencia independentista. Es cierto que en *México a través de los siglos* (1884), Riva Palacio asegura que a partir del tumulto de 1624, se sembraron “los gérmenes de la libertad e independencia en el corazón de los nativos de la Nueva España” (p. 582). Sin embargo, en *Monja y casada* no hay una conclusión semejante. Ello nos lleva a considerar que el mismo Riva Palacio fue cambiando en sus modos de pensar y representar la historia, y este cambio se ve incluso en el contenido de sus distintas novelas.

⁸⁸ En dado caso, si fuese posible asociar los acontecimientos narrados en *Monja y casada* con la lucha independentista, no sería en la medida en que esta se interpretara como una rebelión contra el despotismo español, que es el enfoque que le da Ortiz Monasterio y que sí tiene lugar en otras novelas de Riva Palacio, sino como tumulto pernicioso, y esa asociación sólo puede darse de manera indirecta, en tanto que el relato que tiene lugar en *Monja y casada* se parece a otros relatos. Desconozco hasta qué punto Riva Palacio pudo haber estado influido por el pensamiento de José María Luis Mora en la República Restaurada, sin embargo, el modo en que Riva Palacio representa el tumulto de 1624 sigue un patrón semejante al modo en que Mora interpretaba la independencia de México, como tumulto que favoreció los intereses de la Iglesia: “la independencia proclamada por los [...] sacerdotes, aumentó el poder de clero, y la independencia disputada y obtenida en sus resultados más visibles por la fuerza material, creó el predominio de la milicia y el hábito de considerar como únicos poderes la fuerza brutal y las aspiraciones sacerdotales” (José María Luis Mora, *Ensayos, ideas, retratos, apud* Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, p. 78). A fin de cuentas la lucha del arzobispo contra Gelves en *Monja y casada* es una lucha de poder que se vale de la fuerza bruta de las masas para garantizar su dominio y sus aspiraciones políticas y económicas.

⁸⁹ El imaginario que asocia al clero con las fuerzas retrógradas de la Historia estaba también presente, según Leopoldo Zea, en el pensamiento de José María Luis Mora (cf. Leopoldo Zea, *El positivismo en*

Una vez que la Reforma ha convertido los conventos en “habitaciones particulares”, el pasado se revela entonces como el terreno en el que las fuerzas irracionales habían combatido a aquella que sí tenía un propósito, y la Reforma termina por encarnar una especie de destino manifiesto, una fuerza que necesariamente triunfaría en el futuro. El presente de enunciación representa aquí la victoria definitiva y el fortalecimiento de ese proyecto reformista contra las fuerzas que tendieron a dominar en el pasado.

Aquí no hay ninguna crítica contra el gobierno civil colonial que no ejerce ningún tipo de opresión sobre los habitantes de la colonia, sino hacia la sociedad en general y la institución eclesiástica, que aparecen como los culpables de todos los vicios y el caos que domina en el mundo, en el pasado y, probablemente, también en el presente, porque recordemos que la disyunción y la yuxtaposición que tienen lugar en esta novela —según se ha mostrado previamente—, generan un movimiento hacia el pasado en que, al mismo tiempo que lo evidencia como un tiempo ajeno, caduco, constituye una alusión directa a los conflictos del presente. Si la defensa de la Inquisición va acompañada de un “ataque” a las “instituciones modernas”,⁹⁰ la exaltación de un virrey reformista sería también una exaltación de la Reforma misma.

Paradójicamente, el mismo Gelves es otro personaje histórico que, como ocurría con Sor Juana, recibe una valoración externa, independiente del contexto histórico en el que el personaje tuvo lugar, e incluso distinta al imaginario que se iba difundiendo, en la segunda mitad del siglo XIX, sobre el personaje histórico. En la novela, Gelves aparece como “inteligente, impetuoso, rígido, escrupulosamente justiciero”.⁹¹ En cambio, en los

México, pp. 77-79), quien, por otro lado, consideraba —a decir de Leopoldo Zea— que “Las fuerzas del progreso están formadas por los hombres que ven en el poder público un instrumento el servicio civil, al servicio de los ciudadanos” (p. 77). En todo caso, sería este el imaginario que actualiza la novela de Riva Palacio.

⁹⁰ *Vid. supra.*

⁹¹ *Idem.*

relatos más cercanos al discurso histórico, fue seriamente cuestionado: en *El libro rojo* (1871), escrito al alimón con Riva Palacio, Manuel Payno asegura que “por medio del despotismo y la arbitrariedad quería corregir los vicios que la arbitrariedad y el despotismo habían entronizado”.⁹² Por su parte, Mariano Dávila, en la crítica a *Monja y casada*, fue más allá al asegurar que Gelves “fue en aquella época el tipo más completo de terrible ‘militarismo’ y no menos arbitrario ‘cesarismo’, vicios ambos tan repugnantes como rechazados en nuestros días en los gobiernos por los principios ‘liberales’”.⁹³ El mismo Riva Palacio, en *México a través de los siglos* (1884), si bien defiende las obras que emprendió el virrey, reconoce que tuvo responsabilidad en el tumulto debido a “su excesivo rigor e intolerancia y a la poca previsión”.⁹⁴ Esto se explica, desde mi punto de vista, porque el Gelves de *Monja y casada* —igual que sucede con Sor Juana— no es fundamentalmente un personaje histórico sino simbólico; en él se proyectan los valores reformistas del presente.⁹⁵

Esta idealización e identificación del personaje con los valores del presente resulta problemática pues conduce a la consideración de que quizás hay una dificultad para reconocer los hitos propiamente históricos que conducen del pasado al presente, así como para pensar los lazos entre los tiempos y entre los hombres desde una dimensión

⁹² Manuel Payno, “El tumulto de 1624”, en *El libro rojo*, p. 239.

⁹³ [Mariano Dávila], “Breves observaciones”, *La Revista Universal*, 22 de diciembre de 1868, p. 2.

⁹⁴ Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. II, p. 582.

⁹⁵ En este sentido, resulta muy significativo el señalamiento del narrador sobre el problema de los “Los monopolios de las semillas y de los demás efectos de primera necesidad” que combatió Gelves (Vicente Riva Palacio, *Monja y casada, virgen y mártir*, t. II, p. 9), pues se da precisamente en un momento de la República Restaurada en que había una clara preocupación por la parálisis comercial y uno de los temas controversiales era el del monopolio. El 23 de julio de 1868, *La Orquesta*, periódico en que colaboraba Riva Palacio, aseguraba que las panaderías se encontraban en crisis debido a los monopolios, y recordaba al segundo conde de Revillagigedo —otro gobernante modélico, que aparecerá frecuentemente en el siguiente capítulo—, quien dispuso que los molinos de trigo no debían tener sus propias panaderías, para así evitar prácticas abusivas y afectar los ingresos de aquellas panaderías que no contaban con un molino (*La Orquesta*, 23 de julio de 1868, p. 1). *La Orquesta* consideraba que la prohibición, en tanto que atentaba, en teoría, contra las libertades individuales, “podría haber sido mala, pero los resultados de su inobservancia son y serán cada día peores”. Es así que la postura de *La Orquesta*, en cuanto al tema económico, se puede identificar con un liberalismo moderado que reclama una fuerte presencia del Estado en la mediación entre intereses particulares, y probablemente esta postura también la compartía Riva Palacio al destacar a Gelves como gobernante que combatió los monopolios.

propriadamente humana e histórica, pues la identificación con Gelves se da a costa de su idealización, de la negación de aquellos aspectos que lo hacen más humano y menos perfecto.

El mundo pasado de *Monja y casada* es uno que se encamina a afirmar la Reforma como valor absoluto frente a la oposición, frente a las fuerzas retrógradas de la historia que aún en 1868 parecen significar una amenaza para las “instituciones modernas”. La tendencia que advierto en la novela no es la de reflexionar sobre los acontecimientos históricos pasados y su razón de ser, sino exorcizar los fantasmas del presente, y para ello forja un imaginario, una “historia de los tiempos de la Inquisición”, a manera de contraejemplo, que se encaminaba a fortalecer en el lector la convicción sobre la Reforma como eje articulador del presente y de la nación. Sin embargo, no es una convicción que se funde en la realidad misma sino en una idealización que resulta ajena, e incluso parece contraponerse, a la realidad histórica.

4. *El pecado del siglo y la función didáctica del pasado*

4.1. *Para reformar las costumbres del presente*

La novela *El pecado del siglo* (1869), de José Tomás de Cuéllar, fue promocionada en los periódicos de la siguiente manera:

El periodo histórico que abarca la novela en su primero y segundo libro, es el comprendido entre el arribo del conde de Revillagigedo a la metrópoli, los asesinatos de Dongo y la noche de la aurora boreal.

El doble objeto de esta publicación es el de popularizar nuestra historia nacional *y tocar bajo el punto de vista filosófico la importancia de la educación como base de la felicidad pública*. Todas las épocas de la historia de la humanidad están marcadas con un sello especial que las caracteriza; *y la rápida transición del fanatismo al descreimiento, indole de dos épocas de nuestra historia, que se tocan y se enlazan*, presenta al historiador, al filósofo y al novelista vasto campo de rica inspiración, ya no sólo para entretener la imaginación del lector con los cuadros de la novela, sino para presentar *importantes cuestiones trascendentales en pro de la moral y de las buenas costumbres*.

El autor de esta obra no se lisonjea de haber dado cima a empresa de tan alta importancia; pero se ha colocado al menos en el terreno que entraña un gran pensamiento moral, *que explotarán con más ventaja talentos superiores*; y al contemplar la relajación de las costumbres y la decadencia de la moral, *busca la llaga como origen del mal*, y a ese mal común, al error heredado, a la inmoralidad transmitida, al escándalo sancionado, en fin, que llega a ser el distintivo de una época, le da el nombre de *El pecado del siglo*.⁹⁶

Las diferencias con *Monja y casada* en cuanto a la intención de la obra saltan a primera vista. Según se advierte en el prospecto, el objetivo en este caso es dar sentido a los acontecimientos del pasado en una dirección determinada, que es disertar sobre la importancia de la educación, buscar el origen de los problemas del presente, “la llaga como origen del mal”. Se trata, pues, de generar una explicación del presente a partir del pasado, de los tiempos que “se entrelazan”. De manera explícita se señala la búsqueda de vínculos, de una relación propiamente histórica.

Es la ficción la que permite introducir disertaciones filosóficas que competen a una historia social desde la que se revelan los modos de comportamiento y los valores

⁹⁶ *La Iberia*, 28 de diciembre de 1869, p. 3. Las cursivas son mías. El prospecto apareció en varias publicaciones de *La Iberia* y de *El Siglo Diez y Nueve*.

de los individuos comunes. El lector al que parece dirigirse la novela no es un lector pasivo, al que se enseñan directamente lecciones de moral, sino aquel con que se puede dialogar sobre “importantes cuestiones trascendentales” que pueden contribuir al mejoramiento de las costumbres.

El enfoque, en relación con *Monja y casada*, es muy distinto porque el centro del relato de Cuéllar son las costumbres y la preocupación que motiva el acercamiento a la historia es de carácter fundamentalmente filosófico y moral. Las grandes instituciones y personalidades históricas cobran un papel secundario, tal como se advierte en la dedicatoria a José María Flores Verdad, que apareció publicada en la primera edición de la novela:

Su feliz memoria y los datos históricos que conserva usted en su biblioteca [...] me decidieron a trazar la ilustre figura de su abuelo materno, el señor licenciado don Francisco Primo de Verdad y Ramos, primera víctima de las ideas de independencia nacional.

Si mi pensamiento de escribir acerca del pecado del siglo fuere bien acogido por los inteligentes, continuaré mis trabajos, y me animaré a presentar al digno ascendiente de usted en primer término, si el bosquejo que ahora le ofrezco, no desdice la verdad histórica, ni de los apreciables apuntes que usted me ha ministrado.⁹⁷

Destaca aquí, en primera instancia, que el personaje histórico no sea el eje central del relato, sino que haya sido postergado para una narración futura. Antes que contribuir a la conformación de un panteón nacional en torno a los héroes de la Independencia, o a la construcción de mitos sobre un pasado que apareciera fundamentalmente como ajeno —tal como sucede en *Monja y casada*—, en la novela histórica *El pecado del siglo* —según se indica en el prospecto— se abordan problemas sociales, sobre todo morales, pasados y presentes, de una nación que se está construyendo, desde el siglo XVIII, a partir de principios racionalistas y reformistas: la secularización de la educación, la transformación de las costumbres —particularmente en lo que se refiere a creencias

⁹⁷ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, pp. 3-4

supersticiosas y a conductas viciosas como el juego o la prostitución—, así como de la administración —que implicaba limpieza y orden en el espacio público—. Por eso el referente fundamental en la novela es la Ilustración, encarnada por personajes como el segundo conde de Revillagigedo (1740-1799), así como a través de alusiones a los grandes ilustrados del mundo hispánico, como Benito Jerónimo Feijoo y su *Teatro crítico universal*.⁹⁸

Hasta donde se sabe, José Tomás de Cuéllar nunca escribió esa novela que tendría como protagonista a Francisco Primo de Verdad (1760-1808), ni siquiera volvió a abordar el problema histórico, porque su preocupación central era la reforma de costumbres en el presente y, quizás —aunque esto es una mera sospecha—, porque su forma de aproximarse al pasado no le permitía generar una explicación distinta a la que podía ofrecer un relato sobre el presente.

La diferencia de intereses y de formas de abordar el problema de la historia entre las dos novelas arriba mencionadas se puede explicar a partir de la trayectoria de ambos autores. Si bien es cierto que José Tomás de Cuéllar se involucró en la política, al grado de que terminó exiliado en San Luis Potosí a raíz de su oposición a la reelección de Benito Juárez en 1868,⁹⁹ tampoco es un personaje que haya destacado por sus aspiraciones a ocupar cargos públicos. Militarmente, sólo actuó contra la invasión

⁹⁸ Cf. José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 158-159. En las notas a pie de la edición de la novela, Belem Clark de Lara advierte que incluso se parafrasea a Benito Jerónimo Feijoo para aludir a las falsas creencias y supersticiones vinculadas con la quiromancia. Más adelante veremos que la representación de la ciudad se alimenta también de autores ilustrados como Francisco Sedano e Hipólito Villarroel.

⁹⁹ De acuerdo con Belem Clark de Lara, el artículo que Cuéllar publicó en *El Correo de México*, el 9 de octubre de 1867, con el título “Prosperidad de la Convocatoria”, fue el que ocasionó su exilio. Ahí Cuéllar aseguraba: “Hemos jugado por pasatiempo una partida de dominó contra el gobierno, de quien la primera ficha fue la Convocatoria; nosotros nos armamos de buenas fichas, o sea de artículos contra la Convocatoria, las jugamos y ganamos la partida; estamos victoriosos, pues ya todos saben que lo de las reformas hizo un fiasco redondo; bien es que no fue más que una pregunta suelta del ciudadano presidente, pero un coro de noos, más robusto que el de los 300 alumnos del Conservatorio, ha contestado, y nosotros, amantes como el que más de los coros, hicimos el acompañamiento con los artículos de la prensa independiente” (*apud* Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar”, en José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. XLIII. El artículo completo se puede consultar en Ana Laura Zavala Díaz, “El escritor en la República Restaurada”, pp. 163-165).

norteamericana en 1847. Después de esta intervención se dedicó fundamentalmente al desarrollo de la cultura y la literatura, con sus estudios de pintura en la Academia de San Carlos, como miembro de Liceo Hidalgo en 1848, con sus publicaciones en *El Semanario de Señoritas* y en *La Ilustración Mexicana* en 1850, como fundador de *La Ilustración Potosina* (1869-1870) y con obras poéticas, teatrales y novelas de costumbres.¹⁰⁰ Sólo a partir de 1872 comenzó a desempeñar algunos cargos diplomáticos. En la época en que escribió *El pecado del siglo*, también publicó artículos sobre la situación social en México, algunos de los cuales aparecieron en *El Correo de México* —donde colaboraba con Ignacio Manuel Altamirano—, y otros en *La Ilustración Potosina*,¹⁰¹ donde se publicó la novela que aquí analizo.

En cambio, la carrera militar de Riva Palacio comenzó en 1847, en la lucha contra la invasión norteamericana, y continuó durante la intervención francesa. Estudió abogacía y su participación política comenzó en 1855, cuando fue nombrado regidor del ayuntamiento de la ciudad de México. Un año después fungió también como secretario del mismo ayuntamiento, y entonces se le encargó la clasificación de los archivos de esta dependencia correspondientes al siglo XVI —en 1862 también quedaron bajo su custodia los archivos de Inquisición, que no devolvió sino hasta 1867, de manera que la historia estuvo ligada desde muy temprano a su actividad política—. También formó parte del Congreso Constituyente de 1856; fue gobernador del Estado de México en 1863, y en 1868 era magistrado de la Suprema Corte de Justicia. Su producción literaria anterior a la República Restaurada destaca sobre todo por la sátira política y de

¹⁰⁰ Entre sus obra se encuentran las obras de teatro *Deberes y sacrificios* (1855), *Azares de una venganza* (1857), *Natural y figura* (1866), que constituye una sátira al afrancesamiento, *Obras poéticas* (1856), la novela de costumbres *Ensalada de pollos* (1869), con que se inauguró la serie *La Linterna Mágica*.

¹⁰¹ Además de los artículos publicados en la sección “Revista” de *La Ilustración Potosina*, destaca un artículo publicado en *La Linterna Mágica*, el 7 de noviembre de 1868, pp. 1.2, titulado, “La elección popular”, donde denuncia la ignorancia del pueblo y la ambición de “los falsos demócratas”, que impiden que las elecciones de gobernadores en los estados de la República sean llevadas a cabo por verdaderos ciudadanos. En “Los artesanos”, publicado en el mismo periódico, el 5 de diciembre de 1868, Cuéllar señala la necesidad de educar a la población indígena para hacerla partícipe de la economía de mercado y las dinámicas de consumo modernas.

actualidad, en que frecuentemente se escenifica la oposición entre conservadores y liberales y no falta la censura al clero, con las obras de teatro que escribió al alimón con Juan A. Mateos —casi todas estrenadas en 1862—, entre ellas *El tirano doméstico* y *La politicomanía* junto con las obras de tema histórico *La catarata del Niágara*, *Odio hereditario* y *Martín el demente*, en las que, a decir de José Ortiz Monasterio, predomina “el objetivo político sobre el historiográfico”.¹⁰²

Evidentemente, las tendencias de ambos escritores —igualmente llamados liberales— eran muy distintas, y probablemente las de Riva Palacio influyeron para que el pasado se convirtiera en un medio para aludir a un conflicto político de actualidad, la oposición entre Iglesia y Estado, y afianzar así el proyecto liberal y reformista. *Monja y casada* no se centra en la comprensión de los hombres y los grupos que actuaron en una circunstancia determinada sino en la *afirmación* de las fuerzas institucionales que se imponen en el presente, incluso a pesar de las tendencias que, desde el punto de vista de *Monja y casada*, predominaban en el pasado. En cambio, el interés de *El pecado del siglo*, expresado en los paratextos, se enfoca en la *comprensión* de conflictos sociales y morales de actualidad que la historia ayudaría a *explicar*. Si bien la novela de Cuéllar también se caracteriza por la afirmación de las políticas reformistas del presente como superación del pasado, la perspectiva social y moral le permite tender puentes entre pasado y presente de una forma muy particular.

Cuéllar, de hecho, fue muy cercano a Ignacio Manuel Altamirano y su proyecto de literatura nacional. De acuerdo con Ana Laura Zavala, se trataba de “‘moralizar a la sociedad’, es decir, cambiar sus costumbres y su ideología, necesidad que iba unida con la secularización de ciertos estratos y ámbitos de la vida nacional, con lo cual se creyó

¹⁰² José Ortiz Monasterio, *México eternamente*, p. 90. Según Jesús Pérez Magallón, obras como *Martín el demente* se caracterizan, además, por la representación maniquea de los elementos en conflicto (cf. “Vicente Riva Palacio (y Juan A. Mateos) o el teatro como militancia liberal”, pp. 408-416).

conseguir el advenimiento del progreso para el país”.¹⁰³ La educación era considerada aquí como un medio para difundir y afianzar el proyecto político del presente de 1867, pero no a través de la imposición, sino de la convicción derivada de la difusión de un pensamiento racional, tal como lo advirtió Cuéllar en un artículo titulado “El azar”, publicado dos años antes que *El pecado del siglo*:

Las ideas de más fácil acogida entre los hombres, son las sancionadas por la rutina, y las que van precedidas por la fe; las añejas preocupaciones, el fanatismo, una idea grotesca acerca de la divinidad, forjada por antepasados ignorantes, la perversión de un culto y el absurdo. Las ideas de la ilustración, de reforma, de progreso, las nuevas lecciones de la experiencia, la proscripción de los antiguos errores, son acogidas por las inteligencias superiores, por los ánimos fuertes, y por todos aquellos cerebros tiernos pero bien dispuestos, en los que el azar no ha tenido tiempo de dejar penetrar como impresión primera las ideas contrarias.

El azar dejó formar retrógrados serviles y casquivanos.
La educación formó progresistas, liberales y sabios.¹⁰⁴

Las ideas desarrolladas en este artículo, en particular acerca de la educación, de hecho, son puestas en escena, a manera de disertación, en *El pecado del siglo* y desarrolladas por el personaje Francisco Primo de Verdad. Así, la búsqueda en el pasado y la crítica social que lleva a cabo la novela de Cuéllar debe entenderse en el marco de esta preocupación por la reforma de una sociedad presente que deberá estar integrada, en el futuro, por “progresistas, liberales y sabios”. A fin de cuentas, la educación también es un modo de hacer política y, desde el punto de vista de Cuéllar, al contrarrestar el azar —los impulsos irracionales, los errores pasados derivados de la arbitrariedad en las conductas heredadas—, se tendería a unificar el pensamiento de la sociedad bajo una sola ideología.

En este sentido el pensamiento de Cuéllar también pareciera afin al positivismo de Gabino Barreda que se iba afianzando en las políticas educativas —para 1869 Barreda ya había fundado la Escuela Nacional Preparatoria—, puesto que ambos

¹⁰³ Ana Laura Zavala Díaz, “El escritor en la República Restaurada”, p. 48.

¹⁰⁴ José Tomás de Cuéllar, “El azar”, *El Correo de México*, 25 de septiembre de 1867, *apud* Ana Laura Zavala Díaz, “Apéndice”, en “El escritor en la República Restaurada”, p. 150.

comparten la preocupación por ciertos temas. Barreda planteaba la educación como un medio de unificar a la población bajo un “fondo común de verdades”,¹⁰⁵ fundadas en la razón universal, pues sólo de esta manera —homogeneizando a la población bajo un mismo sistema de pensamiento— los intereses personales podrían identificarse con los de la comunidad y adecuarse a los principios de orden y progreso. El azar, tanto para Cuéllar como para Gabino Barreda, debía ser desterrado del pensamiento y de las conductas humanas:

una necesidad se hace sentir por todas partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia [...] sujeta, como las demás, a las leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado.¹⁰⁶

La historia, desde este punto de vista, implica una serie de regularidades, de leyes, las cuales permiten explicar racional y científicamente el pasado y predecir el futuro; el objetivo del hombre sería descubrirlas y ajustarse a ellas. La cercanía con nuevas formas de representación del acontecer —explicadas en el primer capítulo del presente estudio— es evidente, pues se busca explicar el mundo como totalidad de sentido de manera que incluso el azar desaparezca como modo de explicación, o sea incluido dentro de una lógica determinada y así pierda su carácter arbitrario. Sin embargo, cabe advertir que la búsqueda de leyes que rigen el acontecer, así como la necesidad de eliminar el azar como modo de explicación, fue desarrollada por la Ilustración antes que por el positivismo.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Gabino Barreda, “Carta a Mariano Riva Palacio”, *Estudios*, p. 11. Belem Clark de Lara fue la primera en notar la relación entre el pensamiento de José Tomás de Cuéllar y el positivismo, así lo advierte en la introducción a *El pecado del siglo*, p. LXXXII- LXXXIII.

¹⁰⁶ Gabino Barreda, “Oración cívica”, *Estudios*, p. 68.

¹⁰⁷ De acuerdo con Reinhart Koselleck, la fortuna, la casualidad, la Providencia, fueron modelos dominantes de explicación del acontecer en el Antiguo Régimen; a partir de la Ilustración, “La historia, en su unicidad, destruyó el azar. Dicho de otra manera, si toda la historia, en su unicidad, sobrepasa todas las causas que se aduzcan, entonces el azar pierde también su peso histórico en tanto causa accidental” (“*Historia magistra vitae*” en *Futuro pasado*, p. 168-169).

En el caso de *El pecado del siglo* será posible observar que los temas que actualizó Barreda desde su concepción positivista de la historia —el azar, el progreso y la racionalidad— son aquí interpretados desde una visión que se caracteriza por una fuerte influencia de la concepción ilustrada del acontecer, la cual es ejemplificada por Isaiah Berlin de la siguiente manera: “El interés de Voltaire por la historia consistía en demostrar que los hombres eran prácticamente iguales en la mayoría de las épocas, y que las mismas causas producían los mismos efectos”.¹⁰⁸ Si para el positivismo el cambio y la diferencia, tanto en los valores como en las formas de vivir el mundo, se constituyeron en elementos centrales de la explicación del acontecer,¹⁰⁹ el pensamiento ilustrado todavía ponía en el centro de su atención las constantes sobre las diferencias, es decir, los universales, los valores y significados que permanecían inalterables a través del tiempo.

A pesar de que ciertas afinidades con el pensamiento y las preocupaciones de Barreda se hacen frecuentemente visibles en la novela de Cuéllar —e incluso se podrá advertir más adelante que en *El pecado del siglo* hay una marcada influencia de la concepción de la historia nacional que desarrolló Gabino Barreda como un camino hacia la emancipación mental—, es claro que una concepción ilustrada de la historia predomina en un relato del pasado que se erige frecuentemente en historia ejemplar, a través de la cual se busca edificar a la sociedad del presente para que reforme su comportamiento. Tal como se verá más adelante, a la idea de un pasado como origen histórico del presente tenderá a superponerse una explicación universalizante en que la

¹⁰⁸ Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, p. 52.

¹⁰⁹ A diferencia de la Ilustración, el positivismo pone el énfasis en los cambios en las formas de pensar y vivir el mundo; el movimiento de la historia se caracteriza por “la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva sustitución de las modernas; decadencia y sustitución que, marchando sin cesar y de continuo, acaban por producir una completa transformación” (Gabino Barreda, “Oración cívica”, en *Estudios*, p. 71).

causa y el efecto se convertirán en invariables que explican el acontecer en todos los tiempos.

4.2. Las enseñanzas de la historia en el camino hacia el progreso

Al igual que ocurre en *Monja y casada*, en *El pecado del siglo* el punto de partida para construir una imagen de pasado histórico es la representación de sucesos documentados que ya eran previamente conocidos por los lectores, como el asesinato de Joaquín Dongo y su familia perpetrado por tres hidalgos a finales de octubre de 1789, así como de individuos que desempeñaron un papel destacado en la historia de México, como el segundo conde de Revillagigedo —quien apresó a los asesinos de Dongo— y Francisco Primo de Verdad.

De esta manera, la novela dialoga con los conocimientos previos de los lectores pero al mismo tiempo genera una interpretación particular de los sucesos del pasado, donde se revelarán esas leyes o principios universales que rigen el acontecer y a través de los cuales se tenderá a vincular pasado y presente. Desde este punto de vista, el papel del narrador es fundamental como eje articulador de sentido. Más que un historiador, se muestra como un filósofo de la historia que a través de sus reflexiones a propósito de los acontecimientos narrados, o del sentido que da a los personajes o a los sucesos por medio de los títulos de los capítulos, revela el significado profundo, *actual*, de los sucesos narrados. Eso justifica que en el presente apartado se ponga una considerable atención en las posibles significaciones que tienen ciertos personajes y algunos comentarios del narrador en el contexto de 1869.

En primera instancia, la asociación de Primo de Verdad con la época de Revillagigedo y los asesinos de Dongo introduce lo que parece un anacronismo. Aunque estos personajes eran contemporáneos, no he encontrado documentos que señalen que el

primero fue asesor del segundo, tal como aparece en la novela. Como ocurría en *Monja y casada*, el anacronismo de este tipo genera significados que resultan relevantes para el presente, pero cuya asociación en el mundo narrado es casi incidental y no determina el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, la presencia de Primo de Verdad en la novela es ajena a la explicación de los asesinatos más allá de un vínculo casual, pues Primo de Verdad conoce algunos secretos de la vida privada de los asesinos y se los transmite al virrey, pero ello no influye en absoluto el destino de los personajes.

Su aparición, en cambio, resulta pertinente en tanto que a él se le atribuyen, en otro claro anacronismo, ideas sobre la emancipación que consisten fundamentalmente en una crítica a una educación religiosa que coarta la libertad de los hombres y cuyas consecuencias son escenificadas a partir de personajes completamente ficticios, don Manuel de la Rosa y su familia. Los vínculos de esta familia con los asesinos de Dongo, por cierto, son también casuales: don Manuel de la Rosa frecuenta la casa de una mujer de la vida galante a la que también asisten los asesinos.

Así, nuevamente nos encontramos con la tendencia a yuxtaponer personajes históricos cuya relación no viene dada desde el mundo narrado sino más bien en función de los temas de actualidad en el presente de la República Restaurada y a partir de los cuales se atribuye un significado particular a los personajes o a los sucesos. Aquí se puede advertir que, aun cuando la supresión del azar como modo de explicación y de conducta era una de las preocupaciones de José Tomás de Cuéllar en la República Restaurada, éste sigue vigente como modelo a partir del cual se generan relaciones en el relato, por lo que no se logra construir la imagen del mundo como totalidad integrada o integradora. De esta manera, la novela tiende a conformar imágenes de pasado que se constituyen en un recurso para aludir al presente.

Revillagigedo y Primo de Verdad tienen funciones muy distintas en el relato y una presencia relativamente marginal —cada uno aparece en tres o cuatro capítulos del relato—. Lo que los une es que ambos pueden asociarse con el pensamiento ilustrado y con cierta idea de progreso, entendido como mejoras en la vida de los hombres. Su relevancia radica, particularmente, en los nexos que a través de ellos se establecen entre pasado y presente. Pero así como sus funciones son distintas, en el relato también lo es la forma en que significan el presente: el primero parece representar el progreso en la administración y el orden público; el segundo, las ideas de emancipación mental frente a la educación eclesiástica en la vida privada.

Revillagigedo tiende a encarnar un ideal ilustrado de gobierno en la medida en que, a través de sus acciones, intenta imponer orden en todos los ámbitos de la vida: además de proyectar una serie de *reformas* en la administración y de procurar “la decencia pública”,¹¹⁰ “dictó sus primeras medidas para el establecimiento de la policía de seguridad”,¹¹¹ de manera que al final del relato logra atrapar a los asesinos de la familia Dongo. Como se puede ver aquí, sus actividades como gobernador ilustrado se centran en establecer las condiciones necesarias para la buena convivencia social y una administración eficiente. Este ideal de gobierno se ancla en el pasado pero mantiene su vigencia en el presente; las omisiones de Revillagigedo, en este esfuerzo por ordenar la realidad social, parecen ser el punto de partida para pensar las reformas del presente en términos de progreso.

En la novela, los personajes acuden libremente a las corridas de toros, que funcionan como “epispástico de su mal moral”.¹¹² La fiesta taurina ya era vista con cierta reticencia por algunos pensadores ilustrados del siglo XVIII y la actitud negativa se intensificó desde finales de la segunda década del siglo XIX, en que era considerada un

¹¹⁰ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 232.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 241.

¹¹² *Ibid.*, p. 30.

“espectáculo sangriento perjudicial para la moral pública y ofensivo a las buenas costumbres, aparte de que el pueblo se envilecía con ella”.¹¹³ En este contexto, el presente de 1869 significaría un *avance* en las políticas públicas que apuntan a la reforma moral, pues, según advierte el narrador, la nueva legislación determinó que las corridas de toros fueran consideradas una actividad ilegal: “El decreto que prohíbe las corridas de toros en la República Mexicana, es el más puro blasón de la moral pública”.¹¹⁴ Como complemento, el narrador advierte la necesidad de un decreto de “protección al teatro”,¹¹⁵ es decir de la promoción de un tipo de entretenimiento social encaminado —desde la concepción de la literatura de Altamirano y Cuéllar— a la educación y la reforma de las costumbres. Así, la relación entre pasado, presente y futuro que se figura a través de la novela se da en términos de progreso en cuanto a la moral y las formas de convivencia entre los hombres.

En este mismo sentido, un logro de Revillagigedo en la novela consiste en haber atrapado a los criminales en un lapso menor a quince días, lo que revela la eficiencia de su gobierno. Sin embargo, el desacierto consiste en que los criminales fueron condenados a la pena de muerte:

¿Por qué en aquellos tiempos en que según muchos hombres doctos había más fe religiosa y más sanas costumbres [...] estuvieron tan conformes con la sentencia que no se atrevieron a pronunciar esta palabra: indulto?

[...]

Decididamente, esa palabra soltada en medio de indignación y ante la palabra vindicta pública, hubiera hecho un triste papel. Y no porque sea una palabra mala. Tiene títulos de nobleza, es hija legítima de dos palabras de Dios: “No matarás”. Esa pobre

¹¹³ Jiménez Gómez, Juan Ricardo, “Diversiones fiestas y espectáculos en Querétaro”, p. 353.

¹¹⁴ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, pp. 29-30. En la nota 5 de la edición de la novela, correspondiente a las páginas aquí referidas, Belem Clark de Lara señala que esta intervención del narrador constituye un anacronismo, pues en la Colonia no se prohibieron las corridas de toros y el decreto al que se refiere el narrador debe ser el que fue publicado el 28 de noviembre de 1867. A mi entender, no es un anacronismo porque el narrador está ubicado en el presente de la República Restaurada y está aludiendo aquí a su propia época, no al pasado colonial, y el anacronismo implica la atribución de ideas, palabras o acontecimientos que no pudieron tener lugar en un tiempo pasado. En este sentido, el mundo colonial se muestra en la novela como un mundo que permite las corridas de toros, y todos los vicios que se asocian a él, mientras que el presente se revela como un mundo en que la legislación tiende a corregir los errores del pasado.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 30.

palabra indulto [...] tiene ya dos hijas grandes en el siglo XIX, hijas destinadas a hacer un importante papel en la historia de la humanidad.

Estas hijas grandes se llaman “Penitenciarias” y “Abolición de la pena de muerte”.¹¹⁶

La relación del presente con el pasado se revela entonces como un *seguir avanzando* en una dirección progresista que ya había iniciado en el pasado. La labor del presente consistiría en corregir los errores que prevalecieron en el pasado. De hecho, esta intervención del narrador, que aparece casi al final de la novela, puede vincularse con una discusión que tuvo lugar en el Congreso a partir de 1868 —y de la que hicieron eco los periódicos de la época—, sobre la posible abolición de la pena de muerte.

En enero de 1868 Francisco Zarco lamentaba que no se hubiera llevado a efecto la abolición de la pena de muerte:

Con sentimiento tenemos que consignar le hecho de que el Congreso mexicano de 1868, ha desechado sin siquiera dignarse tomarlo en consideración, el proyecto de ley que se proponía la abolición absoluta de la pena de muerte.

Parece que se espera tranquilamente el establecimiento del sistema penitenciario que hace ocho años se encomendó al poder administrativo que hasta ahora nada ha hecho para plantearlo, y que entretanto se ve con completa indiferencia la vida humana, y el legislador se conforma con que siga erigiéndose en cadalso en ciudades y despoblados, unas veces por delitos graves, y otras por delitos leves, según el grado de pasajero celo con que algunos funcionarios procuran restablecer la seguridad e intimidar a los malhechores.¹¹⁷

La polémica continuó en 1869 y, en vez de abolirse dicha pena, se llegó a considerar la suspensión de las garantías individuales para poder combatir a salteadores y plagiarios.¹¹⁸ En este contexto, el comentario del narrador se puede entender como un

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 422.

¹¹⁷ Francisco Zarco, “La pena de muerte”, en “La etapa final”, *Francisco Zarco*, pp. 6868-687. El texto apareció originalmente el 30 de enero de 1868 en *El Siglo Diez y Nueve*.

¹¹⁸ El desarrollo de este debate lo explica Daniel Cosío Villegas en *Historia moderna de México*, pp. 201-225. También Francisco Zarco publicó otro artículo en relación con este tema el 16 de enero de 1869 en *El Siglo Diez y Nueve*:

La creación de tribunales especiales, la detención por tiempo indefinido, la supresión de toda garantía en los juicios criminales y la aplicación de penas gubernativas, no son más que atentados contra la libertad individual, cuya simple autorización se presta a incalculables abusos, cuya perpetración en nada ha de servir para la seguridad [...].

posicionamiento frente a los debates y las políticas del presente. La representación del pasado permitiría entonces demostrar que para seguir progresando, para no repetir los errores del pasado, era necesario abolir la pena de muerte.¹¹⁹ La atención del narrador que representa el pasado y revela los cambios entre los tiempos —o la necesidad de los mismos— está puesta en el futuro, en las mejoras en las condiciones de existencia humanas, y revela así su proximidad con una concepción moderna del tiempo y el mundo.

Sin embargo, también es cierto que en la novela se presentan tensiones no resueltas acerca de la representación del tiempo y que tienen que ver con una dimensión ejemplar vigente a todo lo largo del relato, incluso desde algunos títulos de capítulos que explican el sentido de algunos de los sucesos ahí narrados: “En el cual verá el lector cuán cierto es el refrán de que ‘El que de santo resbala’” (primera parte, capítulo IV), “En el que se prueba que es más fácil escarmentar en cabeza propia que en la ajena” (segunda parte, capítulo XII), “En el que se ve cuánto afea al sexo hermoso la falta de prudencia”. Esta tendencia ejemplarizante fue recurrente en la literatura ilustrada,¹²⁰ y lo que tiende a destacar es un significado esencial que se asume válido para todos los tiempos; un suceso particular sirve como punto de partida para explicar las conductas humanas en general, es decir, para revelar principios universales.

Tampoco estamos porque se amplíe la aplicación de la pena de muerte, restringida a delitos determinados por la Constitución [...] Anhelando la completa, la absoluta abolición del cadalso, no podemos prestar el débil apoyo de nuestra voz a una interpretación draconiana de la Constitución, sin incurrir en una monstruosa inconsistencia (Francisco Zarco, “La etapa final”, *Francisco Zarco*, pp. 717-718).

¹¹⁹ También es posible pensar que estos señalamientos del narrador entrañen una crítica al gobierno de Benito Juárez, quien a través de los juicios sumarios o la suspensión de garantías individuales tendió a fortalecer las atribuciones del poder Ejecutivo. Esta tendencia, que ya se advertía en 1868, fue una de las razones que motivaron la oposición de Ignacio Manuel Altamirano y José Tomás de Cuéllar, la cual derivó en el cierre de *El Correo de México* —órgano a través del cual expresaban ambos autores su descontento con las políticas de Juárez— y el exilio de Cuéllar a San Luis Potosí.

¹²⁰ Esta forma de estructurar el relato en capítulos que funcionan como unidades significantes desde las cuales se transmite una lección particular al lector está presente en *Don Catrín de la Fachenda* (1820), de José Joaquín Fernández de Lizardi, un relato que se adscribe completamente a la tradición ilustrada.

Si bien en *El pecado del siglo* se manifiesta la nueva percepción del tiempo como cambio, ella está mediada por una idea de repetición de lo que en esencia es lo mismo, lo cual permite corroborar que la forma de plantear el sentido del acontecer es aquí más cercana al pensamiento ilustrado que al positivista.¹²¹ El progreso no implica una transformación radical en las formas de vivir en el mundo sino la realización de una serie de principios que ya estaban definidos desde el pasado.

El caso de Revillagigedo resulta muy significativo en este sentido, pues era un personaje emblemático en el imaginario de los hombres de la República Restaurada. Frecuentemente, en los periódicos se aludía a problemas de administración y obras públicas del presente, y en algunos casos Revillagigedo era evocado como el ejemplo de gobernante que tomó determinadas medidas para solucionar los mismos problemas, e incluso se sugería la posibilidad de *imitarlo*.¹²² El personaje era tan simbólico que en

¹²¹ La influencia del pensamiento ilustrado en esta forma de concebir la historia como ejemplo y contraejemplo se evidencia si la comparamos con la forma en que Ignacio de Luzán concebía el papel del poeta épico, quien debía “poner todo cuidado en la natural y viva expresión de las costumbres, para inspirar buenos hábitos o moderar y desarraigar los malos con la pintura de buenas o malas costumbres, que el artificio poético hará al igual provechosas, sirviendo las buenas de estímulo a la imitación, como las malas de escarmiento” (Ignacio de Luzán, *La poética*, Libro IV, cap. IV). Así, Ignacio de Luzán extrae de la *Iliada* de Homero la siguiente lección: “que la discordia de los jefes y la desobediencia de los inferiores, *por sus particulares conveniencias y pasiones*, causa daños gravísimos al bien público y ataja todos los progresos de una confederación; y, al contrario, la concordia, la unión, la obediencia y subordinación remedia todos esos daños y produce los más felices sucesos” (libro IV, cap. III). Los lectores de la República Restaurada estaban muy familiarizados con este tipo de interpretación de la historia, tal como se advierte en el tipo de enseñanza que el editor de *La Revista Universal* extrajo de la lectura de *Calvario y Tabor* (1868) de Riva Palacio: “los que por determinada causa, que han militado por ella y han derramado su sangre, son los primeros que han tendido la mano a sus adversarios políticos, a diferencia de los tráfugas o de los que nada han hecho por la causa triunfante, quienes estudiadamente se manifiestan rigurosos e inflexibles para acreditarse así de patriotas” (*La Revista Universal*, 14 de octubre de 1868, p. 1).

¹²² Véase, por ejemplo, lo que dice *El Monitor Republicano*: “El inmortal Revillagigedo hizo esfuerzos extraordinarios para regularizar la provisión de aguas, y logró mucho, a su advenimiento al poder. Las cañerías estaban casi enteramente arruinadas, y en las mercedes de agua, por abuso, condescendencia y tolerancia, no había arreglo alguno, desperdiciando mucha de la que se prodigaba a los que disfrutaban las referidas mercedes, y la toma sin medida” (27 de junio de 1868, p. 1). Según *La Revista Universal*: El conde Revillagigedo, a quien debe México tantas mejoras materiales, dejó un plano iconográfico con la planta de la ciudad tal como estaba, y con la que debería ir formando al reedificarse o hacerse de nuevo las casas, hasta que todas las calles quedaran enteramente derechas quitándose todos los callejones e irregularidades en los barrios” (18 de octubre de 1869, p. 1). Por su parte, *La Orquesta* destaca las medidas que tomó en contra de los monopolios: “El virrey Revillagigedo, que fue indudablemente uno de los más sabios legisladores de la Nueva-España, entre las muchas disposiciones que expidió para reglamentar el comercio y mantener el equilibrio de la balanza mercantil, fue la de ordenar que los dueños

enero de 1868 el ayuntamiento de la ciudad de México acordó colocar el retrato de Revillagigedo en el salón de cabildos y dos meses después se propuso erigirle una estatua.¹²³

En lo que se refiere a los logros de Revillagigedo en la captura de los asesinos de Dongo, el suceso que narra *El pecado del siglo* ya había sido relatado previamente por Carlos María de Bustamante, quien lo hizo del dominio público en 1835 y aseguró que se trataba de un “hecho ruidoso”, el cual “debe tenerse muy presente porque la desmoralización se ha generalizado en el pueblo, porque México es casi como en aquella época, un bosque se salteadores, y porque este mismo suceso estuvo a punto de repetirse en la misma [...] casa de Dongo, la noche del 19 de febrero del presente año de 1835”.¹²⁴ Según Adriana Sandoval, “la publicación de los delitos y su proceso [por parte de Bustamante] da pie al editor para dedicar el folleto al gobierno, exhortándolo a *emular* la época de Revillagigedo”.¹²⁵

Así, en el imaginario del siglo XIX, dicho gobernante representaba un ejemplo que se podía imitar en el presente, y no parece casual que el acontecimiento del asesinato haya sido nuevamente representado en 1869, con *El pecado del siglo*, pues uno de los grandes problemas que se denunciaban en los periódicos era el de los ladrones, plagiarios y asaltantes de caminos.¹²⁶ Este problema, a falta de suficiente

o arrendatarios de los molinos, no pudieran tener ni panaderías ni casillas de expendio” (23 de julio de 1868, p. 1).

¹²³ El proyecto de la estatua tuvo opositores. Según *El Constitucional*, era “anticonstitucional, y contrario a la dignidad y al decoro del pueblo mexicano, porque aquel virrey, por bueno que fuera, era uno de los opresores de México, o representante de ellos” (*apud La Iberia*, 20 de marzo de 1868, p. 3). Evidentemente, en la postura de *El Constitucional* domina el imaginario del presente como independencia frente al gobierno español; en cambio, en otros autores como Cuéllar, Revillagigedo no es asociado con el gobierno español sino con un imaginario ilustrado que inspira la reforma del presente.

¹²⁴ Carlos María de Bustamante, *Memorial ajustado de la causa que se formó a Aldama, Blanco y Quintero por los homicidios que se perpetraron en la casa de don Joaquín Dongo*, *apud* Belem Clark de Lara, nota 3 de José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 4.

¹²⁵ Adriana Sandoval, “El *Memorial ajustado*”, p. 132. (Las cursivas son mías.)

¹²⁶ El 18 de octubre de 1867, en *El Correo de México*, Cuéllar hablaba de los frecuentes robos que tenían lugar en México en los siguientes términos: “En cuanto a los ladrones, no te asombres, hay muchos; por lo mismo te digo que no te asombres; y los periódicos han dado en la manía de que hay ladrones porque no hay policía, como si no pudieran existir uno sin el otro; bien puede haber las dos cosas, policías a

policía y establecimientos penitenciarios, fue uno de los elementos que determinaron que el Congreso no aboliera la pena de muerte y que incluso se considerara la posible suspensión de las garantías individuales. Desde esta perspectiva el logro de Revillagigedo, al atrapar a los asesinos, no sería visto como un paso en el camino del progreso que da lugar a otros distintos más adelante, sino un ejemplo que debería repetirse,¹²⁷ y al que, por otra parte, debía añadirse la abolición de la pena de muerte.

Es cierto que el problema de la inseguridad en el presente no se denuncia directamente en *El pecado del siglo*, sin embargo, no se puede obviar el imaginario de la época y el sentido en que previamente había sido evocado Revillagigedo, como tampoco las tendencias ejemplarizantes que ya se han detectado en el texto. Lo que llama aquí la atención es cómo el ejemplo parece ser reinterpretado en términos de progreso, de manera que la repetición garantizaría la continuidad con un orden de mundo que ya se ha ido figurando en el pasado, pero al mismo tiempo se integraría en una dinámica de cambio que apunta a mejoras futuras en las condiciones de vida de los hombres.

El aspecto problemático en esta forma de presentar el tiempo es que, de los ejemplos concretos del pasado, no parecen derivarse los cambios futuros que señala el narrador. Nunca se dice que Revillagigedo intentara, por ejemplo, eliminar la pena de muerte, las corridas de toros o las peleas de gallos —o al menos las actividades que se desarrollaban en torno a estos espectáculos, como la prostitución y las apuestas, y que el

quienes les paguen, y ladrones que se paguen por su mano [...] roban de preferencia las iglesias, y los malditos ya no tienen maldito el escrúpulo por las cosas sagradas” (tomado de Ana Laura Zavala Díaz, “El escritor en la República Restaurada”, pp. 170-171). El problema continuó y entre 1868 y 1869 se reportaron frecuentemente robos, plagios o asaltos en las gacetillas de periódicos como *La Revista Universal*, *El Siglo Diez y Nueve* y *La Orquesta*. El 16 de enero de 1869, en *El Siglo Diez y Nueve*, Francisco Zarco aseguraba: “Más de un año ha que en coro con toda la prensa del país, venimos clamando por que se dicten medidas eficaces para reestablecer la seguridad y para perseguir a los ladrones y plagiarios que se han enseñoreado de los caminos y aún de varias publicaciones” (Francisco Zarco, “La etapa final”, pp. 714-718).

¹²⁷ También en *El libro rojo* (1871), Manuel Payno resaltó a Revillagigedo como un gobernante eficiente que “no durmió desde el momento que tuvo noticia del crimen cometido, y dictó toda clase de providencias, aun las que menos se pensaba que podrían dar un resultado satisfactorio” (p. 274).

pensamiento ilustrado calificaba como viciosas o inmorales—, de manera que los cambios concretos que el narrador señala en el presente pudieran mostrarse como derivados de las propias tendencias del pasado. Por otra parte, la proyección de los problemas del presente en el pasado generaría en el lector de 1869 la imagen de repetición a través del tiempo.

El otro personaje histórico a partir del cual se tiende a establecer una fuerte relación entre pasado y presente es Francisco Primo de Verdad. En un claro anacronismo —tanto por la forma en que anticipa el futuro como por la manera en que expresa ideas y preocupaciones propias del presente en un tiempo pasado—, Primo de Verdad explica a un sacerdote los cambios que vendrán en el futuro, y así tiende un puente que explica la relación entre pasado y presente:

usted menos que nadie debería sorprenderse al contemplar los frutos de la tiranía religiosa. El despotismo ha llenado el mundo de mártires y esclavos, de ignorantes y seres abyectos, pero en la terrible lección de la desgracia, se levantan un día los oprimidos y rompen sus cadenas: tiempo vendrá en que el clero católico predominante y omnímodo, sienta rugir el volcán bajo el pedestal de su grandeza.¹²⁸

El marco en que se da esta interpretación del acontecer parece ser la concepción positivista de la historia en general, y de México en particular. Según Gabino Barreda, el destino de la humanidad es la emancipación mental, que consiste fundamentalmente en la superación de aquellas creencias del pasado que se asumen como trabas para el progreso. En este proceso de emancipación, de acuerdo con Leopoldo Zea, “La lucha de la revolución mexicana es la del espíritu positivo contra las fuerzas de estados inferiores convertidas en enemigas del progreso. Una de estas fuerzas, el clero, trató de detener la marcha de este progreso”.¹²⁹

¹²⁸ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 142

¹²⁹ Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, p. 58. De acuerdo con Gabino Barreda, a partir de la Reforma, “al separar enteramente la Iglesia del Estado; al *emancipar* el poder espiritual de la presión degradante del poder temporal, México dio el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar, en el

Este es un punto de partida que ayuda a comprender la función del personaje Primo de Verdad en el texto. Cuando el narrador lo llama “primera víctima de las ideas de independencia nacional”,¹³⁰ no parece representar un antecedente de la lucha frente al gobierno español, sino frente al dominio de la institución eclesiástica sobre la vida de los hombres; su lucha es fundamentalmente filosófica y se enmarca en el sistema ideológico de la Ilustración traído por la corona española. Al mismo tiempo que es consejero de Revillagigedo —un representante del gobierno español ilustrado—, Primo de Verdad no destaca por sus ideas bélicas o políticas, sino por su crítica sistemática a la educación religiosa, según se puede advertir en el capítulo XV de la primera parte de la novela, donde asegura que el clero prescribe “una educación viciosa y poco conforme con la verdadera filosofía”.¹³¹

En la forma de representar a Primo de Verdad, la novela se distancia de otro imaginario vinculado al mismo personaje histórico, y que expresó Manuel Payno en *El libro rojo* (1871), donde asegura que, en una junta convocada por el virrey Iturrigaray, Primo de Verdad habló “con todo el fuego de un republicano; habló de patria, de libertad, de independencia, y por último proclamó allí mismo, delante del virrey y del arzobispo y de la audiencia, y de los inquisidores, el dogma de la soberanía popular”.¹³²

Todo el carácter revolucionario que se advierte en estas líneas tiende a diluirse en *El pecado del siglo* porque Primo de Verdad no es presentado como un oprimido por un pasado al que desafía sino como una figura de autoridad que prácticamente regaña al sacerdote —al que no le da un tratamiento especial de respeto—, y que además es cercano al mismísimo virrey. Es cierto que en ambos casos el personaje se asocia en el imaginario con la libertad, una es de carácter político y otra es de pensamiento, pero en

camino de la verdadera civilización y *del progreso moral*” (Gabino Barreda, “Oración cívica”, *Estudios*, p. 86. Las cursivas son mías).

¹³⁰ *Vid. supra*.

¹³¹ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 139.

¹³² Manuel Payno, “El licenciado Verdad”, en *El libro rojo*, p. 303.

tanto que en *El pecado del siglo* la libertad de pensamiento ya pareciera una realidad en el mundo colonial, que puede ejercer Primo de Verdad, el futuro no implicaría la ruptura radical con un orden de mundo, sino la continuidad y la difusión de una conciencia, quizás de una verdad, que ya era vigente en el pasado.

En el marco de esta ausencia de contenidos revolucionarios, resulta sumamente significativo que en *El pecado del siglo* no haya una sola mención de un acontecimiento histórico que transformó la historia de occidente y que tuvo lugar en el mismo año en que se ubican los sucesos narrados: la Revolución francesa, en 1789. La dimensión más dinámica del acontecer histórico, que consiste en la transformación profunda en el orden del mundo, queda silenciada en esta novela. En contraste, sobresalen las continuidades entre pasado y presente y el eje que los vincula es el pensamiento ilustrado.

En esta forma de representar el pasado, la diferencia con *Monja y casada* también es muy clara. Si bien tanto la novela de Cuéllar como la de Riva Palacio ponen el acento en la necesidad de superación de un tiempo donde domina la institución eclesiástica, en la de Riva Palacio esta última se hace visible en todos los órdenes de la vida; de ahí que el presente represente una ruptura radical y necesaria frente a ese orden de mundo. En cambio, Primo de Verdad, que pertenece a ese mundo pasado, no es sometido por la Iglesia y habla sin tapujos enfrente de un sacerdote. La opresión que ejerce el clero se limita aquí al ámbito privado, a las conciencias de algunos hombres comunes; no interviene en la vida pública y por tanto no se expresa la necesidad de un cambio radical en este sentido.

Mientras que en *Monja y casada* la única voz autorizada para explicar el sentido del pasado y sus relaciones con el presente es el narrador, quien tiende a generar distanciamiento y relaciones de oposición entre los tiempos, en *El pecado del siglo* el

narrador sí identifica su pensamiento claramente con el de Primo de Verdad, un personaje del pasado, cuando asegura:

El clero católico, en el auge de su preponderancia sobre la tierra, logró reasumir la vida en el culto.

Las prácticas religiosas debían formar casi la exclusiva ocupación de la mujer.

Todas las acciones estaban forzosamente encadenadas por la práctica religiosa.

La libertad de conciencia era el camino al quemadero.

La libertad civil era reputada como blasfemia.

La Inquisición era la campana neumática de las conciencias.

El aire que se respiraba debía comprarse de rodillas.

El poder espiritual quemaba por millones a sus esclavos.¹³³

A partir de las semejanzas en la forma de explicar el mismo fenómeno por parte de un personaje del pasado y uno del presente se crea la imagen de que esta forma de entender el papel del clero en la sociedad no sólo está arraigada en el pasado sino que se manifiesta como una verdad que comparten los hombres racionalistas de ambas épocas. Asimismo, desde la voz del narrador se revela el paso del tiempo como confirmación de esas verdades, pues el cambio que anticipaba Primo de Verdad, según se colige de las aseveraciones del narrador que habla de la influencia del clero en tiempo pasado, sí se efectuó más adelante. De esta manera, destaca la continuidad más que la ruptura, y aquí la imagen de historia que proyecta *El pecado del siglo* se distancia también del positivismo de Barreda, para quien el paso del tiempo implicaría una transformación radical en las mentalidades.

Por otra parte, es importante señalar que el futuro que se proyecta en la novela como superación de los errores y progreso no parece corresponder al presente de escritura, cuando en el artículo titulado “El azar”, publicado el 25 de septiembre de 1867 en *El Correo de México*, José Tomás de Cuéllar explicaba los efectos de la educación religiosa y la planteaba precisamente como una educación que esclavizaba a

¹³³ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 31.

los hombres en su presente. De esta manera, pareciera que el la novela tiende a exponer, a través de la voz de un personaje como Primo de Verdad, las preocupaciones y los puntos de vista del autor sobre su propio presente, y quizás, el futuro visualizado por Primo de Verdad tendería a representar un ideal proyectado no hacia el presente del narrador, sino hacia su futuro.

De hecho, en el interior de la propia novela la postura del narrador llega a ser contradictoria, pues al mismo tiempo que habla del dominio del clero en la sociedad como perteneciente a un tiempo pasado, cuando alude al pecado del siglo —que en parte aparece como resultado de la educación religiosa—, se pregunta, desde el presente:

¿Hasta cuándo cesará la herencia fatal que no es el pecado de un hombre, que no es la voluntad de un ser rebelde quien lo engendra, un pecado que no es ni la sedición ni la desobediencia, un pecado sordo que se transmite, que pasa de conciencia a conciencia, y que inculca a los hijos con la sangre de los padres [...] vuela sordamente inoculando, matando y subyugando a seres que medio ven, que medio oyen, que medio entienden y que bajan a la fosa con su absolución y su pecado, a despecho de la luz de la civilización y del progreso humano”.¹³⁴

De igual manera, en lo que se refiere a la mala educación de la sociedad, el narrador señala —a propósito de los hidalgos que asesinaron a Dongo—, que ésta “*produce todavía un crecido número de seres desgraciados*”.¹³⁵ Así, la novela quizás refleja una percepción conflictiva del presente y su relación con el pasado en términos de progreso o emancipación mental, porque, aunque representa la meta final desde el pasado, no se

¹³⁴ *Ibid.*, p. 128. Las cursivas son mías. Cuéllar explicó la problemática social y moral, en 1867, de la siguiente manera: “La mayor parte de los males que aquejan al hombre provienen del hombre mismo, por el imperfecto desarrollo de su inteligencia o de su educación” (“El azar. Estudios morales”, *El Correo de México*, 25 de septiembre de 1867, cit. en Ana Laura Zavala Díaz, “El escritor en la República Restaurada”, p. 152). Fue Belem Clark de Lara (“Introducción” en José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. LXXXII) la primera en advertir que en *El pecado del siglo* se desarrollan algunas de las ideas que previamente expuso Cuéllar en sus publicaciones en *El Correo de México* en el año de 1867. Particularmente el artículo “El azar”, del que ya se ha hablado previamente.

¹³⁵ *Vid. supra.*

ha alcanzado *todavía* y, sin embargo, en la novela se proyectan ideales que, al ser ubicados en un pasado histórico, parecieran realidades efectivas.

La imagen del tiempo como un avance en dirección al futuro que transmite el narrador a través de sus comentarios, o de personajes como Revillagigedo y Primo de Verdad —desde los cuales las tendencias progresistas parecieran arraigadas en la historia nacional—, frecuentemente queda desestabilizada por la percepción del presente de la enunciación como un momento sumamente problemático en el que no se han realizado esos ideales que representan los personajes del pasado, y en el que a veces parecen repetirse los errores del pasado. A fin de cuentas, la tensión que se establece entre los ideales, pasados y presentes, expresados en la novela y una realidad histórica que parece seguir una dirección contraria explica la imposibilidad de vincular los tiempos en un sentido orgánico.

A partir de todos los elementos señalados en el presente apartado es posible considerar que en la novela hay una representación contradictoria del tiempo, que obliga a problematizar el concepto de historia que enuncia el narrador en las siguientes líneas:

La historia del pasado, convirtiéndose en manual de consultas, produce el corolario de la experiencia.

¡Dichoso el que vuelve atrás la mirada para rectificar su itinerario!

El viajero que camina hacia el Oriente, al caer la tarde, aprovecha en su camino hasta los últimos resplandores del crepúsculo que deja atrás.¹³⁶

El tiempo se revela aquí como un avanzar en una línea continua, un ir dejando atrás el pasado, pero de tal manera que este último sigue ofreciendo luz que ilumina cada paso hacia el futuro. El camino del hombre estaría regido por la ley del progreso y el relato del pasado mostraría cómo se manifiesta esa ley, en qué consiste y cuál es la dirección que sigue. Así, cuando el hombre se desvía del camino, tendría que recurrir al “manual de consultas” de la historia, para “rectificar su itinerario”.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 215.

En este sentido, los personajes históricos como Revillagigedo y Primo de Verdad parecen fungir como esos elementos a partir de los cuales el narrador revela los principios universales que rigen el acontecer y el progreso en la historia, que aquí puede significar la racionalización del mundo para una mejor convivencia de los hombres, y que sigue, al menos, dos direcciones distintas pero complementarias: las reformas en el gobierno y en la educación.

Esta forma de explicar el acontecer pareciera muy influida por una concepción moderna de la historia, donde el pasado es una guía que permite entender cuál es la dirección que ha seguido la humanidad y cómo se llegó a un punto determinado. Sin embargo, el problema fundamental que se puede advertir en la novela consiste en que la imagen de un avanzar en el tiempo termina siendo cuestionada por la idea de repetición de lo que es esencialmente idéntico a sí mismo. El hecho de que la concepción de la historia como maestra de la vida siga siendo vigente como modo de explicar el acontecer e influir en las conductas de los lectores, de que los acontecimientos concretos del pasado no se muestren en todos los casos como antecedentes de los cambios que tuvieron lugar en el presente y de que incluso algunos errores del pasado parecieran vigentes en el presente, termina por revelar que las leyes del progreso y el cambio no son confirmadas por la realidad vivida en el presente de enunciación, que el pasado no se manifiesta siempre como un *continuum* frente al presente y que a veces el hombre no ha avanzado, como sería deseable, en el camino del progreso.

Se trata de una representación problemática del tiempo porque pasado y presente se muestran distintos pero al mismo tiempo se asemejan demasiado, y porque la novela llega a sugerir que es posible imitar el pasado para ser distintos de él. La proyección de los ideales o las preocupaciones del presente en el pasado impide la figuración de un

tiempo histórico en que los personajes y los sucesos parezcan derivados de su propio mundo y muestren el pasado como antecedente del presente.

Antes de llegar a la conclusión de este apartado, cabe hacer algunas observaciones adicionales en lo relativo a la reinterpretación del personaje histórico que tiene lugar en *El pecado del siglo*. Ya que Primo de Verdad queda estrechamente asociado con el gobierno ilustrado colonial, la independencia política, un acontecimiento fundamental de la historia de México al que Primo de Verdad estaba asociado desde el pensamiento de Payno, queda sin explicación. Ello sugiere que, en la República Restaurada, se alternaban dos imágenes distintas del mismo personaje que revelan una relación polifacética e incluso contradictoria con el pasado colonial.

Fueron las reformas ilustradas de la casa de Borbón uno de los detonantes del movimiento revolucionario independentista, pues tendieron a la marginación de los habitantes de colonias de la vida política y la administración de su propia tierra, así como a la conversión de los territorios americanos en objetos de explotación.¹³⁷ Sin embargo, a pesar de lo que —desde el punto de vista político— representaron para los nacidos en América las reformas borbónicas, éstas tendían a generar admiración en la República Restaurada,¹³⁸ pues parecían en consonancia con un ideal de orden que se mantuvo vigente a lo largo del siglo XIX. Es a partir de la Ilustración que en *El pecado del siglo* se procura generar un vínculo histórico entre pasado y presente, pero esta vinculación resulta problemática en tanto que está mediada por formas tradicionales de

¹³⁷ Esta tendencia de las reformas borbónicas la han analizado José Carlos Chiaramonte en el artículo “Modificaciones del pacto imperial”, David Brading, en “La monarquía católica” y en *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, así como François-Xavier Guerra en “Las mutaciones de la identidad”.

¹³⁸ Elías José Palti advierte que también en Lucas Alamán se puede detectar una relación contradictoria con el gobierno ilustrado. Alamán mostraba una gran admiración por Carlos III que condujo el gobierno novohispano “al colmo de su perfección” (Lucas Alamán, *Historia de México*, apud Elías José Palti, “Lucas Alamán y la involución política”, p. 314), pero al mismo tiempo rechazaba ciertas medidas, como la expulsión de los jesuitas, pues para Alamán, asegura Palti, era la Iglesia uno de los ejes que articulaban a la nación. La evocación del gobierno ilustrado, según este mismo estudioso, parece responder al anhelo de continuidad de un orden establecido (cf. pp. 314-315), y quizás este anhelo también llevó a los hombres de la República Restaurada a evocar el gobierno de Revillagigedo.

concebir y representar el acontecer, y porque se da a costa de silenciar la faceta más revolucionaria de la historia de México.

4.3. Pecado sin futuro... ¿progreso sin pasado?

Una vez que se ha mostrado que la forma de figurar el tiempo a través de los personajes históricos resulta problemática, cabe advertir que la relación contradictoria entre los tiempos, así como entre los ideales y valores universales que representan ciertos personajes y los sucesos concretos —lo particular—, se hace igualmente visible, e incluso se vuelve más compleja, a partir de las relaciones que establecen todos los personajes entre sí y con el conjunto del mundo narrado.

El género narrativo de que se vale *El pecado del siglo* para configurar el mundo narrado representa por sí mismo un problema: la novela de educación, en su variante didáctico-pedagógica, tiene como fundamento “una idea pedagógica planteada de una manera más o menos abierta”.¹³⁹ En este sentido, la experiencia de cada personaje constituye una invitación para que el hombre —tanto el personaje como el lector— “conociera las leyes de la vida y se sometiera a ellas”.¹⁴⁰ Es así que cada suceso del pasado servirá para develar esas leyes y así extraer una serie de lecciones que resultan válidas para el presente. En este sentido, el carácter explicativo del relato quedará subordinado frecuentemente a una función ejemplarizante.

Enmarcado por aquella forma de figurar el tiempo —o al menos el deber ser del tiempo— como un avanzar en dirección al progreso que, sin embargo, se enfrenta a ciertas resistencias o desviaciones, el mundo narrado se encuentra dividido en dos tipos de personajes, los progresistas y los pecadores; estos últimos representan las fuerzas retrógradas de la historia. Los personajes históricos como Primo de Verdad y

¹³⁹ Mijaíl Bajtín en “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”, en *Estética de la creación verbal*, p. 214.

¹⁴⁰ *Idem.*

Revillagigedo pertenecen al primer grupo, mientras que los asesinos de Dongo se vinculan en la novela con el pecado del siglo. Como complemento a estos personajes aparecen otros ficticios: Carlos es un estudiante de medicina y, por tanto, se le asocia con la razón y la ciencia, además, él se encarga de educar a su novia, quien, sin embargo, es una potencial heredera del pecado del siglo, pues es hija de don Manuel de la Rosa y su esposa —otros personajes ficticios—, aquellos que recibieron la educación viciosa que censura Primo de Verdad, y cuyas conductas son pecaminosas.

Cada grupo de personajes se caracteriza por determinados rasgos que se oponen de tal manera que no hay posibilidad de confusión, y se puede identificar claramente el significado que se transmite a través de ellos. En primera instancia, se analizarán aquí a los “progresistas”. Ellos desempeñan un papel marginal o secundario en el relato, de manera que el elemento predominante en el pasado representado serían las fuerzas “retrógradas”. Una característica fundamental de los progresistas consiste en que son personajes con futuro, pues son los que, junto con la novia de Carlos, sobreviven a un desenlace casi apocalíptico en que todos los pecadores reciben su castigo. Asimismo, destaca que son personajes prácticamente sin pasado.

De Revillagigedo y Primo de Verdad no se dice ni dónde nacieron ni qué estudiaron, de ellos sólo conocemos su oficio, gobernante y abogado, respectivamente, así como su hacer y su pensar a lo largo de las dos semanas que abarca la diégesis, y que ya se han explicado previamente.¹⁴¹ De Carlos sólo se señala que era hijo de un empleado en la secretaría del virreinato, estudiante de medicina, probablemente un buen católico que conoció a su novia en la Iglesia. En ningún momento se menciona si es

¹⁴¹ Es cierto que eran personajes conocidos por los lectores, y quizás no era necesario mencionar sus antecedentes, pero cabe considerar que se sigue la misma estrategia en la caracterización del personaje ficticio.

criollo o no,¹⁴² dónde nació, quién fue su madre o qué tipo de educación recibió en la infancia, porque lo que menos importa es su pasado; lo que destaca son los valores universales que encarna en el presente de la diégesis, y por eso tiene un claro futuro como estudiante de medicina y prometido de su novia Isabel.

Si en una primera instancia los personajes históricos como Primo de Verdad o Revillagigedo tendían a mostrar que los principios progresistas se anclaban en el pasado, al carecer ellos mismos de pasado, de una historia de vida que contar, parecen menos humanos que el resto de los personajes, e incluso menos históricos, ya que su existencia no parecería resultado de un tiempo y un espacio particular; no revelan ningún rasgo de personalidad o de pensamiento que permita identificarlos como coloniales si no es porque aparecen en la época colonial. Como ya se ha anticipado previamente, tal vez podría pensarse que, más que pasado, representan principios universales, ideales que se muestran como vigentes para todos los tiempos, pero que, sin embargo, parecieran ajenos a la “realidad” histórica que tiende a asociarse en la novela, fundamentalmente, con los personajes pecadores.

A través de estos personajes se revela la imagen de un orden de mundo particular que tiende a determinar el lugar que corresponde a los hombres en la sociedad en función de su profesión y no de principios nobiliarios como aquellos que caracterizan a los hidalgos. Este orden, al igual que los personajes que lo representan, tendría más futuro que pasado. En primera instancia, Revillagigedo, el gobernante ejemplar, pertenece exclusivamente a la vida pública, su espacio es el palacio de gobierno. En lo que se refiere a este personaje, cabe considerar que la forma de representar al buen

¹⁴² El que en la novela dominen personajes de origen español puede inclinarnos a pensar que es criollo. Para Belem Clark, a través de la novela se expresa la oposición entre gachupines y criollos (Cf. Belem Clark de Lara, “Introducción”, en José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, pp. LXVII-LXXIII). Por mi parte, considero que, aunque en la novela se refrenda un imaginario antiespañol, nunca se dice cuál es el origen de Carlos, de manera que no podemos asegurar que es criollo —como si ocurre con Blanca de Mejía en *Monja y casada*, por ejemplo—. Me parece que lo que define a Carlos no es su origen sino su moral intachable; las verdades morales que él encarna son universales, es decir, carecen de arraigo espaciotemporal como el personaje mismo.

gobernante, como alguien que no tiene vida privada, parece hacer eco de una de las preocupaciones que, según Leopoldo Zea, manifestaron liberales como José María Luis Mora en el siglo XIX, acerca de la confusión entre los intereses públicos y los privados, a los que se achacaban algunos de los problemas de gobierno.¹⁴³ De hecho, uno de los personajes cuyo servicio rechaza Revillagigedo representa el estereotipo del oidor adulator que busca los favores del nuevo virrey.¹⁴⁴

En lo que respecta a Carlos —que no parece un personaje colonial sino más bien una figuración de lo que será en un futuro la clase media, y que ya era pensada desde los tiempos de José María Luis Mora como un sector base de la sociedad futura—,¹⁴⁵ su ámbito de acción y convivencia es la vida privada, pues no desempeña ningún cargo administrativo ni tampoco toma parte en ninguna diversión o actividad pública. Desde él se proyecta la continuidad, quizás el *deber ser*, en la vida cotidiana del hombre: estudia y en un futuro será profesionalista y se casará; no pretende intervenir en la vida pública ni transformar el orden existente y tampoco realiza actividades que tengan como objetivo el beneficio propio. Él, junto con su novia Isabel, representaría entonces el ideal de la clase media del futuro:

Eran ya dos figuras demasiado *acabadas*, como dicen los pintores, para ocupar el segundo término en aquel cuadro.

La vida, como los cuadros, se compone de *términos*, y el sueño dorado de las figuras *en masa*, de las figuras de *los lejos*, de las figuras *accesorio*, es el *primer término*.¹⁴⁶

¹⁴³ Según Leopoldo Zea, liberales como Mora consideraban que para evitar el problema de la “empleomanía”, había que “desligar la misión del Estado de los intereses de los ciudadanos como particulares. Los ciudadanos no deben ver en el Estado un instrumento al servicio de sus intereses particulares, sino todo lo contrario, un instrumento a su servicio, pero como ente social” (*El positivismo en México*, pp. 85-86). Los adultores que buscan su beneficio personal a través de los cargos públicos o de su cercanía con el gobernante son un imaginario recurrente en la novelística de la República Restaurada y se encuentran tanto en *Monja y casada* como en *Memorias de un impostor* así como en otras novelas de Riva Palacio o en *El Cerro de las Campanas* de Juan A. Mateos.

¹⁴⁴ Cf. José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 233.

¹⁴⁵ De acuerdo con Leopoldo Zea, José María Luis Mora planteaba la educación como un medio para conformar, precisamente, a una clase media del futuro (cf. *El positivismo en México*, p. 82).

¹⁴⁶ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 336.

En cuanto a Primo de Verdad, el filósofo, él parece fungir como la bisagra que une ambos mundos, pues al mismo tiempo que aparece como secretario de Revillagigedo, a él acuden, a instancias de Carlos, la esposa de don Manuel de la Rosa y fray José de la Purísima Concepción a pedir consejo. El gobernante, el sabio y el profesionalista son los tres elementos a partir de los cuales parece representado el futuro de la nación; cada uno tiene un lugar en el mundo y no se mueve de ahí, de manera que no se proyecta una sociedad permeable a los cambios.

De estos personajes sin pasado, Primo de Verdad es el único que posee un espacio personal y que, de alguna manera —aunque no corresponde aun personaje del Antiguo Régimen—, lo fija más en el mundo representado. En su sala destaca lo que “en aquella época constituía el confort de las habitaciones: cómodos y largos canapés, marcos de plata para las imágenes, alfombra europea, mesas, rinconeras, sillas de brazos de caoba maciza y algunos nichos cubriendo esculturas pequeñas representando algunos santos”.¹⁴⁷ Asimismo, se advierte la presencia de numerosos libros en los estantes de su estudio. A través del espacio se revelan varios valores que encarna el personaje: la búsqueda del confort, implica cierto reconocimiento de la sensualidad como parte del ser humano, y sobre todo el carácter secular del hombre que vive en y para el mundo. Sin embargo, son rasgos que tienden a afirmar los valores del presente, el saber y el confort, como universales. En dado caso, permiten que el personaje parezca más “real” o “humano” que los otros progresistas, y quizás esto último se deba, pero esto es una mera hipótesis, a una cierta identificación del narrador con este personaje —pues cabe recordar que la forma en que ambos explican el acontecer histórico como camino a la emancipación mental coincide claramente—.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 137.

Por otra parte, cabe advertir que el carácter secular que se va trazando en el entorno y en las palabras de Primo de Verdad no implica una negación de la religiosidad: mientras los libros del estudio vinculan claramente al personaje con el intelecto, la razón, en la estancia destacan las figuras de algunos santos, como si no hubiera conflicto entre estas dos facetas separadas del hombre. En este sentido, también es importante señalar que, al mismo tiempo que se le caracteriza como un personaje, digamos, moderno o por lo menos más asociado con los valores del presente, también, a partir de la compañía de los libros y las imágenes religiosas, se genera la imagen de que es un hombre respetable desde el punto de vista de la tradición, alguien que puede instruir a fray José de la Purísima Concepción, quien es introducido en el despacho de Primo de Verdad. A través de este personaje se difunde una imagen de progreso que no implicaría necesariamente una ruptura radical con ciertos valores tradicionales que, distanciados de un sacerdote corrompido como fray José, y un tanto empequeñecidos en comparación con los vistosos objetos seculares de la estancia de Primo de Verdad, mostrarían su universalidad. Sin embargo, hay que insistir en ello, esta imagen de progreso y continuidad sólo se logra reduciendo la historicidad a su mínima expresión —silenciando incluso la dimensión más revolucionaria del personaje histórico—.

La relativa concreción que se puede advertir en Primo de Verdad, o incluso en Revillagigedo, derivada de su relación con un espacio particular —una casa, el Palacio de Gobierno—, contrasta notablemente con el hecho de que no se indique siquiera que Carlos, el personaje ficticio, viva en una casa. A él sólo se le ve en las habitaciones de los pecadores —si llega a moverse es motivado por ellos—, y así contrastan sus valores frente a los de estos últimos, pero es el ideal de personaje menos anclado en el espacio, en el mundo. Esto, aunado al hecho de que no tiene pasado, ni grandes ambiciones a futuro, y no desea apasionadamente nada, lo vuelve un personaje casi etéreo cuyo

origen y posibilidades de existencia, en el pasado o en el futuro, no se desarrollan en la novela. Quizás ello implica una imposibilidad de dar forma más “real” a este ideal del presente.

En lo que respecta a los personajes pecadores, asociados con las tendencias retrógradas de la historia, un elemento común es que todos tienen pasado y el pasado explica su caída en el presente de la diégesis; asimismo, ninguno tiene futuro: al final, los que no mueren terminan lamentando su desgracia. Es decir que, a pesar de que parece haber un intento por anclar los ideales del presente en el pasado, éste tiende a asociarse fundamentalmente con los errores, con los males que se arrastran en el presente y que deben ser superados para poder progresar; así, la relación histórica, no idealizada, con el pasado, tendría un sentido negativo que dificulta mostrar cómo se puede dar el paso del retroceso al progreso.

Otro aspecto en el que coinciden los pecadores es que encarnan tipos sociales que se identifican con el pasado colonial: hidalgos, beatos, comerciantes españoles, frailes, brujas. En tanto que personajes tipo,¹⁴⁸ vienen cargados de una serie de significaciones que no provienen del mundo narrado sino que vienen dados desde afuera, y todos ellos ya traen una carga semántica negativa —son fanáticos, supersticiosos, avaros, vagos o viciosos—. En tanto que tipos, las relaciones que se establecen entre los personajes tienen más que ver con lo que representan temáticamente

¹⁴⁸ De acuerdo con Mijaíl Bajtín, “El tipo es una postura pasiva de la personalidad colectiva. Lo esencial en esta forma de interrelación entre el héroe y el autor es lo siguiente: en el excedente del autor determinado por su extraposición, el elemento cognoscitivo tiene una importancia preponderante”, y “la generalización intuitiva que fundamenta la tipicidad de la imagen del hombre presupone una extraposición firme, tranquila, segura y plenamente autoritaria con respecto al personaje” (M.M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, pp. 160-161). La extraposición consiste en “una colocación desde fuera, espacial y temporalmente hablando, de los valores y del sentido, la cual permite armar la totalidad del personaje que internamente está disperso en el mundo determinista del conocimiento, así como en el abierto acontecer del acto ético” (p. 21). Es la extraposición la que permite completar al personaje y darle un sentido que es inaccesible para el propio personaje que está inmerso en su mundo. Pero existen distintos tipos de extraposición cuya diferencia consiste en el grado de resistencia que puede ofrecer el mismo personaje frente al punto de vista del autor. En el caso de la extraposición autoritaria, el autor no es receptivo frente a las posibles resistencias del personaje en la medida en que el mundo al que este último pertenece “parece estar muerto valorativamente” para el autor, de manera que “la orientación ético-cognoscitiva de sus personajes es inaceptable” (p. 161).

que con una lógica derivada del mundo narrado, de manera que tienden a yuxtaponerse y a sobrecargar el mundo de ese significado esencial que se repite en cada uno de ellos.

Los espacios que habitan tienden a reafirmar la tipicidad así como los antivalores que representan y siempre están cargados de símbolos de desgracia o caducidad: en el capítulo VIII de la primera parte, en la casa donde Felipe Aldama trama un robo, al inicio de la novela, se aparece un murciélago que, según un personaje, es símbolo de mal agüero —paradójicamente, un narrador ilustrado que critica las supersticiones echa mano de un elemento supersticioso para generar tensión dramática—; en la casa de don Manuel de la Rosa abundan las velas, que son luces que se consumen, y a través de las cuales se enfatiza el carácter religioso de la familia:

En la sala había un gran nicho de la Divina Infantita, en la recámara un cuadro representando la Preciosa Sangre y otro al señor san José.

Las criadas, por su parte, habían improvisado un pequeño altar en la cocina, donde por mayoría de votos, se había colocado a santa Rita de Casia, abogada de imposibles [...].

[...]

En la sala, además de las velas que se encendían ordinariamente cuando se recibían personas de categoría, alumbraban cuatro velas de cera de a dos libras, puestas en grandes candeleros delante del nicho de la Divina Infantita, y como en cada una de las piezas había santos con sus velas respectivas, el silencio que allí reinaba formaba contraste con la iluminación extraordinaria.

Las criadas [...] quemaron incienso en un anafe y lo pasearon desde el zaguán por toda la casa que acabó de tomar el aspecto de un monasterio.¹⁴⁹

Los personajes tipo son un medio a partir del cual el narrador proyecta su visión de mundo y sus valores en el relato, y desarrolla uno o varios temas que trata de subsumir en uno solo, el pecado. A través de ellos se van acumulando imágenes de pasado que no se vinculan necesariamente a partir de relaciones causales. Así, el relato termina dividido en dos partes cuyas relaciones son azarosas y no causales: por un lado se desarrolla el problema de la educación de los hidalgos que los conduce a una vida de crápula y crímenes que impactan en la vida pública; por otro lado, la educación religiosa

¹⁴⁹ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 278-279.

de la familia de don Manuel de la Rosa. De hecho, de la historia de los hidalgos se deriva una tercera, la de la bruja —que parece representar el fomento de la superstición, un tema que ya se había desarrollado previamente, aunque de manera distinta, en *Monja y casada*—, a partir de la cual se demuestra que “la desgracia tiene no poca parte en la educación de las brujas”, y que las prácticas de estas últimas son pura superchería que fomenta conductas supersticiosas.¹⁵⁰

En *El pecado del siglo*, en lugar de derivarse una explicación del mundo como totalidad a partir de las series de relaciones que establecen los personajes al interior del relato, la tipicidad —que es un recurso literario muy frecuente en el siglo XIX mexicano— tiende a construir sentidos parciales cuyo eje son los personajes-tipo y no necesariamente el conjunto del mundo. Ello conduce a la consideración de que quizás en esa época había cierta imposibilidad de comprender y representar el mundo como una serie de relaciones estructurales y por eso tiende a presentarse de manera fragmentaria —igual que ocurre en *Monja y casada*—.

De hecho, en *El pecado del siglo* un solo personaje puede encarnar varios estereotipos. Así, Felipe es al mismo tiempo el seductor de Margarita —quien recuerda al personaje fáustico—, el hombre supersticioso que consulta a las brujas para conocer su futuro, el español que vino a hacer las Américas, el hidalgo que no trabaja debido a

¹⁵⁰ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 111. No obstante que en este relato en particular domina la trama de aventuras y la bruja Teodora parece frecuentemente una heroína, el tema de la superstición aparece constantemente en el relato, generando tensiones frente a la trama de aventuras, y es a fin de cuentas el lazo de Teodora con la superstición y con los errores del pasado el que determina su desenlace trágico. Dicho tema resultaba sumamente vigente en la República Restaurada, no sólo se menciona repetidamente en las novelas de la época, forma parte del proyecto educativo de los hombres de letras de la República Restaurada. En este sentido, llama la atención que a principios de 1869 fue muy sonado un caso de linchamiento, en el pueblo de Ahuatleco, Puebla, de una mujer acusada de brujería. El suceso lo difundió originalmente en *El Globo* pero fue citado por varios periódicos posteriormente, como *La Revista Universal* (22 de enero de 1869), *La Tarántula* (26 de enero de 1869) y *La Linterna Mágica de Zacatecas* (6 de febrero de 1869). En algunos casos, el caso sirvió de punto de partida para criticar al clero como responsable de la superstición, en otros para censurar el tráfico de influencias entre las autoridades municipales que protegieron a los responsables del crimen. El asunto también fue comentado por Francisco Zarco, el 16 de enero de ese año, en *El Siglo Diez y Nueve*, y lo considera un acto de barbarie que compara a la suspensión de las garantías individuales que promovió el gobierno juarista para acabar con los ladrones.

una idea equivocada de nobleza que lo hace preferir el crimen a realizar un trabajo manual.¹⁵¹ Por su parte, don Manuel de la Rosa es el comerciante español que acumula a costa de privaciones y austeridad, así como un beato que dona su capital a “manos muertas”. En ellos se proyectan los antivalores del presente y del pasado que se oponen a los ideales del trabajo, de división de la sociedad en función de las actividades que los hombres desempeñan en el mundo, de circulación e inversión del capital.

Así como ocurre con los personajes, también el espacio público tiende a parecer estereotipado:

La Plaza Principal de México el 21 de octubre de 1789 presentaba un aspecto repugnante.

Multitud de puestos de vendimias, ropavejerías y bazares de objetos de desecho, grandes hacinamientos de basuras y restos de hortalizas, todo esto al abrigo de chozas medio derruidas y ennegrecidas por el tiempo.

El centro de la Plaza era un conjunto deforme de todo lo inmundo. Alrededor [...], pululaban cerdos hambrientos, vacas que rumiaban las verduras medio podridas y multitud de perros que formaban círculos en cada montón de basura.

Los habitantes de aquella cloaca eran gentes casi en su totalidad desnudas, pues la plebe de México en aquella época en que las telas tenían todavía un precio subidísimo, no se vestía [...].

Comenzaba a hormiguar allí la gente a los primeros albores del día, y aquella masa negra, informe y pestilente que ocupaba como una inmensa mancha casi toda la extensión de la espaciosa plaza, se iba poniendo en movimiento, y un rumor sordo como el de un enjambre que se alborota, se levantaba de allí durante el día.¹⁵²

La manera en que la novela de Cuéllar caracteriza la ciudad de México —igual que sucede en *Monja y casada*—¹⁵³ parece alimentarse de los comentarios de hombres ilustrados como Hipólito Villarroel, quien en su informe titulado *Enfermedades políticas que padece la capital de la Nueva España*, de finales del siglo XVIII, aseguró que abundaba la gente sucia y vil en dicha capital, que los sectores bajos de la sociedad dejaban su desnudez a la vista de todos¹⁵⁴ y, no pareciendo suficientes los males de la

¹⁵¹ Este tipo social del hidalgo crápula ya había sido representado previamente por José Joaquín Fernández de Lizardi en *Don Catrín de la Fachenda*.

¹⁵² *Ibid.*, pp. 231-232.

¹⁵³ *Vid. supra*.

¹⁵⁴ Hipólito Villarroel aseguraba que la ciudad es: “receptáculo de hombres vagos, viciosos y mal entretenidos, albergue de malhechores, lupanar de infamias y disoluciones, cuna de pícaros, infierno de

capital, emigraban de España los hombres que no cabían allí por sus “vicios y maldades”.¹⁵⁵

Asimismo, la descripción de la Plaza Mayor en la novela recuerda a las observaciones de Francisco Sedano, quien en *Noticias de México* (1790) la calificaba de la siguiente manera: “Esta plaza, cuando estaba el mercado era muy fea y de vista muy desagradable. Encima de los techados de tejamanil había pedazos de petate, sombreros y zapatos, y otros harapos que echaban sobre ellos [...] allí se albergaban muchos perros que se alborotaban y a más del ruido que hacían se abalanzaban a la gente que se acercaba”.¹⁵⁶

Tal como señala Antonio Rubial, esta forma de representar el espacio respondió a “las actitudes científicas propias de la racionalidad ilustrada”,¹⁵⁷ la cual mostraba una preocupación cada vez mayor por cuestiones de higiene y organización del espacio público, de manera que se exponían los problemas con ánimo de corregirlos.¹⁵⁸ Evidentemente, el narrador del siglo XIX no pretendía ya corregir el espacio del pasado, de manera que éste tiende a convertirse en un estereotipo de un espacio social pasado donde domina la barbarie: suciedad, desnudez, inmoralidad, peleas de gallos, corridas de toros.

Lo que aquí se confirma, sobre todo, es la identificación, por parte del narrador del presente, con los valores y la forma de ver el mundo de los hombres ilustrados, en la

caballeros, purgatorio de hombres de bien”, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*, p. 138. El pueblo se caracteriza por “su desnudez, su voluntaria pobreza y abatimiento, su desidia, sus perversas inclinaciones y su ciega adhesión al robo, a la rapiña y a todas las demás castas de vicios” (*ibid.*, p. 193).

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 251. Como Villarroel (*cf. ibid.*, p. 190-191), Cuéllar también alude a las peleas de gallos, a las corridas de toros como centros donde abunda el delito, la infamia y la degradación social; en ellas conviven mujeres de mala vida y apostadores (*Cf. José Tomás de Cuéllar, El pecado del siglo*, pp. 35-42).

¹⁵⁶ Francisco Sedano, “Plaza Mayor”, *Noticias de México*, p. 88.

¹⁵⁷ Antonio Rubial García, “De la visión retórica a la visión crítica”, p. 426. La representación ilustrada de las ciudades refleja un cambio fundamental frente a la mentalidad barroca, en cuyas representaciones del espacio ciudadano se tendía a “no reflejar de manera precisa los problemas cotidianos, sino sólo difundir la belleza de ciudades bien trazadas y limpias, con buenas perspectivas” (Martha Fernández, “De puertas adentro”, p. 50).

¹⁵⁸ *Cf. Ibid.*, p. 49 y Antonio Rubial, “De la visión retórica a la visión crítica” pp. 415-416.

cual, según se ha señalado previamente, los particulares importan en tanto manifestación de universales. Desde la dinámica del ejemplo y el contraejemplo que ya se ha explicado previamente, es posible pensar que quizás el pasado insinúa lo que *no debería ser* en el presente, pues la apropiación del discurso ilustrado en cuanto a la representación del espacio se da en el marco de lo que Alan Knight llama liberalismo “desarrollista”, que predominará en el último cuarto del siglo XIX, en el que “se pedía a los mexicanos (se les ordenaba a veces) trabajar, ahorrar, estudiar, leer, crear y *evitar la suciedad y el vicio*, la indolencia, la bebida, los deportes sanguinarios y el juego”,¹⁵⁹ es decir, se buscaba conformar una sociedad higiénica y moralizada.

Lo que es claro es que cuando el narrador alude a “aquella cloaca”, la vincula con “aquella época”, es decir —y según se ha ido significando a los personajes que transitan en ese espacio—, con las tendencias retrógradas del pasado. En contraste, no hay una sola descripción del espacio público que tienda a vincular pasado y presente a través de los cambios que han tenido lugar en él. Si a ello se suma el hecho de que personajes idealizados como Primo de Verdad y Carlos —como se ha visto previamente— permanecen ajenos a ese espacio público, es posible considerar que en esta novela no se hacen visibles nuevas formas en que el hombre puede relacionarse con el mundo exterior en el camino hacia el futuro. Esto conduce a reafirmar la idea de que quizás hay cierta dificultad en la novela para visualizar el momento de transición entre el pasado retrógrado y el futuro progresista, en que los nuevos hombres se puedan apropiarse de ese mundo que parece poblado por otros.

Como se puede ver con lo dicho previamente, aquellos elementos identificados con el retroceso sobrecargan el mundo colonial. Pero quizás lo más significativo en ellos es que su pasado, principalmente su educación, muestra las razones que los llevan

¹⁵⁹ Alan Knight, “El liberalismo mexicano”, p. 69.

al error, y que estos errores se oponen a un ideal de progreso. Esta tendencia relativamente moderna de explicar el acontecer, sin embargo, se imbrica con un modo profundamente tradicional, derivado de la concepción católica del mundo. La novela inicia con un epígrafe del Eclesiástico: “Dios, después de haber criado al hombre, le ha dejando en las manos de su propio consejo. La vida y la muerte, el bien y el mal, se hallan delante del hombre, y aquello que haya escogido, se le dará (Eclc. 15:14-18)”. Así, desde el principio se advierte que la novela desarrollará el problema del libre albedrío y que el punto de partida es la Biblia.

Por su parte, el término “pecado” es el que sirve para denominar el origen de los errores de aquellos que eligen mal su camino. De esta manera, una visión secular del mundo se entrelaza con una profundamente religiosa. En el transcurso de la novela, se les presentan a los pecadores oportunidades para cambiar su conducta, pero los valores equivocados que adquirieron a raíz de su educación —el pecado original— los llevan siempre a tomar malas decisiones, a continuar por un camino de “Disipación” —así se titula la primera parte de la novela—, que los conduce finalmente a la “Expiación” —que corresponde a la segunda parte del relato—.

Lo interesante aquí, en primera instancia, es que el “pecado” es un modo de explicación que sintetiza, reduce, lo particular a significados esenciales, universales. Sólo de esta manera el pecado de unos hidalgos, que fueron educados bajo las ideas de nobleza propias del Antiguo Régimen, podría explicar, tal como se prometía en el anuncio de la novela, “la relajación de las costumbres y la decadencia de la moral” en el presente, cuando los títulos nobiliarios ya no fungían como elemento rector de las conductas sociales —al menos no de la mayoría de la sociedad—. El pecado, al igual que la explicación de los acontecimientos en función de los términos “Disipación” y “Expiación”, más que mostrar las diferencias entre los tiempos, tiende a actualizar una

concepción de tiempo en la que predomina la repetición. El origen del mal quizás no estaría entonces ligado a una dimensión histórica en sentido amplio sino a una de carácter moral regida por una concepción católica del mundo que se entrelaza con un pensamiento ilustrado, que le da a la explicación del mundo cierto enfoque secular. En ambos casos es el pasado en la vida terrenal el que asocia al hombre con la caída.

En contraste, resulta muy significativo que no se le dé información al lector acerca del tipo de educación o experiencias de vida que llevaron a los personajes secundarios —los que no tienen pasado, los que no pecaron—, a comportarse y a pensar como lo hacen en el presente de la diégesis. Tal como se ha advertido previamente, esos personajes secundarios representan valores universales y atemporales que se proyectan al futuro como el fin último al que se dirige la humanidad, por eso no tienen ninguna actitud que haga que el lector los identifique como pertenecientes a una época específica. Ellos encarnan un ideal para el que, sin embargo, la novela no tiende a generar una nueva filosofía que permita explicar las condiciones que posibilitan su existencia en un mundo concreto, pasado o presente.

4.4. El hombre, la libertad y el mundo

Arriba se ha señalado que un problema filosófico fundamental que se desarrolla en la novela es el del libre albedrío, el cual se anuncia desde el epígrafe de la novela. En este sentido, los pecados, la disipación que conduce a la expiación, se entendería como el mal ejercicio del libre albedrío. Es principalmente a través de don Manuel de la Rosa y Felipe, que se desarrolla este problema.

Por una parte, Felipe, quien cita una frase de Maquiavelo, expone una idea de libertad desenfrenada:

—[...] Es para mí un axioma sapientísimo el de que *el fin justifica los medios* y me parece, por tanto, que el hombre está en la precisa obligación de llegar al fin que se propone, *so pena de quedarse atrás en esta difícil lucha y ser pisoteados por los que vienen siguiéndonos*.

”Sea, por ejemplo, nosotros cuatro. Somos tan acreedores a la grandeza y al poderío como cualquiera, porque yo no paso porque cada uno nace con su estrella. *No hay más estrella que la inteligencia ni más poder que la voluntad*.

”[...] Yo necesito un poco de harén, *un poco de sibaritismo*, un poco de esa felicidad tan positiva y tan envidiable con que hemos soñado desde los veinte años.¹⁶⁰

El problema de los límites de la libertad del hombre, en la búsqueda para satisfacer sus deseos o necesidades, fue una de las grandes preocupaciones, al menos, desde la época ilustrada en adelante.¹⁶¹ Felipe evidencia una voluntad egoísta, derivada de su mala educación, que se limita a la satisfacción de los propios deseos, los cuales además son irracionales y poco conformes con las ideas de progreso del liberalismo desarrollista que define Alan Knight. Este liberalismo —cuya filiación con el pensamiento ilustrado es evidente— vislumbra un ciudadano trabajador, que subordina sus deseos al bienestar de la comunidad y no practica ninguna de las actividades que realiza Felipe: el juego, la bebida, los deportes sanguinarios. La filosofía de este personaje, en vez de buscar el bienestar, justifica el crimen.

¹⁶⁰ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 199 (las cursivas son mías). Belem Clark de Lara, en la introducción a la novela, considera que las ideas de Aldama citadas aquí corresponden a la filosofía “del hombre renacentista fundamentada en el homocentrismo” (en José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. LXXII). Por mi parte creo que en estas palabras de Aldama aparece representada más de una filosofía. En ellas se resumen y mezclan ideas pasadas y presentes para que aquí se asocian con concepciones erradas sobre la libertad, la voluntad y la satisfacción de los deseos. Así, por ejemplo, la acepción de sibarita como “El que es muy dado a regalos y placeres” apareció en el diccionario de la Real Academia Española a partir de 1852 —previamente se definía “sibarita” simplemente como “Natural de la ciudad de Sibaris” (cf. *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, disponible en línea)—. El sibaritismo estaba asociado en el siglo XIX con algunas tendencias hedonistas del romanticismo individualista (el conde de Montecristo, por ejemplo, era un sibarita), y probablemente la crítica que se lleva a cabo en la novela de Cuéllar también se dirige al individualismo exacerbado que se desarrollaron ciertas corrientes románticas.

¹⁶¹ Si consideramos la faceta de Felipe como seductor de Margarita, que nos remite a la tradición fáustica, quizás se puede asociar a este personaje con una idea distorsionada de la libertad romántica. Aparentemente, Cuéllar era un duro crítico de cierto romanticismo exacerbado, particularmente en lo que se refiere al ejercicio de la voluntad y la libertad. Así, por ejemplo, *El comerciante en perlas* (1871), publicada por Cuéllar dos años después de *El pecado del siglo*, es una obra inspirada en *El conde de Montecristo*, pero donde el protagonista es un “Monte-Cristo” moderado (José Tomás de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, p. 51). A diferencia del protagonista de la novela de Dumas, el comerciante en perlas no ejerce su libertad en beneficio propio, su voluntad siempre está al servicio del bien y no de la satisfacción personal —de hecho, el personaje prácticamente carece de deseos propios— y jamás comete actos al margen de la ley.

Por su parte, don Manuel de la Rosa es el hombre al que se le ha coartado toda su libertad a raíz de una educación religiosa que lo convirtió en un personaje incapaz de afrontar los desafíos que impone la vida en el mundo. Tal como lo señala Primo de Verdad, los errores de don Manuel son resultado “de la coacción ejercida sobre la conciencia, quiero decir, de la educación que prescribe el clero hoy”.¹⁶² Aquí cabe advertir que el modo en que el personaje explica su propia crisis evidencia que su forma de pensar no se deriva de su naturaleza histórica, sino de una de estas verdades cuya universalidad se demuestra al ser ubicadas en el pasado de tal manera que confirman la postura del narrador en el presente de 1869. La explicación se inserta en una cadena argumentativa iniciada por el narrador: “Nada es más irresistible que una de esas pasiones inspiradas en la edad madura, nada más funesto que la caída de uno de esos pedestales formados con la abstinencia y el recogimiento; parece que todas las fuerzas comprimidas estallan, y que, al caer, se rompe abiertamente con la razón y con el arrepentimiento”.¹⁶³

Siguiendo la secuencia argumentativa, don Manuel asegura: “yo siento en mí que no puedo enmendarme; hay una fuerza superior que me arrastra a este sitio a pesar de todo, a pesar mío”;¹⁶⁴ “[mi padre] tuvo la mejor intención del mundo al querer hacerme bueno, y yo por mi parte no tuve el talento necesario para hacerme un poco malo. / Yo no tengo la culpa de los anacronismos de mi vida”.¹⁶⁵ Por su parte, Primo de Verdad concluye:

—Las faltas que se cometen en la edad de la inexperiencia y las pasiones, reverendo padre, tienen la disculpa del débil, del niño, del loco y del ciego; las faltas que se cometen a la edad de don Manuel son incurables, reverendo padre.
[...]

¹⁶² José Tomás de Cuéllar, *El pecado el siglo*, p. 139.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 46.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 124.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 125.

—[...] Se cura a un joven por el cansancio, pero a un viejo que empieza a amar a los cincuenta años no le queda tiempo para cansarse. Se enmienda un joven por la promesa de bienestar futuro en esta vida y por la esperanza. El viejo libertino sabe, al serlo, que entre el libertinaje y la muerte habrá un solo momento, muy corto para enmendarse, muy tardío para arrepentirse, y muy fugaz para la expiación.

[...]

—Don Manuel niño aprendió a temer y no a pensar. Débil de carácter se plegó siempre, aceptó la obediencia pasiva, sin que su orgullo de hombre se rebelara contra la tiranía de la coacción; nació su conciencia debajo de otra conciencia, nació su voluntad debajo de otra voluntad: obedeció, calló, oró y vegetó.¹⁶⁶

En esta cadena de ideas, por una parte se hace evidente que a don Manuel de la Rosa no se le enseñó a pensar por sí mismo, a construir sus propios valores, a ser libre. Por otra, se señala la importancia de la experiencia como parte del aprendizaje para la vida. Estos serían dos elementos que, al menos en el caso de Don Manuel, conducirían el buen ejercicio del libre albedrío. Sin embargo, también hay personajes como los hidalgos, que no recibieron esa educación religiosa, que vivieron numerosas experiencias, y que, a pesar de ello, ejercen mal su libre albedrío. Lo único que uniría a estas dos explicaciones de la conducta humana es una mala educación que, sin embargo, tiene características muy distintas, porque no logra generar una explicación global del mundo narrado.

En medio de los dos extremos, el que practica el libertinaje y el que carece de libertad, está Carlos, un personaje que, de hecho, tiene contacto con ambos pecadores. Él sería el ejemplo de la libertad ejercida adecuadamente. A diferencia de Felipe, no ambiciona, no tiene vicios, es honesto, no transgrede el ámbito de la vida privada que le corresponde y además enseña a leer a su novia, es decir, promueve la ilustración. Es católico como don Manuel, pero reprueba las conductas de este último. Sin embargo, como personaje que no tiene pasado, nunca se explica cuál fue educación que recibió, cuáles son los mecanismos que determinaron que él no cometa errores.

¹⁶⁶ *Ibid.*, pp. 140-141.

En este sentido, el caso de Isabel, la novia de Carlos, es muy interesante, porque comenzó como una heredera del pecado del siglo que se flagelaba con cilicios. Luego conoce a Carlos, quien la enseña a leer. Sin que se le explique al lector cómo se dio el cambio, Isabel empieza a dudar sobre la propiedad de las conductas de su madre —que promueve rezos en todas las iglesias y hace de la infidelidad de don Manuel de la Rosa un asunto público—, pero no se decide del todo a cuestionarla, más bien la disculpa.¹⁶⁷ Así, al final, queda la duda de si Isabel continuará la herencia de su madre o se hará una progresista como Carlos. Entonces nuevamente se revela un vacío que impide explicar la transición entre el retroceso y el progreso, entre el pasado y un ideal futuro, entre los errores y el buen ejercicio del libre albedrío.

Aquí cabe preguntarse, ya que no es un personaje particularmente activo, cuál sería el concepto de libertad se proyecta a través de Carlos. Es pertinente recordar aquí que carece de ambiciones y tampoco tiene sueños, más allá de, quizás, casarse con su novia y ser médico —rasgos que le asignan un rol dentro de una sociedad establecida pero no lo distinguen como individuo—, de manera que el ejercicio de su libertad no implica cambiar su modo de vida, ser una gran figura pública o tener mucho dinero; es decir, no apunta a trascender su condición. Asimismo, su ámbito es la vida privada pero tampoco se le asocia con un espacio particular —tampoco come ni bebe nunca—, de manera que tampoco apunta a una apropiación o disfrute del mundo —como se vio previamente, sólo en Primo de Verdad se pueden detectar insinuaciones de una nueva relación del hombre con su entorno a partir de la idea de confort—.

El concepto de libertad que desarrolla la novela pareciera vincularla nuevamente con el pensamiento de Barreda:

Representase comúnmente la libertad, como una facultad de hacer o querer cualquier cosa sin sujeción a la ley o a fuerza alguna que la dirija; si semejante libertad pudiera

¹⁶⁷ Cf. José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, p. 337.

haber, ella sería tan inmoral como absurda, porque haría imposible toda disciplina y por consiguiente todo orden. Lejos de ser incompatible con el orden, la libertad consiste en todos los fenómenos, tanto orgánicos como inorgánicos, en someterse con entera plenitud a las leyes que los determinan.¹⁶⁸

En este sentido, Carlos —e incluso el propio Primo de Verdad— ejercería su libertad simplemente al realizar voluntariamente aquellas actividades que se esperan de un buen ciudadano en el presente de enunciación: desempeñar una profesión útil a la sociedad y casarse. Sin embargo, aquí no hay que perder de vista que las leyes y normas de conducta que transmite la novela se asumen como ahistóricas, y en este sentido la novela de Cuéllar sigue siendo más próxima al pensamiento ilustrado, que además se entrelaza con una concepción profundamente católica del mundo, de tal manera que esas leyes universales aparecen, desde el principio del texto, como emanadas de Dios.¹⁶⁹

Tal como se señaló en el primer capítulo de este estudio, desde la concepción católica, el hombre no está en el mundo para transformarlo o para su disfrute personal; para acceder a la dicha eterna debe evitar el pecado, que en muchos sentidos se vincula con el disfrute del cuerpo. Así, los pecadores en esta novela son lo que buscan el placer: los que beben, seducen, frecuentan prostitutas, juegan, asisten o participan en espectáculos públicos. En cambio, quienes se salvan del pecado son aquellos que no parecen desear nada, los que no tienen un papel activo en los acontecimientos ni una relación estrecha con el mundo material o incluso con otros hombres. Estos personajes tienden a ser idealizaciones, principios, valores, más que personajes propiamente históricos y por eso no logran explicar lo propiamente humano. De hecho, lo más

¹⁶⁸ Gabino Barreda, “De la educación moral”, *Estudios*, p. 114.

¹⁶⁹ Aquí cabe señalar que la adopción de referentes cristianos para la interpretación de la historia y la realidad nacional se dio frecuentemente y de distintas formas en el siglo XIX, tanto por parte de liberales como de conservadores, pero la forma de apropiarse de ellos cambia de acuerdo con el autor o la época. Brian Connaughton, en la segunda parte de su estudio *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, titulada “Permanencia de un discurso anclado en la metáfora religiosa”, explica algunas de las formas que tomó esa apropiación durante la primera mitad del siglo XIX.

humano, lo que se desvía del camino de la historia, es lo que parece más pecaminoso en la novela.

La que considero la gran paradoja en esta novela consiste precisamente en que se trata de un texto que hace énfasis, a través de Primo de Verdad, en la importancia de la educación secular,¹⁷⁰ pero adopta para ello un discurso religioso que contiene en sí mismo una visión tradicional que tiende a desvincular al hombre del mundo en lugar de figurar nuevas relaciones con este último.¹⁷¹

La otra gran aporía que se puede detectar en el texto es que, si bien a través de los personajes históricos como Primo de Verdad y Revillagigedo y de los contrastes explícitos con el presente de enunciación, que lleva a cabo el narrador, se crea una imagen de tiempo que avanza en dirección del progreso —aunque éste se limite básicamente a la reforma de la administración y las mejoras en las condiciones de vida de los hombres—, la forma en que está estructurado el relato figura una imagen muy distinta: las dos partes en que se encuentra dividido, disipación y expiación, tienden a constituir un tiempo cerrado en sí mismo, no abierto hacia el futuro. Esta última se vincula con la idea de repetición de lo que es esencialmente idéntico a sí mismo. Así, la dualidad en la imagen del tiempo, que ya se había anunciado desde el segundo apartado de este capítulo, permea toda la novela y genera significados contradictorios.

¹⁷⁰ La afirmación de la educación secular a partir de la apropiación del discurso religioso se puede reconocer como una tendencia en José Tomás de Cuéllar. En *La Ilustración Potosina* —la cual publicó por entregas *El pecado del siglo* (1869-1870)—, en la sección titulada “Revista”, del 22 de diciembre de 1869 (pp. 97-110), aparece un artículo en el que Cuéllar apela a varios pasajes de la Biblia, entre ellos el Eclesiástico y el libro de la Sabiduría, para justificar la desamortización y la transformación de una iglesia en escuela. Las citas bíblicas le sirven para mostrar cómo el libro sagrado predica la sabiduría, un valor que se asocia con los fines de la escuela, de manera que la sustitución de los objetos de culto eclesiástico por los libros se interpreta simplemente como una transformación en las prácticas, pero no en los principios morales y educativos.

¹⁷¹ Es cierto que también Gabino Barreda consideraba, partiendo de las ideas de Nicolás de Condorcet, que las verdades morales y las normas de conducta que predicaban las distintas religiones eran idénticas, lo que demostraba que los principios morales eran absolutos, formaban parte de la “constitución moral del hombre”, y lo que distinguía a las religiones era sólo su forma externa, el culto (cf. Gabino Barreda, “De la educación moral”, *Estudios*, pp. 107-109). Por eso parecería natural que se apropiaran del pensamiento religioso para la explicación del mundo. Lo que aquí trato de develar son las contradicciones o los significados que generó dicha apropiación en un caso particular.

5. *Un hereje y un musulmán:*

La irrupción de la temporalidad histórica en el pasado idílico

5.1. *Una novela contestataria*

Las entregas de la novela *Un hereje y un musulmán* comenzaron a difundirse en febrero de 1870. Pascual Almazán firmó los folletines bajo el seudónimo de Natal del Pomar, pero de inmediato fue reconocido por los lectores: “el autor, además de modesto, es hombre de talento, erudito y capaz de alguna otra obra más seria que la novela”,¹⁷² se aseguró en el periódico liberal *El Siglo Diez y Nueve*.

A pesar de que Pascual Almazán colaboró con el imperio de Maximiliano de Habsburgo y previamente con el gobierno conservador de Félix Zuloaga, ya había alcanzado cierta reputación por sus conocimientos sobre legislación e ingeniería. Tenía su bufete de abogado; había sido designado árbitro en la propuesta de designación de límites entre Tehuacán, Puebla, y Teotitlán del Camino, en el estado de Oaxaca; construyó un molino de trigo utilizando una turbina de su invención; estudió el trazado de la línea del ferrocarril de México a Veracruz en 1857; estableció nuevas medidas de aguas para el gobierno de Benito Juárez en 1863. Aunque después de la derrota de Maximiliano fue confinado a Puebla, se le nombró jefe de la estación de ferrocarril en la capital del estado.¹⁷³ Almazán, pues, sobresalió por sus conocimientos sobre la realidad mexicana, y quizás eso le permitió mantener su prestigio y permanecer como colaborador del gobierno, no obstante su exilio político.

La trayectoria de Almazán explica que, en el anuncio de la novela, *El Siglo Diez y Nueve* destaque, ante todo, la erudición del autor. Sin embargo, la filiación política se

¹⁷² *El Siglo Diez y Nueve*, 15 de febrero de 1870, p. 2. También en *La Revista Universal* destaca la vasta “erudición, conocimientos diversos y elevado criterio” (15 de febrero de 1870).

¹⁷³ Por desgracia, se cuentan con muy pocos datos biográficos de Pascual Almazán. Los más abundantes los proporciona Antonio Castro Leal, en la edición de la novela.

hace visible en cuanto consideramos cuál fue el periódico que emitió mayores elogios de la novela. *La Revista Universal* señaló: “creemos que no es atrevimiento decir que es la primera entre todas las producciones de ese género de literatura, escritas y publicadas en México y por mexicanos”;¹⁷⁴ la obra está “llena de verdad histórica”.¹⁷⁵ De manera implícita, *La Revista Universal*, donde se publicó previamente la crítica de Mariano Dávila a *Monja y casada*, puso la obra de Almazán por encima de la de Riva Palacio, quien para 1870 ya contaba con cinco novelas históricas. A fin de cuentas, la novela de Almazán proponía una visión de la historia más acorde con las tendencias conservadoras.¹⁷⁶

En la introducción a *Un hereje y un musulmán* se puede notar un posicionamiento claro frente a los modos en que se había representado previamente el pasado: “calumniaría el autor si para dar interés a esta novela inventara una aglomeración de crímenes y una mezcla de personajes que no sería verosímil ni aun en tiempos recientes, en que las guerras civiles han pervertido el carácter nacional. Para el interés dramático basta un crimen solo”.¹⁷⁷ Dicho comentario está en consonancia con las “Breves observaciones” de Mariano Dávila, quien repetidamente acusó a *Monja y casada* por “tantas inverosímiles aventuras de que hormiguea la novela”.¹⁷⁸

¹⁷⁴ *La Revista Universal*, 15 de febrero de 1870.

¹⁷⁵ *La Revista Universal*, 1 de marzo de 1870.

¹⁷⁶ Es cierto que la oposición conservador / liberal, tal como lo señala Erika Pani en “ ‘Las fuerzas oscuras’”, tiende a simplificar una realidad ideológica que es mucho más compleja. Sin embargo, el empleo de los términos permite aquí remarcar una oposición que efectivamente se da a nivel de discurso, una vez que la novela de Almazán interviene en el debate sobre el pasado para contrarrestar las formas de representación en la obra de Riva Palacio. Aquí los términos “conservadurismo” y “liberalismo” sirven únicamente para identificar una filiación política y una actitud frente al pasado colonial. Lo que evito aquí es dar por sentado que el liberalismo y el conservadurismo tienen una definición unívoca y son términos que pueden caracterizar de manera exclusiva el pensamiento de un autor particular, más bien son tendencias que se entrecruzan o combinan en mayor o menor grado y en diferentes niveles en un contexto determinado. El objetivo final no es ser reduccionistas sino profundizar en la comprensión de las formas de representar el pasado y el presente, que redundan en un modo de imaginar el mundo, así como evidenciar las aporías que encierra cada postura.

¹⁷⁷ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 851.

¹⁷⁸ [Mariano Dávila], “Breves observaciones”, *La Revista Universal*, 11 de diciembre de 1868, p. 2.

Como se puede ver, la crítica a la imagen que construyó Riva Palacio sobre el pasado colonial se fundamenta en un problema de composición narrativa —que ya se ha evidenciado previamente en esta investigación—: la novela de Riva Palacio aglomera materiales muy heterogéneos, los cuales, según Dávila y el narrador de la novela de Almazán, la vuelven “inverosímil”, generan la imagen de un mundo más caótico que aquel que el narrador de *Un hereje y un musulmán* percibía en su propio presente. De esta manera se expresó la conciencia de que la composición narrativa deviene en una imagen de mundo particular y que la crítica a la primera alcanza la segunda. De hecho, la crítica a las tendencias narrativas viene acompañada de un rechazo a los modos en que, en la época de Almazán, eran censurados ciertos elementos del pasado: “Respecto a este tribunal establecido a los cincuenta años de la Conquista, el autor ha tenido presente el apotegma del filósofo que dio más celebridad al siglo XVIII: ‘Es necesario ser muy torpe —decía— para calumniar a la Inquisición’”.¹⁷⁹

Aquí se cita una aseveración de Voltaire que apareció en el *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia*. En este trabajo, Voltaire no negaba que la Inquisición fuera culpable, al contrario, el autor se encargó de abonar numerosos ejemplos a la leyenda negra contra la Inquisición española; pero señalaba que los hechos históricos hablaban por sí solos, de manera que no era necesario caer en la “falsedad”.¹⁸⁰ Así, lo que parece sugerir el narrador de la novela de Almazán es que en otros casos —probablemente las obras de Riva Palacio— sí se había inventado, de lo que se deduce que en *Un hereje y un musulmán* —mostrándose avalada por una autoridad en lo que a la leyenda negra se refiere— sí se presentaría un panorama que no era producto de la invención.

¹⁷⁹ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, pp. 851-852.

¹⁸⁰ Voltaire, “De la Inquisición”, pp. 256.

Sin embargo, no se trata en *Un hereje y un musulmán* de denostar a la Inquisición, como sí lo hizo Voltaire, sino de aportar un panorama sobre el pasado en que se tiende a relativizar cada situación, a generar explicaciones complejas, para evitar juicios maniqueos. Esta función la desempeña fundamentalmente el narrador, quien se encarga con sus disertaciones de dar sentido a los sucesos del pasado. Por su parte, los acontecimientos narrados o los personajes fungen como ejemplo que permite corroborar las aseveraciones del narrador, al mostrar que las motivaciones que dan origen a los sucesos del pasado son complejas y de diversa índole, de manera que no se pueden evaluar con juicios *a priori*.

Con sus comentarios acerca de los modos de representar el pasado y la Inquisición que introducen el relato, el narrador descalifica aquellas obras que, como ocurre con *Monja y casada*, recargan el pasado colonial de crímenes —particularmente aquellos asociados con la institución eclesiástica— para mostrar, por contraste, las bondades de la Reforma.

A diferencia de aquellos escritores identificados con el liberalismo —como Cuéllar y Riva Palacio—, autores como Dávila y Almazán, vinculados con el conservadurismo, remarcaban su descontento con el presente, que no era un lamento por la independencia política frente a España,¹⁸¹ sino frente a la guerra civil que en las últimas dos décadas había enfrentado a partidos que se identificaban a sí mismos como liberales y conservadores y, según se verá a continuación, frente a la Reforma, es decir, ante una República que se imaginaba en oposición a un pasado dominado —podría decirse incluso sometido— por la institución eclesiástica. Es cierto, tal como se ha advertido en el análisis de *El pecado del siglo* y de *Monja y casada*, que en el mundo

¹⁸¹ El 16 de septiembre de 1849 Pascual Almazán pronunció un discurso a propósito del aniversario de la Independencia donde exaltaba a los héroes que participaron en la lucha, pero al mismo tiempo lamentaba que los mexicanos que los sucedieron se hubieran enfrascado en una guerra civil, de ambiciones y odios, que empañaba el legado de los héroes patrios.

narrado intervienen elementos con los que se tendía a generar cierta identificación desde el presente, y a partir de los cuales se justificaba una visión de mundo, pero estos elementos permanecen un tanto al margen del mundo colonial representado. En cambio, la institución eclesiástica en oposición a la libertad y la reforma social o política del presente es uno de los aspectos más sobresalientes en la conformación de una imagen de pasado, de manera que, a pesar de los intentos por arraigar el presente reformista en el pasado, el rechazo hacia el segundo tiende a predominar.

Tal manera de relacionarse con el pasado se explica si se toma en cuenta que el concepto de nación que predominaba entre los liberales reformistas no se fundaba principalmente en la forma en que la sociedad se había ido constituyendo en el pasado, sino a partir de un nuevo ideal de ciudadanía —individuos con los mismos derechos y obligaciones, iguales ante la ley, que respondían a una sola autoridad, el Estado—,¹⁸² lo que inevitablemente implicaba ciertas rupturas con el pasado, particularmente con la organización corporativa —aquella que estructuraba a la sociedad en grupos diferenciados política, cultural y económicamente, y con capacidad para autogobernarse— y el papel de la Iglesia como entidad política y educativa. Este ideal se hace evidente, aunque con distintos matices, tanto en la novela de Riva Palacio como en la de Cuéllar, ya sea a partir de la censura a las prácticas de ciertas figuras eclesiásticas, del rechazo a la desigualdad social que se atribuye al pasado, o, simplemente, por medio de la representación de hidalgos pecadores. Es desde esta perspectiva que el pasado se convierte en recurso de afirmación simbólica de los valores del presente.

¹⁸² Tal forma de pensar el presente se puede relacionar con lo que Mónica Quijada llama una concepción cívica, que “trata a las naciones como unidades de población que habitan un territorio demarcado, poseen una economía común con movilidad en un único territorio que delimita un sistema único de ocupación y producción, leyes comunes con derechos y deberes legales idénticos para toda la población, un sistema educacional público y masivo y una única ideología cívica” (Mónica Quijada, “Qué nación”, p. 289).

Por su parte, personajes de filiación política conservadora como Dávila y Almazán —o previamente Lucas Alamán— defendieron un concepto de nación fundado en la historia y la tradición hispánica.¹⁸³ Si bien ello no significó necesariamente la exaltación de un papel dominante de la Iglesia en la vida pública o en el gobierno en el presente del siglo XIX, sí implicaba el reconocimiento del pasado Colonial —incluida la institución religiosa— como elemento que fue definiendo y conformando la identidad nacional, y como punto de partida para seguir construyendo.¹⁸⁴

Esta forma de pensar la relación con el pasado tuvo su desarrollo más significativo con Lucas Alamán, quien, en medio de los trastornos sufridos por el país, procuró encontrar un hilo de continuidad entre pasado y presente, y articuló la historia de México en torno al papel de la Iglesia: “lo único que había permanecido inmutable —decía— es la Iglesia”.¹⁸⁵ Sin embargo, el mismo Alamán advirtió en el clero manifestaciones de degradación y división desde los tiempos de la Colonia: “Las costumbres del clero había llegado a principios del siglo XVIII, a un grado de corrupción escandaloso”.¹⁸⁶ Así que, de acuerdo con Elías José Palti, Alamán terminó por entender la historia de México como “el relato de una catástrofe anunciada, la saga de una sociedad desgarrada por los antagonismos ya en sus orígenes”.¹⁸⁷

No obstante, la forma de reflexionar sobre el pasado en Alamán, según asegura Palti, se deriva del contexto de la invasión norteamericana de 1847, donde una sociedad dividida fue incapaz de oponer resistencia a los Estados Unidos y ningún orden parecía

¹⁸³ La representación del pasado como origen y punto de partida para el presente muestra sus afinidades con la concepción étnica o genealógica de nación que se desarrolló en el siglo XIX y que “considera a las naciones como poblaciones humanas que reclaman un ancestro común, una solidaridad demótica, costumbres comunes y vernáculos y una historia común” (Mónica Quijada, “Qué nación”, p. 289).

¹⁸⁴ Al principio del análisis de *Monja y casada* citamos unas palabras de Mariano Dávila donde dejaba ver precisamente su descontento con una Reforma que destruía conventos, que convierte en ruinas la herencia del pasado. A fin de cuentas el mayor descontento de Dávila en sus “Breves observaciones” no parece ser que se pretenda construir algo nuevo, sino que el costo sea la destrucción de lo antiguo.

¹⁸⁵ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, apud Elías José Palti, “Lucas Alamán”, p. 315.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 317.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 317-320.

alcanzable.¹⁸⁸ Pascual Almazán, en cambio, partió de un horizonte distinto, pues si bien el narrador de su novela asegura que “las guerras civiles han pervertido el carácter nacional”, en la República Restaurada ya se observaba el fin del conflicto bélico y la instauración definitiva del régimen político liberal.

Ese es el punto de partida de Almazán, quien a través de la novela emitió una crítica a su presente. No lo hizo promoviendo nuevas guerras civiles para cambiar el régimen político, sino con una intención propositiva desde dentro del sistema, a través de la escritura, señalando fisuras en las formas de pensar la época colonial por parte de liberales como Riva Palacio, así como formas alternativas de figurar la relación con el pasado, con miras a repensar el presente, particularmente en lo que se refiere al papel del cristianismo, las instituciones, las filosofías en el mundo, así como a la organización de la sociedad. En especial, se observa una tendencia a repensar el papel de la religión en la historia nacional, tema que también preocupó —según se advirtió en el segundo capítulo de este estudio—, a José María Roa Bárcena y a Manuel Payno, un conservador y un liberal moderado, quienes escribieron sus compendios de historia en 1870 y 1871, respectivamente.

La forma de representar el pasado, en la novela de Almazán, puede entenderse en el marco del conflicto entre Iglesia y Estado que se desarrolló en el segundo tercio del siglo XIX, pero además en el de ciertas políticas gubernamentales: después de décadas de guerra y migración a las grandes ciudades de una buena parte de la población, las zonas rurales estaban despobladas; para solucionar el problema, Benito Juárez había promovido la colonización del campo por extranjeros, mostrando particular inclinación por que algunos grupos de protestantes se instalaran en la República.¹⁸⁹

¹⁸⁸ Cf. *ibid.*, pp. 316-322.

¹⁸⁹ Cf. Luis González, “República Restaurada”, pp. 648-649. Esta solución de repoblar a partir de la emigración extranjera resulta sumamente paradójica si consideramos las experiencias previas en el México del siglo XIX. No hay que olvidar que la independencia de Texas y su posterior anexión a los

Se esperaba, por otra parte, que los protestantes transmitieran sus conocimientos agrícolas e inculcaran su cultura del trabajo a los indígenas, cuyas prácticas ancestrales no eran conformes con el liberalismo económico, en particular con los principios de circulación e inversión. A decir de Federico Navarrete, “dedicaban la mayor parte de la producción al autoconsumo” y cuando llegaban a tener excedentes “se invertían en fiestas y rituales comunitarios, no en mejoras a sus tierras que permitieran aumentar la producción” o fomentaran la circulación del capital; dichas prácticas eran atribuidas “a la indolencia, la ignorancia o la degradación provocada en ellos por la dominación colonial”.¹⁹⁰

Con miras a modificar la situación del indígena, además de la inmigración extranjera y la desamortización de bienes comunales para dividirlos en pequeñas propiedades individuales —con lo que se buscaba convertir a los indígenas en ciudadanos con derechos y obligaciones iguales a los demás—, se llegó a plantear la idea de una mezcla racial, principalmente con inmigrantes europeos, que permitiera igualar a estos últimos con el resto de la sociedad por medio del “blanqueamiento”.¹⁹¹

Estados Unidos también se puede atribuir, en buena medida, al hecho de que, desde finales del siglo XVIII y hasta 1830, ante su considerable abandono, los gobiernos en México permitieron e incluso facilitaron la colonización de esta región por norteamericanos (cf. Josefina Zoraida Vázquez, “De la independencia a la consolidación republicana”, pp. 283-284). Esta confianza en el extranjero también llegó a ser cuestionada por algunos mexicanos, en 1868 Manuel Payno señalaba que la economía mexicana se fundaba en la inversión y actividad de los extranjeros, quienes serían los únicos beneficiados a final de cuentas (*El Monitor Republicano*, 6 de agosto de 1868, p. 1).

¹⁹⁰ Federico Navarrete, “1847-1949”, p. 129. Acerca del tema indígena se manifestó también José Tomás de Cuéllar. Aunque no mencionó la inmigración protestante ni la mezcla racial, sí planteó la eliminación de las diferencias culturales y sociales que mantenían a los indígenas aislados y ajenos a las dinámicas económicas capitalistas. En el artículo “Los artesanos” señala acerca de la falta de apego al trabajo por parte del indígena y su desinterés en torno a la circulación del capital: “Le parece inútil y fatigoso atesorar. Está conforme con su traje, con su alimento y con su lecho, y no habiendo nada en su imaginación que lo estimule al trabajo y al afán satisface sólo sus primeras necesidades y descansa tranquilo o se entrega al ocio” (*La Linterna Mágica*, 5 de diciembre de 1868, p. 1). Como solución proponía que “La educación, criando necesidades personales, hará al hombre más trabajador para satisfacerlas; y todos estos esfuerzos individuales cederán en beneficio de la industria por el mejoramiento de los artesanos” (p. 2).

¹⁹¹ Paradójicamente, las ideas de mestizaje entendido como “blanqueamiento” del indígena —con miras a su igualación con el resto de la sociedad—, las desarrolló principalmente un conocido conservador, Francisco Pimentel, en *Memorias sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios para remediarla* (1864) y *La economía política aplicada a la propiedad territorial en México* (1866), los cuales analiza Guillermo Zermeño en “Del mestizo al mestizaje”, pp. 88-

Según se verá a lo largo del presente análisis, es en este contexto que adquiere sentido el hecho de que en la novela de Almazán ocupe un lugar central la inmigración de un hereje —que renegó sucesivamente del catolicismo y del protestantismo— y un musulmán a la Nueva España, así como el hecho de que los indígenas tengan una presencia importante en la novela, que se resalta especialmente en zonas rurales.

Un hereje y un musulmán se puede entender, pues, como un diálogo con las políticas del presente del narrador y con las formas de representación del pasado dominantes en el marco del liberalismo triunfante, las cuales apuntaban a definir y apuntalar el proyecto de nación liberal. Cada intervención del narrador, cada suceso representado puede interpretarse como un elemento que se suma a la cadena argumentativa de un discurso que se contrapone a otro, o a otros. Este posicionamiento discursivo es el que da las claves para comprender mejor la estructura del texto y el movimiento hacia el pasado que lleva a cabo, donde este último se manifiesta fundamentalmente como *punto de partida* de un desarrollo cultural que comenzó en el pasado, que implica cambios pero también continuidades.

En la novela de Almazán, el narrador no se presenta como figura autoritaria sino como historiador, es decir, como aquel que apela constantemente con los documentos que le sirven de base para construir su relato —una tendencia que no comparten los narradores de *Monja y casada* y *El pecado del siglo*, quienes rara vez mencionan sus fuentes—. Este historiador, además, fue previamente avalado, en los anuncios de la novela, por los comentarios sobre la erudición del autor implícito, quien tiende a confundirse con el narrador. Son estos dos elementos los que van fijando la credibilidad del narrador —su imagen de autoridad en el tema—, en un contexto en que una voz identificada con el conservadurismo parecía tener todo en contra: cuando los

89). Una vez que se vea la forma en que se representa al indígena en *Un hereje y un musulmán* se hará evidente que la filiación política conservadora no implica de ninguna manera homogeneidad ideológica.

representantes del liberalismo triunfante, literatos, militares, políticos, difundían una visión del pasado que no necesitaba de mayor verificación porque estaba en conformidad con las creencias y los valores de la ideología política de la Reforma.

Entre las fuentes que cita el narrador de *Un hereje y un musulmán* se incluyen autores como fray Juan de Torquemada —un sacerdote—, y Enrico Martínez —un hombre secular que se preocupaba de cuestiones de ingeniería—, ambos contemporáneos a los sucesos relatados en la novela —como el auto de fe de 1574—; asimismo, destacan figuras ilustradas —una corriente de pensamiento cara a liberales reformistas como Cuéllar, según se ha visto previamente—, entre ellas Voltaire y Montesquieu.¹⁹² Estas referencias contribuyen a conformar la imagen de un narrador-historiador imparcial y actualizado, es decir, que no tiene una mentalidad colonial pero que tampoco construye su visión de la historia partiendo exclusivamente de los valores del presente. Dicha imagen lo inviste autoridad para cuestionar, a través de la novela, algunas tendencias de su propia época, tanto en lo que se refiere a la representación del pasado como a las políticas del presente.

Hasta donde se sabe, Almazán sólo escribió dos textos literarios en toda su vida, ambos durante la República Restaurada —el segundo fue *Estifelio, leyenda sajona (1533)*, publicada en 1874—,¹⁹³ y jamás elaboró una obra de historia. Aparentemente, esta coyuntura histórica, en que el liberalismo se caracterizó por conformar un aparato simbólico que permitiera consolidar el proyecto político triunfante, el cual se definía por su oposición a ciertas estructuras del pasado y para fundamentarse novelaba y se

¹⁹² Aunque el narrador no menciona directamente a Voltaire y a Montesquieu, en la novela aparecen citas a ambos autores. La de Voltaire se mencionó previamente y la otra procede de las *Cartas persas*: “El persa Usbek escribía desde París a su compatriota Rhedi: ‘Hay aquí un gran edificio donde encierran a los locos más furiosos para que se crean que los demás habitantes de la ciudad están en su juicio’” (Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 922).

¹⁹³ La obra trata sobre un pastor protestante que, en 1533, pretendió predecir el fin del mundo; fracasó en el intento y, en cambio, provocó una crisis y desorden social. En esta obra, se abordan dos temas que, según se verá más adelante, también están presentes en *Un hereje y un musulmán*, la crítica al protestantismo, por el que mostraban admiración ciertos liberales, como Benito Juárez, así como a las pretensiones humanas de predecir el futuro.

apropiaba de un pasado colonial que hasta ese momento tendió a ser narrado desde la perspectiva conservadora, fue la que demandó una reacción por parte de Almazán. De ahí se deriva la escritura de una novela contestataria, un texto que polemiza y a veces se opone a los modos en que el liberalismo, y en particular las novelas históricas escritas por hombres como Riva Palacio, tendió a figurar la historia y la realidad nacional.

5.2. Pasados e historias para repensar el presente

En la conformación de una imagen de pasado histórico es posible detectar, en *Un hereje* y *un musulmán*, dos tendencias distintas que se analizarán aquí por separado. Una representa sucesos documentados aislados, yuxtapuestos, y se encarga de generar imágenes de pasado que cargan de significaciones particulares el mundo exterior que rodea al protagonista. Otra sitúa al protagonista en el marco de procesos históricos de largo alcance a partir de los cuales se generan imágenes de historia —entendida, como se ha señalado previamente, como relato de una serie de sucesos que son articulados en un sentido particular—. Si bien estas dos tendencias crean tensiones al interior del relato e impiden conformar una imagen de mundo como totalidad de sentido, resultan complementarias en la medida en que contribuyen a mostrar que cada suceso tiene una explicación derivada de circunstancias particulares, lo cual permite contrarrestar algunos de los imaginarios sobre el pasado que se difundían en el siglo XIX. Igual que ocurre en las novelas previamente analizadas, la necesidad de aludir al presente deriva en un problema narrativo.

5.2.1. Las manifestaciones singulares de lo humano

La tendencia a presentar acontecimientos históricos de manera yuxtapuesta, y no a partir de relaciones causales que los expliquen mutuamente, viene anunciada desde la

introducción: “Hay, sin embargo, en las épocas cercanas a la conquista rasgos biográficos tan curiosos y tan característicos de aquellos tiempos, que, para dar una índole histórica a la novela, han debido aprovecharse, aunque no contribuyan a la acción principal, y haya sido necesario seguir el método de Lesage, *presentándolos sucesiva y destacadamente*”.¹⁹⁴

Más que por la picaresca —que sería el género al que se vincula directamente la obra de Lesage—,¹⁹⁵ la novela parece regida por el modelo de aventuras costumbrista, la cual se caracteriza por un énfasis en la representación del mundo exterior —metáfora del “camino de la vida”, donde “el espacio se impregna del sentido real de la vida, y entra en relación con el héroe y con su destino”—,¹⁹⁶ pero también por una relación de independencia entre el hombre y su mundo, porque los acontecimientos cruciales de la vida del héroe “se hallan fuera de la existencia corriente; el héroe solamente la observa; a veces entra en ella como fuerza ajena”.¹⁹⁷

En este sentido, desde las líneas arriba citadas el narrador anuncia una de las problemáticas que atraviesan toda la novela: aparece una serie de acontecimientos históricos que no impactan la vida de Adriano —el protagonista—, que son externos a él. Como ocurría en *Monja y casada*, aquí lo histórico tiende a entenderse como sucesos o personajes documentados, pero ello no implica su articulación a partir de una serie de relaciones para conformar una totalidad de sentido, pues, tal como lo señala el narrador de *Un hereje y un musulmán*, se presentarán “sucesiva y destacadamente”, sin que influyan en la acción principal, lo que implicaría que se diluye la relación histórica entre el protagonista y su mundo.

¹⁹⁴ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 850. Las cursivas son mías.

¹⁹⁵ En dado caso, quizás la picaresca inspira una representación burlesca de ciertos elementos del mundo exterior cuyas características se verán más adelante.

¹⁹⁶ Mijail Bajtín, “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela”, en *Teoría y estética de la novela*, p. 273.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 274. En el siguiente apartado se problematizarán las relaciones del héroe y su mundo, por ahora basta destacar esta relación distante del hombre con el mundo exterior.

Es aquí donde se puede encontrar el mismo tipo de anacronismos que aparecen en *Monja y casada*. Así, por ejemplo, la novela inicia en 1569 y en su camino el protagonista encuentra a Jacinto de Villasinda, quien en 1555 ya era fraile franciscano pero que en la novela aparece como un encomendero que apenas se dirige a tomar los votos, y a Andrés Dorantes, un personaje histórico fallecido en 1550. Al igual que en *Monja y casada*, la presencia de estos elementos tiende a sobrecargar de significados el mundo colonial. Villasinda —cuya historia se relata en el capítulo IX— es un símbolo a través del cual destaca la figura del fraile como un elemento necesario que mitiga el carácter violento de la conquista; las vivencias de Dorantes —que él mismo relata en el capítulo XIII— revelan que el contacto de los españoles con los indígenas no siempre fue de dominio de los primeros sobre los segundos e incluso trajo beneficios a los españoles, como el conocimiento de la herbolaria. A partir de estos personajes se contrarresta un imaginario difundido desde el patriotismo criollo que manifestaba un marcado rechazo por la Conquista.

Pero hay una clara diferencia en relación con la forma en que *Monja y casada* presenta a sus personajes históricos. En cada suceso representado en la novela de Almazán los actores se muestran como seres humanos cuyas preocupaciones y modos de actuar se explican a partir del grupo social al que pertenecen, así como de sus experiencias de vida. Asimismo, aquí no hay comerciantes que se conviertan en alquimistas ni esclavas mulatas que puedan hacerse pasar por grandes señoras, o un Martín Garatuza que signifique diferentes cosas dependiendo de los personajes con que se relaciona en un momento determinado, sino hacendados o frailes que actúan como tales y cuyas acciones, e incluso sus cambios de vida, se derivan de las condiciones sociales particulares, de una lógica que pareciera derivada de un orden de mundo que el lector puede reconocer en el pasado colonial imaginado en la novela. En este sentido la

novela pareciera aproximarse a una representación realista de los acontecimientos que, sin embargo, son vistos por separado, como un mosaico en que cada entidad es independiente de la otra.

Dentro de este orden de mundo que revela *Un hereje y un musulmán*, la forma en que se relaciona el pasado de los personajes con su presente y su destino se muestra como una relación *necesaria*. En tanto que hay una relación *necesaria*, derivada de la representación realista, los cambios que llegan a presentarse en algunos personajes parecieran resultado de una lógica propia del mundo colonial. Así, por ejemplo, el encomendero Jacinto de Villasinda, para huir de odio de los indígenas a los que había explotado se refugia en el hábito franciscano —una orden respetada entre los indígenas— y ello se deriva en un cambio de conducta, pues pasa de ser explotador a protector de indígenas. Su cambio, en el marco del mundo colonial, no sólo aparece como un hecho histórico sino también como un suceso verosímil. Es aquí donde se comienza a revelar la función explicativa que la novela tiende a atribuir al pasado, la cual se desarrollará fundamentalmente a través de la experiencia del protagonista.

Pero cabe advertir que la profundidad que adquiere la explicación de los sucesos singulares —la cual se aproxima, al menos hasta cierto punto, a una explicación propiamente histórica—, contrasta con el hecho de que no se establezca una relación necesaria entre ellos, de manera que parezca que el mundo en que están inmersos sigue una dirección claramente definida —así como un encomendero puede convertirse en protector de indios, un fraile dominico, en el afán de proveer de víveres a su convento y al experimentar la resistencia de los indígenas, puede empeñarse en violentarlos—. ¹⁹⁸ De ahí que el mundo parezca una diversidad no reductible a un solo sentido, quizás, en parte, porque esa totalidad de sentido no estaba dentro de las posibilidades de imaginar

¹⁹⁸ La historia del fraile dominico se narra en el capítulo X.

el mundo en el presente de la República Restaurada —pues ya se ha visto que también en las novelas de Riva Palacio y Cuéllar el pasado representado tiende a dispersarse en significados particulares—, pero también porque la tendencia en *Un hereje y un musulmán* consiste en afirmar la pluralidad del mundo. Sin embargo, tal forma de representar los sucesos en la novela de Almazán llega a generar relaciones contradictorias entre pasado colonial y presente de la República Restaurada.

Por un lado, los sucesos relacionados con encomenderos, frailes, notarios y verdugos de la inquisición, antiguos sacerdotes aztecas, piratas, e incluso con el expedicionario Andrés Dorantes —es decir, personajes que representan una amplia gama de grupos sociales asociados con el mundo colonial— son presentados desde una perspectiva burlesca. Así ocurre, por ejemplo, con el enfrentamiento entre clero secular y regular que tiene lugar en la procesión de Santa María la Redonda, el cual es narrado en el capítulo titulado “La Batracomiomaquia” que, al igual que el relato del mismo nombre atribuido a Homero, desarrolla una visión paródica de un acontecimiento que efectivamente tuvo lugar en el pasado —en el caso de Homero, la guerra de Troya que previamente representó en la *Iliada*—. Aquí lo burlesco tiende a imbricarse con la representación realista, de manera que el acontecimiento histórico pierde cualquier carácter solemne. La risa propicia el distanciamiento del lector frente a los sucesos narrados, en los que no se revela un momento trascendente que permita ver los lazos que unen pasado y presente desde un punto de vista histórico. Tampoco muestran su relación con Adriano —quien se limita a observarlos— pues él forma parte de la dimensión solemne del relato que significa al mundo de otra manera, según se verá más adelante.

En este sentido, la relación que se establece con una gran parte de los acontecimientos históricos es de alejamiento temporal y emotivo; ellos parecieran

encerrados en su mundo pasado. Desde la parodización o representación burlesca de determinados acontecimientos históricos yuxtapuestos, *Un hereje y un musulmán* dialoga con otros modos de representación vigentes en la República Restaurada. Al igual que *Monja y casada*, muestra los acontecimientos como ajenos, pero la risa en este caso promueve una relación conciliadora con el mundo narrado.

Así, por ejemplo, las representaciones burlescas de los curas y frailes contrastan frente a la censura, y a veces el escarnio, de que son objeto personajes como el arzobispo o Sor Juana, que se lleva a cabo en *Monja y casada*. En esta última el actuar de los personajes asociados con la institución religiosa, debido a sus consecuencias para el orden público y el bienestar de ciertos personajes, se convierte en un asunto grave. En cambio, en *Un hereje y un musulmán* si bien es cierto que se muestra que los sacerdotes, en su intento de defender intereses particulares y privilegios, generan desorden público, la representación burlesca —en que todos los actores revelan el absurdo de la situación en que se ven involucrados y no hay ni un bueno ni un malo—, y el hecho de que el acontecimiento no influye en el destino del protagonista, le resta solemnidad, incluso importancia, al acontecimiento mismo, lo revela como una manifestación más de los errores humanos.

Aunque en *Un hereje y un musulmán* no se niega que el clero mexicano haya tenido responsabilidad en algunos acontecimientos históricos, los vuelve parte de una cotidianidad sin mayores consecuencias que un desorden momentáneo en la vida pública, es decir, sin trascendencia histórica. Así se genera una visión alternativa del pasado frente a *Monja y casada*, en que la justificación de un presente secular, donde los conventos se han convertido en habitaciones particulares, se funda sobre todo en la censura del clero como gran enemigo del orden público y la Reforma que representa

Gelves. La pugna por la memoria histórica implica, pues, un cuestionamiento en torno a las formas en que se construye el presente de la República Restaurada.

La representación burlesca, como se ha señalado arriba, no tiende a generar vínculos históricos entre pasado y presente. En dado caso, cuando se presentan comparaciones claras entre ambos tiempos, éstos tienden a igualarse. Así, por ejemplo, en un diálogo que presencia Adriano, el astrólogo Saturnino de Luna —otro personaje histórico cuya presencia es incidental— asegura que su ciencia puede predecir el futuro porque se basa en las matemáticas, y al mismo tiempo menosprecia la quiromancia. Entonces el narrador interviene para señalar: “Es ciertamente de sentir que en aquella época fuese desconocida la ciencia del doctor Gall, pues de existir entonces hubiera dirimido la cuestión haciendo el papel de tercero en discordia a las mil lindezas”.¹⁹⁹ Aquí equipara la craneoscopía, una protociencia que se desarrolló en el siglo XIX y que pretendía determinar las facultades intelectuales de una persona a partir de la forma de su cráneo, con las artes adivinatorias del pasado —algunas de las cuales, la quiromancia entre ellas, eran consideradas por los hombres del siglo XIX como supersticiosas—. ²⁰⁰

Algo similar ocurre en el capítulo titulado “El espiritismo de los filibusteros”, donde las creencias supersticiosas de los piratas son comparadas con una doctrina que se desarrolló a mediados del siglo XIX y que incluso era considerada una ciencia. Evidentemente, en las dos comparaciones entre pasado y presente que aparecen aquí se puede detectar una burla a ciertas tendencias científicistas del presente, en que la ciencia se estaba erigiendo en el método de conocimiento del mundo por antonomasia. Aquí lo que parece mostrar el narrador es que cada época sostiene sus propias creencias, las

¹⁹⁹ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 903.

²⁰⁰ Esta crítica a las prácticas adivinatorias también está presente en *Estifelio*, la otra obra literaria publicada por Almazán, en la que un protestante del siglo XVI pretendió predecir el fin del mundo, fracasó en el intento y, en cambio, provocó confusión y desorden en su comunidad. Evidentemente no sólo se trata de una crítica a un tipo de filosofía sino también a aquel protestantismo por el que mostraban admiración los liberales.

cuales pueden ser igualmente erróneas, de manera que el presente del siglo XIX no representaría aquí triunfo o superación del pasado.

A la par de la representación burlesca de ciertos acontecimientos, particularmente relacionados con frailes y clérigos, aparece un personaje histórico que sí tiene un carácter solemne y a partir del cual se generan otro tipo de significados para el presente. Es el caso de Juan González, un canónigo que renunció a su lugar en la catedral de la ciudad de México para dedicarse a una vida de eremita, el cual contrasta con todos aquellos sacerdotes que, en la ciudad y en el campo, se preocupan por su bienestar o sus privilegios. Su representación parece hacer eco de una visión galicano-jansenista de la religiosidad que, según Brian Connaughton, desde los años veinte del siglo XIX pretendía “rescatar a la religión para liberarla de las tergiversaciones provenientes, según se afirmaba, de tradiciones decadentes, así como aspiraciones indebidas al poder por parte de los eclesiásticos [...] y retornar definitivamente a la acrisolada espiritualidad de los primeros tiempos del cristianismo”.²⁰¹

Lo que destaca en la novela de Almazán es que el rescate de esta religiosidad no implica una ruptura con el pasado inmediato: en tanto que Juan González muestra una conducta vigente en el mundo colonial, más bien, promovería una continuidad frente a ciertos valores arraigados en la historia de México. Sin embargo, como personaje que encarna un ideal, permanece ajeno a ese mundo profundamente humano que se manifiesta a su alrededor —y en este sentido se aproxima a los personajes que encarnan valores universales en la novela de Cuéllar—.²⁰² En tanto que ideal, Juan González implicaría incluso cierta negación de la historicidad que une a los hombres a partir de vínculos cada vez más complejos.

²⁰¹ Brian Connaughton, *Entre la vos de Dios*, pp. 77-78. En el último apartado de este estudio se reflexionará en torno al posible significado de este perfecto cristiano en el marco de una novela histórica.

²⁰² La falta de vínculos del personaje idealizado con su mundo se puede reconocer también en el protagonista, y es una tendencia que se reconoció previamente en Carlos, en *El pecado del siglo*. Más adelante se ahondará en las implicaciones de esta representación idealizada del hombre.

Como puede verse a partir de lo dicho anteriormente, la presentación sucesiva de acontecimientos históricos permite polemizar en torno a ciertas formas de representar el pasado vigentes en el presente de enunciación y desarrollar una explicación particular de cada suceso a partir de la cual se propicia el distanciamiento y la reconciliación del lector frente a un tiempo que se muestra profundamente humano pero ajeno. Sin embargo, en ocasiones, desde esta misma forma de yuxtaponer sucesos pasados se emiten algunas críticas al presente desde las cuales los tiempos llegan a asemejarse, y es así que la relación entre ellos se muestra contradictoria. A pesar de que cada suceso tiende a ser explicado en función de unas circunstancias históricas particulares, de ellas se deriva un significado esencial, que los errores y aciertos humanos son comunes a todos los tiempos, de manera que la relación entre pasado y presente no sería propiamente histórica.

Por otra parte, cabe señalar que, si bien los hechos históricos aparecen aislados, y no determinan la relación de Adriano con su mundo, de manera que se limitan a conformar imágenes de pasado, en ellos ya se hace visible un modo de explicación en que pasado, presente y futuro se ligan en una relación *necesaria*, derivada de unas circunstancias específicas. Este modo de explicación está presente en el conjunto del texto, y, al manifestarse en otro tipo de sucesos, tenderá a conformar imágenes de historia.

5.2.2. Los diversos sentidos del acontecer

Hay tres temas fundamentales a partir de los cuales se generan imágenes de la historia como devenir: la piratería, el pasado prehispánico y la Conquista, y las instituciones religiosas —particularmente en lo que se refiere a la Reforma protestante, la Contrarreforma católica, de las que se deriva la historia de Inquisición—. A partir de

ellos, una buena parte de los acontecimientos que tienen lugar en la diégesis se sitúan y se explican en el marco de la historia de Occidente, se ponen en perspectiva, de manera que parecen producto de una época y no del pasado colonial en sí.

Esta es una de las grandes diferencias de *Un hereje y un musulmán* frente a *Monja y casada* y *El pecado del siglo*, en las que no hay esa contextualización que permita observar los acontecimientos narrados en el marco de la “historia universal”, por lo que todos los males que se atribuyen al pasado parecieran exclusivos de la Nueva España —si acaso venidos de España, con personajes como Pedro de Mejía, en la novela de Riva Palacio, o los hidalgos, en la de Cuéllar—.

Por otra parte, la contextualización que tiene lugar en *Un hereje y un musulmán* permite reconocer claramente un antes y un después que enmarca los acontecimientos de la diégesis en un proceso histórico de larga duración, que es el que, en principio, tendería a vincular pasado colonial y presente del siglo XIX en términos de cambio, y ya no de conductas repetitivas de los seres humanos a través del tiempo.²⁰³ Tal forma de representar el acontecer parece regida por la comprensión del mundo como una serie de relaciones significantes entre sí, que revelan el acontecer como flujo y no como etapas o segmentos que se suceden en el tiempo, que es lo que ocurre en *Monja y casada*.

²⁰³ La única novela de Riva Palacio en que será posible encontrar una contextualización semejante es *Memorias de un impostor* (1872), pero sigue una dirección un tanto distinta a la de *Un hereje y un musulmán*. La conspiración de Guillén de Lampart es planteada, en ciertas partes del relato, como una lucha por la emancipación mental —haciendo, por primera vez en la novelística de Riva Palacio, claro eco de la visión positivista de la historia— que queda enmarcada y antecedida por el contexto de las revoluciones científicas que tuvieron lugar en Europa, encabezadas por figuras como Copérnico y Galileo (cf. Vicente Riva Palacio, *Memorias de un impostor*, t. I, pp. 122-125). De esta manera, el movimiento del personaje parece seguir la misma dirección que el conjunto de la historia de Occidente, y así se diferencia de *Un hereje y un musulmán*, donde el protagonista, según se verá más adelante, si bien sigue la misma dirección que la marca la historia de la civilización Occidental, no tiene un propósito claro y su experiencia no parece condicionada por una concepción teleológica del acontecer. Sin embargo, la forma en que *Un hereje y un musulmán* representa el acontecer histórico resultará mucho más lograda en la medida en que toda la experiencia del protagonista es siempre coherente en relación con la concepción de la historia que estructura la novela. En cambio, Guillén de Lampart, como sucede frecuentemente en la novelística de Riva Palacio, se transformará por momentos en otro tipo de personaje, y, cuando funge como seductor marcado por los designios del diablo, se diluye el carácter de héroe histórico.

Sin embargo, esta representación tampoco está exenta de problemas. En principio, de los tres temas desarrollados, sólo el último de ellos explica el destino del protagonista. Los otros dos enmarcan, permiten desarrollar temas relevantes para el presente del narrador, pero no alcanzan a generar relaciones de interdependencia con el eje del relato, que gira en torno a Adriano.

En lo que se refiere a la piratería, unos de los primeros personajes con que se encuentra Adriano son filibusteros que están escondidos en la pirámide del Tajín, luego de que su barco naufragara durante la expedición de Francis Drake sobre las aguas del Golfo de México. A partir de su presencia el narrador introduce un capítulo en el que, citando en ocasiones al “cronista del viaje de [John] Hawkins”,²⁰⁴ explica la historia de la piratería como proceso que tiene lugar a través del tiempo. Ahí asegura que las primeras incursiones de estos hombres de mar representaron grandes ganancias económicas que propiciaron el desarrollo de la piratería y “Cuando su número fue algo considerable, se avergonzaron de los nombres de ladrones y piratas quisieron ponerse una máscara anunciándose como ‘vengadores de las Indias’ y campeones de la libertad de los mares”,²⁰⁵ asimismo advierte que sus rapiñas contaban con la complicidad de la Corona inglesa, que recibía de ellos beneficios pecuniarios e incluso los convirtió en piezas estratégicas en la difusión del protestantismo en Nueva Inglaterra.²⁰⁶

Con todo lo anterior se muestra que en el desarrollo y auge de la piratería intervinieron factores de diversa índole —económicos, políticos, religiosos—, es decir,

²⁰⁴ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 872. Desconozco a qué cronista se refiere el narrador. En una nota al pie en el capítulo previo titulado “El Juan Aquines de Torquemada y Betancourt”, el narrador se refiere a los cronistas fray Juan de Torquemada y Agustín de Betancourt —o Vetancourt—, asimismo alude a un “Van Laet” del que no he encontrado ninguna información. En el siguiente capítulo, una parte de la narración se presenta desde el punto de vista de los piratas, en lo que aparece como una cita textual, y la referencia podría ser ese Van Laet —que me resulta desconocido—, pero quizás es posible pensar que la información provenga de otro cronista de la época, Richard Hakluyt (c. 1552-1616), que destacó por sus relaciones y defensa de las aventuras de los piratas y cuya obra se reeditó en 1811. La obra de Hakluyt fue parcialmente traducida al español por Joaquín García Icazbalceta, a finales del siglo XIX, de manera que no es improbable que Almazán la conociera—.

²⁰⁵ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 872.

²⁰⁶ Cf. *ibid.*, pp. 873-874.

que el fenómeno se derivó de circunstancias particulares, históricas. Finalmente, luego de subrayar las conductas viciosas y los crímenes de aquellos personas señala:

Aquellas riñas al partir las presas, los vicios en que vivían encenegados los forbantes, las inclemencias del cielo austral y la avidez del océano, que devoró centenares de sus buques y tripulaciones, contribuyeron a la extinción de la piratería, tanto como la pena de muerte infame que los españoles le imponían, y que al fin adoptaron contra ellos las coronas de Francia e Inglaterra cuando avanzó más la civilización.²⁰⁷

En esta historia de la piratería cabe destacar varios aspectos. En primera instancia, la asociación con la cultura y la política inglesa, en particular con el protestantismo. La pertinencia de tal asociación no está dada por los acontecimientos que tienen lugar en la novela, sino por el contexto de la República Restaurada, en que, según se advirtió previamente, había cierta admiración por la cultura protestante e incluso se promovió su inmigración. De esta manera, el posicionamiento del narrador en el relato se puede entender como un rechazo frente a tales políticas. De hecho, esta crítica al protestantismo se repite en el capítulo titulado “La Inquisición”, en que el narrador asemeja las prácticas inquisitoriales, la tortura, la incineración de seres humanos, la creencia en las brujas —todos ellos atribuidos por Riva Palacio exclusivamente a la Inquisición en *Monja y casada*— con las de Calvino o los juicios civiles que se llevaron a cabo entre 1692 y 1693 en los Estados Unidos, en la comunidad de Salem, y condenaron a muerte a varias mujeres acusadas de brujería.

En segunda instancia, destaca el hecho de que el narrador asegure que los piratas se autodenominaron “vengadores de las Indias” o libertadores. El comentario resulta muy significativo porque ninguno de los piratas que aparecen como personajes en la novela realiza aseveraciones semejantes. Nuevamente, la pertinencia del tema parece relacionarse con el presente: *Un hereje y un musulmán* aparece un año después que *Los piratas del Golfo*, de Vicente Riva Palacio. En esta última Juan Morgan aparece en un

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 847.

primer momento como héroe que pretende libertar América del dominio español,²⁰⁸ para después ser reducido a un pirata concupiscente —un cambio acorde con esta tendencia, que ya se ha detectado previamente en la novelística de Riva Palacio, a transformar repentinamente la identidad de los personajes—. Aparentemente, el narrador de Almazán tiende a rechazar con sus aseveraciones el imaginario que en primera instancia difundía Riva Palacio —el que vinculaba la independencia con la piratería— y a hacer énfasis en el segundo, la concupiscencia, y así justifica su desaparición en la historia.

En lo que se refiere a la imagen del proceso histórico, el acontecer implica un origen, un auge y conduce finalmente a la desaparición de la piratería. En todo el proceso se evidencia que intervienen móviles económicos y políticos, y, sobre todo, en la desaparición de la piratería resaltan factores naturales y humanos —estos últimos vinculados con el avance de la “civilización”—. En esta compleja —incluso se podría decir moderna— visión del acontecer, las aseveraciones del narrador en la introducción cobran particular relevancia: “En aquella época surgieron los primeros filibusteros, y su primer derrota fue en aguas de Veracruz”.²⁰⁹ Es aquí donde se manifiesta un orgullo nacional que se arraiga en el pasado colonial: en lugar de que se muestre la necesidad de una liberación contra una supuesta opresión o barbarie vinculada con el pasado novohispano, en la Colonia se ubica un primer triunfo en el camino de la civilización y contra la barbarie que representa la piratería, y que aquí se identifica con el extranjero —lo inglés o protestante—, no con lo local. De esta manera la novela procura mostrar que la sociedad civilizada ya existía en el pasado colonial, que no era algo que se tuviera que inventar en el presente a costa de la destrucción del pasado.

²⁰⁸ Esta atribución de un discurso libertario a los piratas quizás sería un anacronismo en ambas novelas, pues me parece que es a partir del romanticismo que se hace semejante asociación, por ejemplo, con “La canción del pirata” (1835) de José de Espronceda. Sin embargo, esto es una mera hipótesis pues desconozco la historia de la piratería y los discursos de los filibusteros.

²⁰⁹ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 851.

Sin embargo, y retomando el problema de la construcción narrativa, cabe advertir que los piratas que aparecen como personajes históricos en la novela, en lugar de ejemplificar los dichos del narrador, mostrándose como grandes enemigos de la civilización, antagonistas de Adriano, participan de la tendencia a la representación burlesca del mundo. Incluso pareciera que pueden ser aliados potenciales bajo ciertas circunstancias, pues los piratas se ven involucrados en tratos para liberar a Adriano en caso de que fuera embarcado a España y entonces, paradójicamente, rozan la imagen del pirata libertario que rechaza el narrador en sus aseveraciones.

Así, la representación narrativa de los personajes, burlesca o circunstancial, sin trascendencia histórica, que actualiza lugares comunes asociados con el pirata, como la superstición, la vida crapulosa y, por otro lado, la libertad, se superpone —generando tensiones no resueltas en la novela— a la imagen del tiempo histórico como proceso evolutivo que se advierte en las disertaciones del narrador, y que tiende a mostrar al pirata como lacra social destinada a desaparecer. Ante la falta de vínculos entre el hombre concreto y la imagen de un proceso histórico que avanza hacia la “civilización”, esta última pareciera una fuerza que sigue un camino independiente de los sucesos y de los hombres —un problema que también aparece en *Monja y casada* y *El pecado del siglo*—.

Otro de los temas a partir de los cuales se genera la imagen de la historia como proceso es el pasado prehispánico, que inaugura el relato desde la introducción:

Medio siglo después de la conquista por los españoles presentaba ya el centro tranquilo del Anáhuac un aspecto tranquilo, habiéndose convertido generalmente los vencedores en colonos devotos, y avezándose más y más cada día los vencidos a un yugo que no era muy diverso del que habían sufrido bajo los emperadores mexicanos. Las victorias sangrientas de Moctezuma sobre las tribus o naciones limítrofes, y la tiranía respecto de sus súbditos, prepararon la sumisión casi general a los españoles, después de dar doscientos mil aliados a Cortés para destruir al imperio azteca.

Entretanto, la influencia del clero había crecido desmesuradamente, pues, por una parte, la necesidad de perdón la hacía indispensable a los conquistadores, que tanto habían abusado y, por otra, enseñando los doctrineros a los indígenas la religión o al

menos las prácticas exteriores, que son un equivalente para las personas rudas, habían adquirido un predominio que los vencedores llegaron a temer y, después, a aprovechar, y que frecuentemente fue útil a los vencidos, protegiéndolos algunas veces, los primeros misioneros, con verdadera caridad y abnegación.²¹⁰

A diferencia de *Monja y casada*, donde el narrador asegura que “México no era ni la sombra de lo que había sido en los tiempos de Moctezuma”,²¹¹ el de *Un hereje y un musulmán* transmite una concepción progresiva del tiempo en la que el pasado remoto no se perdió sino que se fue transformando en función de nuevos acontecimientos: los indígenas de la Colonia no son los mismos que los del imperio de Moctezuma; no desaparecieron, entraron en contacto con otra cultura, con una nueva religión, e incluso ganaron un protector frente a las tiranías. Así, el acontecer en el pasado novohispano se entiende más como acumulación y coexistencia que como ruptura o un volver a empezar de cero en cada etapa; dos pasados aparentemente contrapuestos, el prehispánico y el occidental, son incorporados en un solo relato.

Asimismo, en la explicación del cambio entre los tiempos se establecen relaciones de causalidad en las que intervienen elementos políticos y sociales, de manera que la relación entre un tiempo y otro no parece arbitraria sino derivada de las circunstancias mismas y esa misma causalidad determina que no pueda haber una vuelta atrás hacia el pasado, tal como se advierte en el siguiente diálogo que inaugura el cacique indígena Alonso Toncap:

—Cerca de México está la población que los aztecas han llamado Teotihuacan. Aquella que fue nuestra capital antes; y allí están las dos pirámides que construyeron mis abuelos; mas luego los vencieron los recién venidos aztecas y tuvimos que buscar una nueva tierra nosotros, los antiguos habitantes, los hombres de “tres corazones”²¹². Por eso fuimos últimamente aliados de los españoles, que nos engañaron al fin.

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ *Vid. supra.*

²¹² Aquí se introduce una nota en que se aclara: “Esta es la significación de *Toto nacó*”. La introducción de algunas palabras indígenas y su significado en español en el marco de un diálogo entre personajes que se respetan mutuamente parece implicar el reconocimiento de una cultura distinta a la hispana como parte de la historia y la identidad nacional.

—Mas si fuera necesario hacer la guerra a los castellanos, ¿os aliaríais hoy con vuestros antiguos enemigos? —preguntó Teófilo Dolmos.

—Si los españoles desaparecieran de este país nosotros haríamos la guerra a los aztecas, que no tienen más derecho a él que los nuevos conquistadores.

—En la superioridad de las armas y en la riqueza de la tierra veía yo dos razones para que dure el yugo castellano —dijo el doctor Eucardio—; mas ahora me indicas otra causa que le hará durar *hasta que México presente una nueva faz*.²¹³

En este diálogo se evidencia una imagen del tiempo como avance progresivo, donde el pasado no se repite pero prevalece en la memoria; como tal, determina que una vuelta atrás sea imposible, e impulsa a los hombres a avanzar en una dirección distinta, “hasta que México presente una nueva faz”.

En este sentido, los indígenas aparecen como entidades vivas, históricas, que ya están compenetradas con el mundo colonial, que hablan español, y en ello, en su actualidad, consiste su capacidad creadora. El mismo diálogo entre dos personajes que representan culturas distintas —Alonso es totonaco y Eucardio es un filósofo flamenco que representa ciertos aspectos de la cultura occidental— supone que nuevos modos de convivencia se generaron a partir de la Conquista, los cuales reflejan el surgimiento de una nación pluricultural, donde blancos e indígenas no se mezclan ni social ni biológicamente, pero sí dialogan y comparten conocimientos: Eucardio, un filósofo flamenco, enseña a leer a Alonso y este último, a su vez, transmite a Eucardio el secreto de la ubicación de una mina de oro.

En este intercambio cultural que tiene lugar en la novela también participa el mulato Martín, quien muestra a Eucardio su forma de interpretar las huellas que dejan los hombres en la tierra,²¹⁴ y más adelante, en el capítulo XXII, el médico Francisco Hernández, que llegó de España para aprender de la herbolaria indígena y va acompañado de indígenas mijes, tarascos y mixtecos.

²¹³ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 898. Las cursivas son mías.

²¹⁴ Cf. *ibid.*, pp. 854-855.

Sin embargo, también aquí se presentan contradicciones entre lo que dice el narrador y lo que sucede en el relato. Mientras el narrador presenta a los indígenas como personajes explotados por los españoles, esto no siempre se hace visible en los acontecimientos narrados: la relación que establece Francisco Hernández con los indígenas, por ejemplo, no tiene que ver con la explotación; por su parte, el personaje que actúa en la hacienda del Tajín, el indígena Alonso, no vive ninguna tiranía y convive pacíficamente con un encomendero que no es español.

Nuevamente, estos desajustes entre la conformación de una imagen particular de la historia y los sucesos narrados tienen que ver con la forma en que la novela se sitúa frente a otros modos de construir imágenes de pasado en el presente. La representación del pasado prehispánico como “tiranía” en la novela de Almazán parece constituirse en una respuesta frente a cierta tendencia a rechazar la Conquista e idealizar el mundo azteca como origen de la nación, que se desarrolló desde finales del siglo XVIII junto con el patriotismo criollo —por ejemplo, a partir de trabajos como la *Historia antigua de México* de Francisco Xavier Clavijero—. El mundo azteca fue asumido como “antigüedad clásica”,²¹⁵ gloriosa, protagonizada por “la figura de un indio mítico y mitificado”,²¹⁶ que permitió integrar en una memoria compartida al indígena y al criollo, donde el segundo se asumía como heredero legítimo del primero, pero al mismo tiempo mostraba su rechazo por un indígena vivo, al que imaginaba degradado a partir de una dominación española de la que el criollo tendía a renegar. Tal como afirma David Brading, esta forma de figurar el pasado “provocó una fisura entre el pasado azteca clásico y su sucesor colonial”.²¹⁷

La imagen del origen heroico indígena continuó actualizándose en obras como *Netzula* (1837), de José María Lacunza, o “La profecía de Guatimoc” (1839), de Ignacio

²¹⁵ François-Xavier Guerra, “Las mutaciones de la identidad”, p. 203.

²¹⁶ Mónica Quijada, “¿Qué nación?”, p. 302.

²¹⁷ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 53.

Rodríguez Galván, *La vuelta de los muertos* (1870), de Vicente Riva Palacio, o en *Los mártires del Anáhuac* (1870), de Eligio Ancona, y, según advierte Tomás Pérez Vejo, siguió desarrollándose en las representaciones pictóricas hasta el Porfiriato.²¹⁸ Particularmente, cabe llamar la atención sobre la forma de representar el pasado en *Los mártires del Anáhuac*, donde los tlaxcaltecas y los totonacos aparecen como “traidores” a la raza y a la nación, representada aquí por los aztecas.²¹⁹

Por su parte, la novela de Almazán no idealiza el pasado azteca sino que lo muestra como una tiranía no muy diferente a la dominación española, la que, por otra parte, implica nuevas dinámicas culturales —como los intercambios señalados arriba— que tienden a mostrarse como parte del proceso histórico de la nación. Así, *Un hereje y un musulmán* desestabiliza la imagen de pasado azteca glorioso como origen y símbolo de la identidad nacional y, con el énfasis en el proceso que media entre pasado prehispánico y presente independiente, tiende a quebrar la línea imaginaria que conducía directamente del pasado indígena al presente independiente de la nación sin mediación de la Colonia y así mostraba relaciones de identidad entre dos periodos alejados en el tiempo.²²⁰

Siguiendo esta tendencia a dialogar con los imaginarios del presente del siglo XIX, *Un hereje y un musulmán* alude a las rivalidades y diferencias entre grupos indígenas para cuestionar la imagen de los aztecas como los héroes de la historia. En la

²¹⁸ En 1869 se presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes el cuadro *El descubrimiento del pulque*, de José Obregón; según Tomás Pérez Vejo, se trata de “un sofisticado discurso ideológico en el que se afirman cosas tan dispares como la continuidad del México independiente con el México prehispánico, el rechazo de la Conquista, la superioridad moral de los conquistados sobre los conquistadores o la reivindicación de los aztecas como el auténtico origen de México” (Tomás Pérez Vejo, “Imaginando a México”, p. 194).

²¹⁹ Cf. Eligio Ancona, *Los mártires del Anáhuac*, pp. 466 y 476.

²²⁰ Aquí la visión de la historia que subyace a *Un hereje y un musulmán* pareciera cercana a la de Lucas Alamán, cuyo hispanismo, según David Brading, “surgía de una reacción en contra del indigenismo presente” (David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 175). Sin embargo, lo que me parece muy original en Almazán y no he encontrado en otra novela es el reconocimiento de la cultura del indígena vivo, histórico, que no es ni bárbaro ni heredero de héroes míticos como Cuauhtemoc, como sí ocurre, por ejemplo, con la familia Carvajal en *Martín Garatuza* (1868-1869), de Vicente Riva Palacio.

novela de Almazán se representa la visión de los vencidos —quizás motivada por la propia situación política de Almazán en el presente de la República Restaurada—: los aztecas son los tiranos y los totonacos los pueblos oprimidos. De esta manera se rompe con la imagen de una nación unificada desde el origen de los tiempos cuyo centro es el Anáhuac, para dar lugar a una de carácter plural. Es el totonaco el que desempeña un papel destacado en la diégesis de *Un hereje y un musulmán*, y a través de él se hace visible la presencia de un indígena histórico —aunque con ciertos toques de idealización de los que se tratará más adelante— en ese mundo colonial que media entre el pasado prehispánico y el presente independiente.

Tal como se ha visto hasta aquí, es posible detectar en la novela dos formas distintas de presentar los sucesos del pasado: una se rige por la presentación sucesiva de acontecimientos y personajes aislados, a partir de las cuales se tiende a desarrollar una función explicativa limitada a sucesos concretos de la vida cotidiana que permite mostrar un mundo estable en lo que a conductas humanas se refiere y así minimizar la importancia de ciertos temas polémicos del presente de la República Restaurada, como el papel del clero en la sociedad. La otra consiste en relatos de procesos históricos de largo alcance desde los cuales se cuestionan ciertos modos de figurar la historia de la nación. En esta última se revela una concepción más moderna de la historia, pues a una explicación compleja de los acontecimientos, que tiende a implicar factores políticos, económicos, sociales, no sólo nacionales sino también internacionales, se suma la percepción del tiempo como cambio, avance progresivo, donde algunos elementos quedan atrás y otros se transforman con el paso del tiempo y de los acontecimientos.

Sin embargo, también esta última tiende a yuxtaponer temas que resultan relevantes para el presente pero que no explican los sucesos en que se ve involucrado el protagonista u otros personajes. Así, a pesar de que la explicación de la historia se hace

mucho más compleja, también se presenta el mismo fenómeno que se da en *Monja y casada* o en *El pecado del siglo*: la necesidad de abordar problemas actuales para la República Restaurada no logra conjugarse con la explicación del mundo como totalidad de sentido, de manera que ciertos sucesos o personajes históricos aparecen desvinculados narrativamente —la historia entendida como proceso no revela la esencia histórica del hombre—, y su relación significativa viene dada desde el presente. Pero, tal como se había anunciado previamente, hay un tercer tema en *Un hereje y un musulmán* donde lo histórico sí funge como explicación de los sucesos narrados.

La Reforma protestante y la Contrarreforma católica, así como la intolerancia religiosa derivada de ellas, es el contexto que explica la llegada del hereje de este relato a la hacienda del Tajín en compañía de su pupilo Adriano. Asimismo, provoca que un musulmán —converso al cristianismo no por voluntad sino para poder conservar la vida y sus escasas posesiones— intente fundar una colonia de correligionarios a expensas de los propietarios de la hacienda del Tajín, es decir, del padre de Adriano. La noticia de la llegada de la Inquisición a América —resultado también de la intolerancia religiosa en Europa— lleva a la muerte a Eucardio, quien temía, con razón, al tribunal. Por su parte, el musulmán, luego de asesinar —sin que nadie se diera cuenta— al padre de Adriano, descubre el pasado religioso de Eucardio y se vale de dicha información para tratar de apoderarse de las tierras de Adriano, a quien denuncia ante el tribunal de la Inquisición por las posibles conexiones del protagonista con el hereje.

Esta misma cadena de sucesos es la que determina que la vida de Adriano se transforme radicalmente: además de que estudió jurisprudencia —lo que significa que su principal ámbito de trabajo está en las ciudades y que pertenece al mundo letrado del que formará parte en un futuro el propio Almazán—, el dolor por la muerte de su padre lo conduce a emigrar definitivamente a la ciudad de México, donde su matrimonio con

Elvira inaugura su futuro. Aquí el tiempo es irreversible, Adriano ya no puede regresar a vivir en la hacienda como si nada hubiera pasado, y la memoria —los recuerdos dolorosos en este caso—, es un factor determinante en el cambio hacia un futuro que, a pesar de todo, resulta esperanzador.

En esta forma de representar el acontecer incluso lo que pareciera azaroso tiene una razón de ser, está integrado en una lógica determinada que, de esta manera, acusa los vínculos de la novela con una concepción moderna de la historia.²²¹ La inocencia de Adriano es develada gracias a una cadena de aparentes casualidades: su padre y Eucardio son enterrados en la misma iglesia, cada uno debajo de la estatua de una imagen religiosa. Sin embargo, las estatuas cambian de lugar luego de un litigio entre particulares —otro acontecimiento que el narrador identifica como histórico y que esta vez sí está integrado a la lógica de los sucesos— en el que participa incidentalmente Adriano. Cuando se descubre la herejía de Eucardio y se emprende la labor de desenterrar su cadáver para llevarlo a la Inquisición, el cambio de lugar de las estatuas provoca que, de manera inesperada, salga a la luz el cadáver del padre de Adriano, en lugar del de Eucardio, y se descubra el verdadero motivo de su muerte: un fístol enterrado en el cráneo. El fístol era parte de un juego de instrumentos que el inquisidor Pedro Moya de Contreras ya había visto casualmente en manos del musulmán, de manera que no le resulta difícil descubrir quién fue el asesino. Cuando se manda inspeccionar la casa del musulmán se descubre por accidente no sólo la religión del moro sino también la inocencia de Adriano.

Aquí lo histórico y lo ficticio aparecen estrechamente ligados: el primero explica el segundo y este último significa al primero, pues la vida de Adriano muestra las consecuencias de la intolerancia religiosa que tuvo lugar en un momento histórico

²²¹ En el capítulo primero así como en el correspondiente al análisis de *El pecado del siglo* se ha señalado el papel que se le asigna al azar en la concepción moderna de la historia.

determinado, cuyas características no se pueden repetir en el presente, porque la Inquisición ha desaparecido:

La barbarie de la tortura vino, pues, de más atrás de los siglos bárbaros. La decretaban sin escrúpulos los tribunales de las naciones católicas y protestantes, monárquicas y republicanas, en el siglo XVIII, y Rusia e Inglaterra, las primeras, tuvieron la gloria de abolirla hace más de cien años, impelidas por el movimiento filosófico que se efectuaba entonces. Debe notarse que esto pasó antes de la Revolución francesa que ha servido para calumniar a aquella filosofía del mismo modo y con tan débil motivo como la Inquisición para inculpar a la religión católica.²²²

Es desde esta visión del pasado, como derivado de una serie de acontecimientos particulares en el marco de un proceso histórico de largo alcance, que la Inquisición deja de parecer el mal colonial por antonomasia —como tiende a mostrarse en *Monja y casada*—, y no sólo eso, sino que además su crítica pareciera carecer de relevancia para el presente. De esta manera, nuevamente, la novela se constituye en un cuestionamiento frente a los modos en que previamente se había figurado la relación con el pasado así como la forma en que se fundaba el propio presente.

La manera en que se construye una imagen de historia como totalidad de sentido desde el punto de vista de las vivencias de Adriano, por más paradójico que parezca, resulta ser complementada por los otros modos en que se representa el tiempo a través de relatos singulares e independientes de la historia principal, pues con ellos se conforma la imagen de un mundo que no puede ser reducido a un significado fundamental —que es la tendencia que se advierte en obras como *Monja y casada*, donde la valoración negativa de la Iglesia determina el significado de gran parte de los elementos del mundo colonial—. Más allá de una humanidad que, con sus errores y sus aciertos, prevalece a través del tiempo, las unidades significantes las constituyen los individuos concretos, las historias y los sucesos particulares, que, para ser explicados, requieren la reconstrucción de las circunstancias en que tuvieron lugar.

²²² Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 920.

Esta imagen de un mundo irreductible a un solo significado predomina en el conjunto de la novela; a partir de ella se abordan numerosos temas desde los cuales se tiende a cuestionar las distintas formas en que ciertos liberales tendían a representar el pasado colonial. Sin embargo, el resultado es una imagen fragmentaria del mundo en que los numerosos sucesos que componen la vida cotidiana y los grandes acontecimientos históricos aparecen como entidades separadas que no se pueden explicar mutuamente, y que además transmiten distintas formas de comprensión del tiempo, que van desde la idea de una humanidad que se mantiene idéntica a sí misma hasta aquella de que el mundo cambia constantemente y desde la que se vislumbran incluso ciertas rupturas con el pasado. Será a través de la ficción que se evidenciará claramente la tensión que se establece entre estas dos formas de representar el tiempo así como el carácter problemático de la ruptura que parece implicar la transición del pasado al futuro.

5.3. Tiempo que avanza a través de mundos paralelos

Según se ha visto hasta ahora, la diégesis de *Un hereje y un musulmán* está enmarcada por una visión del tiempo histórico como proceso, como un avanzar que es irreversible, el cual sitúa al mundo novohispano dentro de la historia de Occidente —la piratería, la Reforma y la Contrarreforma— y la historia local —el pasado prehispánico y la Conquista—. En contraste, en el camino de Adriano se irá reflejando un mundo exterior de personajes históricos que revelan otra imagen del tiempo donde, en medio de la singularidad de cada suceso, destaca lo que se repite, los errores y los aciertos en conductas humanas, o se proyectan ideales atemporales, como el buen cristiano que representa Juan González, pero que carecen de trascendencia histórica. Son tendencias que tienden a representar la vida común del individuo —lo particular— y los procesos

históricos de largo alcance por separado, de manera que no se ve la relación entre uno y otros —mucho menos se muestra al hombre como agente de la transformación—; más bien, uno revela un hombre que es esencialmente idéntico a sí mismo, y el otro los cambios que ocurren en el mundo exterior.

Esta dualidad en los modos de representar el mundo impregna todos los acontecimientos de la diégesis. Su carácter problemático se revelará cuando ambas formas se entrecrucen a través de la experiencia del protagonista. Adriano es un individuo común que resulta afectado por acontecimientos como la Reforma y la Contrarreforma, y a raíz de estos sucesos cambia de ambiente: pasa de radicar en la hacienda del Tajín a la ciudad de México, lo que implicaría una manera distinta de vivir en el mundo que, sin embargo, no transforma la esencia del personaje.

A partir de las vivencias de Adriano se genera la imagen de un tiempo que avanza y en el que, en medio de los cambios, se hace también visible lo que prevalece. El camino del protagonista por distintas regiones de México tiende además a vincular la experiencia temporal con determinados espacios. En este sentido, el relato novelesco pareciera constituir un intento por dar a conocer la historia y la realidad nacional e integrarla a la historia de occidente y a la experiencia del hombre, entendidas como un avanzar en el tiempo. Pero este intento resultaría esencialmente problemático desde el momento en que se considera que la novela no tiende a representar el mundo como una totalidad de sentido, por lo que la imagen del hombre, a pesar de todo, aparecerá disociada del espacio nacional y su historia.

El viaje de Adriano a través del espacio se puede interpretar, metafóricamente, como un recorrido por la historia de México: desde la experiencia de la naturaleza veracruzana —que parece recordar el inicio del recorrido que llevaron a cabo los españoles para instalarse en el centro del país, o quizás el origen de la civilización—,

pasando por la vida rural de las encomiendas y el desarrollo urbano de las ciudades, hasta llegar al mundo de la política capitalina. Por otro lado, a través de las vivencias concretas del protagonista en un periodo que abarca sólo unos cuantos días, se muestra que el desarrollo de la sociedad llegó a manifestarse en diversos grados en el conjunto del espacio nacional —es decir, que la cultura nacional no es lineal o uniforme—. En este recorrido se evidencia sobre todo que en una misma época coexisten diferentes formas de vivir en el mundo. Sin embargo, la representación del mundo novohispano, exterior, es la que se rige por el modelo de la novela costumbrista; no afecta al protagonista, de manera que no se muestra como un mundo problemático para el individuo pero tampoco como uno que lo explica y con el que tiene una relación intrínseca. Aunque se aproximan, no constituyen una unidad, y así pueden separarse sin que eso impacte en la vida del Adriano. Será en la relación con lo extranjero, lo que llega de fuera, donde se revelen los problemas que afectan a la existencia de este último.

El relato inicia en el puerto de Veracruz, que fue el punto de partida de la inmigración europea así como el lugar más importante de entrada de las intervenciones extranjeras. De hecho, por el puerto de Veracruz llegan Adriano, su familia y su mentor Eucardio, pero también los piratas, el musulmán que se convierte en perseguidor de Adriano y los inquisidores. En primera instancia cabe señalar la relación que se establece desde el principio del relato entre dos personajes que llegan juntos a la Nueva España: Eucardio y Adriano. El primero es un filósofo flamenco, europeo, desencantado tanto del cristianismo como del protestantismo y por el cisma religioso que derivó en intolerancia en Europa; llega a América con la esperanza de pasar sus últimos días en paz, ajeno a las persecuciones religiosas. El otro es un muchacho que, después de haber estudiado Jurisprudencia en la Universidad de Lovaina, regresa a la casa de su padre, un flamenco que emigró a América para dedicarse al comercio y, después al trabajo en la

hacienda del Tajín. El filósofo representa los malestares derivados de la decadencia del “viejo mundo”; Adriano evoca el “nuevo mundo” que, lleno de inocencia y juventud, tiene el futuro por delante.

Este último contraste remite a un tópico que viene desde la época de Cristóbal Colón, en cuya mente, según Jorge Ruedas de la Serna, “empezaba a corporeizarse ese ‘nuevo mundo’ [...] porque el mundo ahí parecía renovarse, vestido de verde inmutable”,²²³ pues es justamente el verde de la naturaleza del lugar en que nació Adriano lo primero que resalta en el camino de los personajes. A partir de la actualización de este tópico se propicia un sentimiento de orgullo nacional —que ya se había vislumbrado cuando el narrador aludía a la derrota de los piratas en las costas del Golfo de México—, el cual figura a México como una tierra incorrupta. Además viene acompañado de la representación de la naturaleza exótica veracruzana: cuapinoles, jinicuiles, cacomitles, “flores de Santiago de nuestro país”,²²⁴ cenizontles, papanes, colibríes,²²⁵ guacamayas y loros.²²⁶

La exaltación de las peculiaridades nacionales y de la naturaleza parece tener como objeto el reconocimiento del mundo americano por parte del europeo —o incluso por parte de aquellos nacionales que tenían los ojos puestos en Europa—. ²²⁷ Así, es Eucardio, un flamenco, el que admira la naturaleza y no Adriano, que apenas la observa, no la toca y, para explicar sus peculiaridades, tiene que acudir al indígena Alonso, quien

²²³ Jorge Ruedas de la Serna, “Los orígenes de la visión paradisiaca”, p. 169.

²²⁴ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 852.

²²⁵ *Ibid.*, p. 853.

²²⁶ *Ibid.*, p. 862.

²²⁷ Este tópico literario que busca exaltar lo nacional ante ojos ajenos se fortaleció particularmente después de las críticas de naturalistas europeos como el conde de Buffon y Cornelius de Paw, quienes consideraron que la inferioridad del americano se debía, en cierta medida, a sus condiciones naturales. Como reacción, hay una nutrida representación literaria de la naturaleza americana (cf. Jorge Ruedas de la Serna, “Los orígenes de la visión paradisiaca”, pp. 94-96). Ésta se puede ver también en *El inquisidor de México* de José Joaquín Pesado. Las expediciones del barón de Humboldt, que descubrieron a los ojos de los propios americanos las maravillas del continente americano, fueron uno de los detonantes de esta reacción nacionalista vinculada con la exaltación de la naturaleza y que Ignacio Manuel Altamirano contempla en su programa de literatura nacional. A partir de este tópico, Altamirano realizaba “una analogía entre la riqueza y la sociedad” que tendía a revelar la grandeza y las posibilidades de la nación (pp. 96-98).

sí conoce bien el territorio. Para Adriano, la naturaleza —donde los hombres apenas dejan huellas efímeras—, parece ser sólo un lugar de paso, y aquí comienzan a revelarse esos lugares que —como ocurre con muchos personajes históricos que se han analizado previamente—, actualizan imaginarios sobre la nación pero no tienden a generar relaciones integradoras del hombre con su mundo.

La naturaleza es relevante en la experiencia temporal del protagonista sólo desde un punto de vista simbólico: evoca el principio de los tiempos, la imagen de un lugar sin pecado, regenerado, “tierra semejante al Paraíso”, según asegura Eucardio.²²⁸ La temporalidad que sugiere es la de lo inmutable. Asimismo, es el punto de entrada a la hacienda del Tajín, un ámbito idílico,²²⁹ alejado de la ciudad, oculto por una vegetación abundante, donde viven aisladas las familias que trabajan en el campo y el paso del tiempo apenas se percibe porque está estrechamente ligado con los ciclos de la naturaleza, con las grandes etapas de la vida y las esencias que no se transforman. Ahí inicia la relación amorosa de Adriano con Elvira, la cual será el principio de una serie de aventuras que culminarán en el matrimonio de los personajes. En el Tajín los valores tradicionales se mantienen intactos y el hombre se conserva inocente: nadie codicia, todos piensan en el bienestar de la comunidad; ahí conviven armónicamente los blancos, con un mulato y un indígena, si no en igualdad social, sí unidos por lazos emocionales y por el intercambio de conocimientos.

²²⁸ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 853.

²²⁹ Mijaíl Bajtín caracteriza el cronotopo idílico como aquel en que la vida de las personas “viene determinada esencialmente por la unidad de lugar, por la vinculación de la vida de las generaciones a un determinado lugar” (Mijaíl Bajtín, “Las formas del tiempo”, p. 376). Asimismo el tipo de acontecimientos que ahí ocurren tienden a limitarse a “algunas realidades fundamentales de la vida: el amor, el nacimiento, la muerte, el matrimonio, el trabajo, la comida y la bebida” (*ibid.*, p. 377). Finalmente, ahí se da “la combinación de la vida humana con la vida de la naturaleza, la unidad de sus ritmos, el lenguaje común para los fenómenos de la naturaleza y acontecimientos de la vida humana” (*idem*). En el caso de la novela de Almazán, el tipo de vivencias que tiene ahí el protagonista son únicas: sólo ahí come y bebe en familia; el ritmo de los días es lento y se limita a la experiencia cotidiana y familiar así como al contacto con la naturaleza. Ahí se enamora de la mujer que será su esposa y ahí muere su padre. El trato que se da entre las personas en el Tajín, tan informal y tan cálido no se ve en ningún otro lugar de la diégesis.

Es cierto que la hacienda del Tajín comparte ciertas características con los lugares utópicos.²³⁰ además de estar alejada de la ciudad, es un lugar donde todos viven en armonía y no hay explotación ni ambición, donde la educación se imparte gratuitamente —gracias a la llegada de Eucardio—, a mulatos e indios sin distinción. Sin embargo, no es una comuna con tintes socialistas o un falansterio como el que representó Nicolás Pizarro en *El monedero* de 1861, pues la hacienda es una propiedad privada en la que hay una clara organización jerárquica —donde el eje es la familia, que tiene hombres a su servicio—. Así, en la novela de Almazán no se refleja un ideal de un nuevo orden de mundo que se contrapone o representa una alternativa posible frente a otros existentes que son objeto de rechazo, más bien el relato inicia con la afirmación del un orden tradicional.

En la superposición de imaginarios que tiene lugar en la novela de Almazán, el idilio, con la temporalidad que le es propia —la de los ciclos de la vida natural: el trabajo, la comida, el amor, la convivencia familiar, es decir, lo que se repite cotidianamente—, tiene dos funciones distintas. Es el lugar donde el filósofo —el viejo mundo en decadencia—, viene a regenerarse “mediante el contacto con la naturaleza, con la vida de la gente simple” y renuncia a la cultura “aspirando a integrarse en el conjunto unitario de la colectividad primitiva”.²³¹ El hecho de que no salga de este mundo implica la muerte de los conflictos existenciales del viejo mundo que representa, vividos en el marco de la crisis y el cisma religioso de Reforma y la Contrarreforma. La historicidad que experimentó Eucardio en Europa se puede entender como una historicidad negativa, que en vez de conducir al progreso llevó a la escisión de Europa.

Por otra parte, el idilio es el origen de Adriano, el que forja sus valores, su personalidad y determina su conducta futura, pero no es su destino final. Adriano

²³⁰ Cf. Jean Servier, *La utopía, passim*.

²³¹ M.M. Bajtín, “Las formas del tiempo y el cronotopo”, *Teoría y estética de la novela*, p. 382. Esta característica del idilio la asocia Bajtín con la novela regional.

también es empujado a un ámbito externo histórico y a partir de él se figuran relaciones con el mundo distintas de las que vivió Eucardio. El fin del idilio acusa la existencia de un tiempo histórico del que el hombre parece no poder evadirse si no es al final de su vida cuando su mundo ha entrado en decadencia. A diferencia de Eucardio, para el joven Adriano el fin del idilio implica la entrada en un tiempo cargado de futuro, una temporalidad histórica en el que el hombre ha de insertarse —llevando consigo los valores adquiridos en el mundo idílico—. ²³² A fin de cuentas, la novela tiende a reconocer la necesidad, o por lo menos la inevitabilidad, de los cambios en una nación que se va construyendo con la mirada puesta en el futuro e inserta a su protagonista, y los valores que representa, en este proceso de transformación.

Tal como tendió a ocurrir en las representaciones del mundo idílico a partir del siglo XVIII, ²³³ en la hacienda del Tajín irrumpe el mundo exterior frío y deshumanizado, en este caso representado por la codicia del musulmán y las persecuciones religiosas. Aquí cabe advertir que la manera en que se rompe el idilio implica cierta visión negativa del mundo exterior, de la historicidad que acaba con ese mundo familiar y conocido, y resulta relevante llamar la atención sobre los motivos que llevan al fin del idilio: tanto la codicia como las persecuciones religiosas son tópicos recurrentes de la literatura mexicana, desde *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O'Reilly, hasta las novelas de Riva Palacio.

La codicia, en la tradición católica, es un pecado capital que se opone a la caridad, la cual implica el desprecio del mundo material —que de hecho es una característica de Adriano—; sin embargo, las dinámicas económicas modernas tienden a la búsqueda de la riqueza material, a la acumulación, y este tópico del mal de la codicia

²³² En el último apartado de este capítulo se analizarán las implicaciones de la permanencia de los valores del mundo idílico en un mundo histórico.

²³³ De acuerdo con Bajtín, en los espacios idílicos del siglo XVIII tendió a irrumpir un mundo “en que las personas están separadas entre sí, están encerradas en sí mismas y son egoístas y prácticos [sic.]” (Mijaíl Bajtín, “Las formas del tiempo”, p. 384).

pareciera revelar una relación conflictiva de los mexicanos del siglo XIX con las nuevas formas de vivir el mundo que trae la modernidad.²³⁴ En lo que respecta a las persecuciones religiosas, el tópico resulta intrigante porque la mayoría de los hombres del siglo XIX eran católicos en un país católico, así que seguramente no habían vivido ninguna persecución. Quizás puede pensarse que la intolerancia del pasado resulta relevante para el presente porque se opone a la idea de libertad de conciencia que se fue desarrollando desde el liberalismo del siglo XIX; sin embargo resultaría un tópico problemático en *Un hereje y un musulmán*, donde si bien el narrador o personajes como Adriano y Eucardio predicán o practican la tolerancia, la influencia del musulmán, que además es extranjero, resulta efectivamente nefasta en la historia de Adriano, y su presencia en la novela incluso se podría interpretar como un rechazo simbólico a las políticas migratorias que promovió el liberalismo durante la República Restaurada.

La desaparición del idilio, al final, implica una diáspora, separa a los blancos —quienes se van a radicar a la ciudad—, del mulato y el indígena —entre quienes reparte Adriano su hacienda para que el primero se haga cargo de una pequeña propiedad privada y el segundo funde la población totonaca de Papantla—. Ello, paradójicamente, sugiere la imposibilidad de la convivencia de los indígenas y los blancos en un mundo histórico, no idealizado. Fuera del idilio, casi todos los indígenas que aparecen en la novela tienen una relación problemática con el resto de los sectores sociales.

El reparto de propiedades que se lleva a cabo al final de la novela se puede interpretar como una alternativa —justificada por la propia historia, según la representa *Un hereje y un musulmán*— a las formas en que el liberalismo y la Reforma tendieron a intervenir en los modos de organización de los indígenas, quienes tendrían que convertirse en ciudadanos, involucrados en las dinámicas de trabajo propias del

²³⁴ Acerca del tema de la codicia se ahondará en el siguiente apartado.

capitalismo, y para ello se proponía —según se ha señalado previamente— la educación bajo los principios liberales, la inmigración extranjera y la desamortización de propiedades comunales para convertirlas en pequeñas propiedades privadas.²³⁵ A fin de cuentas, la otra opción para el indígena, en lugar de la asimilación, parece consistir en un aislamiento que se muestra como una posibilidad abierta por la propia historia. Sin embargo, ella no corresponde con las prioridades visibles en la República Restaurada, en que la integración a las nuevas dinámicas sociales y la adopción de nuevos valores fueron las que permitieron que indígenas como Ignacio Manuel Altamirano o Benito Juárez ocuparan lugares destacados en la sociedad, y que se constituyeran en importantes promotores del liberalismo y la unidad nacional.

Una vez que se rompe el idilio, Adriano emprende el camino que lo lleva a la ciudad de México y a través del cual se revela un mundo cargado de múltiples temporalidades que habitan el mundo colonial, un espacio nacional que, sin embargo, es exterior al protagonista que lo observa, pero no se integra a él y, por tanto, no tiende a definir su esencia. La experiencia vital del protagonista con el espacio se presenta sobre todo en un ámbito idílico y no en uno histórico, y ello permite que su esencia se mantenga intacta. Como ya se ha anticipado, la relación fundamental que se establece entre el protagonista y el espacio nacional consiste en que la imagen del camino de la vida de Adriano como un avanzar en el tiempo impregna el mundo que lo rodea. Antes de salir definitivamente del idilio, el último lugar que visita Adriano representa el pasado histórico remoto que pervive en el presente a través de sus monumentos:

Ningún vestigio se encontraba ya de la divinidad a la cual había sido dedicado el templo [del Tajín]. Su forma piramidal le salvará aún por muchos siglos de una total

²³⁵ Para ahondar en la comprensión de la organización de las corporaciones y de las comunidades, y en la forma en que el liberalismo se posicionó frente a ellas, consúltese principalmente el artículo de Annik Lempérière, “Reflexiones sobre la terminología política del liberalismo”, el de Federico Navarrete 1847-1949: el siglo que cambió la historia indígena mexicana”, la obra de François-Xavier Guerra, *México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*, pp. 251-273.

destrucción, pero a los cincuenta años de la deserción de los adoradores una vegetación feraz había invadido no sólo la berma que se halla sobre la cornisa de cada cuerpo, sino también los escalones, el interior de los nichos y el ara inmensa que remataba aquella gran mole.²³⁶

Las ruinas prehispánicas son el testimonio de un culto religioso que ha desaparecido, pero al mismo tiempo son la memoria de una cultura que “se salvará aún por muchos siglos de una total destrucción”; es decir, una cultura que prevalece en el presente, pero se dirige a su desaparición en el futuro bajo los efectos de la naturaleza misma, pues a raíz del abandono ha perdido su capacidad creadora.²³⁷ Aquí la naturaleza funge como metáfora de lo que —como el idilio— debía quedar atrás en el camino hacia el futuro. También se puede interpretar —como ocurre con los piratas—, como una de esas fuerzas que actúan en la historia independiente de los hombres.

Por otra parte, las ruinas sirven de contraste y punto de partida para pensar en el indígena vivo que habita la hacienda, aquel que se ha unido a la tradición hispánica al adoptar la religión cristiana y el idioma español; un indígena que tiene pasado pero también presente y futuro, y cuyo destino, desde la perspectiva de *Un hereje y un musulmán*, será fundar una población indígena y permanecer en la temporalidad del

²³⁶ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 897.

²³⁷ Esta es una forma de representar el tiempo histórico, pues expresa, en términos de Bajtín, los “vínculos necesarios con un presente vivo”, que busca “comprender el lugar necesario que ocupa el pasado en el proceso permanente del desarrollo histórico” (M.M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 225). En la República Restaurada se manifestó una tendencia a estudiar las ruinas prehispánicas, cuyos resultados se publicaron, por ejemplo, en la revista *El Renacimiento* (1869). Sin embargo, los modos de interpretarla varían. En el caso de la novela de Almazán predomina una visión histórica y arqueológica. En otros autores, a través de las ruinas prehispánicas predomina un significado trascendente, que prevalece a través de los siglos. Véase, por ejemplo, el “Ensayo arqueológico”, páginas 20 a 24 del segundo tomo en la edición facsimilar de *El Renacimiento*. Ahí Chavero estudia una piedra de basalto de origen prehispánico y propone algunas hipótesis, entre ellas, que la piedra debe conmemorar algún acontecimiento del pasado prehispánico. Asimismo, explica un poco la historia de la piedra hasta 1644, así como la explicación que le dieron estudios posteriores, como los de Torquemada y Clavijero. Una sola piedra sugiere siglos de acontecer histórico, revela el pasado en el presente, pero también la distancia que hay entre uno y otro, pero el estudio concluye con la siguiente reflexión: “a él, al dios, al cielo que manda los beneficios y el remedio de los males a los pueblos desgraciados, dedicaron este monumento los mexicanos, y él es después de 400 años la página indeleble del puro incienso que el que sufre eleva al Ser desconocido que alivia sus pesares. Acaso el destino no es caprichoso al destruir los pueblos y naciones, conservando, sin embargo, estos testimonios de la historia humana, que son como el hilo que une la tierra con lo que hay más allá”. En la novela de Almazán se enfatiza el hecho de que una religiosidad pasada, histórica, está desapareciendo.

mundo provinciano, ajeno a esa historia del hombre occidental que avanza aceleradamente hacia la ciudad.

El siguiente elemento que se hace visible en el camino de Adriano son estos personajes históricos a los que ya se ha aludido previamente: frailes, encomenderos, hacendados, personajes del mundo provinciano²³⁸ que aquí son objeto de una representación costumbrista, un tanto burlesca, que revela la cotidianidad así como la repetición de los errores humanos a través del tiempo. Si bien representan una humanidad que prevalece, como personajes históricos encarnan un pasado cerrado en sí mismo, ajeno, que el protagonista deja atrás en su camino.

En contraste con este mundo cerrado, en la representación de la ciudad de Puebla visitada por Adriano, parece influir otro modelo literario, probablemente el de las novelas históricas europeas, donde el acontecer histórico se hace visible a través de la descripción del espacio. Aunque también se manifiesta una cotidianeidad sin trascendencia en personajes como el barbero Facundo de la Tixera —quien es objeto de una representación burlesca—, dichos personajes aparecen como pertenecientes a un mundo en constante movimiento y, sobre todo, en él se revela un proceso de cambio y desarrollo: “estaba saliendo de la cuna”,²³⁹ pero ya prefigura el futuro: “Entretúvose [...] el joven [Adriano] en visitar la diminuta Catedral construida en 1550, cuando el asiento del obispo se pasó de Tlaxcala a Puebla, y levantada en medio de lo que fue luego sucesivamente Portal de Libreros, de Borja y de Iturbide; observó la planta de la nueva,

²³⁸ Aparentemente, mientras más estrechos son los lazos del autor de la novela histórica con la provincia, más se empeña en mostrar su especificidad histórica y cultural; las descripciones de ámbitos provincianos las ofrecen el yucateco Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), en *La hija del judío* (1848-1849), y Pascual Almazán, quien vivió la mayor parte de su vida en Puebla. Por su parte, el relato en *El inquisidor de México* (1837), de José Joaquín Pesado (1801-1861), nacido en Puebla, inicia en una Veracruz tanto o más idílica que la que aparece en *Un hereje y un musulmán*. Queda entonces como una veta por explorar la relación entre la representación del espacio nacional y el lugar en que nacieron o se criaron los escritores, para los que la representación del espacio provinciano puede implicar un posicionamiento frente a las políticas centralistas que se fueron desarrollando a lo largo del siglo XIX.

²³⁹ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 883.

que anunciaba ya una gran basílica”.²⁴⁰ Aquí es donde se hace visible, en toda su plenitud, el tiempo histórico.

Los edificios poblanos son la muestra palpable de que el pasado pervive en el presente de escritura, es parte de su esencia misma, pero al mismo tiempo revelan los cambios que han tenido lugar a lo largo del tiempo. Es aquí, en la vida cotidiana de una sociedad que se desarrolla, y no en las instituciones o en las grandes transformaciones sociales, donde la novela parece ubicar una de las líneas que conducen del pasado al presente. En las calles de la ciudad de Puebla transitan los mercaderes, en el teatro se dan representaciones de títeres, entremeses y autos sacramentales; es decir, se hace visible una vida cultural que no está presente en las novelas de Riva Palacio y Cuéllar, quizás estos últimos porque no parten de una idea de nación cuya cultura se fue desarrollando desde el pasado, sino de una que se construye en el presente.

Sin embargo, aquí cabe advertir que la visión de la historia que caracteriza a Puebla no implica rupturas radicales como las que efectivamente experimenta Adriano, lo que significa que la esencia temporal de ambos no se funde en una unidad. De hecho, Adriano también permanece ajeno a la cultura de esta ciudad y a la historia que en ella se refleja, acaso contribuye con sus conocimientos a resolver un problema de arquitectura que impedía la conclusión de un templo, y nada más.

En la ciudad de México, el destino final de Adriano, se representa la vida política, que implica una vivencia del tiempo todavía más acelerada. Ahí los hombres luchan sobre todo por privilegios, desde los clérigos y frailes que se enfrentan en la Batracomiomaquia hasta el verdugo de la Inquisición que se empeña por recibir el nombramiento de verdugo de la ciudad. Sin embargo, ninguno de estos conflictos rompe con el orden establecido, como sí ocurre con el enfrentamiento entre el virrey

²⁴⁰ *Ibid.*, pp. 883-884.

Gelves y el arzobispo Pérez de la Serna en *Monja y casada*; más bien, tienden a mostrarse como problemas propios de la cotidianeidad citadina, sin mayor trascendencia en la vida pública, en la historia o en la vida del protagonista, porque se resuelven con relativa facilidad.

Así, por ejemplo, el enfrentamiento entre autoridad religiosa y autoridad civil aparece aquí como resultado de ambiciones e incomprensiones mutuas que no tiene mayores consecuencias. Al restarle importancia al suceso, ubicándolo en el marco de la cotidianeidad, la novela contribuye a suavizar la mirada sobre la influencia del clero en el mundo colonial y a minimizar la importancia de los conflictos entre Iglesia y Estado —¿acaso también entre liberales y conservadores?—. Cuando el inquisidor Pedro Moya de Contreras —quien descubre la inocencia de Adriano— culpa a la Audiencia de los obstáculos en la resolución del crimen del musulmán asegurando que “la vanidad de la Audiencia va a retardar el castigo de un gran criminal”, el narrador interviene —en lo que parece una alusión velada a la lucha entre conservadores y liberales, o al menos a la visión maniquea con que se tendían a presentar los conflictos entre las instituciones religiosa y civil— para mostrar que todos cargan idéntica responsabilidad en el desarrollo de los acontecimientos: “La misma frase podía haber salido de la boca de un oidor, con el simple cambio de un nombre”.²⁴¹ Aquí la Inquisición no hace juicios injustos ni tortura innecesariamente —como sí ocurre en *Monja y casada*—, incluso un inquisidor es el que se encarga de descubrir la inocencia de Adriano.

En la manera en que transita Adriano por el espacio novohispano en la novela, pareciera que se muestra a otros la maravilla del mundo mexicano, uno casi exótico en

²⁴¹ *Ibid.*, p. 939. La estrategia de comparar los actos de los tribunales civiles con los eclesiásticos en el contexto colonial para matizar las críticas al tribunal de la Inquisición ya la había empleado Mariano Dávila en su crítica a *Monja y casada*. Sin embargo, hay una clara diferencia, puesto que Dávila se manifiesta como un defensor de la institución católica en el presente mientras que la novela de Almazán no parece inclinarse por el cultivo del cristianismo primitivo, y el fomento de un culto privado, que es precisamente el tipo de creencias y vida espiritual que representa Adriano, según se verá al final de este estudio.

el que conviven hombres distintos y múltiples temporalidades, carente de conflictos trascendentes que pareciera incluso modelo frente a la crisis de Europa. Es el extranjero, el musulmán y la intolerancia religiosa que trae consigo, el que parece culpable de un cambio radical que, sin embargo, sólo afecta la vida de Adriano —aunque no su esencia—, como si la irrupción de una nueva temporalidad histórica que tiende a revelar un mundo esencialmente problemático, pudiera penetrar sólo parcialmente y el mundo novohispano en su conjunto pudiera permanecer ajeno a los grandes conflictos.

La tendencia a construir la imagen de un pasado nacional carente de problemas trascendentes constituye un punto de partida para cuestionar imaginarios sobre el pasado y posturas políticas del presente, pero esa forma de representar el mundo exterior genera una fisura en relación con la experiencia del protagonista, la cual no sólo se desarrolla paralelamente a él, sino que, en contraste, ella sí queda definitivamente marcada por la ruptura. A pesar de que tanto la historia del espacio nacional y la experiencia individual involucran un tiempo que avanza hacia el futuro, no se funden en una unidad sino que implican experiencias del tiempo contradictorias que no se explican mutuamente, y que así como se encuentran se separan. Detrás de estas contradicciones parece subyacer cierta concepción abstracta o esencialista del hombre cuyas características se explicarán a continuación.

5.4. El mundo como prueba: el rechazo de la historicidad moderna

Previamente se había señalado que la novela de aventuras costumbrista es el modelo a partir del cual se genera una relación particular del hombre con su mundo. Pero cabe advertir que este modelo narrativo no es el único que interviene en la configuración del relato. La experiencia vital del protagonista parece regida, al menos hasta cierto punto, por la novela de pruebas. Ésta se caracteriza por el hecho de que el curso normal de la

vida —en este caso, la relación amorosa de Adriano con Elvira— es interrumpido; el hombre es sometido a pruebas y es forzado a salir de su lugar de origen para vivir la aventura y después retomar aquello que había quedado inconcluso —la culminación del noviazgo en el matrimonio—. En este tipo de novela el hombre “soporta” las pruebas sin que su identidad tenga un cambio sustancial, pues más bien se trata de la reafirmación de la identidad a través de la prueba.²⁴² En el caso de *Un hereje y un musulmán*, las pruebas del protagonista aparecen como consecuencia de la Reforma y la Contrarreforma y la irrupción del musulmán en el idilio.

La primera tiene lugar en el capítulo “Una serpiente cerca del árbol del bien y del mal”. Ahí el musulmán manifiesta su atracción por Elvira, una atracción que preocupa Adriano porque él debe ir a la ciudad de México a estudiar y el musulmán tendrá toda la libertad para cortejarla. Una “sombra” le nubla la mente, sin embargo, Adriano “Contaba con la vigilancia paternal de Dolmos, con la pureza y decoro de Elvira, y añadiremos aunque, comparándose él mismo con Alavez, encontraba todas las circunstancias [...] en su favor”.²⁴³ Ante el temor y la duda, que vienen de la tentación de la serpiente, Adriano muestra fe y esperanza. El imaginario religioso que hay detrás de este tipo de representación es evidente, aunque actualizado desde una perspectiva secular donde el fin no es la salvación en el otro mundo sino la felicidad en este.

La segunda prueba se da cuando está encerrado en la cárcel y Adriano cae en un estado de “abatimiento”, sin embargo “sobrevino la reacción consoladora que le hizo esperar en una pronta libertad, porque no hallaba, en lo íntimo de su alma, falta alguna de la cual debiera conocer y juzgar el Santo Oficio”.²⁴⁴ Nuevamente, Adriano reafirma

²⁴² Cf. M.M. Bajtín “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela”, en *Estética de la creación verbal*, pp. 259-263.

²⁴³ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 865.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 926.

su fe y su esperanza, confía en la Providencia,²⁴⁵ y su confianza se ve recompensada en el capítulo “El dedo de Dios”, donde se descubre el crimen del musulmán y la inocencia de Adriano.

Estos son los dos momentos fundamentales en que Adriano reafirma su identidad. Los sucesos finales son sólo la confirmación de un carácter virtuoso que se forjó desde el idilio: Adriano regala monedas al musulmán cuando es conducido preso a España —perdona a quien le hizo daño y es caritativo—, cuando se entera de que su padre descubrió una mina, decide explotarla sólo para asegurar su futuro —no codicia—, y renuncia a la posesión de la hacienda —donándosela al indígena y al mulato—, una vez que el dolor por la muerte de su padre hace imposible su retorno.

La novela de Pascual Almazán incursiona, al igual que *El pecado del siglo*, en el problema del libre albedrío para desarrollar su visión de la historia. Su fuente primordial no es San Agustín ni aquella idea del pecado original que concibe a los hombres como incapaces de tomar decisiones correctas —o aquella concepción del mundo que condiciona el buen comportamiento del hombre a partir de la educación, como ocurre en *El pecado del siglo*—, sino el cristianismo primitivo, que parte de la premisa de que el hombre es esencialmente bueno. Al igual que Almazán, en esta fuente abrevaron pensadores de los siglos XVIII y XIX, como Chateaubriand, para defender las virtudes de la religión cristiana, y sus efectos benéficos en el ámbito individual y social, de los ataques a la institución católica, y para mostrar la vigencia de los valores de la tradición en contraste con la tendencia a negarlos que tuvo lugar en este mismo periodo.

El portavoz de la visión del mundo y del individuo que atraviesa la novela de Almazán es Eucardio, el filósofo humanista, desencantado de las ideas religiosas del siglo XVI —en que tiene lugar el cisma religioso y el surgimiento del protestantismo—.

²⁴⁵ Cf. *Ibid.*, p. 931.

Este hereje dejó los hábitos agustinos y luego el protestantismo porque “mantuvieron la tétrica doctrina de la predestinación, que hace aparecer injusta a la Divinidad, como inducen a juzgarla de parcial la teoría de la gracia y de cruel la creencia de la mancha original”.²⁴⁶ Eucardio rechaza asimismo la Biblia judía porque contiene “tales principios y hechos históricos o ideales que sería muy temible el ejemplo que de ahí quisieran derivar muchas sociedades cristianas”,²⁴⁷ y la muestra más palpable es la intolerancia religiosa de la que él es víctima, así como el musulmán que se convierte en verdugo de un inocente porque la experiencia de la persecución trastocó los valores en su alma. Por eso el filósofo se decanta por las ideas del cristianismo primitivo, que no le da importancia al culto externo y, por lo tanto, niega la religión institucionalizada, cree en la tolerancia y el amor al prójimo.

Aquí cabe señalar que en la forma de plantear la religiosidad, la novela de Almazán hace eco de una tendencia de “novadores” —a quienes Brian Connaughton identifica con el pensamiento liberal y el jansenismo, del que ya se ha hablado aquí previamente— que surgieron durante la primera mitad del siglo XIX mexicano, los cuales proponían la posibilidad de desarrollar un culto privado y abandonar aquellas manifestaciones externas de la religiosidad que se habían convertido paulatinamente en motivo de controversia.²⁴⁸ *Un hereje y un musulmán* no niega los problemas derivados de la competencia de poderes, de la intolerancia y de los intereses mundanos de los

²⁴⁶ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 925.

²⁴⁷ *Idem*.

²⁴⁸ Según Brian Connaughton, en la primera mitad del siglo XIX, uno de los grandes problemas que enfrentó la sociedad fue el de una serie de reformas con tendencias liberales que se oponían a la visión tradicional católica del mundo, según la cual, la Iglesia tenía un papel fundamental en el ámbito público como reguladora de las relaciones sociales. Hubo posturas extremas para las que “La religiosidad, como justa entrega y rendición ante Dios, debía magnificarse y festinarse en los actos públicos de la fe, como parte de una religiosidad abierta y socialmente compartida”. Por su parte, los “novadores”, vinculados con el jansenismo, “introducían la sugerencia de una fe más íntima, esencialmente ética, desestimaban frecuentemente las manifestaciones externas y sobre todo ostentosas de la vivencia de la fe, cuestionaban la sinceridad, los conocimientos y el desinterés del clero a la vez que daban prioridad a valores cívicos, la ley y el gobierno civil como conductores en la política nacional” (Brian Connaughton, “Religión, conservadurismo y liberalismo”, p. 339).

religiosos, y en este sentido coincide con las posturas liberales, pero al mismo tiempo aborda el problema de la religiosidad desde un enfoque que permite resituarlo como elemento definitorio de la identidad.

Adriano es la encarnación del perfecto cristiano. Sin haber desarrollado ningún tipo de pensamiento concreto en torno a la religión, asumiéndose católico,²⁴⁹ sigue instintivamente las enseñanzas del cristianismo primitivo: ama a su prójimo, respeta sus ideas, desprecia la riqueza, confía en la bondad de Dios, y la vivencia de la religión se limita al ámbito privado, uno al que el lector no tiene acceso. Alonso Toncap, otro descendiente del idilio, tiene características similares a las de Adriano, no codicia y estudia con Eucardio la *Escala* de San Juan Clímaco, cuyo primer capítulo se titula “Escalón primero a la renunciación y menosprecio del mundo”, es decir, que lleva a cabo un aprendizaje que va en contra de toda dinámica secular moderna, que implica la apropiación del mundo por parte del hombre. La esencia de ambos personajes se mantiene a lo largo del relato y ambos se proyectan simbólicamente hacia el futuro —el primero se casa y el segundo funda una población—, de manera que los valores que representan serían el hilo conductor que permite vincular pasado y presente de enunciación.

El hecho de que se ubique la diégesis en el siglo XVI, y de que Adriano provenga de la universidad de Lovaina, la institución humanista por antonomasia, resulta sumamente significativo, porque en ese periodo se desarrolló un humanismo cristiano que difundía las ideas de renovación de la religiosidad, entre cuyos promotores se encontró Erasmo de Rotterdam, quien hizo énfasis en la necesidad de una vuelta a una ética cristiana original. Tampoco parece casual que Adriano tenga vínculos

²⁴⁹ Cf. Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, pp. 927.

familiares con el papa Adriano VI,²⁵⁰ pues éste fue muy cercano a Erasmo de Rotterdam, mentor de Carlos V y rector de la Universidad de Lovaina. A través de Adriano, las ideas sobre la religiosidad cristiana que provenían de los inicios de la era cristiana y se difundían en el siglo XIX, se anclan en el pasado concreto del siglo XVI novohispano, y terminan por mostrar una religiosidad transhistórica.

Según Mijaíl Bajtín la ruptura del idilio en la novela del siglo XVIII, como aquella que vive Adriano, implicaría nuevas relaciones del hombre con su entorno:

A este microuniverso condenado a la desaparición se le contraponen un mundo grande, pero abstracto, en que las personas están separadas entre sí, están encerradas en sí mismas y son egoístas y prácticas [...] Ese mundo grande tiene que articularse sobre una nueva base, tiene que convertirse en cercano, tiene que ser humanizado [...] El hombre debe educarse para la vida en ese mundo grande y extraño para él, debe de asimilarlo, hacerlo material.²⁵¹

Sin embargo, la intervención de la novela de pruebas en la configuración del protagonista deriva en un hombre que no se transforma, que reafirma su identidad, a pesar de la ruptura del idilio. Tanto Alonso Toncap como Adriano trasladan sus valores a ámbitos externos, a un mundo histórico y ello implica la negación de esa nueva historicidad secular que, no obstante, en una paradoja que evidencia la novela misma, tiende a irrumpir en los ámbitos idílicos para mostrar su imposibilidad.

Como ocurre con Carlos en *El pecado del siglo*, Adriano es un individuo idealizado que resulta ajeno a ese mundo “real”, histórico, que se limita a observar y que, cuando lo afecta, tiende a ser en un sentido negativo, pero nunca alcanza a transformar su esencia. Ello conduce a considerar que quizás en la República Restaurada había cierta imposibilidad de pensar nuevos modos de relación del individuo con un entorno y unos valores que comenzaban a transformarse y que incluso pervive una concepción muy tradicional del hombre, según la cual este último no estaba

²⁵⁰ Cf. Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, p. 885. Ahí asegura el narrador que el padre de Adriano era sobrino de Adriano VI.

²⁵¹ *Ibid.*, pp. 384-385.

destinado a disfrutar del mundo o apropiarse de él, lo que explica que no se desarrolle en estos personajes un conflicto entre lo público y lo privado, lo interior y lo exterior. Así, el ejercicio de su libertad se limita a elegir voluntariamente el camino del bien, conducirse en conformidad con un orden de mundo y unos valores preestablecidos.

De hecho, en las tres novelas que hasta aquí se han analizado, la ambición —el deseo de tener posesiones, de disfrutar o de adquirir fama—, que está estrechamente vinculada con la apropiación del mundo por parte del hombre, tiende a asociarse con personajes malvados, pecaminosos o por lo menos equivocados. Quizás ello explica la tendencia a representar un espacio público en el que predomina el desorden provocado por aquellos que sí tienden a apropiarse del mundo que los rodea. Incluso eso explicaría que personajes como Carlos o Adriano carezcan de un espacio en el que se sientan como en su casa y vean el mundo desde una actitud distanciada, pues ellos no corresponden a ninguna realidad mundana.

Desde esta percepción del mundo, la novela de Almazán sería, en este sentido, la más conservadora de todas, pues incluso las transformaciones en las mentalidades o el deseo de conocer el mundo implican una ruptura no deseada con un orden tradicional donde el hombre sería puro e inocente. Esto se refleja particularmente a partir de Eucardio. Él es infeliz porque “avanzó al fin en la ascendente ruta de la ciencia hasta la cima del desengaño, y juzgó ilusos y audaces a la mayor parte de los que ofrecían la inmoralidad y la desolación en vez del consuelo, la fe y la paz pública que arrancaban”, porque “el árbol de la ciencia produce la muerte”.²⁵² La ambición humana por conocer lo que es incognoscible, es decir, los designios providenciales, es lo que conduce a la infelicidad: “¿Qué otra cosa es Prometeo robando el fuego celeste y atormentado por

²⁵² *Ibid.*, p. 858.

ello? El menor mal para quien adelanta a sus compañeros de viaje, separándose de ellos, es el ir aislado, venciendo difícilmente las asperezas de su camino”.²⁵³

El rechazo a las filosofías que pretenden descubrir el destino del hombre o el sentido del mundo, deriva en la necesidad de la muerte del filósofo en la novela. En los paralelismos que se llegan a dar en la novela entre la historia de México y el camino de Adriano, la muerte del filósofo, junto con la del musulmán, significaría la desaparición de la influencia europea —de las nuevas corrientes de pensamiento que vienen de allá— en el nuevo mundo, de manera que este último resurgiría purificado. Ello quizás implica un posicionamiento frente a las filosofías que se habían adoptado en el México del siglo XIX, liberalismo, positivismo, protestantismo, entre otras, donde la responsabilidad del presente, en que “las guerras civiles han pervertido el carácter nacional”, tendería a atribuirse a lo venido del extranjero, no a los mexicanos. Asimismo entraña una profunda negación de la realidad histórica del presente, de un tiempo que, sin embargo, tiende a evidenciar su irreversibilidad incluso a través de la novela.

²⁵³ *Idem.*

6. Representar la Colonia en la República Restaurada

Una de las premisas que han sido punto de partida para la presente investigación es que la novela histórica es un género literario, de carácter ideológico, que se articula a partir de una serie de modos de representación que preexisten a él, entre los cuales selecciona unos, los actualiza y adecua para generar una imagen del mundo en una circunstancia particular y así darle un sentido determinado a la propia realidad. Es así que en los primeros dos capítulos de este estudio se ofreció, por un lado, un panorama general de la evolución en las formas de representación del mundo y su temporalidad en que se inscribe la novela histórica y, por otro, del contexto histórico específico en que se produjeron las novelas históricas de tema colonial aquí analizadas: el periodo que se ha dado en llamar República Restaurada. Ambos elementos han estado presentes en los análisis de las novelas. Su vinculación ha permitido contribuir al conocimiento del género literario de la novela histórica en México y de las complejas características que adquirió en un momento histórico singular, pero además ha conducido a la reflexión en torno al contexto de la República Restaurada: las tendencias políticas y literarias de la época, el tipo de polémicas que se desarrollaron y el papel que la novela histórica desempeñó en ese contexto, los modos en que se expresan o se procura dar respuesta a los problemas y preocupaciones del presente, y las distintas formas de comprensión del mundo y de la temporalidad que subyacen a cada postura. Ahora es el momento de hacer un recuento de dichas contribuciones y considerar sus posibles alcances.

Antes que nada, el análisis ha permitido mostrar que no existe una manera única de representar y dar sentido al pasado Colonial desde la ficción, sino que incluso en una novela se entrecruzan formas dispares de figurar ese pasado, y las características de ese entrecruzado se explican a partir de la orientación ideológica de la obra, en el contexto

de la República Restaurada. Se ha evidenciado que la poética de cada novela histórica está estrechamente ligada a la forma en que el texto dialoga con su propia tradición y se posiciona frente a ciertos temas polémicos y de actualidad para así motivar una actitud o una conducta determinada en los lectores y, de esta manera, incidir en la realidad.²⁵⁴

Lo que se busca en este último capítulo es resaltar de qué manera los usos de la novela histórica inciden en la imagen del tiempo, del hombre y el mundo que habita, así como en el modo en que se articula la narrativa del pasado, lo que conduce a cuestionamientos acerca de las formas en que los hombres de letras de la República Restaurada procuraron dar sentido a su presente a partir de la literatura y del relato del pasado colonial. En tanto que las novelas históricas se produjeron en el marco de los debates, no sólo entre conservadores y liberales sino también entre estos últimos, en torno a los modos de encauzar a la nación hacia el progreso, conformar un aparato simbólico que diera sustento al proyecto político triunfante y difundir una serie de valores y principios que permitieran pacificar y unificar a una población dividida luego de décadas de guerras civiles, los resultados de esta investigación también se abren a preguntas provocadoras en torno a lo que podrían significar en esa época conceptos como “liberalismo”, “conservadurismo”, “orden” o “progreso”, los cuales parecen más ambiguos de lo que solemos sospechar.

6.1. Historia, ¿para qué?

Una de las aportaciones del presente trabajo al estudio de la novela histórica consiste en proponer como eje central del análisis, y como elemento esencialmente problemático, la

²⁵⁴ En tanto que fenómeno discursivo —siguiendo la explicación que ofrece Bajtín en “El problema de los géneros discursivos”—, cada novela histórica se entiende aquí como un enunciado que se inserta en una cadena de comunicación, de manera tal que su expresividad, la puesta en relieve de ciertos elementos, las reiteraciones, se determinan “no únicamente [...] por el objeto y el sentido del enunciado sino también por enunciados ajenos acerca del mismo tema, por los enunciados que contestamos, con los que polemizamos” (Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 282). Asimismo la composición y el estilo de cada enunciado dependen del destinatario, de la forma en que es imaginado y el tipo de respuesta que se espera o se imagina de él (*cf.*, *ibid.*, pp. 285-286).

representación del tiempo.²⁵⁵ Este enfoque ha permitido observar de qué manera el “tiempo histórico”, al que está intrínsecamente ligado el surgimiento de ese género literario, es reinterpretado y se inserta en un imaginario social donde otras formas de temporalidad han sido previamente elaboradas, se entrecruza con ellas en una relación tensa y a veces contradictoria.

Es evidente que todas las novelas aquí analizadas están compenetradas con el nuevo régimen de historicidad, pues en todas ellas se expresa la conciencia de que el paso del tiempo implica un avanzar progresivo de la sociedad que se traduce en transformaciones en las formas de vida de los hombres, de que el pasado ha quedado atrás pero el relato del mismo, así como de los cambios que han tenido lugar a través del tiempo, ayuda a comprender el ser así del presente y ofrece indicios sobre los caminos que puede, o debe, seguir el futuro. Pero la manera en que es representada esa temporalidad, cambia considerablemente en cada novela, en función de los objetivos que esta última persigue.

El análisis de las obras ha permitido observar que uno de los temas fundamentales que motivan y dan sentido al relato del pasado es la reforma sobre la que se funda la República Restaurada. En este sentido, mientras más se busque reafirmar y justificar las medidas reformistas implementadas desde mediados del siglo XIX —secularización, fortalecimiento del Estado como único regulador de las relaciones entre los individuos que han sido convertidos en ciudadanos, iguales ante la ley—, más se rechaza el pasado, porque éste representa una serie de dinámicas y modos de organización política y social —corporativismo, control de la Iglesia en la vida pública

²⁵⁵ Fue Alejandro Araujo, en *Novela, historia y lecturas*, el primero que señaló la importancia de la reflexión en torno a la presencia del “tiempo histórico” en las novelas históricas, pero su análisis se centra en ubicar el momento en que la conciencia sobre ese nuevo tiempo comenzó a hacerse visible en las novelas históricas mexicanas y cómo evolucionó a lo largo del siglo XIX en función de ciertas transformaciones en los pactos de lectura. El presente estudio, en cambio, procura mostrar el carácter problemático de representación del “tiempo histórico” en un contexto histórico específico, de manera que se sugiere que su inserción en la novela histórica mexicana no se dio de forma uniforme y progresiva.

y privada— que combatió la Reforma. Lo anterior explica que en la composición de las obras tiendan a establecerse relaciones de oposición y el avanzar en el tiempo se revele como una ruptura necesaria con un pasado que ha quedado definitivamente atrás. Sin embargo, esta imagen del tiempo resulta problemática en la medida en que no tiende a ofrecer solución de continuidad entre pasado y presente, puesto que ambos tiempos parecen seguir una dirección contraria. Es desde esta perspectiva que *Monja y casada* tiende a figurar el pasado colonial como un tiempo cerrado en sí mismo, clausurado a partir de la Reforma, y la única identificación posible se da con aquellos elementos del pasado que se muestran como antecedentes de la Reforma, pero aislados en la secuencia temporal.

En cambio, en la medida en que el pasado se convierte en objeto de reflexión que ayuda a visualizar los problemas o errores del presente, o a reconocer aquellos valores, formas de pensamiento o modos de organización social que ya estaban dados en el pasado y que perviven en el presente o deben ser recuperados, la relación entre ambos tiempos se vuelve mucho más compleja, porque se hacen patentes los vasos comunicantes que los vinculan. Así, aunque en *El pecado del siglo* es posible advertir relaciones de oposición entre los tiempos, a partir de los cuales se evidencia que el presente, con los valores que representa, es un tiempo mejor que el pasado y que la ruptura con ciertos aspectos de este último es necesaria, al señalar que algunos de los problemas del pasado —sociales, políticos y morales— perviven en el presente y que los valores de este último ya comenzaban a predominar entre algunos sectores del pasado, la relación entre los tiempos se hace bidireccional, porque muestra no sólo lo que ha quedado atrás, sino también lo que pervive o se puede recuperar del pasado; la transición entre pasado y presente se revela como una progresión que implica cambio, pero también continuidades.

Por su parte, en tanto que el propósito de *Un hereje y un musulmán* es cuestionar precisamente la actitud de rechazo o ruptura que promueve el liberalismo —que va desde acciones políticas concretas hasta la forma en que se construye un aparato simbólico para unificar a la sociedad— y ofrecer alternativas derivadas del pasado —aquellas posibilidades abiertas por la propia historia—, la novela tiende a fortalecer los vínculos con ese tiempo pretérito, enfatizar la importancia de las continuidades en medio de los cambios. Sobre todo, se trata de mostrar que las tendencias al cambio son connaturales al acontecer histórico, que ya eran propias del pasado y se dieron paulatinamente, de manera que no hay necesidad de intervenir en el curso de los acontecimientos con medidas radicales que provocan guerras civiles en el presente.

La diferencia fundamental entre *Un hereje y un musulmán* y *El pecado del siglo* consiste en que en la segunda la imagen del cambio se manifiesta fundamentalmente en las relaciones entre pasado y presente, pero al interior del mundo narrado los personajes no se transforman sino que tienden a reafirmar su identidad a lo largo de los acontecimientos; de esta manera, se figura un tiempo pasado relativamente estático, no en movimiento continuo hacia el presente sino yuxtapuesto a este último, lo que favorece las comparaciones entre uno y otro —semejantes a las que promueve *Monja casada*, con la diferencia antes mencionada de que en novela de Cuéllar son bidireccionales—. Por su parte, en la novela de Almazán el movimiento es consustancial al pasado representado, en la medida en que todos los acontecimientos están enmarcados por la imagen de un mundo en constante cambio y resignificación; el acontecer es representado como un tránsito por el espacio nacional que, conforme avanza la historia, acusa transformaciones en el paisaje y en los modos de vida de los hombres. El efecto inmediato es que el tiempo se dilata, se acrecienta la distancia entre pasado y presente, de manera que pareciera inadecuado contrastar los tiempos a nivel de

yuxtaposición o de disyunción, que son los recursos de los que se valen las otras novelas para juzgar el pasado desde los valores del presente.

Finalmente, cabe señalar que las distintas actitudes frente al pasado y el presente que se expresan en las novelas implican también formas distintas de figurar el futuro. La justificación de lo hecho a partir de la Reforma tiende a mostrar el presente como un destino último, como la conclusión de un conflicto que, en la imagen de los conventos convertidos en habitaciones particulares, cancela definitivamente el pasado, pero ello se traduce en el hecho de que no se proyectan nuevas transformaciones más adelante sino, más bien, se tiende a evidenciar la necesidad de mantener el mismo curso, de sostener los logros alcanzados. En contraste, mientras más se revele el presente como un tiempo problemático, inconcluso, la apertura hacia un futuro de cambio es relativamente más amplia y, en este sentido, el relato del pasado no sólo permite reconocer lo que es o no es el presente sino que ayuda a comprender las posibilidades de mejoría que ofrece el futuro.

Estos son, en términos generales, los modos en que se manifiesta la conciencia del tiempo histórico como un avanzar progresivo que cambia las formas de vida en el mundo. Sin embargo, en la manera en que se articula y se da un sentido particular a los acontecimientos y personajes del pasado también se echa mano de otras formas de representar la temporalidad que vuelven mucho más compleja y problemática la imagen conjunta del tiempo.

Además de justificar acciones concretas del presente en tanto que superación de los errores del pasado, como aquellas que involucra el proceso de secularización — desamortización de propiedades eclesiásticas, laicización de la educación—, uno de los objetivos compartidos por las novelas de los llamados liberales, Riva Palacio y Cuéllar, consiste en mostrar que los principios sobre los que se funda el presente son, no sólo

mejores que los del pasado, sino los únicos válidos. El relato del pasado se convierte entonces en recurso para descalificar las posturas disidentes en el presente, en la medida en que estas últimas tienden a ser identificadas con los males del mundo colonial.

Para alcanzar dicho objetivo, se lleva a cabo cierto tipo de abstracción en la que cada personaje o suceso representado encarna un principio que no es sino la proyección en el pasado de los valores o antivalores del presente. Evidentemente esta abstracción implica enajenar el elemento representado de su circunstancia histórica, al grado de que no sería posible reconocer una diferencia sustancial entre las acciones de un virrey como Gelves o Revillagigedo y las que podría realizar un gobernador reformista de la República Restaurada. Es aquí donde se observa con mayor claridad la influencia del pensamiento ilustrado en estas novelas, en tanto que tienden a extraer de la singularidad de cada suceso, un significado esencial, una ley, un valor o un principio que se asumen válidos para todos los tiempos.

Cada suceso o personaje, en las novelas de Cuéllar y Riva Palacio, simboliza o encarna una fuerza, el progreso o el retroceso.²⁵⁶ A través de esta oposición fundamental se procura que el lector tome una postura, reconozca cuáles son las fuerzas del progreso y se identifique con ellas. Sin embargo, al no generar una distinción fundamental entre los elementos progresistas o retrógrados del mundo colonial y los de la República Restaurada, todo el acontecer, tanto pasado como presente, se traduce en esa dicotomía, y es así que se introduce en las novelas la imagen de repetición de lo que es esencialmente idéntico a sí mismo. Los contrastes entre los elementos que simbolizan el progreso y retroceso contribuyen a evidenciar, desde los discursos identificados con el

²⁵⁶ A partir de mis lecturas he podido observar que la representación del acontecer en el pasado prehispánico no se estructura a partir de esta tensión. Desde mi punto de vista, sería otra poética —u otras poéticas— de la historia la que ahí actúa y queda como un campo de investigación a futuro estudiar sus características. Otro campo abierto es la comparación entre la forma de representar el acontecer referido a los tiempos de la Colonia y el posterior a la Independencia, en las novelas históricas del mismo periodo, pues, aunque es probable que se puedan reconocer mayores coincidencias en cuanto a la poética de la historia, también entran en juego otros elementos, como la presencia del extranjero, que podrían desestabilizar la dicotomía progreso *versus* retroceso.

liberalismo, la necesidad del triunfo de la Reforma y de la secularización de la sociedad como un principio absoluto, válido para todos los tiempos.²⁵⁷

La dicotomía progreso / retroceso, tal como se presenta en las novelas de Riva Palacio y Cuéllar, acusa una importante cercanía con modos tradicionales de figurar el mundo, incluso pareciera una actualización de la antigua oposición entre las fuerzas del bien y el mal que se enfrentarán en el mundo terrenal hasta el final de los tiempos. Esto último se puede observar claramente en la representación de los personajes progresistas como seres virtuosos y de los retrógrados como viciosos, corruptos o pecadores. A fin de cuentas, el modo en que se construye esta oposición tiene como objetivo recordarle al hombre cuál es —y siempre ha sido— el camino correcto, reafirmar un orden de mundo. La diferencia consiste en que la lucha entre el bien y el mal es reinterpretada desde una perspectiva secular, donde el mal, el retroceso, lo encarna sobre todo la intervención de la Iglesia —con toda la cauda de irracionalidad con que se representa

²⁵⁷ Son este tipo de observaciones las que llevaron a Gerardo Bobadilla Encinas a proponer que la novela histórica mexicana se constituye en testimonio mítico, donde el mito:

se caracteriza por ser aquella condición cualitativa que supone el establecimiento de unas relaciones significantes y significativas fijas del signo, tanto en su configuración particular como en sus relaciones con otros, lo que lo conforma como una entidad inamovible y monolítica, valorativa e interpretativamente clausurada. Esta característica del mito creo se da por el hecho de que su significación articula realmente el código de valores de un tiempo-espacio que se reconoce como único, como original, cancelando —o negando— la existencia y validez significativa de fenómenos y procesos regidos por visiones del mundo pertenecientes a tiempos-espacios diferentes; por esta razón, se dice que su explicación se centra en “un suceso ocurrido *in illo tempore* [...] para] representar [de esta manera] la historia ejemplar de la comunidad que lo ha conservado” (“La poética de la novela histórica mexicana”, p. 39).

De esta manera, Bobadilla propone que la representación del pasado funge como un recurso de afirmación constante de los valores del liberalismo en oposición a cualquier otro esquema posible de representación y comprensión del mundo. En una línea semejante, Fernando Unzueta —siguiendo los pasos de Doris Sommer, en *Ficciones fundacionales*— considera que los relatos del pasado en la década que va de 1840 a 1850 en Latinoamérica, se constituyen en romances nacionales. Para este estudioso, las vivencias de los protagonistas se pueden entender como una alegoría de la nación, donde las necesidades, dificultades y triunfos de los primeros equivalen a los de la segunda; desde este tipo de narrativa se tienden a reafirmar simbólicamente los principios y valores del presente de enunciación. Sin embargo, al proponer el mito o la alegoría como modelos dominantes de significación, estos estudiosos enfatizan la presencia de una temporalidad cíclica, que implica la repetición de lo que es esencialmente idéntico a sí mismo, sin advertir que ello implica una contradicción en relación con el tiempo histórico, uno que tendría que estar necesariamente presente en el género que estudiamos. Lo que se ha tratado de evidenciar en esta investigación es que en el centro de las novelas históricas subyace un problema en relación con la temporalidad, porque no hay una dominante sino una imbricación de temporalidades y modos de significación distintos de la relación entre pasado y presente que resultan problemáticos y contradictorios, pues generan tensiones alrededor del tiempo histórico, cuya presencia es clara en todas las novelas.

esta institución— en asuntos terrenales, y el bien, el progreso, parece significar fundamentalmente la racionalización y secularización del mundo.

En términos de temporalidad, las consecuencias de este modo de representación del mundo son importantes porque se establece un anacronismo fundamental: en tanto que se muestra el acontecer histórico como un enfrentamiento constante entre progreso y retroceso, los principios del presente, que representan el progreso, se muestran igualmente válidos para el pasado; así, en lugar de que el presente se revele como una innovación, un cambio radical en los valores de la humanidad, derivado de un proceso histórico, se diluye la historicidad del acontecer. Los sucesos pasados se constituyen en una lección que busca reafirmar al hombre en el camino correcto. En este sentido, el progreso se entendería como el acceso a un estado de perfección social y política, cuyas características están definidas *a priori*, antes que como una transformación radical en las condiciones de vida y los valores. La diferencia entre las novelas de Riva Palacio y Cuéllar, en términos de temporalidad, sería simplemente que, al buscar la primera la reafirmación de una Reforma política previamente alcanzada, el presente aparece como la consecución de un estado de bienestar; en cambio, en la medida en que la segunda tiende a mostrar el presente como un momento en que las fuerzas del progreso y el retroceso se siguen enfrentando, la consecución del estado de bienestar se proyecta hacia el futuro.

La tendencia a la abstracción, aunada a las relaciones de oposición a través de las cuales se articula el sentido del acontecer en su conjunto —pasado y presente—, propician que el pasado también pueda interpretarse desde una perspectiva ejemplarizante. En *Monja y casada*, el pasado se constituye en contraejemplo que ayuda a fortalecer la convicción de los lectores en los beneficios del presente, como el mejor de los tiempos posibles, y así eliminar los remanentes de oposición. Por su parte, en

tanto que en *El pecado del siglo* la relación con el pasado es bidireccional y persigue dos objetivos, afirmar valores al mismo tiempo que señalar y corregir los yerros del presente, a través de su representación en el pasado, en este último se manifiesta la dualidad del ejemplo y el contraejemplo: los personajes virtuosos y progresistas del pasado se constituyen en modelos de conducta que se contraponen a las acciones y los antivalores que representan los pecadores y retrógradas.²⁵⁸

De hecho, *El pecado del siglo* va un paso más allá en la comparación entre los tiempos en términos de ejemplo y contraejemplo, pues no sólo se trata de afirmar principios en el presente sino de promover acciones concretas. Es así que las medidas administrativas del virrey Revillagigedo se constituyen en modelo para solucionar ciertos problemas del presente. Pero no todos los casos se pueden interpretar de la misma manera. En tanto que la temporalidad del relato ejemplar se entrecruza con el tiempo histórico, también es posible observar que algunos elementos del pasado contribuyen a evidenciar los cambios en el tiempo, de manera que ahí no se trata de imitar ejemplos sino de dar un paso más. Ello ocurre con el tema de la abolición de la

²⁵⁸ La evidencia de que los elementos ejemplarizantes, y la temporalidad que involucran, son componentes activos en estas novelas históricas conduce a introducir matices en relación con la propuesta de Alejandro Araujo, quien, en *Novela historia y lecturas*, condiciona la adscripción de cada texto al género novela histórica al predominio del tiempo histórico —uno que es esencialmente cambiante—, desde el cual se enfatizan las diferencias entre los tiempos, el carácter singular e irreplicable de un pasado que funge como antecedente del presente pero que es esencialmente distinto de él. Para Araujo “La novela histórica resuelve la distancia con el pasado que ella misma ha instaurado convirtiendo el pasado en origen: el pasado ha dejado de ser ejemplo” (*Novela historia y lecturas*, p. 286), y evidencia que, en México, “el régimen antiguo de historicidad [...] entró en una fase de creciente disolución durante las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XIX mexicano” (p. 68). En contraste, lo que se ha visto en esta investigación es que la presencia del “tiempo histórico” no cancela otras formas de representar la temporalidad sino que entra en una relación tensional con ellas y así genera contradicciones al interior del texto. Una vez que se advierte esto, cuando se compara la postura de Gerardo Bobadilla Encinas —quien, según se vio en una nota anterior, propone la novela histórica como testimonio mítico que “no concibe el cambio como matriz generadora de organización y sentido”, de manera que el relato del pasado se constituye en una “historia ejemplar de la comunidad” (Gerardo Francisco Bobadilla Encinas, “La poética de la novela histórica mexicana”, p. 26)— con la de Alejandro Araujo —ambas propuestas, para sacar algunas de sus conclusiones, parten del análisis de la misma novela, *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O’Reilly—, se puede advertir que no se trata de aproximaciones al problema de la novela histórica que se excluyen necesariamente, sino que focalizan distintos aspectos que sí pueden estar presentes en una misma novela. No parece casual que quien enfatiza la presencia de la repetición simbólica y las rupturas sea un estudioso de la literatura y que aquel que destaca la presencia del “tiempo histórico” tiene una formación historiográfica.

pena de muerte, que aparece como una costumbre del pasado que ha ido quedando atrás, y así se justifica aquella postura política que, en el presente, se manifiesta en contra de las leyes que suscriben dicho castigo. Es así que cada tema parece demandar cierto tipo de representación que se yuxtapone a otros, y mientras más temas de actualidad aborde cada novela la representación del tiempo se hace más compleja.

Una vez que se considera la importante influencia de modos tradicionales de dar sentido al acontecer en las obras de los llamados liberales, Riva Palacio y Cuéllar, resulta sorprendente observar que en la de un reconocido conservador, Pascual Almazán, haya mucha mayor penetración de la temporalidad histórica. La diferencia se explica a partir de la manera en que se posiciona cada texto frente a la República Restaurada: si se reafirma la concepción de mundo que aquella representa, se acude a modos más tradicionales; en contraste, para cuestionarla, sin caer en lo reaccionario, es necesario acudir a recursos innovadores, a una reelaboración que permite evidenciar las paradojas en los modos en que se construye el presente.

En *Un hereje y un musulmán*, cada acontecimiento es irreductible a un significado esencial, precisamente porque ello permite poner en tela de juicio los sentidos unívocos que autores como Cuéllar o Riva Palacio extraen del pasado para difundir o reafirmar valores en el presente. Si el representante de la Iglesia en las novelas de estos últimos es siempre un pecador que se opone a la Reforma, en la de Almazán no hay un estereotipo de hombre eclesiástico sino distintos religiosos que actúan de acuerdo a sus preocupaciones y expectativas en un determinado contexto; por eso no es posible extraer una conclusión o un sentido que pueda ser igualmente válido para el presente. Para cuestionar las generalizaciones se particulariza; se introduce un relativismo histórico que abre la explicación del mundo a posibilidades no dicotómicas.

Sin embargo, en el afán de diversificar los sentidos posibles del pasado para cuestionar distintas actitudes del presente en torno a aquél, la novela también echa mano de formas tradicionales de representar el mundo, principalmente la yuxtaposición de elementos que no se relacionan necesariamente entre sí, y que evidentemente dificultan la figuración del mundo como una totalidad de sentido que avanza en una dirección determinada —una forma de relacionar elementos que está estrechamente ligada a la aparición del tiempo “histórico”, según se vio en el primer apartado de este estudio—. Aunque aparecen enmarcados por una imagen general de un tiempo que avanza a través del camino del protagonista, cada elemento del pasado representado, en *Un hereje y un musulmán*, parece seguir una dirección distinta de los demás, que no siempre es la del cambio. Incluso es posible advertir que, en el afán de ironizar sobre ciertos valores del presente, en ocasiones se generan comparaciones que diluyen la distancia temporal —como ocurre con la crítica a la ciencia del siglo XIX, que es comparada a las antiguas artes adivinatorias o las creencias en los espíritus—; o también sucede que, bajo el propósito de defender ciertos principios, como el cristianismo primitivo, estos acusen su validez atemporal. Es así que el mundo narrado se distiende en significados diversos.

Si bien la aproximación al pasado que lleva a cabo *Un hereje y un musulmán* resulta más compleja y comprensiva que la que se da en las novelas de Riva Palacio y Cuéllar, es también menos contundente, porque, a falta de nexos significantes entre los distintos elementos del pasado que les den una sola dirección, los hilos conductores que relacionan pasado y presente se multiplican —no sólo temáticamente sino también en cuanto a su sentido temporal—; por eso no ofrecen grandes significados capaces de contrarrestar aquellos que se difundían en el presente de la República Restaurada y cuya

fuerte carga simbólica resultaba más persuasiva en el marco de un liberalismo triunfante que en las últimas dos décadas había ganado cada vez más adeptos.²⁵⁹

Finalmente, para concluir este apartado, cabe señalar de qué manera la imagen del acontecer en el tiempo que transmiten estas novelas, como respuesta a ciertas motivaciones del presente, incide en la imagen del hombre y del mundo que habita. Previamente se ha señalado que la dicotomía progreso / retroceso, en las novelas de Cuéllar y Riva Palacio, parece influida por la antigua oposición entre el bien y el mal. Pues bien, la profunda penetración de ese imaginario se hace todavía más visible en la forma en que se figuran las relaciones del hombre con su mundo.

Resulta sumamente significativo que los personajes progresistas, aquellos que representan el bien, sean individuos que carecen de ambiciones o deseos mundanos, por lo que no se apropian de su mundo y mucho menos cambian; que cuando tienen alguna motivación, ésta nunca es egoísta, sino que apunta a conducir a sus semejantes al camino correcto. A través de ellos se expresa una concepción de mundo heredada del catolicismo, desde la cual —tal como se explicó en el primer capítulo de este estudio— el disfrute de lo terrenal se consideraba pecaminoso; el hombre, en espera de su salvación, debía limitarse a actuar de acuerdo a una serie de reglas preestablecidas, y en conformidad con el lugar que se le había asignado en el mundo.

El ideal de hombre figurado a través de las novelas queda contrapuesto a un entorno profundamente humano de individuos que ambicionan y, para satisfacer sus deseos, intervienen directamente en el mundo, transgreden normas, se apropian del espacio; de seres que podrían resultar más afines a la concepción moderna del mundo

²⁵⁹ Si se atiende al estudio de Brian Connaughton, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria* —en particular el capítulo titulado “Entre la palabra hablada y la palabra escrita: la cultura política nacional en el foro de la Alameda, 1827-1859”—, es posible considerar que esta dificultad para desarrollar propuestas contundentes, que pudieran abarcar la realidad mexicana en su conjunto para contrarrestar el imaginario social y político que se iba consolidando desde el liberalismo, es un problema al que se fue enfrentando el conservadurismo desde la década de 1840, que criticaba o adecuaba algunos planteamientos liberales pero no tendió a construir un discurso global que pudiera fungir como contrapropuesta.

como un lugar que puede ser objeto de apropiación y modificaciones para mayor disfrute y comodidad del hombre. En la medida en que este tipo de individuos son identificados con el pecado, la historicidad que pudieran representar sería una historicidad negativa, puesto que se opone a los valores atemporales que representan los hombres virtuosos.

De hecho, la oposición fundamental entre el ideal de hombre y la realidad mundana pecaminosa explica que no tienda a establecerse una relación dialógica, propiamente histórica, entre el hombre y el espacio que habita. Este último tiende a constituirse en reflejo de los valores que representan sus habitantes —si es objeto de apropiación por parte de los pecadores, es un espacio oscuro, sucio, o marcado por el pecado, y si se trata de un lugar de culto a la razón, hay libros en las estanterías—; a veces se limita a ser escenario de la acción. Por eso, cuando se introducen elementos que revelan otro tipo de relaciones entre el espacio, tiempo y hombre, éstos parecen fuera de lugar. Ello ocurre particularmente en *Monja y casada*, cuando el narrador aprovecha el recorrido de los personajes para aludir a una leyenda de la Conquista o a la historia de un lugar en relación con sus habitantes —desde los cuales se evoca, por un lado, el tiempo mítico del folclore y, por otro, el tiempo histórico—. Con la representación de estos elementos la novela se suma a la tendencia de los liberales de la República Restaurada a apropiarse de todos los elementos que componen la realidad nacional, pero lo hace de tal manera que no son incorporados en una totalidad de sentido.

Aquí también es importante recordar que el pensamiento religioso tradicional no se mantiene intacto en estas novelas, sino que es objeto de reinterpretación. Los valores que se transmiten en *Monja y casada* y *El pecado del siglo* no apuntan fundamentalmente a la salvación después de la muerte, sino que se ajustan a las

prioridades del pensamiento ilustrado, que consisten en ordenar y racionalizar la vida en el mundo para mejorarlo. Los pecados son las supersticiones, el desorden y los vicios sociales, como el juego y la prostitución, que distraen al hombre del trabajo y constituyen un desperdicio de recursos. La virtud consiste en llevar una vida de ciudadano que cumple con sus obligaciones en una sociedad secularizada —estudiar, poseer y difundir un pensamiento racional, formar una familia, y respetar la ley—; o, en el caso de los gobernantes, hacer eficiente la administración pública, promover la higiene, el orden público, impartir justicia, combatir prácticas abusivas —como los monopolios o la llamada “empleomanía”—, y someter el poder eclesiástico a la autoridad del Estado. Desde este punto de vista, los valores de la Reforma y el progreso promovidos por estos liberales de la República Restaurada pueden ser vistos como un remozamiento del proyecto ilustrado de gobierno y de sociedad.

Previamente se ha señalado que, en *Un hereje y un musulmán*, hay una reelaboración mucho más profunda de los modos tradicionales de representación del mundo. A través de ella se genera la imagen de un tiempo que avanza, la cual impregna todos los acontecimientos de la diégesis. De la misma manera, la conciencia del tiempo “histórico” se manifiesta en la experiencia del hombre, pues es claro que el paso del tiempo implica un cambio en la vida del protagonista: desde la desaparición del ámbito idílico de la familia, con su temporalidad cíclica, hasta la vivencia del constante movimiento social y político de la gran ciudad, con su temporalidad lineal.

Sin embargo, tras esta imagen general de cambio subyace una concepción abstracta del ser humano que también es deudora del pensamiento religioso y de los valores ilustrados. A la imagen de un mundo en constante cambio e irreductible a un solo significado, se contrapone un ideal de hombre moralmente intachable que permanece esencialmente idéntico a sí mismo, que no codicia, razona, ayuda a sus

semejantes y está relativamente distanciado de la Iglesia; no busca apropiarse del espacio ni transformar su realidad sino que su mayor ambición es formar una familia y trabajar como abogado, es decir, desempeñarse como buen ciudadano. Es desde esta perspectiva que en la novela no se construye una relación dialógica entre el espacio nacional y el hombre, que siguen caminos paralelos, avanzan en el tiempo, pero no se modifican mutuamente.

A fin de cuentas, aquí es donde *Un hereje y un musulmán* muestra mayores afinidades con *El pecado del siglo* y *Monja y casada*, pues todas ellas promueven un ideal de hombre sumamente tradicional que se constituye en asidero y barrera frente a un mundo que se percibe caótico y cambiante. Desde esta perspectiva, la gran distinción entre conservadores y liberales de la República Restaurada pareciera más de forma que de fondo, consiste fundamentalmente en el modo en que se plantean los problemas y las acciones concretas para solucionarlos, en cómo se hace uso de la historia para incidir en el presente.

A partir de lo visto anteriormente es posible afirmar que en la República Restaurada no hay una sola manera de figurar la relación del presente con el pasado, ni siquiera entre los liberales, sino que cada discurso combina distintas formas de representar el tiempo y la temporalidad en función de cierta concepción de mundo y, sobre todo, de las motivaciones subyacentes a la escritura de un relato sobre la historia en un contexto determinado. La novela histórica mexicana, ciertamente, manifiesta la conciencia de que existe una diferencia fundamental entre pasado y presente, y que el relato del pasado ayuda a comprender el *ser así* de este último; sin embargo, más allá de lo que *es* el presente, como derivado del pasado, lo que en buena medida focalizan las novelas es un *deber ser* que introduce otras formas de temporalidad, que pueden referirse tanto a

principios y valores que se asumen como atemporales, como a conductas o acciones políticas y sociales muy concretas, desde los cuales se busca intervenir directamente en el presente.

Una investigación posterior quizás podrá demostrar que las combinaciones entre modos distintos de representar el tiempo pasado pueden tener un carácter tan coyuntural —ligado a las preocupaciones del momento—, que incluso en las obras de un mismo autor es posible detectar variaciones radicales en un lapso menor a cinco años. En este sentido es posible anticipar que la oposición entre los tiempos, en función de la inversión de valores, no es la única forma en que Riva Palacio construyó imágenes de pasado. Una vez que la justificación de los principios reformistas sobre los que se funda la República Restaurada deja de ser una prioridad —quizás porque ya no se percibe una amenaza real para ese orden político—, *Martín Garatuza* (1868-1869) acusa la intención de ubicar en el pasado los orígenes del presente, y una temporalidad de tipo genealógico —la historia de las generaciones— se imbrica en una relación tensa con el simbolismo mítico y trágico del pasado prehispánico; asimismo, se yuxtaponen tópicos como la discriminación de los criollos en el mundo colonial y la crueldad de la Inquisición derivada de la intolerancia religiosa. Por su parte, en *Memorias de un impostor* (1872), con la paulatina introducción del pensamiento positivista, el relato de la historia tiene como objetivo evidenciar la necesidad de la emancipación científica de la sociedad frente a los límites al conocimiento que impone la institución religiosa; para ello se entrecruza una concepción progresiva del tiempo —donde la emancipación científica se figura como destino último del acontecer—, con la repetición simbólica y la circularidad del mito —a través de los cuales la oposición entre luz y oscurantismo se manifiesta también como una encarnación de la eterna lucha entre el bien y el mal—.

Probablemente estas variaciones sugieran que la historia nacional, en la República Restaurada, estaba por hacerse, y que lo que surgió entonces fueron relatos dispersos de la nación mexicana, con una función muy concreta en un contexto determinado, y para las que aún no se encontraba un solo hilo conductor.²⁶⁰ Quizás ese hilo tampoco se hubiera podido encontrar en ese momento de reacomodo de fuerzas políticas en que, además, la historia no era objeto de estudio por parte de especialistas —al menos no en México—, sino un recurso de expresión entre funcionarios de gobierno, abogados, periodistas, militares que buscaban posicionarse frente a su propio presente.

6.2. La representación del pasado y la historia como problema narrativo

En líneas anteriores se ha hecho énfasis en el hecho de que las motivaciones subyacentes al relato del pasado determinan los modos en que éste es representado, y sobre todo se ha mostrado cómo ello incide en la imagen del tiempo, del hombre y el mundo que habita. Para llegar a esas conclusiones ha sido necesario llevar a cabo un análisis de los textos, que ha permitido evidenciar los problemas propiamente narrativos

²⁶⁰ Esto mismo sugiere el hecho de que *El libro rojo* (1871), escrito al alimón entre Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, presente la sangre como hilo conductor de distintos relatos del pasado —desde el mundo prehispánico, la conquista y las misiones evangelizadoras, hasta la Colonia y la Independencia—, de manera que en lugar de presentar la historia como evolución progresiva —ámbito en que se desarrolla la identidad criolla o los ideales independentistas— o como una serie de relaciones que justifican la necesidad de ruptura con el pasado en el presente, se hace énfasis en un significado simbólico que se repite a través del tiempo. Tal como señala Antonia Pi Suñer, *El libro rojo* “tenía como objetivo último recordar a aquellos personajes sacrificados por la nación” (“La generación de Vicente Riva Palacio”, p. 91). Asimismo, ya se ha visto en el segundo capítulo de este estudio que, en las obras históricas de Manuel Payno, *Compendio de la historia de México* (1871) —al igual que en la de José María Roa Bárcena, *Compendio de historia profana* (1870)—, la tendencia fue desarrollar un concepto de nación católica a partir del cual se buscaba trascender el conflicto entre la Iglesia y el Estado, y esa tendencia contrasta con obras como *El pecado del siglo* y *Monja y casada*, las cuales focalizan la importancia del gobierno secular en la historia de México. A lo anterior se añade que estas últimas novelas no tendieron a generar ningún tipo de relación con el pasado prehispánico mítico representado en otras obras, como *Los mártires del Anáhuac* (1871), de Eligio Ancona. Finalmente, no hay que olvidar que incluso una misma figura histórica, como la de Francisco Primo de Verdad ofreció al menos dos posibilidades interpretativas que resultan contradictorias —tal como se advirtió en el análisis de la novela de Cuéllar—: por un lado, un héroe que luchó contra el dominio español y, por otro, un secularizador y pensador ilustrado que colaboró con el gobierno español de finales del siglo XVIII.

que involucra la representación del pasado colonial en las novelas históricas de la República Restaurada.

En primera instancia, los significados del mundo representado dependen en gran medida del narrador —quien se confunde con el autor implícito y así pareciera transmitir la ideología y la visión de mundo de este último—, de sus valoraciones y juicios. Esta entidad omnipresente constantemente le dice al lector cómo debe entender los acontecimientos del relato y el pasado en su conjunto, lo dirige en su lectura. A partir de él se genera una relación entre pasado y presente que resulta problemática, porque a veces el narrador extrae del pasado conclusiones o sentidos que serían mucho menos evidentes sin su intervención, o que simplemente no se constatan a partir de los sucesos narrados.

La presencia de este tipo de narrador es todavía más marcada en las obras de los autores que se identifican con el liberalismo, Cuéllar y Riva Palacio; ahí tiende a fungir como autoridad que emite juicios sobre el pasado y procura imponer su visión sobre el mundo. Pareciera que el narrador no confía en que el relato del pasado hable por sí mismo —quizás no encuentra en el pasado lo que quiere mostrar y por eso necesita dirigir su sentido constantemente— o en que su lector sea capaz de captar por sí solo el significado “correcto” o “verdadero” de los sucesos narrados en la novela, y ello indica que el lector figurado por estas novelas parece más un receptor de contenidos que un sujeto activo capaz de sacar sus propias conclusiones. Ello introduce una contradicción en *El pecado del siglo*, donde, como se vio al inicio del análisis de la novela, se propone una reflexión filosófica pero, al mismo tiempo, se imponen ciertos dogmas. Esa actitud prescriptiva provoca que el pasado tienda a constituirse en un ejemplo o contraejemplo y no en un tiempo histórico que responde a una lógica propia.

La proyección de los principios del presente en el pasado se apoya también en el recurso a los tipos sociales o estereotipos con los que se puebla el mundo narrado —los fanáticos religiosos, los eclesiásticos corruptos, la criolla perseguida, los hidalgos inmorales, el gobernante ilustrado o reformista—. Estos estereotipos hacen eco de un imaginario social y unas formas de valorar el mundo que se han ido forjando a lo largo del siglo XIX, que comparten una buena parte de los lectores de la época, incluido el narrador, y cuya validez se confirma a partir de los sucesos narrados. Por su parte, el espacio tiende a constituirse en reflejo de las cualidades o defectos de quienes lo habitan, y así tiende a reafirmar la carga semántica del mundo narrado.

En el caso de *Monja y casada*, estos mecanismos generan una clara distancia entre el narrador del presente y el conjunto del mundo narrado, porque en este último predominan los antivalores y el narrador permanece al margen, juzga los acontecimientos pero no se identifica con nadie —ni siquiera con Gelves, aun cuando éste sea un personaje idealizado—; entonces el vínculo que une pasado y presente resulta poco visible. En cambio, en *El pecado del siglo* llega a suceder que la voz del narrador se identifica totalmente con la de algunos personajes —como ocurre con Primo de Verdad— o impone su punto de vista en los pensamientos de otros —como ocurre en las reflexiones de don Manuel de la Rosa—, de manera que la distancia temporal desaparece por momentos; entonces el presente no sólo proyecta sobre el pasado su visión de mundo, sino que casi lo absorbe. Es así que la novela de Cuéllar evidencia el problema fundamental que subyace a esta proyección excesiva del presente sobre el mundo narrado en términos valorativos: los tiempos llegan a confundirse, pues las diferencias más sensibles o incluso físicamente palpables entre uno y otro —en las formas de experimentar el tiempo y el espacio, de vivir en el mundo, los cambios estructurales en el espacio social, en la arquitectura— casi no se ven.

En cambio, en la novela de Almazán es desde el pasado que se procura revelar otros valores, otras formas de significar el mundo, distintos a los del presente. Así, el mundo narrado dice mucho más por sí mismo, se realza su naturaleza sensible que, de esta manera, cobra vida propia. A partir de las descripciones del espacio y de la vida social, el narrador construye la imagen de un mundo que crece y se transforma. Incluso pareciera que la voz narrativa dialoga con sus personajes, los deja ser y construir sus propios significados. Es cierto que el narrador no deja de emitir su punto de vista y promover una valoración determinada sobre ciertos sucesos del pasado, pero disimula más su postura o la manifiesta de manera separada a los sucesos narrados, en digresiones que abarcan capítulos enteros que interrumpen el relato de los acontecimientos de la diégesis, y a partir de los cuales también se explican sucesos posteriores o anteriores a lo que ocurre en esta última. Con este último recurso se tiende a generar una clara diferenciación entre el punto de vista del narrador y el de los personajes o el del mundo narrado; se conforma la imagen de que las formas de pensar y vivir el mundo han cambiado, de que entre pasado y presente media una clara distancia temporal —sin que ello implique que un tiempo descalifique al otro—, y es así que se fortalece la conciencia de que el pasado responde a una lógica propia que es necesario considerar para poder entender mejor su relación con el presente.

Por otra parte, cabe señalar que, en todas las novelas, el narrador acusa una fuerte necesidad de abarcar numerosos temas, de imponer puntos de vista o de intervenir en sus discusiones actuales, de tal forma que a veces sus comentarios llegan a parecer forzados, anacrónicos, o fuera de lugar.²⁶¹ De esta manera, se establece una frecuente

²⁶¹ Aquí se hace particularmente visible la naturaleza discursiva de las novelas, como enunciados que se constituyen en respuestas a discursos ajenos —que están fuera del texto—, que ratifican o contradicen. Los discursos ajenos se incorporan al enunciado y, como señala Bajtín, le aportan “algo que aparece como irracional desde el punto de vista del sistema de la lengua, particularmente, desde el punto de vista de la sintaxis” (Mijaíl Bajtín, “El problema de los géneros discursivos”, *Estética de la creación verbal*, p. 282).

tensión entre lo que el mundo narrado muestra y lo que se dice sobre él. Según se ha advertido en los capítulos anteriores, así ocurre cuando el narrador de *Monja y casada* alude a Sor Juana como una fanática religiosa, siendo que su presencia en el texto parece gratuita, o cuando en *El pecado del siglo* se explica el problema de las corridas de toros y el narrador aprovecha para aludir a la necesidad de generar una ley que proteja al teatro en el presente de 1869, y el narrador de *Un hereje y un musulmán* aprovecha una discusión sobre astrología para ironizar sobre la craneoscopia.

A veces llega a suceder que las afirmaciones del narrador resultan contradictorias frente a lo que ocurre en el mundo narrado, tal como se ha podido observar en el análisis de las novelas: si el narrador de *Monja y casada* menciona la desigualdad del pasado colonial, lo que el relato muestra es que los personajes interactúan y se mueven libremente por el espacio, sin que se les presenten obstáculos derivados de la desigualdad social;²⁶² por su parte, las afirmaciones del narrador de *El pecado del siglo* sobre las diferencias entre pasado y presente se contraponen a otros momentos en que los tiempos tienden a equipararse; asimismo, en la novela de Almazán llega a suceder que algunos personajes no reflejan con sus acciones y palabras lo que el narrador asevera sobre ellos, o sobre el grupo social al que pertenecen —como ocurre con los piratas, quienes se muestran como personajes sumamente inofensivos, no obstante que el narrador asegura que eran una amenaza a la civilización—.

A pesar de la insistente necesidad de imponer ciertos significados al mundo narrado, éste ofrece una resistencia que, en buena medida, tiene como origen el género

²⁶² También en otras novelas históricas de Vicente Riva Palacio, como *Los piratas del Golfo* (1879) o *Memorias de un impostor* (1871), es posible observar estos desajustes entre lo que se dice sobre y lo que ocurre en el mundo narrado. Frecuentemente los lugares comunes sobre el pasado a los que aluden los narradores de Riva Palacio: la injusticia, la desigualdad, se contraponen a la imagen de una sociedad mucho más compleja e integrada de lo que admite la voz narrativa y que responde a una lógica distinta de la que él le atribuye. Estos desajustes pueden tener distintas causas: la aglomeración contradictoria de temas, una lógica narrativa que se superpone al punto de vista del narrador, o quizás también una base documental, de la que pudo haber partido el narrador, que revela una complejidad mucho mayor de la que él está dispuesto a admitir.

discursivo del que se echa mano para configurar el relato, la novela de aventuras. Se da en función del menor o mayor grado en que ciertas variantes del género son reelaboradas y adecuadas a una nueva concepción del mundo y del acontecer. En este sentido, la influencia de la novela de aventuras va mucho más allá de un simple recurso para complicar la trama y generar suspenso.²⁶³

La novela de aventuras se caracteriza por presentar separadamente el mundo interior y el exterior, sin generar relaciones causales entre uno y otro. En el caso específico de la novela de caballerías, esa desvinculación permite que los héroes, cuyo sentido se teje alrededor de la aventura misma, tengan una amplia libertad de movimiento, no condicionada por un tiempo-espacio particular.²⁶⁴ Es así que podemos observar que personajes como Teodoro o Martín Garatuza, en *Monja y casada*, son figurados como héroes aventureros de tipo caballeresco, responden a esta poética, sin que haya una reelaboración profunda a partir de la cual se muestre una relación de interdependencia entre estos personajes y el mundo que habitan, y es por eso que no corroboran las aseveraciones del narrador acerca de la desigualdad del mundo colonial.

Asimismo, es posible observar que, no obstante el interés explícito del narrador por referirse a un pasado que es origen del presente, esta imagen entra en tensión

²⁶³ Celia Fernández Prieto, en *Historia y novela: Poética de la novela histórica*, propone que la novela histórica tiene como origen el romance antiguo —lo que Mijaíl Bajtín llama novela de aventuras antigua—, en particular los libros de caballerías, y que de ellos retoma “sus tácticas narrativas para crear suspense y sorprender al lector” (p. 75), pero se distancia de ella, de su tendencia a narrar lo maravilloso, al retomar ciertos elementos de la novela gótica “para ganar en realismo y verosimilitud” (*idem.*). Sin embargo, tal como se ha mostrado a lo largo de la presente investigación y se seguirá insistiendo en ello, la influencia de la novela de aventuras puede ir mucho más allá, pues este género narrativo implica formas particulares de relacionar, y por tanto de significar, los elementos que integran el mundo narrado. Incluso algunas observaciones de Fernández Prieto así lo sugieren, como cuando asegura que “las peculiaridades sociopolíticas y culturales del contexto histórico español que marcan el desarrollo de nuestro romanticismo repercuten de forma relevante en la configuración del género en la tradición hispánica. En concreto, la dimensión ideológica, fundamental en la formación y estructuración del romance histórico europeo, se muestra inconsistente y desarticulada en nuestra narrativa (forzada relación entre pasado y presente, acentuación de lo folletinesco en detrimento de lo histórico)” (*ibid.*, p. 99). También Marco Antonio Chavarín observa que la yuxtaposición a partir de la cual se aglomeran elementos en el relato tiene como origen la novela de aventuras, y se encuentra al servicio de un monologismo implícito (“*Monja y casada...*”, pp. 76-79), pero lo que aquí se ha procurado mostrar es que este tipo de narrativa llega a ofrecer resistencia frente a la voz narrativa y así rompe con el monologismo.

²⁶⁴ Cf. Mijaíl Bajtín, “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela”, *Teoría y estética de la novela*, p. 304.

constantemente con una temporalidad no histórica, aquella regida por la yuxtaposición casual de sucesos, propia de la aventura, que no da importancia a las marcas del antes y el después. La influencia de esta última se hace particularmente notable en personajes que no cambian, que no envejecen, en los que el paso del tiempo no deja huellas. Es la yuxtaposición casual de sucesos, algunos de los cuales tienden a redundar en los mismos temas, la que pareciera aproximar el relato a la representación mítica del acontecer. Por eso es tan importante la voz narrativa que contrasta tiempos, que apela a marcas temporales, que explica la historia del algún espacio o institución —aunque sea sólo una—, porque es así que tiende a construir relaciones temporales que los sucesos no muestran, pero es así también que genera tensiones al interior del relato.

En el caso de la novela de Cuéllar, el hecho de que la estructura responda a la novela de educación, particularmente en su variante didáctico-pedagógica, constituye en sí mismo un problema, pues a través de ella se tiende a desarrollar un programa educativo que pretende ser vigente para el tiempo de enunciación.²⁶⁵ De esta manera se realza lo universal, lo que prevalece a través del tiempo, pero también se diluye la especificidad del tiempo-espacio pasado. No obstante que el narrador señala diferencias y alude a una distancia temporal, en muchas de sus disertaciones —que se entremezclan en los sucesos narrados— pasado y presente se confunden porque las explicaciones y las conclusiones que ofrece el narrador se muestran, desde la lógica narrativa de la novela pedagógica, como válidas para ambos tiempos.

Cabe añadir que en *El pecado del siglo* el aprendizaje se da como una serie de revelaciones para el lector y no como un proceso que modifica la conducta de los personajes, que así pudiera revelar transformaciones en el tiempo. Los tipos morales llevan una carga semántica fija que simplemente se refuerza a través de los

²⁶⁵ Cf. Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 214

acontecimientos: los pecadores lo son desde el principio, pueden escuchar en la voz de otros o extraer de su propia vida una lección, pero sin que ello derive en un cambio en su modo de vivir en el mundo; por su parte, los personajes modélicos se muestran acabados desde el inicio del relato, de manera que el aprendizaje de vida que los llevó a ser lo que son es invisible. El espacio, por su parte, tampoco acusa modificaciones a través del tiempo, más bien reafirma los significados en torno al mundo narrado. Esta constante reafirmación de identidades permite que los mensajes que transmite la novela sean claros y contundentes, pero entonces el hombre no se revela como un ser histórico que se va transformando junto con el mundo. Desde este punto de vista, la oposición entre progreso y retroceso a partir de la cual se significan los personajes y el acontecer carece de carácter dinámico, procesal. Sólo en los márgenes de la novela, en un personaje secundario que sólo se relaciona con una de las tramas de la novela, Isabel — quien quizás representa o ejemplifica al lector del presente que observa y debe aprender de los errores de los demás—, el cambio se proyecta como una posibilidad abierta al futuro, pero que no se ve realizada en el texto.

Por su parte, en *Un hereje y un musulmán* es notable la influencia de la novela de aventuras costumbrista en la representación de ciertos aspectos del mundo exterior, aquellos que atañen a la realidad nacional que el protagonista se limita a observar y con la que no establece relaciones de interdependencia, de manera que ambos tienden a aparecer como realidades separadas. Dicho costumbrismo forja personajes perfectamente integrados a la cotidianeidad, a la vida corriente;²⁶⁶ en este marco los filibusteros devienen en elementos pintorescos que pueblan el mundo colonial, que son objeto de observación por parte del protagonista, y es por eso que no se muestran como la terrible amenaza de la que habla el narrador en sus digresiones.

²⁶⁶ Cf. Mijaíl Bajtín, “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela”, *Teoría y estética de la novela*, p. 274-277.

Evidentemente el costumbrismo permite presentar un panorama amplio y complejo del ámbito nacional, pero no tiende a vincularlo con el protagonista de modo que su existencia pareciera como derivada de aquél. La disociación entre mundo exterior e interior provoca que esa realidad nacional, externa, no aparezca asimilada a la identidad del hombre que lo habita.

No obstante, en la novela de Almazán también es posible advertir que hay un mayor grado de reelaboración de la novela de aventuras, porque el paso del tiempo deja huellas y se hace visible en el espacio; el pasado se convierte en causa que condiciona las acciones de algunos personajes, provoca cambios en un entorno que se impregna de tiempo histórico. En este sentido, aunque no hay una relación de interdependencia que derive en la conformación de un mundo como totalidad de sentido —más bien la intención parece ser evidenciar una pluralidad que no se puede subsumir en totalidad—, es posible detectar paralelismos entre el entorno y la vida del protagonista. Desde la dimensión temporal, ambos mundos tienden a mostrarse más cercanos y a coincidir con la visión de la historia como cambio constante que transmite el narrador en sus digresiones.

Si bien es cierto que la novela de pruebas estructura la vida del protagonista, y a partir de ésta se tiende a reafirmar una identidad esencial que prevalece idéntica a sí misma a pesar de los cambios que tienen lugar en el tiempo,²⁶⁷ la realidad que lo rodea y la misma existencia del personaje tienen un movimiento irreversible, e incluso hay elementos a partir de los cuales se establece una relación mucho más dinámica entre el hombre y su mundo. En este sentido, los cambios que experimenta el protagonista son motivados por una serie de acontecimientos que vienen del exterior y que ya no responden a la poética de la novela de aventuras tradicional —la cual tendería a

²⁶⁷ Cf. *ibid.*, pp. 259-263

representarlos como realidades independientes—, sino que se constituyen en una cadena de causalidades que implican un modo de explicación mucho más complejo y realista.

Con todo lo señalado anteriormente se ha podido evidenciar que el problema de la representación del tiempo y el acontecer en la novela histórica está estrechamente ligado a la forma en que se actualizan o reelaboran ciertos géneros literarios tradicionales para configurar el mundo narrado, pues dichos géneros —en la manera en que articulan distintos elementos— figuran un orden de mundo particular y, mientras haya una menor reelaboración de los mismos, es más difícil que puedan transmitir la nueva concepción de mundo ligada a la temporalidad histórica.

En las tres obras es claro que, cuando la novela de aventuras se convierte en recurso dominante que permite abordar sucesivamente distintos temas o transmitir ejemplos y contraejemplos para el presente, la unidad narrativa tiende a dispersarse, y esto ocurre de manera más notable en aquellas obras que no tienen un eje claro en torno al cual discurre el relato, es decir, un personaje o un suceso histórico central. Así, mientras en *Un hereje y un musulmán* algunos acontecimientos del mundo exterior tienden a parecer gratuitos a partir de su falta de relación con las vivencias del protagonista, en *El pecado del siglo* se desarrollan por lo menos tres historias distintas, cada una de las cuales conforma una unidad independiente; por su parte, en *Monja y casada*, la unidad es todavía más frágil porque el protagonismo se redistribuye y resignifica constantemente en las numerosas aventuras que tienen lugar en el relato.

Desde este punto de vista, la vinculación de la historia y la ficción resulta también problemática. Frecuentemente la historia se entiende como datos, personajes y sucesos aislados que ilustran temas pero no se explican entre sí, y así aparecen en el relato, en medio de otras aventuras ficticias. De esta manera contribuyen a abonar

argumentos en una discusión de actualidad, a sumar imágenes de pasado, pero no logran conformar una totalidad de sentido.

En otros momentos sí se construyen interrelaciones significantes, como sucede con el hecho histórico de los asesinos de Dongo, en la novela de Cuéllar, donde el relato ficticio de la vida privada de los personajes contribuye a explicar por qué ocurrió un acontecimiento histórico determinado, o cuando los conflictos entre el virrey y el arzobispo explican el tumulto de 1624 que se representa en *Monja y casada*; asimismo, en la novela de Almazán es posible advertir cómo la Reforma protestante y la Contrarreforma católica explican la experiencia del protagonista.

Sin embargo, aquí cabe considerar que en los primeros dos casos la unidad narrativa entre lo histórico y lo ficticio se desarrolla en mayor grado conforme hay mayor apego a los documentos históricos, es decir, en la medida en que, para estructurar alguna de las tramas, se siguen las elaboraciones documentales previas del mismo suceso y sólo se añaden o modifican ciertos elementos, o se amplía la perspectiva hacia el ámbito de lo privado. Es decir, la unidad es palpable cuando el grado de reelaboración narrativa y reinterpretación del hecho mismo es menor, pero también es limitada en tanto que se suma a una cadena de aventuras con las que no tiene mayor conexión que la sucesión casual. En cambio, cuando se reinterpretan personajes históricos de manera aislada —como sor Juana o Primo de Verdad—, sin una trama documentada que soporte el relato de los mismos, dichos personajes parecieran hasta cierto punto fuera de lugar, su presencia un tanto injustificada en términos narrativos, pues su relevancia viene dada desde el presente.

En la novela de Almazán, en cambio, la unidad se da a partir de una reinterpretación de procesos históricos de largo alcance —la Reforma protestante y la Contrarreforma católica— que son asimilados, como elemento explicativo, a una trama

ficticia; es decir, cuando la representación de lo histórico trasciende lo incidental, lo anecdótico, y se constituye en un modo de explicación frente a sucesos ficticios que tienen un eje narrativo claro. Aquí son los acontecimientos históricos concretos, los que han sido previamente narrados y se actualizan en el relato, los que provocan un mayor extrañamiento en tanto que tienden a parecer gratuitos o fuera de lugar —ofrecen mayor resistencia a ser incorporados en una sola lógica narrativa—, porque son recursos que permiten abordar temas que son relevantes para el presente pero no explican la experiencia del protagonista.

A partir de todo lo señalado se puede considerar que, entre los problemas que debe enfrentar la novela histórica, están no sólo la resistencia que ofrecen los géneros literarios de los que echa mano, sino también la que ofrece el propio documento histórico —es decir, otro género discursivo—. ²⁶⁸ Todo esto sugiere que en la República Restaurada había cierta dificultad para reelaborar e integrar la historia y las distintas partes que componen el mundo en una sola unidad narrativa. El mundo queda así conformado por elementos dispersos que carecen de una cohesión interna.

Dicha falta de cohesión se podría explicar en la medida en que, si bien la República Restaurada constituyó el fin de los grandes enfrentamientos que habían dividido la sociedad durante las primeras décadas del siglo XIX —monarquismo *versus* republicanism, centralismo *versus* federalismo, corporativismo *versus* propiedad

²⁶⁸ Posteriores investigaciones podrán demostrar que esa resistencia del documento resulta particularmente notable en *Memorias de un impostor* (1872), de Riva Palacio. En el relato de las vivencias del protagonista en el presente de la diégesis, previas a su encarcelamiento, y en donde se desarrolla más lo ficticio, Lampart aparece como un héroe trágico, predestinado por el diablo. En cambio, a partir del encarcelamiento de Lampart la poética cambia notablemente: el protagonista se convierte en un héroe de aventuras caballerescas, y esto es particularmente marcado en el relato que él mismo hace de su pasado. Este relato es una reelaboración, bastante apegada a los hechos, del documento que se transcribe en el apéndice de la novela. Se trata de la sentencia de Lampart, que incluye el testimonio que este personaje hace sobre su vida, y justamente es un tipo de relato que parece inspirado por la poética de la novela de aventuras caballerescas. Una vez que Lampart sale de la cárcel y distribuye panfletos contra la Inquisición, el relato de sucesos históricos cede a la ficción, entonces vuelve a convertirse en héroe trágico.

individual, nación católica *versus* nación secularizada, conservadurismo *versus* liberalismo, liberalismo moderado *versus* liberalismo radical—, los problemas políticos y sociales que habían dado origen a dichos enfrentamientos no habían desaparecido: grandes sectores de la sociedad seguían ofreciendo resistencia a las reformas, ya fueran políticas, económicas, o de orden moral —de manera que el progreso parecía postergarse irremediabilmente—; e incluso el gobierno de Benito Juárez no estaba cumpliendo con las expectativas de importantes sectores de la sociedad, incluidos algunos liberales.

La percepción de una realidad fragmentada, que no coincidía con los ideales que se proyectan en las novelas, así como la necesidad de resolver los problemas inmediatos, probablemente se constituyeron en obstáculos para desarrollar un distanciamiento que permitiera conformar una imagen coherente y cohesionada del pasado que pudiera explicar el presente, así como generar nuevas perspectivas a futuro. De ahí se derivaría un relato de la historia en que las yuxtaposiciones y las disyunciones juegan un papel importante en la representación del mundo.

6.3. La representación del pasado colonial desde la literatura como respuesta a una coyuntura histórica

Las observaciones realizadas en los apartados anteriores han redundado constantemente en un problema de coherencia interna que se observa en los relatos del pasado, la cual se explica en función de las motivaciones que subyacen al relato del pasado. La literatura, al constituirse en vehículo para difundir una ideología y abordar asuntos diversos, desde los cuales se procuraba incidir directamente en el presente, se convierte en un mosaico de sentidos que no resultan necesariamente complementarios, sino que frecuentemente

introducen tensiones y paradojas que revelan las dificultades que enfrentaban los hombres de letras para dar sentido a su propio mundo.

Igualmente, y como se ha apuntado en distintas ocasiones, la historia resulta con frecuencia un recurso para aludir directamente al presente, intervenir en ciertas polémicas, promover acciones políticas concretas, difundir principios, actualizar o cuestionar aquellos imaginarios —como los del patriotismo criollo o los de la maldad del Inquisición— que podían contribuir a dar un sustento simbólico a la República liberal. En el marco de una transición entre regímenes de historicidad, de una nueva forma de ver el pasado como antecedente histórico del presente, esa necesidad de aludir directamente al presente genera un doble movimiento hacia el pasado que provoca frecuentes tensiones al interior del relato: uno que tiende a mostrarlo como ejemplo, contraejemplo, o símbolo, y otro a figurarlo como antecedente histórico.

Es desde la evidencia de la falta de unidad en el discurso, de las contradicciones que involucra, que aquí se sugiere la necesidad de repensar la figura del hombre de letras, el emisor, como un personaje también esencialmente problemático, al menos en la República Restaurada. Se trata, efectivamente, de hombres letrados que intentaron abarcar todas las áreas del conocimiento, así como distintos problemas que involucraba la conformación de una nación en la que casi todo estaba por hacerse. Pero, al tener tanto que decir —y hacer—, sin haberse especializado en un área de conocimiento que se constituyera en eje articulador de sus reflexiones, y al estar siempre pendientes de lo inmediato —lo que dificultaba el distanciamiento frente al objeto representado—,²⁶⁹ los sentidos de sus relatos se podían multiplicar infinitamente, entrelazarse de forma tensa y muchas veces aporética.

²⁶⁹ Según Alejandro Araujo, fue hasta el Porfiriato que Victoriano Salado Álvarez desarrolló un programa novelesco coherente y estructurado, en el que ya no se trata de contar historia a través de la novela sino de crear “una novela sobre el periodo histórico” (*Novela historia y lecturas*, p. 321); es decir, que las fronteras entre historia y novela se vuelven más nítidas y hay un eje de articulación narrativa claramente diferenciado.

El hecho de que ninguno de los autores aquí estudiados haya escrito novelas históricas en otra etapa de su vida y de la historia de México —y que además proliferaran en esta misma época muchas otras obras adscritas al género, como las de Juan A. Mateos, Ireneo Paz, Eligio Ancona, que, como se señaló al inicio de este estudio, se centran en la Independencia o en la Conquista, y la de tema colonial del español vecindado en México, Enrique de Olavarría y Ferrari, *Venganza y remordimiento* (1868)— es una de las razones que conducen a considerar que el recurso a la historia desde la literatura tiene un carácter estratégico y coyuntural, el cual no parece formar parte de un programa de reflexión y conocimiento a largo plazo sino una respuesta a necesidades inmediatas de apropiación y argumentación sobre la realidad y los derroteros de la nación, que condicionan el desarrollo narrativo y literario, y que provocan tensiones al interior de los textos.²⁷⁰

Es posible que ese mismo exceso de contenidos, y las contradicciones que generaban, explique, al menos en cierta medida, el abandono posterior del género por parte de los autores aquí estudiados. No es posible asegurarlo, pero quizás Cuéllar pudo percibir que la historia se estaba convirtiendo en algo distinto a un ejemplo, que ello generaba contradicciones en su discurso, y por eso terminó por centrar su proyecto pedagógico en la actualidad a través de la serie de novelas titulada *La Linterna Mágica*, con las que el autor fue perfeccionando sus habilidades como escritor y crítico social. Probablemente Riva Palacio notó que la construcción novelesca se constituía en un

²⁷⁰ Estas observaciones pueden servir como punto de partida, por ejemplo, para repensar críticamente el proyecto de literatura nacional de Ignacio Manuel Altamirano, como aquel expresado en “Revistas literarias de México (1821-1867)”, donde destaca esa misma preocupación por lo inmediato, por la educación de la población en una dirección determinada —fundamentalmente de carácter moral—, por que la literatura generara contra argumentos frente a la imagen del país que se difundía en el extranjero, por conformar relatos de la historia que atendieran a la reforma moral del presente antes que a la representación y comprensión del ser así del pasado: “Todos los críticos de Walter Scott están conformes en decir que en su novela se permitió crear tipos mejores que los que veía en su país, mejorar las costumbres y hasta embellecer la decoración de sus escenas. ¿Hizo bien? Indudablemente, porque la novela tiene también por objeto enseñar e introducir el buen gusto y el refinamiento en un país” “Revistas literarias de México [1821-1867]”, p. 82).

obstáculo para el desarrollo de una narrativa histórica más cohesionada —le representaba más problemas de los que resolvía—, y por eso se decantó por el relato histórico, que alcanzó su mayor expresión en el tomo dos de *México a través de los siglos*. Si se toman en cuenta las distintas tendencias y significados que se pueden advertir en las novelas históricas de tema colonial que Riva Palacio publicó entre 1868 y 1872,²⁷¹ es posible considerar también que la ficción fue en un experimento previo, un primer paso todavía demasiado circunstancial, en una búsqueda —que se prolongaría por varios años— para dar sentido a la historia de México. Asimismo podría pensarse que Almazán sólo escribió literatura en la República Restaurada en la medida en que el presente le demandaba un posicionamiento frente a otros discursos, otros relatos ficticios, y eran ellos mismos los que imponían las reglas, las condiciones y términos del debate.

Por otra parte, parece ser que el recurso al pasado colonial desde la literatura —en las distintas formas en que fue representado— respondía, quizás más que ningún

²⁷¹ Es cierto que el conjunto de la novelística histórica de Riva Palacio no es el centro de esta investigación, y es una tarea todavía pendiente —la obra *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, de José Ortiz Monasterio, y el estudio de Leticia Algaba, “La novela histórica de Vicente Riva Palacio”, ofrecen una visión panorámica frente a lo que queda todavía por hacerse—. Pero para evidenciar las diferencias arriba señaladas basta considerar que, mientras *Monja y casada* se centra en la influencia de la institución religiosa en el pasado colonial, *Martín Garatuza* (1868-1869) aborda el problema del origen mítico prehispánico, que aquí tiende a confundirse con una identidad criolla; en torno a este problema de identidad se desarrollan temas como la discriminación y los intentos de independencia nacional por parte de los criollos, y la necesidad de reconciliación con el origen español, que ocurre al final del relato. Por su parte, en *Los piratas del Golfo* (1869), desaparece el tema de la discriminación y el origen prehispánico al mismo tiempo que se resalta la ascendencia española del protagonista nacido en la Nueva España; aquí el conflicto se da entre el protagonista y un noble indígena, que se reconcilian al final del relato; el tema de la independencia aparece pero es más débil porque el protagonista no es objeto de discriminación y la independencia es promovida por un extranjero, el pirata Morgan —algunas de las peculiaridades de esta novela las he estudiado en el artículo “Los tiempos de la historia en *Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio” en *Cuadernos Americanos*, vol. 3, núm. 137, pp. 67-87—. En *Las dos emparejadas* (1869) la mitad del relato se desarrolla en España y casi todos los acontecimientos se relacionan con intrigas cortesanas, en uno y otro lado, que no tienen que ver ni con la institución religiosa ni con un origen criollo o indígena, más bien parece una trama de capa y espada. Por su parte, *La vuelta de los muertos* (1870) se divide en dos temas fundamentales: las intrigas políticas entre los adláteres de Hernán Cortés y una trama trágica protagonizada por personajes indígenas que recuerdan un origen mítico prehispánico. Finalmente, *Memorias de un impostor* (1872) vuelve al tema de la Independencia, pero ahora desde un enfoque científico y filosófico que plantea la independencia como una emancipación mental frente a los dogmas de la institución eclesiástica. En la evolución narrativa de Riva Palacio la presencia del mundo exterior a la Nueva España se va haciendo cada vez más notable, y en *Memorias de un impostor* adquiere una función explicativa fundamental, que va aproximando cada vez más —aunque de forma siempre problemática— los relatos de Riva Palacio a la representación moderna de la historia.

otro, a una coyuntura histórica. No parece casual que la Colonia haya sido un tema central en novelas cortas alrededor de 1838, al inicio de la primera intervención francesa, en obras como *El inquisidor de México* (1838), de José Joaquín Pesado y *El criollo* (1838), de José Ramón Pacheco, y que se retomara con *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O'Reilly, cuando Yucatán se había declarado, por segunda vez, independiente de la República mexicana, y buscaba asideros, fundamentos históricos, para justificar esa separación. En todos estos casos, domina un mensaje contra la tiranía y la opresión del sistema colonial, que responde claramente a la percepción del propio presente en que fueron escritas esas obras.

En contraste, la Colonia vuelve a ser tema en la República Restaurada justo cuando el país se había liberado de todo dominio extranjero así como de conflictos internos de alto impacto político y social —es decir, de las “tiránías” que fueron tema central en relatos anteriores—, y se estaba reconstruyendo a sí mismo a partir de los principios de la reforma política y social promovidos por el liberalismo triunfante. En estos textos se pueden detectar sensibles variaciones en la forma de representar y significar la Colonia que se han evidenciado en los capítulos anteriores.

Finalmente, el pasado novohispano —al menos hasta donde he podido averiguar— deja de ser tema recurrente una vez que se ha alcanzado cierta estabilidad política y social:²⁷² las novelas históricas del Porfiriato, escritas principalmente por Victoriano Salado Álvarez y Enrique de Olavarría y Ferrari, tienden a representar los grandes acontecimientos del siglo XIX; Ireneo Paz retoma la novela histórica pero sólo representa la Conquista y la Independencia, en *Doña Marina* (1883) y *Leyendas históricas de la independencia* (1894). Otro dato significativo es que, según Tomás Pérez Vejo, el noventa por ciento de la pintura histórica de la época porfiriana se reparte

²⁷² Hasta donde tengo conocimiento, después de *Amor y suplicio* (1873), de Ireneo Paz, no se publicó otra novela histórica en la República Restaurada, y la última novela de tema colonial fue *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México* (1872) de Vicente Riva Palacio.

en la tríada “época prehispánica (nacimiento), Conquista (muerte) e Independencia (resurrección)”, y sólo un diez por ciento alude a la Colonia.²⁷³ Dos décadas después de la restauración de la República son otros los ejes a partir de los cuales se construye el imaginario sobre la identidad nacional, porque los grandes conflictos que motivaron la representación de la Colonia —la necesidad de independencia, primero, y el enfrentamiento entre Iglesia y Estado, después—, ya se asumían como superados, de manera que este pasado quedaba de alguna manera cancelado.

Aparentemente, en el siglo XIX las imágenes del pasado colonial fueron muy variables en cuanto a sus significados, probablemente más que las del pasado prehispánico, la Conquista o la Independencia, quizás porque no correspondían a la tríada simbólica de la que habla Pérez Vejo. Aunque todavía falta investigarlo y argumentarlo en el análisis de textos, esta tríada, que comenzó a desarrollarse a partir del patriotismo criollo, parece implicar un imaginario más o menos estable a lo largo del siglo XIX frente al cual la Colonia —no integrada a ese esquema simbólico— ofrecería mayores posibilidades combinatorias, que se habrían ido modificando en función de los cambios en la percepción de la propia circunstancia histórica.

Entonces cabe preguntarse qué pudo significar la época colonial, sobre todo, en los inicios de la República Restaurada, por qué se convirtió un tema recurrente en las novelas históricas. Una vez superada la etapa de las guerras civiles y las intervenciones extranjeras, las preocupaciones de los hombres de letras se centraron en la consolidación de un orden. Evidentemente, ello explica que en las novelas aquí analizadas no destaquen elementos a partir de los cuales se exalte la independencia

²⁷³ Tomás Pérez Vejo, “Imaginando a México”, p. 192. Como lo advierte este mismo estudioso, estos tres momentos funcionan como sustituciones de una tríada original: nacimiento, muerte y resurrección de Jesucristo. Evidentemente, no se puede pensar que lo que ocurre en la representación pictórica es idéntico a lo que sucede con la narrativa. En la primera predominan los elementos simbólicos y eso la diferenciaría de la narrativa histórica que, según propone Alejandro Araujo en el último capítulo de su estudio *Novela, historia y lecturas*, sigue otros derroteros más realistas. No obstante, resultaría sumamente interesante desarrollar un estudio que permitiera descubrir si los caminos de la pictórica y la narrativa a finales del siglo XIX se entrecruzan en algún punto.

política o las revoluciones sociales,²⁷⁴ sino aquellos que proyectan o justifican, desde el pasado, un orden deseable en el presente —o cuestionan aquel que ha sido difundido por otros—. La Colonia resulta un tiempo particularmente propicio en este sentido ya que representa un momento de relativa estabilidad, en que se consolidan ciertas estructuras y modos de organización, y es a partir de estos elementos que se figuran las relaciones entre pasado y presente.

En *Monja y casada*, el siglo XVII —época en que se ubicarán todos los relatos de Riva Palacio sobre el periodo colonial— representa el momento de consolidación de las instituciones coloniales, uno en que se enfrentan dos tendencias políticas, la reformista y la eclesiástica, encarnadas respectivamente por el gobierno secular del marqués de Gelves y por el tumultuoso arzobispo Juan Pérez de la Serna. En tanto que en el pasado triunfa la segunda, se establece una relación comparativa entre los tiempos que revela al presente como una inversión de fuerzas y valores frente al pasado.

En *El pecado del siglo*, a partir de los personajes como el conde de Revillagigedo y Primo de Verdad, el pensamiento y las políticas ilustradas del siglo XVIII se constituyen en el referente fundamental de los ideales de orden y progreso que se difunden en el presente.

Ambas novelas se sitúan en un periodo —de mediados a finales de la Colonia— y un lugar —la ciudad de México— en que los roles sociales ya estaban claramente distribuidos, de manera que la población blanca ocupaba los lugares destacados de la sociedad, los indígenas comunes —como el Ahuizote en *Monja y casada*— se confundían fácilmente con los sectores bajos de la población y en que los valores y formas de sociabilidad de la civilización occidental se encontraban completamente

²⁷⁴ Resulta significativo también que en otras novelas de Riva Palacio donde la presencia de las tendencias independentistas es más fuerte, como en *Martín Garatuza* o en *Los piratas del Golfo*, los protagonistas terminan por renunciar al proyecto de independencia política y finalmente se reconcilian con su mundo.

consolidados.²⁷⁵ Es por medio de estos elementos que, no obstante el marcado rechazo frente a ciertos elementos del pasado colonial y las paradojas que entraña la representación de este último, se generan ciertas relaciones de identidad entre el pasado y el presente, y este puede ser visto como origen o antecedente del presente.

En este sentido, resalta sobre todo el hecho de que sean ciertas formas de gobierno coloniales —aquellas que se vinculan con las reformas en la administración pública y en la sociedad y con las tendencias a subordinar el poder eclesiástico al secular— los ejes a partir de los cuales se tienda a vincular pasado y presente, pues así las novelas de estos autores liberales se distancian de los mitos del patriotismo criollo caros al liberalismo —en que la esencia de la nación tendía a arraigarse en el pasado prehispánico, de manera que los héroes independentistas aparecían como herederos del imperio de Cuauhtemoc, una vez que éste fue sometido por los españoles—, para figurar una identidad política de origen hispánico.

En la medida en que los relatos sobre el origen prehispánico glorioso también eran difundidos en la misma época por escritores liberales como Eligio Ancona e Ireneo Paz, e incluso por el propio Vicente Riva Palacio, en *La vuelta de los muertos* (1870), el imaginario sobre la nación en la República Restaurada se revela particularmente complejo y contradictorio, cargado de rechazo y admiración frente a tiempos disímiles y ante los que no se puede ofrecer solución de continuidad.

En contraste con las novelas de Cuéllar y Riva Palacio, la de Pascual Almazán retoma aquella época que constituía una herida abierta —pero silenciada— en el imaginario sobre el pasado, porque el siglo XVI fue el momento de estabilización

²⁷⁵ Resulta muy significativo, por ejemplo, que en otras novelas de Riva Palacio, como *Martín Garatuza*, *Los piratas del Golfo* y *Memorias de un impostor*, los personajes idealizados de origen indígena, que pertenecen a los sectores altos de la sociedad porque descienden de la nobleza prehispánica, acusan comportamientos completamente occidentales y a veces hasta su fisonomía cambia, al grado de que Esperanza de Carbajal, descendiente del emperador azteca Cuauhtemoc, tiene una piel blanco mate y su cabellera es casi rubia y rizada (Cf. Vicente Riva Palacio, *Martín Garatuza*, pp. 29-30).

posterior al choque de dos culturas. Mientras otras novelas tienden a los extremos y sitúan su diégesis en el mundo prehispánico o en un momento y lugar en que ya domina la población blanca, evadiendo así el problema de la transición de uno a otro, la novela de Almazán resitúa el contacto entre indígenas y blancos como elemento definitorio de la identidad nacional. En este contacto, ambas culturas aportan algo a la nueva sociedad que se conforma, como los conocimientos herbolarios de los indígenas y la religión cristiana de occidente.²⁷⁶

Asimismo, estos primeros siglos de la Colonia representan la época en que la labor misionera y evangelizadora tuvo su mayor apogeo. En este sentido, la novela de Almazán vuelve a colocar la religión cristiana como un elemento central de la identidad nacional, uno que se había vuelto problemático una vez iniciado, a finales del siglo XVIII, el proceso de secularización, y que resultó aún más complicado de resolver cuando la laicidad, a mediados del siglo XIX, tendió a convertirse en política del Estado. En la medida en que se exalta el componente cristiano, que queda aparentemente disociado de lo institucional —desde una perspectiva afín al pensamiento ilustrado—, quizás la novela de Almazán procuraba resolver un posible trauma derivado del rechazo a las prácticas eclesiásticas —y a la Iglesia misma—, que se difundía en novelas como *Monja y casada*, en una sociedad muy creyente.

Esta propuesta conciliadora en torno al problema de la religiosidad se puede ligar incluso con tendencias que se hacen visibles entre algunos liberales, como en la obra *Navidad en las montañas* (1871), de Ignacio Manuel Altamirano, donde un sacerdote difunde un cristianismo conforme con valores de origen ilustrado —como el

²⁷⁶ En *Venganza y remordimiento* (1868), del español Enrique de Olavarría y Ferrari, la diégesis también se ubica en el siglo XVI, en el año de 1578, y, al igual que *Un hereje y un musulmán*, aborda el problema del contacto cultural. Olavarría lo lleva todavía más lejos al plantear el contacto no sólo como convivencia entre grupos distintos sino también como una mezcla racial, a veces violenta, a veces consensuada y producto del amor. Es así que el siglo XVI resulta el periodo idóneo para representar el problema del contacto cultural.

rechazo a la superstición y el amor por el trabajo— y dirige el progreso en una comunidad utópica. De igual manera se puede vincular con la novela de José Tomás de Cuéllar, donde los dogmas religiosos —e incluso la creencia en los santos, cuyas imágenes pueblan la casa de Francisco Primo de Verdad— tratan de ser conciliados con una visión secular del mundo. A fin de cuentas, la novela de Almazán parece sumarse a una tendencia, compartida por varios hombres de letras, a llenar vacíos y resituar el problema de la religiosidad en un mundo cada vez más secularizado.

Es en este aspecto que la novela de un conservador no parece tan lejana a los proyectos de otros liberales, y entonces las fronteras entre conservadurismo y liberalismo se difuminan, se muestran inestables, e incluso, en ciertos sentidos, llegan a parecer complementarias en el marco de un diálogo constante sobre los derroteros y la identidad de la nación. En muchos aspectos, la novela de Almazán es afín a los proyectos de Altamirano, incluido su concepto de literatura nacional, el cual tuvo como punto de partida algunas ideas desarrolladas por la Academia de Letrán (1836-1856). Si Altamirano y la asociación que le precedió contemplaban la necesidad del reconocimiento y la afirmación de las peculiaridades de la cultura y la geografía nacional, a ese proyecto se suma *Un hereje y un musulmán* con la representación de la naturaleza, las ruinas prehispánicas, las frutas y alimentos típicos, las costumbres —elementos que hoy en día son sumamente recurrentes cuando se habla de la nación mexicana—, y en este sentido su mayor aportación consiste en que todos estos elementos se muestran como conviviendo en un mismo país, que es amplio e irreductible a una unidad, y que está impregnado de historia.

El pasado colonial, para los hombres de letras de la República Restaurada, pareciera constituirse en el momento en que se ubica el origen de ciertos elementos que definen la

identidad nacional —una organización social particular, ciertos valores, algunos problemas, determinados rasgos culturales— o al menos en el que se reconocen importantes semejanzas con el presente, y que son las que permiten las comparaciones entre los tiempos. Sin embargo, al ser representado por hombres cuya atención no estaba centrada en un solo lugar o asunto y que además tendían a percibir su propia realidad como fragmentada, se convierte en un elemento que puede significar muchas cosas al mismo tiempo y que imposibilita pensar la identidad nacional como una unidad coherente que sigue una sola dirección.

Conclusiones

Al iniciar esta investigación esperaba mostrar que, a través de la representación del pasado colonial, las novelas históricas de los autores liberales de la República Restaurada generaban ciertos puentes que intentarían resolver la ruptura fundamental entre pasado colonial y presente, inaugurada por el patriotismo criollo y el imaginario liberal de las primeras décadas del México independiente, a través de figuras como el marqués de Gelves o el virrey Revillagigedo, de manera que la Reforma se mostrara arraigada en el pasado, aunque al mismo tiempo se señalaran importantes elementos de ruptura, como la organización de la sociedad colonial y el papel predominante que en ella desempeñaba la Iglesia. Asimismo, quería mostrar que la identificación con los buenos gobernantes coloniales también implicaba problemas en la medida en que provocaba una clara tensión frente al imaginario sobre la Independencia como un levantamiento contra el gobierno español.

En este sentido, logré mi propósito y quizás éste sea un punto de partida para investigaciones futuras en torno a una forma de figurar la relación con el pasado colonial que parece tener mucho más que decir sobre la forma en que los mexicanos nos hemos imaginado a nosotros mismos a través del tiempo. La lectura del tomo 2 de *México a través de los siglos* sugiere precisamente que el imaginario sobre el mestizaje que comenzó a desarrollar ahí Riva Palacio —el cual ya ha sido estudiado por Agustín Basave y Guillermo Zermeño, pero está también envuelto en una serie de problemas narrativos que todavía hace falta analizar a fondo—²⁷⁷ corre a la par de una insistente referencia a las aportaciones de distintos gobernantes —en particular los ilustrados, aunque también otros— a la conformación y organización del país. Hoy en día, la

²⁷⁷ Mi lectura de *México a través de los siglos* me sugiere que el texto involucra una serie de problemas narrativos semejantes a los que aquí se han expuesto. Quizás investigaciones como la presente inviten a nuevas relecturas críticas de la obra histórica de Vicente Riva Palacio.

oficina más emblemática de la Secretaría de Gobernación —la Subsecretaría de Asuntos Jurídicos y Derechos Humanos— se encuentra en la calle que lleva el nombre de un virrey ilustrado, Antonio María de Bucareli. Por su parte, el “Caballito”, estatua en honor del rey ilustrado Carlos IV —encargo del virrey marqués de Branciforte a Manuel Tolsá a finales del siglo XVIII y cuya imagen también figura en *México a través de los siglos*— es una de las estatuas más conocidas de las muchas que pueblan el Centro Histórico de la Ciudad de México.²⁷⁸ Ejemplos como estos quizás sugieren que los gobiernos ilustrados siguen siendo un elemento activo en el imaginario sobre la nación.

Por otra parte, en la presente investigación me proponía mostrar cómo la novela de un escritor asociado con el conservadurismo generaba una imagen del pasado que también es actual en la medida en que en ella se pueden reconocer ciertos elementos que han estado presentes en la manera en que nos hemos construido imaginariamente como nación: la naturaleza nacional, las ruinas prehispánicas, los alimentos típicos, la herbolaria, una realidad dividida en dos mundos, la cultura indígena y la occidental, la religión cristiana. Dichos elementos, en tanto que son presentados como realidades coexistentes que no implican necesariamente contradicciones entre sí, generan una imagen menos conflictiva y contradictoria del pasado de la nación —en dado caso, el mayor conflicto, uno que es propio de la modernidad, sería el de la percepción de una

²⁷⁸ En octubre de 2013, unos trabajos de restauración causaron daños irreversibles en el “Caballito” de Carlos IV y la noticia fue difundida por todos los medios de comunicación. El hecho causó indignación entre distintos sectores de la población. Sin embargo, aparentemente, los daños a esculturas históricas comenzaron mucho antes, por ejemplo, con la remodelación de la Alameda Central, y no llamaron la atención. En una conversación con Alejandro Hernández Escorcía, un estudioso de la historia del arte, él aseguró que, en la remodelación de la Alameda, “Las esculturas que fueron dañadas por los tratamientos agresivos de Marina [la misma empresa que intentó la restauración del Caballito], fueron alteradas en la capa de pátina que las cubre, esa pátina se compone de un acabado que le otorgó el escultor o el tiempo que ha oxidado parte de la pieza y es testimonio del tiempo. Al eliminarla con tratamientos altamente agresivos, se destruye la historia exhibitiva de la pieza y parte de la historia de la técnica con que fue elaborada”. Dichos daños nunca fueron revelados, al contrario, se exaltó en los periódicos los esfuerzos del gobierno del Distrito Federal por el remozamiento de la Alameda Central. Amén de que los daños a las estatuas de la Alameda fueron aparentemente menores que los que sufrió el Caballito, quizás la indignación pública tiene más que ver con lo que representa esta última estatua para la sociedad mexicana.

realidad histórica cambiante, poblada de hombres que buscan incidir en el curso de los acontecimientos, y que vuelve traumática la experiencia del mundo—.

Sin embargo —y aquí propongo una reflexión final en torno a este tema—, la novela histórica que más ha impactado hasta nuestros días es la que más tensiones y contradicciones genera entre los distintos pasados que componen la realidad nacional. *Monja y casada*, no la mejor construida entre las tres obras aquí analizadas y quizás la que presenta mayores problemas de carácter narrativo, es la novela histórica del siglo XIX más leída y estudiada hoy en día: además de al menos cinco trabajos que analizan detalladamente esta novela y otros tantos que la incluyen en un estudio general de la obra de Vicente Riva Palacio o de la novela histórica mexicana,²⁷⁹ ha sido reeditada diez veces por Porrúa y existen al menos otras dos ediciones, la de Océano y la de Aguilar, en la antología de Antonio Castro Leal *La novela del México Colonial* (1964) —que tuvo cuatro reediciones—, donde también aparecen las otras dos novelas aquí analizadas.

En cambio, las novelas que propician una relación menos marcada por la ruptura frente al conjunto del pasado Colonial —donde hay más elementos que propician la identificación—, o que generan una visión un poco más integradora del mundo a partir de una narrativa mejor estructurada, han sido las que menos han captado la atención. De *El pecado del siglo*, aparte de la antología de Castro Leal, sólo fue recientemente

²⁷⁹ Entre los estudios de *Monja y casada* se cuentan las tesis de María Teresa Solórzano Ponce, “La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio”, Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, Cecilia Colón Hernández “El romanticismo del siglo XIX mexicano a través de una novela representativa: *Monja y casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio”. Otros estudios abordan dos novelas de Riva Palacio, tal es el caso de Marco Antonio Chavarín y Yun Sook Kim, con las tesis “*Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza: una subordinación didáctica a las estructuras narrativas*” y “Estrategia identificadora usada por el general Vicente Riva Palacio en *Monja y casada* y *Martín Garatuza*, desde la *story* hasta la Historia”, respectivamente. Sobre el conjunto de la obra de Riva Palacio José Ortiz Monasterio publicó *Historia y ficción y México eternamente*; asimismo, recientemente el Fondo de Cultura Económica publicó una antología general que incluye una introducción de Esther Martínez Luna y tres ensayos críticos, uno de los cuales, el de Leticia Algaba, está dedicado a las novelas históricas de Riva Palacio. Finalmente, Alejandro Araujo incluye la novelística de Riva Palacio en su estudio sobre el desarrollo de las novelas históricas y el pacto de lectura en el siglo XIX mexicano, *Historia, novela y lecturas*.

reeditada en 2007 por Belem Clark de Lara y, hasta donde sé, más allá del análisis que yo misma he realizado en mi tesis de maestría —en que se incluye también la obra de Almazán— sólo existen los trabajos que llevó a cabo la misma Clark de Lara. Por su parte, resulta sorprendente que Porrúa haya reeditado tres veces *Un hereje y un musulmán*, pero fuera de ello —y aparte de mis propios estudios—, no hay sobre esta novela mayor trabajo que un artículo publicado por el costarricense José Ricardo Chaves.

En este sentido, la presente investigación pretende ser una invitación a la lectura pero, sobre todo, a la reflexión y al cuestionamiento sobre las formas en que los mexicanos nos hemos ido imaginando a nosotros mismos a través del tiempo. Los resultados aquí volcados pueden añadir elementos al estudio de la conformación de la identidad nacional, que hasta ahora se ha centrado fundamentalmente en el conflicto entre la identidad criolla y la mestiza y que sólo recientemente ha atendido a otros elementos como las costumbres, la comida típica, la naturaleza y el espacio nacional, o incluso un movimiento ilustrado que siguió influyendo en el pensamiento político y en la literatura, al menos, hasta el segundo tercio del siglo XIX.

Por otra parte, cabe advertir que el análisis de los imaginarios sobre el pasado que construyen y difunden las novelas de tema colonial publicadas en la República Restaurada también ha implicado descubrimientos inesperados. El estudio de la configuración del tiempo y los problemas que involucra con respecto a las relaciones entre pasado y presente, así como entre el hombre y el espacio que habita, no solamente ha revelado que existieron muy distintas formas de figurar y significar el mundo en la República Restaurada —diversas poéticas de la historia y de la novela histórica— sino que además sugiere que, detrás de las dificultades para construir una imagen cohesionada e integrativa de la historia nacional, hay una percepción conflictiva del

acontecer y de la propia historicidad. Ésta se revela particularmente en una serie de individuos idealizados, que carecen de espacio propio, pasiones y ambiciones personales y que nunca actúan en su beneficio personal, desde los cuales se proyecta la imagen de un orden de mundo y unos valores estables que se contraponen o permanecen ajenos a un mundo en movimiento, profundamente humano de seres que desean, actúan y ambicionan.

Ésta es la única constante en las tres novelas aquí analizadas y es un indicio de que quizás constituyó un problema central en la representación del pasado colonial y del acontecer en las novelas históricas de la República Restaurada, una época en que se buscaba estabilizar y ordenar a una sociedad caótica y dividida después de décadas de guerras civiles. Evidentemente, esta es sólo una suposición que habría que confirmar con el análisis de otras novelas, en particular aquellas protagonizadas por héroes rebeldes, como *Martín Garatuza* (1868-1869), *Los piratas del Golfo* (1869), *Memorias de un impostor* (1872), todas ellas de Vicente Riva Palacio. Mi lectura de estos textos me sugiere que las contradicciones no se resuelven, sino que se hacen más profundas ante la imposibilidad de conciliar contenidos revolucionarios con la tendencia a la afirmación de un orden de mundo estable.

Faltaría, asimismo, ver si este conflicto se extiende a obras que representan otros pasados: el prehispánico, en *Los mártires del Anáhuac* (1870), de Eligio Ancona, la independencia o la intervención francesa, en obras como *Sacerdote y caudillo* (1869) y *El Cerro de las Campanas* (1868) de Juan A. Mateos. También es posible que estos textos impliquen problemas muy distintos a los que se expresan en las novelas aquí analizadas en tanto que actualizan imaginarios que —según indican estudios como los de David Brading y Tomás Pérez Vejo— tuvieron un desarrollo diferente al del pasado

colonial en los discursos políticos y en los relatos históricos, y cuyas características, en lo que respecta a la novela histórica, son una tema de investigación pendiente.

La misma novela de tema colonial tiene mucho que decir todavía acerca de su desarrollo, sus poéticas y los imaginarios que transmite si se considera, por ejemplo, que en *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O'Reilly, hay un mensaje revolucionario que guía todos los acontecimientos del relato, donde los personajes sí tienen una dirección y objetivos claros, y para alcanzarlos no sólo se enfrentan al mundo que los rodea sino que triunfan en su intento. En ella es posible advertir además frecuentes descripciones a través de las cuales se revela el paso del tiempo y la historicidad del mundo que quizás generen la imagen de un hombre que sí tiene una relación estrecha con el espacio que habita. La novela de Sierra, reconocido liberal, acusa una poética muy distinta a las de los liberales de la República Restaurada, y el contraste entre ellas quizás ayude a comprender mejor el desarrollo de las ideologías y las formas de representación del mundo y el pasado colonial a lo largo del siglo XIX mexicano.

La propuesta de análisis aquí desarrollada puede ser el punto de partida para generar nuevas aproximaciones a la novela histórica que contribuyan a evidenciar la complejidad de los imaginarios sobre el pasado y el presente que transmiten, a problematizarlos, a revelar las aporías que subyacen a los discursos novelescos así como su necesidad de ser así en un contexto histórico determinado. Eso, a fin de cuentas, ayudará a entender mejor no sólo la especificidad de las novelas históricas producidas en México, sino también los modos de comprensión y de incomprensión del mundo que las estructuraron a lo largo del tiempo, y cuyo desarrollo, aparentemente, no fue lineal sino que está ligado a coyunturas históricas particulares.

La presente investigación ha contribuido a evidenciar un liberalismo de diversos rostros, contradictorio y problemático, que en las novelas históricas de la República Restaurada tendió a figurar su imagen de progreso en torno a individuos que no desean, que no se apropian de su espacio, que no ambicionan para sí y mucho menos buscan riquezas, y así contribuyen a reafirmar la imagen de un orden de mundo estable y tradicional. Un progreso sobre todo de orden moral que implica poco movimiento social o económico y que, por tanto, no apuntaba a explicar o resolver la parálisis económica y las desigualdades sociales que enfrentaba México en ese entonces, que no apuntaba a insertar a México en las dinámicas propias de la modernidad, donde la ambición y los deseos individuales se constituyeron en motor de la economía y del desarrollo social.

La imagen del hombre que se transmite a través de los personajes idealizados genera asimismo interrogantes en torno a lo que podía significar la secularización para los hombres de la República Restaurada. Es claro que involucra un sistemático rechazo de la influencia de la Iglesia en la vida pública, pero ¿hasta qué punto también podía implicar nuevas relaciones del hombre con el mundo que habitaba?; ¿de qué manera los hombres de la República Restaurada pudieron imaginarse a sí mismos como ligados intrínsecamente a su mundo y desarrollaron una experiencia secular del mismo?; ¿hasta qué punto la relación conflictiva con la historicidad, vinculada con una experiencia traumática de las últimas guerras civiles, se pudo traducir también en una comprensión problemática y contradictoria de la secularización del mundo y del hombre?

El análisis de todas las novelas, donde el espacio aparece frecuentemente dissociado de la experiencia del hombre —ya sea que revele un desarrollo paralelo o siga una dirección contraria—, o tiende a identificarse con él en tanto que reflejo de valores o antivalores, sugiere también interrogantes en torno a la forma en que el espacio y sus características singulares se fueron incorporando a la imagen de la nación; es decir,

¿hasta qué punto, en qué momentos, o bajo qué circunstancias la identidad nacional llegó a identificarse con un lugar concreto y a pensarse como derivada del mismo, de su especificidad? Es claro que mucha literatura del siglo XIX exaltó la naturaleza nacional, la arquitectura prehispánica, o incluso los edificios coloniales, pero según se ha visto previamente, en el capítulo dedicado a la novela de Almazán, éstos tendieron a presentarse completamente exteriorizados. La interrogante consiste en si existió literatura u otro tipo de textos que, en esa misma época, antes o posteriormente, tendiera a generar relaciones intrínsecas entre el hombre y el espacio nacional y en qué sentido se dan esas relaciones. En caso de que no se presentara la tendencia a derivar al hombre de su circunstancia espaciotemporal o histórica, o que su influencia haya sido mucho menor, ¿cómo esto impactó en la representación de la identidad nacional a lo largo del siglo XIX?

Las interrogantes que sugieren los resultados de la presente investigación son numerosas y abren la ventana no sólo a nuevos estudios de carácter literario sino que proponen trabajos que vinculen distintas áreas del conocimiento para generar comprensiones más amplias y complejas de distintos fenómenos y conceptos que aquí apenas se han esbozado. En este sentido, por ejemplo, en esta investigación se ha ido revelando una República Restaurada compleja, dinámica, inquietante, que no ha sido objeto de gran interés por parte de los historiadores revisionistas, pero que a partir de la evidencia de su carácter polémico puede despertar la curiosidad de nuevos investigadores que ayuden a repensar las características de este periodo fundacional de la historia de México.

Bibliografía

Bibliografía directa

Almazán, Pascual, *Un hereje y un musulmán* en Antonio Castro Leal (estudio preliminar, selección y notas preliminares), *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed., 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. II, pp. 847-970.

Cuéllar, José Tomás de, *El pecado del siglo. Novela histórica [Época de Revillagigedo-1789]* (1869) en *Obras I. Narrativa I*, edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de Belem Clark de Lara, México, UNAM: Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007.

Riva Palacio, Vicente, *Monja y casada, virgen y mártir*, 9ª ed., 2 tt., Ed. y pról. Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 18-19), 2002.

Obras literarias complementarias

Almazán, Pascual, *Estifelio. Leyenda sajona (1533)*, pról. de Jorge F. Hernández, México, Conaculta / Libros del Umbral (El Pensil, 8), 2002.

Altamirano *La navidad en las montañas*, en *3 novelas cortas*, páginas preliminares de Carlos González Peña, México, SEP (Biblioteca Enciclopédica Popular, 22), 1944, pp. 17-62.

-----, *El Zarco*, México, Ediciones Leyenda, 2000.

Ancona, Eligio, *El filibustero*, en Antonio Castro Leal (estudio preliminar, selección y notas preliminares), *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed., 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. I, pp. 629-800.

-----, *Los mártires del Anáhuac*, en Antonio Castro Leal (estudio preliminar, selección y notas preliminares), *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed., 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. I, pp. 411-624.

- Arias, Juan de Dios, "El evangelista", *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Present. Rosa Beltrán, México, Conaculta (Clásicos para Hoy), 1997, pp. 20-29.
- Cuéllar, José Tomás de, *El comerciante en perlas*, recuperación y estudio preliminar de Luis Mario Shneider, México, UNAM, 1997.
- , *Ensalada de pollos*, en *La Ilustración Potosina. Semanario de literatura, poesías, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos*, (1869-1870), eds. José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, ed. facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, est. prel., notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, México, UNAM, 1989, *passim*.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Don Catrín de la Fachenda*, Pról. Mariana Ozuna, México, Lectorum, 2001.
- L[acunza], J[osé] M[aría], *Netzula*, en Celia Miranda Cárabes, ed., *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, pp. 129-151.
- Mateos, Juan A., *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, Pról. Clementina Díaz y de Ovando, 4ª ed., México, Porrúa (Sepan Cuántos, 123), 2006.
- Miranda Carabés, Celia, ed., *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, estudio preliminar celia Miranda Carabés, ensayo de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana, 96), 1998.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Venganza y remordimiento*, México, Díaz de León y White Editores, 1869.
- Pacheco, José Ramón, *El criollo*, en Celia Miranda Cárabes, ed., *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, pp. 251-274.
- Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, pról. Antonio Castro Leal, 22ª. ed., México, Porrúa (Sepan Cuántos..., 3), 2003.

- Pesado, José Joaquín, *El inquisidor de México*, en Celia Miranda Cárabes, ed., *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, pp. 207-229.
- Pizarro, Nicolás, *Obras II. El monedero*, Ed. recopilación y notas Carlos Illades y Adriana Sandoval, México, UNAM (Nueva biblioteca Mexicana, 154), 2005.
- Ramírez, Ignacio, “La estanquillera”, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Present. Rosa Beltrán, México, Conaculta (Clásicos para Hoy), 1997, pp. 110-117.
- Riva Palacio, Vicente, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, México, Conaculta / UNAM / Instituto Mexiquense de cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Obras Escogidas, VI), 1997.
- , *Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición*, 2ª ed., pról. Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Sepan Cuántos, 471), 1998.
- , *Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición*, México, Conaculta / UNAM / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Obras Escogidas, V), 1997.
- , *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México*, 4ª ed., Ed. y pról. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 33-34), 2000.
- , *Los piratas del Golfo*, 2ª ed., Ed. y pról. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 25), 1971.
- , *La vuelta de los muertos*, México, Porrúa (Sepan Cuántos, 507), 1986.
- Rodríguez Galván, Ignacio, “Profecía de Guatimoc”, en *Poesía romántica*, pról. José Luis Martínez, sel. Alí Chumacero, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 30), 1993.
- Sierra O'Reilly, Justo, *La hija del judío*, 2 t., 2ª ed., ed. y pról. Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80), 1982.

Tovar, Pantaleón, “La recamarera”, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Present.
Rosa Beltrán, México, Conaculta (Clásicos para Hoy), 1997, pp. 79-91.

Bibliohemerografía de referencia

Alberro, Solange, *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, México, El Colegio de México (Jornadas, 122), 1992.

Algaba Martínez, Leticia, “Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX. Estudio de historia literaria comparada”, tesis doctoral, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2007.

-----, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, 2ª ed., Pról. Leonardo Martínez Carrizales, México, UAM, 2008.

-----, “La novela histórica de Vicente Riva Palacio”, en Vicente Riva Palacio, *Magistrado de la República literaria. Una antología general*, sel. y estudio preliminar Esther Martínez Luna, ensayos críticos de Leonardo Martínez Carrizales, Leticia Algaba y Jesús Pérez Magallón, México, FCE / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, pp. 373-395.

Almazán, Pascual, “Discurso en el aniversario del diez y seis de septiembre”, Puebla, Imprenta de José María Macías, 1849, en *Biblioteca Nacional de España* <<http://www.bne.es/es/Inicio/index.html>> [consulta: diciembre: 2012].

Altamirano, Ignacio Manuel, “Revistas literarias de México (1821-1867)” y “La literatura en 1870. La novela mexicana”. *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, selección y notas de José Luis Martínez, México, SEP, 1988, t. I, pp. 29-174 y 230-236.

- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.
- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana I. La colonia. Cien años de República*, 2ª ed., México, FCE (Breviarios, 89), 1970.
- Annino, Antonio, “Ciudadanía ‘versus’ gobernabilidad republicana en México. Los orígenes de un dilema” en *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, Coord. Hilda Sabato, México, FCE / El Colegio de México, 1999, pp. 62-93.
- y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2003.
- Araujo Pardo, Alejandro, *Novela, historia y lecturas. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana / UAM, 2009.
- Argullol, Rafael, *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*, Madrid, Taurus, 1999.
- Aristóteles, *La poética*, trad. Alonso Ordóñez das Seijas y Tovar, corregida por Casimiro Florez Canseco, Madrid, Antonio de Sancha, 1778, <<http://books.google.com.mx/>> [consulta: agosto de 2011].
- Backzco, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, trad. Pablo Batesh, Buenos Aires, Nueva Visión (Cultura y Sociedad), 2005.
- Bajtín, Mijaíl M., “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela” y “Épica y novela. Acerca de la metodología del análisis novelístico”, *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*, tr. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra, Madrid, Taurus (Teoría y Crítica Literaria), 1989, pp. 237-409 y 449-485.

- , *Estética de la creación verbal*, 10ª ed. en español, tr. Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI (Lingüística y Teoría Literaria), 1999.
- Barreda, Gabino, *Estudios*, 3a. ed., sel. y pról. de José Fuentes Mares, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 26), 1992.
- Basave, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 2002.
- Bashet, Jérôme, “Introducción”, “La lógica de la salvación”, *La civilización feudal, Europa del año mil a la colonización de América*, trad. Arturo Vázquez Barrón y Mariano Sánchez Ventura, prefacio de Jaques Le Goff, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2009, pp. 19-44, 403-441.
- Benjamin, Walter, “París, capital del siglo XIX”, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*, Madrid, Taurus, 1980, pp. 173-190.
- Berlin, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, tr. Silvina Marí, ed. Henry Ardí, Madrid, Taurus (Pensamiento), 2000.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, 13ª ed. en esp, tr. Andrea Morales Vidal, México, Siglo XXI, 2001.
- Bermúdez, María Teresa, “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876”, en *Historia de la lectura en México*, 2ª ed., 3ª reimp., México, El Colegio de México, 2005, pp. 127-152.
- La Biblia, 3ª. ed. de la versión latinoamericana, Madrid, Ediciones Paulinas / Editorial Verbo Divino / Editorial Alfredo Ortells, 1972.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco, “La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico”, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 2002.

- Brading, David A., “La monarquía católica”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 15-46.
- , *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, tr. Soledad Loaeza Grave, México, SEP (SepSetentas, 82), 1973.
- Brushwood, J. S., *México en su novela*, 1ª. ed. en esp., tr. Francisco González Aramburo, México, FCE (Breviarios, 230), 1973.
- Burke, Peter, *El Renacimiento*, tr. Carme Castells, Barcelona, Crítica (Biblioteca de Bolsillo), 1999.
- Cabrera Quintero, Conrado Gilberto, “La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2002.
- Carballo, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, colab. Jesús Gómez Morán y Elizabeth Salazar Hernández, México, Océano / Conaculta, 2001.
- Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, 2 t., tr. Antoni Vicens, Barcelona, Tusquets, 1983.
- Chavarín González, Marco Antonio, “*Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza: una subordinación didáctica a las estructuras narrativas*”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006.
- Chaves, José Ricardo, “El fistol del musulmán. Crimen y religión en la obra de José Pascual Almazán”, en Enrique Flores y Adriana Sandoval (coords.), *Un sombrero negro salpicado de sangre. Narrativa criminal del siglo XIX*, México, UNAM, 2008, pp. 89-106.

- Chiaramonte, José Carlos “Modificaciones del pacto imperial”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 85-116.
- Clark de Lara, Belem, “Ficción y verdad en *El pecado del siglo* de José Tomás de Cuéllar”, en *Andamios* [en línea], vol. 8, núm. 15, enero-abril de 2011, pp. 111-138, <<http://www.scielo.org.mx/pdf/anda/v8n15/v8n15a6.pdf>>, [consulta: julio: 2012].
- Colón Hernández, Cecilia, “El romanticismo del siglo XIX mexicano a través de una novela representativa: *Monja y casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2009.
- Connaughton, Brian, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía en México, siglo XIX*, México, UAM / FCE (Obras de Historia), 2010.
- , “Religión, conservadurismo y liberalismo. La economía política de la fe, 1821-1857”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, pp. 324-362.
- Constitución Política de la República Mexicana (1857), Título I, Sección 4, “De los ciudadanos mexicanos”, consultado en *Instituto de Investigaciones Jurídicas* <<http://www.juridicas.unam.mx/infjur/leg/conshist/pdf/1857.pdf>> [consulta: marzo, 2012].
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida Política I*, México, El Colegio Nacional, 2009.
- Cuéllar, José Tomás de, “Los artesanos”, *La Linterna Mágica. Periódico Joco-Serio. Perfectamente Independiente con Caricaturas*, 5 de diciembre de 1868, pp. 1-2.

- , “La literatura nacional”, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, Coord. Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM, 1996, pp. 215-221.
- , “Revista. Diciembre 22 de 1869”, *La Ilustración Potosina. Semanario de literatura, poesías, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos*, (1869-1870), eds. José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, ed. facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, est. prel., notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, México, UNAM, 1989, pp. 97-110.
- , “Revista. Marzo 12 de 1870”, *La Ilustración Potosina. Semanario de literatura, poesías, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos*, (1869-1870), eds. José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, ed. facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, est. prel., notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, México, UNAM, 1989, pp. 197-220.
- Escalante Gonzalbo, Fernando “La imposibilidad del liberalismo en México”, en Josefina Zoraida Vázquez, coord., *Recepción y transformación del liberalismo en México. Homenaje al profesor Charles A. Hale*, pp. 13-30.
- Escamilla González, Iván, “La corte de los virreyes”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord., *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, pp. 371-406.
- Feijoo, Rosa, “El tumulto de 1624”, *Historia Mexicana*, vol. 14, núm. 1, julio a septiembre de 1964, pp. 42-70. En línea: *El Colegio de México*, <http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/57UEMDI2HYKDFT7LQI1IKKQMIT4AMK.pdf>.
- Fernández, Martha, “De puertas adentro: La casa habitación”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord., *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, p. 47-48.
- Fernández Prieto, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 2ª ed., Navarra, España, Universidad de Navarra, 2003.

- Florescano, Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus (Pasado y Presente), 2002.
- Galindo y Villa, Jesús, “La Reforma” y “La evolución de la ciudad”, *Historia sumaria de la ciudad de México*, México, Gobierno de la ciudad de México, 2000, pp. 169-187.
- Genette, Gérard, *Figures III*, Paris, Éditions du Seuil (Poétique), 1972.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, coord., *Historia de la vida cotidiana en México*, México, El Colegio de México / FCE, 2005, tt. II-IV.
- González, Luis, “República Restaurada”, *Historia General de México*, Versión 2000 México, El Colegio de México, 2000, pp. 635-652.
- González González, Enrique, “La universidad: estudiantes y doctores”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord., *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, pp. 161-305.
- González Navarro, Moisés, “El mestizaje mexicano en el periodo nacional”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 30, núm. 1, enero a marzo de 1968, pp. 35-52, <<http://www.jstor.org/discover/10.2307/3539019?uid=3738664&uid=2129&uid=2&uid=70&uid=4&sid=56213180153>>, [consulta: mayo, 2012].
- González Obregón, Luis, “La vida colonial en las calles y en las plazas”, *Leyendas de las calles de México*, en Antonio Castro Leal (estudio preliminar, selección y notas preliminares), *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed., 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. II, pp. 1068-1070.
- González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, 11ª ed, México, Porrúa, 1972.

- Guerra, François-Xavier, *México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2ª ed., t. I, Trad. Sergio Fernández Bravo, México, FCE (Selección de Obras de Historia), 1991.
- , “Las mutaciones de la identidad en la América Hispánica” en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 185-220.
- Hale, Charles Adams, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Tr. Purificación Jiménez, México, FCE, 2002.
- Hartog, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencia del tiempo*, Tr. Norma Durand y Pablo Avilés, México, Universidad Iberoamericana, 2003.
- Hauser, Arnold, “Rococó, clasicismo y romanticismo” en *Historia social de la literatura y el arte II. Desde el rococó hasta el época del cine*, tr. A. Tovar y F. P. Varas Reyes, introd. Valeriano Bozal, México, Mondadori (De Bolsillo), 2005, pp. 9-244.
- Hernández Landa Valencia, Verónica, “La representación de la Colonia en tres novelas históricas del siglo XIX mexicano”, tesis de maestría, México, UNAM, 2009.
- , : “Los tiempos de la historia en *Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 3, núm 137, 2011, pp. 67-87.
- , “Una novela de la historia: *La hija del judío*. Una aproximación”, tesis de licenciatura, México, 2006.
- Hernández López, Conrado, “La ‘reacción a sangre y fuego’: los conservadores en 1855-1867” en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, pp. 267-299.
- Historia general de México*, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Históricos, 2000.

Horacio, Flaco, Quinto, *Arte poética o Epístola a los Pisones*, reproducción digital a partir de la edición de *Colección de Obras en verso y prosa de D. Tomás de Yriarte*, t. IV, Madrid, Imp. Real, 1805, pp. LXV, 1-124. En línea: *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/arte-poetica-de-horacio-o-epistola-a-los-pisones-traducida-en-verso-castellano-0/html/>> [consulta: marzo, 2011].

Illades, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta (Sello Bermejo), 2005.

-----, “La representación del pueblo en el segundo romanticismo mexicano”, *Signos Históricos*, núm 10, julio a diciembre de 2003, pp. 17-36.

----- y Adriana SANDOVAL, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, UAM / Plaza y Valdés, 2000.

Jáuregui, Carlos A., “Guardarropía histórica y simulacros de alteridad; salvajes y caníbales de los relatos nacionales”, *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2008, pp. 223-310.

Jáuregui, Luis, “Las reformas borbónicas”, en *Nueva historia mínima de México ilustrada*, México, secretaría de Educación del Gobierno del Distrito Federal / El Colegio de México, 2008, pp. 197-244.

Jiménez Gómez, Juan Ricardo, “Diversiones, fiestas y espectáculos en Querétaro”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord. *Historia de la vida cotidiana en México*, t. IV, pp. 333-366.

Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, 3ª ed. México, Botas, 1942.

-----, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, 19ª ed., México, FCE, 1989.

- Jitrik, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Kim, Yun Sook, “Desde la historia —y la historia— hasta la identidad política: la estrategia narrativa del General Vicente Riva Palacio en *Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza*”, *ConNotas. Revista de Crítica y Teoría Literaria* [en línea], vol. 5, núm. 9, 2007, pp. 53-68, <http://www.connotas.uson.mx/connotas/index.php?option=com_content&view=article&id=247&tmpl=component&task=preview>, [consulta: julio, 2012].
- , “Estrategia identificadora usada por el general Vicente Riva Palacio en *Monja y casada y Martín Garatuza*, desde la *story* hasta la Historia”, tesis doctoral, Los Ángeles, Universidad de California, 2008.
- Knight, Alan, “El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)”, *Historia Mexicana*, vol. 35, núm. 1, 1985, pp. 59-91.
- Koselleck, Reinhart, “Futuro pasado del comienzo de la modernidad”, “Historia Magistra Vitae” y “El azar como residuo de motivación en la historiografía” en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Tr. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 21-66 y 155-171.
- Lempérière, Annick, “Reflexiones sobre la terminología política del liberalismo”, en Brian Connaughton, Carlos Illades y Sonia Pérez Toledo (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México en el siglo XIX*, México: El Colegio de Michoacán / UAM / El Colegio de México / UNAM, 1999, pp. 35-56.
- Lomnitz, Claudio, “Por mi raza hablará el nacionalismo revolucionario. (Arqueología de la unidad nacional)”, en *Nexos* [en línea], 1º de febrero de 2010, <<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=72987>>, [consulta: octubre, 2012].

- Lukács, Georg, *La novela histórica*, 3ª ed. en español, tr. Jasmin Reuter, México, Era (Biblioteca Era. Ensayo), 1977.
- Luzán, Ignacio de, *La poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, edición digital basada en la de Zaragoza, Francisco Revilla, 1737 y Madrid, Antonio Sancha, 1789, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante <<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=1132>> [consulta: marzo, 2011].
- Mac Gregor, Josefina (coord.), *Miradas sobre la nación liberal: 1848-1948. Proyectos, debates y desafíos*, 3 tt., México, UNAM, 2010.
- Mariño, Ana I., “Panorama económico de la República Restaurada” en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, pp. 167-180
- Martínez Luna, Esther, “Vicente Riva Palacio: El político que quiso ser escritor”, en Vicente Riva Palacio, *Magistrado de la República literaria. Una antología general*, sel. y estudio preliminar Esther Martínez Luna, ensayos críticos de Leonardo Martínez Carrizales, Leticia Algaba y Jesús Pérez Magallón, México, FCE / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, pp. 13-37.
- Merino, Daniela, “*Ahora que Dios nos ha dado Padre* [...] El Segundo Imperio y la cultura jurídico-política campesina en el centro de México”, en *Historia Mexicana*, vol. 55, núm. 4, abril a junio de 2006, pp. 1353-1410.
- Mijares, Ivonne, “El abasto urbano: Caminos y bastimentos” en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord., *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, pp. 109-140.

- Moro, Raffaele, “Las distintas memorias de dos ‘embusteros’ (Nueva España, siglo XVII)”, ponencia leída en el IX Congreso Internacional de la Cultura Escrita, Alcalá de Henares, 29 de abril de 2008. [Consultado en archivo Word].
- Navarrete, Federico, “1847-1949: el siglo que cambió la historia indígena mexicana”, en Josefina Mac Gregor (coord.), *Miradas sobre la nación liberal: 1848-1948*, t. 1, pp. 125-175.
- Navarro, Joaquina, “Introducción” en *La novela realista mexicana*, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala (Destino Arbitrario, 8), 1992, pp. 15-39
- O’Gorman, Edmundo, *México, El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Conaculta (Cien de México), 1999.
- Ortiz Monasterio, José, *Historia y ficción: Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia, 1993.
- , *México eternamente: Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / FCE, 2004.
- , “Patria”, *tu ronca voz me repetía... Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (Serie Historia Moderna y contemporánea, 32), 1999.
- Pageaux, Daniel-Henri, “De la imagería cultural al imaginario” en Pierre Brunel e Yves Chevrel (dir.), *Compendio de literatura comparada*, Trad. I. Vericat Núñez, Dirs., Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1994, pp. 101-131.
- Palti, Elias José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005.

- , “Literatura y política en Ignacio Manuel Altamirano”, en Leila Area y Mabel Moraña (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario, Universidad del Rosario, 1994, pp. 73-103.
- , “Lucas Alamán y la involución política del pueblo mexicano. ¿Las ideas conservadoras ‘fuera de lugar’?” en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, pp. 300-323.
- , *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, México, FCE (Colección Popular, 634), 2003.
- Pani, Erika, “Cultura nacional, canon español”, en Clara E. Lida, comp., *España y el imperio de Maximiliano: Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 215-260.
- , “‘Las fuerzas oscuras’. El problema del conservadurismo en la historia de México”, en Erika Pani (coord.) *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, pp. 11-42.
- , coord., *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, t. I., México, FCE / Conaculta (Biblioteca Mexicana, Serie: Historia y Antropología), 2009.
- Payno, Manuel y Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, México, Conaculta (Cien de México), 2006.
- Pérez Magallón, Jesús, “Vicente Riva Palacio (y Juan A. Mateos) o el teatro como militancia liberal”, en Vicente Riva Palacio, *Magistrado de la República literaria. Una antología general*, sel. y estudio preliminar Esther Martínez Luna, ensayos críticos de Leonardo Martínez Carrizales, Leticia Algaba y Jesús Pérez Magallón, México, FCE / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, pp. 397-428.

- Pérez Toledo, Sonia, “Los españoles de la ciudad de México durante el segundo imperio”, en Clara E. Lida, comp., *España y el imperio de Maximiliano: Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 261-283.
- Pérez Vejo, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1869. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.
- , “Historia, antropología y arte: tres sujetos, dos pasados y una sola nación verdadera”, *Revista de Indias*, Vol. 72, Núm. 254, 2012, pp. 67-92.
- , “Imaginando a México: La pintura de la historia y la invención de la nación de los liberales”, en Josefina Mac Gregor (coord.), *Miradas sobre la nación liberal: 1848-1948*, t. 1, pp. 182-234.
- Perus, Françoise, “Aportes de la crítica literaria al estudio de la cultura latinoamericana”, *Anuario de Estudios Latinoamericanos*, núm. 35 (2002), pp. 81-123.
- , comp., introd., presentación y notas, *La historia en la ficción y la ficción en el historia. Reflexiones en torno a la cultura y algunas nociones afines: Historia, lenguaje y ficción*, colabs. Begoña Pulido Herráez y Luis A. Herrán Ávila, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Sociales, 2009.
- Pi-Suñer Llorens, Antonia, “La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico”, *Secuencia*, núm. 35, may.-ago. 1996, pp. 83-108.
- , “Una mirada retrospectiva: la pugna historiográfica por la construcción de la identidad nacional, 1948-1902”, en Josefina Mac Gregor (coord.), *Miradas sobre la nación liberal: 1848-1948*, t. 1, pp. 33-70.

- Pietschmann, Horst, “Los principios rectores de la organización estatal en las indias”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, *Inventando la nación Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 47-48.
- Pimentel, Luz Aurora, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI / UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- Pons, María Cristina, “ ‘Cuando se acerca el fin’: Introducción” y “La novela histórica: aproximaciones hacia su conceptualización y dinámica de cambio” en *Memorias del olvido. Del paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 15-109.
- Quijada, Mónica, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías en el imaginario hispanoamericano”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, pp. 287-315.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE (Tierra Firme), 1989.
- Rancière, Jacques, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, trad. Viviana Claudia Ackerman, Buenos Aires, Nueva Visión (Diagonal), 1993.
- , *Le partage du sensible, esthétique et politique*, Paris, La Fabrique-éditions, 2000.
- Rangel, Dolores, “El proyecto de nación e identidad de Vicente Riva Palacio en *Martín Garatuza*”, en *Especulo. Revista de Estudios Literarios* [en línea], núm 43, noviembre de 2009 a febrero de 2010, <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero43/garatuza.html>>, [consulta: mayo, 2012].
- El Renacimiento. Periódico Literario (México, 1869)*, Ed. facsimilar, México, UNAM (Fuentes de la Literatura Mexicana), 1993.

- Reséndez Fuentes, Andrés, “Guerra e identidad nacional”, *Historia Mexicana*, vol. 42, núm. 2, 1997, pp. 411-439.
- Rico Mansard, Luisa F., “Don José María Roa Bárcena, el historiador”, en *Semblanza de José María Roa Bárcena*, suplemento al *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* [en línea], 16-17, México, UNAM, 1986, pp. 34-41, <publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/download/.../422>, [consulta: octubre, 2013].
- Ricoeur, Paul, *Historia y narrativa*. Introd. Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque [traductor], Buenos Aires, Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona: Instituto de Ciencias de la Educación, 1999.
- , *Tiempo y narración*, 3 t., 5ª ed. en español, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2004.
- Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social político y religioso militar artístico científico y literario de México, desde la antigüedad remota hasta la época actual*, t. 2, México, Cumbre, 1962.
- Rubial García, Antonio, “Ángeles en carne mortal. Viejos y nuevos mitos sobre la evangelización de Mesoamérica”, *Signos Históricos*, núm. 7, enero a junio de 2002, pp. 19-51.
- , “De la visión retórica a la visión crítica. La plaza mayor en las crónicas virreinales”, en *Destiempos.com* [en línea], núm. 14, marzo a abril de 2008, pp. 413-429, <<http://www.destiempos.com/n14/rubial.pdf>> [consulta: marzo, 2012].
- , “La mitra y la cogulla. La secularización palafoxiana y su impacto en el siglo XVII”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. IX, núm. 73, 1998, pp. 237-272.

- , “Moctezuma y La Malinche, los reyes de América, mito y fiesta en la Nueva España Barroca”, en Manuel Fernández, Carlos Alberto González Sánchez y Natalia Maillard Álvarez (coords.) *Testigo del tiempo, memoria del universo, cultura escrita y sociedad en el mundo Ibérico (siglos XV-XVIII)*, Barcelona, Rubeo, 2009, pp. 541-560.
- Ruedas de la Serna, Jorge, “Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana (tópicos del romanticismo mexicano)”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1986.
- , coord., *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM: Coordinación de Humanidades, 1996.
- Ruiz Guerra, Rubén, “Liberalismo y religión ¿conceptos excluyentes?”, ponencia presentada en el coloquio Las Leyes de Reforma y el Estado Laico. Importancia Histórica y Validez Contemporánea, México, El Colegio de México-UNAM, octubre 2009. Consultado en archivo Word.
- Sánchez-Guillermo, Evelyne, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, en *Nuevo Mundo, Nuevos Mundos* [en línea], 30 de enero de 2007, <<http://nuevomundo.revues.org/3528>>, [consulta: octubre 2012].
- Sandoval, Adriana, “El Memorial ajustado de Carlos Bustamante, *El pecado del siglo* de Cuéllar y ‘La familia Dongo’ de Payno”, en Enrique Flores y Adriana Sandoval (coords.), *Un sombrero negro salpicado de sangre. Narrativa criminal del siglo XIX*, México, UNAM, 2008, pp. 131-147.
- Sedano, Franciso, “Plaza Mayor”, *Noticias de México*, 2 tt., México, Imprenta de J. R. Barbedillo, 1880, t. II, pp. 86-91

- Servier, Jean, *La utopía*, tr. Ernestina Carlota Zenzes, México, FCE (Breviarios, 319), 1982.
- Seydel, Ute, “Hacia un cambio de paradigmas teóricos en la historiografía, en los estudios culturales y la crítica literaria” en *Narrar Historia(s). La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Bullosa (un acercamiento transdisciplinario a la ficción histórica)*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2007, pp. 29-174.
- Solórzano Ponce, María Teresa, “La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio”, tesis de maestría, México, UNAM, 1991.
- Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, FCE, 2004.
- Sook Kim, Yun, “Desde la Historia —y la Historia— hasta la identidad política: Estrategia narrativa del general Vicente Riva Palacio en *Monja y casada* y *Martín Garatuzá*”, en *ConNotas. Revista de crítica y teoría literarias* [en línea], vol. 5, núm. 9, 2007, pp. 53-68, <http://www.connotas.uson.mx/connotas/index.php?option=com_content&view=article&id=247&tmpl=component&task=preview> [consulta: enero 2013].
- Tenenbaum, Bárbara A., “Manuel Payno y los bandidos del erario mexicano (1848-1873)”, Trad. Sergio Negrete, *Historia Mexicana*, vol. 44, núm. 1, 1994, pp. 73-106.
- Tollinchi, Esteban, *Romanticismo y modernidad. Ideas fundamentales del siglo XIX*, 2 vols, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1989, vol. II, pp. 577-1295.
- Unzueta, Fernando, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima-Berkeley, Latinoamericana, 1996.

- Vázquez, Josefina Zoraida, “De la independencia a la consolidación republicana” en *Nueva historia mínima de México ilustrada*, México, secretaría de Educación del Gobierno del Distrito Federal / El Colegio de México, 2008, pp. 245-324.
- , “Don Manuel Payno y la enseñanza de la historia”, *Historia Mexicana*, vol. 44, núm. 1, 1994, pp. 167-181.
- , coord., *Recepción y transformación del liberalismo en México. Homenaje al profesor Charles A. Hale*, México, El Colegio de México, 1999.
- Vázquez Guillén, Bertha, “Tras las huellas del ‘Zorro de Wexford’” (tesis de Maestría), México, UNAM, 2010.
- Villarroel, Hipólito, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se deben aplicar si se quiere que sea útil al Rey y al público*, México, Gobierno de la Ciudad de México / Miguel Ángel Porrúa, 1999.
- Viqueira, Juan Pedro, “Reflexiones contra la nación histórica del mestizaje”, *Nexos* [en línea], 1° de mayo de 2005, <<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=73176>>, [consulta: octubre, 2012].
- Voltaire, “De la Inquisición”, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, y sobre los principales hechos de la historia*, t. 6, tr. D.J.J., París, Librería Americana, 1827, pp. 238-269, en *Google Books* <<https://play.google.com/books/reader?id=amaxbOmmtgQC&printsec=frontcover&output=reader&authuser=0&hl=es&pg=GBS.PP7>> [consulta: mayo de 2013].
- White, Hayden, “Introducción: la poética de la historia” y “I. La imaginación histórica entre la metáfora y la ironía” en *Metahistoria. La imaginación histórica en la*

- Europa del siglo XIX*, 1ª. ed. en español, 2ª. reimp., tr. de Stella Mastrangelo, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2002, pp. 13-85.
- Zarco, Francisco, “La etapa final”, *Francisco Zarco [antología]*, 3ª. ed., sel y pról. José Woldemberg, México, Cal y Arena (Los Imprescindibles), 1998, pp. 651-734.
- Zavala Díaz, Ana Laura, “El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en *El Correo de México*”, tesis de licenciatura, México, UNAM, 1997.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE / SEP (Lecturas mexicanas, 81), 1985.
- Zermeño-Padilla, Guillermo, “Del mestizo al mestizaje: arqueología de un concepto”, en *Memoria y Sociedad* [en línea], vol. 12, núm. 24, enero a junio de 2008, pp. 79-95, <http://memoriaysociedad.javeriana.edu.co/anexo/articulo/doc/419_24.6.pdf>, [consulta: mayo, 2012].

Hemerografía de la República Restaurada

El Correo del Comercio

Fra Diávolo

La Iberia

La Ilustración Potosina

La Linterna Mágica

La Orquesta

La Revista Universal

La Tarántula